

[HISTORIA ECCLESIASTICA BEDAE.(C)]

Prefacio de Beda. AL GLORIOSÍSIMO REY CEOLULFO, BEDA, SIERVO DE CRISTO Y PRESBITERO.

La historia eclesiástica del pueblo anglosajón que recientemente he publicado, con mucho gusto te la envié, rey, para que la leyeras y aprobaras, y ahora te la reenvío para que la transcribas y medites más plenamente con el tiempo; y abrazo con satisfacción el interés de tu sinceridad, con el cual no solo prestas atención diligente a escuchar las palabras de la Sagrada Escritura, sino que también dedicas un cuidado vigilante a conocer los hechos y dichos de los antiguos, especialmente de los hombres ilustres de nuestra nación. Pues si la historia relata cosas buenas de los buenos, el oyente atento se siente instigado a imitar lo bueno; o si recuerda cosas malas de los perversos, no obstante, el oyente o lector religioso y piadoso se enciende más diligentemente para evitar lo que es nocivo y perverso, y para llevar a cabo lo que ha reconocido como bueno y digno de Dios. Esto mismo, tú también lo comprendes con gran vigilancia, y deseas que la mencionada Historia se difunda más ampliamente para tu conocimiento y el de aquellos a quienes la autoridad divina te ha puesto a cargo de gobernar, por el cuidado general de la salvación. Para que en lo que he escrito, tanto a ti [Al. añade magnánimo rey] como a los demás oyentes o lectores de esta Historia, no les surja la ocasión de dudar, me esforzaré brevemente en indicar de qué autores principalmente he aprendido estas cosas.

El autor y ayudante principal de esta obra fue el reverendísimo abad Albinus, un hombre sumamente docto en todos los aspectos; quien, instruido en la Iglesia de los Cantuarios por el arzobispo Teodoro de bendita memoria y el abad Adriano, hombres venerables y eruditos, conocía diligentemente todo lo que había sido realizado en la misma provincia de los Cantuarios o incluso en las regiones contiguas por los discípulos del beato papa Gregorio, ya sea por monumentos escritos o por tradición de los ancianos: y [Al. omite y] me transmitió lo que consideraba digno de memoria, a través del religioso presbítero de la Iglesia de Londres, Nothelm, ya sea por escrito o por la viva voz del mismo Nothelm. Este Nothelm, después de ir a Roma, encontró allí, al examinar el archivo de la misma santa Iglesia Romana con el permiso de Gregorio, quien ahora preside esa Iglesia, varias cartas del beato papa Gregorio y de otros pontífices, y al regresar, nos las trajo para que las incluyéramos en nuestra Historia, con el consejo del mencionado padre reverendísimo Albinus. Desde el principio de este volumen hasta el tiempo en que el pueblo anglosajón recibió la fe de Cristo, aprendimos lo que relatamos principalmente de los escritos de los antiguos recopilados aquí y allá. Desde entonces hasta los tiempos presentes, lo que se ha hecho en la Iglesia de los Cantuarios por los discípulos del beato papa Gregorio o sus sucesores, o bajo qué reyes, lo conocimos gracias a la diligencia del mencionado abad Albinus, transmitido por Nothelm, como hemos dicho. También me informaron en parte sobre la provincia de los Sajones Orientales y Occidentales, así como de los Anglos Orientales y los Nordanhymbros, bajo qué obispos o en tiempos de qué reyes recibieron la gracia del Evangelio. Finalmente, fui principalmente instigado por la exhortación del mismo Albinus para atreverme a emprender esta obra. Pero también el reverendísimo obispo de los Sajones Occidentales, Daniel [Al., Daniel también], quien aún vive, me declaró por escrito algunas cosas sobre la historia eclesiástica de su provincia, así como de la vecina provincia de los Sajones del Sur y de la isla de Wight. Cómo, a través del ministerio de los sacerdotes de Cristo Cedd y Ceadda, la provincia de Mercia llegó a la fe de Cristo, que no conocía, o cómo la provincia de los Sajones Orientales recuperó la fe que había perdido, y cuál fue la vida y muerte de esos padres, lo conocimos diligentemente de los hermanos del monasterio que ellos mismos fundaron, llamado

Lastingham. Además, en la provincia de los Anglos Orientales, lo que se ha hecho en términos eclesiásticos, lo supimos en parte por escritos o tradición de los antiguos, y en parte por el relato del reverendísimo abad Esi. En cuanto a la provincia de Lindsey, lo que se ha hecho respecto a la fe de Cristo y qué sucesión sacerdotal ha habido, lo aprendimos ya sea por las cartas del reverendísimo obispo Cynibert o por la viva voz de otros hombres fieles. Lo que se ha hecho en la provincia de los Nordanhymbros desde que recibieron la fe de Cristo hasta el presente, en diversas regiones de la Iglesia, lo conocí no por un solo autor, sino por la fiel afirmación de innumerables testigos que podían saber o recordar estas cosas, excepto por lo que yo mismo podía conocer. Entre estas cosas, es de notar que lo que escribí sobre el santísimo padre y obispo Cudbercto, tanto en este volumen como en el librito de sus Hechos, en parte lo tomé de lo que encontré escrito anteriormente por los hermanos de la Iglesia de Lindisfarne, simplemente confiando en la fidelidad de la Historia que leía, y en parte me esforcé en añadir diligentemente lo que pude conocer por la certísima atestación de hombres fieles. Y suplico humildemente al lector que, si encuentra en lo que hemos escrito algo diferente de la verdad, no nos lo impute a nosotros, quienes, conforme a la verdadera ley de la historia, nos esforzamos en consignar por escrito, para la instrucción de la posteridad, lo que hemos recopilado de la fama que se difunde.

Además, a todos aquellos de nuestra nación que puedan leer o escuchar esta misma Historia, les suplico humildemente que recuerden interceder frecuentemente ante la clemencia suprema por mis debilidades tanto de mente como de cuerpo; y que en sus respectivas provincias me devuelvan esta retribución de su recompensa, para que, habiendo diligentemente anotado de cada provincia o lugar más destacado lo que creía digno de memoria y grato a los habitantes, encuentre fruto de piadosa intercesión entre todos.

HISTORIA ECLESIASTICA DEL VENERABLE BEDA, PRESBITERO ANGLOSAJÓN.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO. Sobre la ubicación de Britania e Irlanda, y sus antiguos habitantes.

Britania, isla del Océano, que en otro tiempo se llamó Albión, está situada entre el norte y el oeste, frente a las mayores partes de Europa, Alemania, Galia e Hispania, a gran distancia. Se extiende ochocientas millas hacia el norte, y tiene doscientas millas de ancho, exceptuando los tramos más largos de diversos promontorios, que hacen que su circunferencia complete setenta y cinco mil millas. Tiene al sur la Galia Bélgica, cuyo litoral más cercano revela a los que cruzan la ciudad llamada Rutubi Portus, ahora corruptamente llamada Reptacaestir por la gente de los anglos, separada por el mar del litoral más cercano de la gente de los Morinos, con un trayecto de cincuenta millas, o, como algunos escribieron, de cuatrocientos cincuenta estadios. Por detrás, donde se abre al océano infinito, tiene las islas Orcadas.

Isla fértil en cereales y árboles, y apta para alimentar ganado y caballos; incluso en algunos lugares produce viñas: pero también es rica en aves de diversos tipos, tanto en tierra como en mar. Rica en ríos llenos de peces y fuentes abundantes, especialmente en anguilas. A menudo se capturan focas y delfines, así como ballenas: sin mencionar los diversos tipos de conchas; entre las cuales hay mejillones, que a menudo contienen perlas, de todos los colores, siendo las mejores de color rubí, púrpura, jacinto y verde, pero principalmente blancas. También hay caracoles en abundancia, de los cuales se obtiene el tinte de color escarlata, cuyo rojo más hermoso nunca se desvanece por el calor del sol ni por la lluvia; al contrario, cuanto más viejo es, más hermoso se vuelve. Tiene fuentes de sal, así como fuentes termales, y de ellas ríos de baños calientes adecuados para todas las edades y sexos en lugares distintos según la

necesidad de cada uno. Pues el agua (como dice San Basilio) adquiere una cualidad caliente cuando pasa por ciertos metales, y no solo se calienta, sino que se vuelve ardiente. También es rica en vetas de metales, cobre, hierro, plomo y plata, y produce en abundancia el mejor azabache: es una piedra negra y brillante que, al ser calentada por el fuego, ahuyenta a las serpientes, y al ser frotada, retiene lo que se le adhiere, al igual que el ámbar. En otro tiempo estaba adornada con veintiocho ciudades muy nobles, además de innumerables castillos, que también estaban fortificados con murallas, torres, puertas y cerrojos muy fuertes.

Y como se encuentra casi bajo el mismo vértice septentrional del mundo, tiene noches claras en verano; de tal manera que a menudo en medio de la noche surge la duda entre los observadores, si aún permanece el crepúsculo vespertino o si ya ha llegado el matutino, ya que el sol nocturno no está lejos bajo la tierra al este regresando por las regiones boreales: de donde también tiene días de gran longitud en verano, así como noches en invierno, con el sol entonces retirándose a las partes de Libia, es decir, de dieciocho horas: y noches de gran brevedad en verano y días en invierno, es decir, de solo seis horas equinocciales: mientras que en Armenia, Macedonia, Italia y otras regiones de la misma línea, el día o la noche más larga completa quince horas, y la más corta nueve.

En la actualidad, esta isla, según el número de libros en los que está escrita la ley divina, busca y confiesa una misma ciencia de la verdad suprema y la verdadera sublimidad en cinco lenguas de naciones, a saber, de los anglos, britanos, escotos, pictos y latinos, que por la meditación de las Escrituras se ha hecho común a todos los demás. En primer lugar, esta isla tuvo como únicos habitantes a los britanos, de quienes tomó su nombre, quienes, según se dice, llegaron a Britania desde el territorio armoricano, y se establecieron en las partes del sur de la misma.

Y cuando habían ocupado la mayor parte de la isla, comenzando desde el sur, ocurrió que la nación de los pictos, procedente de Escitia, como se dice, en pocas naves largas, ingresó al océano, y llevada por el viento, llegó a Irlanda, y entró en sus costas septentrionales, y al encontrar allí a la gente de los escotos, también pidieron para sí mismos lugares de residencia en partes de la misma, pero no pudieron obtenerlos. Irlanda es la isla más grande después de Britania, situada al oeste de Britania; pero así como es más corta hacia el norte, se extiende mucho más allá de sus límites hacia el sur, hasta llegar frente a las partes septentrionales de Hispania, aunque con un gran mar de por medio. Así que los pictos, al llegar a Britania, como dijimos, comenzaron a habitar en las partes septentrionales de la isla, pues las meridionales las habían ocupado los britanos. Y cuando los pictos, al no tener esposas, pidieron a los escotos, solo consintieron en dárselas con la condición de que, cuando surgiera la duda, eligieran rey más bien de la línea femenina de los reyes que de la masculina: lo cual hasta hoy se observa entre los pictos.

Con el tiempo, Britania, además de los britanos y pictos, recibió una tercera nación de escotos en la parte de los pictos; quienes, bajo el liderazgo de Reuda, salieron de Irlanda, y ya sea por amistad o por la espada, se aseguraron para sí mismos las sedes que aún poseen: de este líder hasta hoy se les llama dalreudinos, pues en su lengua daal significa parte. Irlanda, por su parte, supera mucho a Britania en la amplitud de su posición, y en la salubridad y serenidad de sus aires, de tal manera que rara vez la nieve permanece allí más de tres días: nadie corta heno en verano ni construye establos para los animales debido al invierno: no se ve allí reptil alguno, ni puede vivir serpiente alguna: pues a menudo las serpientes traídas de Britania, tan pronto como el barco se acerca a sus costas, mueren al ser tocadas por el aire de la misma: más bien, casi todo lo que proviene de esa isla es eficaz contra el veneno. De hecho, hemos visto que, cuando algunos fueron mordidos por una serpiente, las hojas raspadas de libros que

eran de Irlanda, y la misma raspadura puesta en agua y dada a beber, inmediatamente absorbieron y calmaron toda la fuerza del veneno que avanzaba, y toda la hinchazón del cuerpo inflamado. Isla rica en leche y miel, no carente de viñedos, de peces y aves, y también notable por la caza de ciervos y cabras. Esta es propiamente la patria de los escotos: de aquí salieron, como dijimos, y añadieron una tercera nación a los britanos y pictos en Britania. Hay un gran golfo del mar que antiguamente separaba a la nación de los britanos de los pictos, que se extiende desde el oeste hacia la tierra, donde hasta hoy se encuentra la ciudad más fortificada de los britanos, llamada Alcluith: a la parte septentrional de este golfo llegaron los escotos que mencionamos, y se establecieron allí.

CAPÍTULO II. Cómo Cayo Julio César fue el primero de los romanos en llegar a Britania.

Sin embargo, Britania fue inaccesible y desconocida para los romanos hasta Cayo Julio César, quien en el año seiscientos noventa y tres desde la fundación de la ciudad, y sesenta años antes de la Encarnación del Señor, habiendo ejercido el consulado con Lucio Bibulo, mientras libraba la guerra contra las naciones de los germanos y galos que solo estaban separadas por el río Rin, llegó a los Morinos, desde donde está el paso más cercano y breve a Britania, y con unas ochenta naves de carga y de guerra preparadas, se trasladó a Britania, donde, tras una dura batalla, fue fatigado, y luego, atrapado por una tormenta adversa, perdió gran parte de su flota y no pocos soldados, y casi toda su caballería. Regresó a la Galia, envió las legiones a invernar, y ordenó construir seiscientas naves de ambos tipos: con las cuales, al llegar nuevamente a Britania al principio de la primavera, mientras él mismo avanzaba con un gran ejército contra el enemigo, las naves ancladas fueron atrapadas por una tormenta, y chocaron entre sí o fueron arrojadas a las arenas y destruidas: de las cuales cuarenta se perdieron, y las demás fueron reparadas con gran dificultad. La caballería de César fue derrotada en el primer encuentro por los britanos, y allí fue asesinado el tribuno Labieno: en la segunda batalla, con gran peligro para los suyos, derrotó a los britanos y los puso en fuga: luego se dirigió al río Támesis. En la orilla opuesta de este, bajo el liderazgo de Cassivellauno, una inmensa multitud de enemigos se había asentado, y había fortificado la orilla del río y casi todo el vado bajo el agua con estacas muy afiladas: cuyos vestigios de estacas aún se ven allí hasta hoy, y parece a los observadores que cada una de ellas, del grosor de un muslo humano, y rodeadas de plomo, estaban firmemente fijadas en el fondo del río: lo cual, al ser descubierto y evitado por los romanos, los bárbaros, incapaces de soportar el ataque de las legiones, se retiraron a los bosques, desde donde con frecuentes incursiones causaban graves daños a los romanos. Mientras tanto, la ciudad más fuerte de los trinovantes, con Androgeo como líder, se rindió a César, entregando cuarenta rehenes: lo cual fue seguido por otras muchas ciudades que se unieron a la alianza de los romanos. Con su ayuda, César finalmente capturó, tras una dura batalla, la ciudad de Cassivellauno, situada entre dos pantanos, protegida además por bosques, y muy bien abastecida de todo tipo de cosas. Luego, César regresó de Britania a la Galia, y después de enviar las legiones a invernar, fue rodeado y atacado por repentinos tumultos de guerra por todas partes.

CAPÍTULO III. Cómo Claudio, el segundo de los romanos en llegar a Britania, también añadió las islas Orcadas al imperio romano. Y cómo Vespasiano, enviado por él, también sometió la isla de Wight a los romanos.

En el año setecientos noventa y ocho desde la fundación de la ciudad, el emperador Claudio, el cuarto desde Augusto, deseando mostrarse un príncipe útil para la república, buscó la guerra y la victoria por todas partes. Así, emprendió una expedición a Britania, que parecía estar en tumulto por no haber devuelto a los desertores. Fue transportado a la isla, a la que ni antes de Julio César ni después de él nadie se había atrevido a ir, y allí, sin ninguna batalla ni

derramamiento de sangre, en pocos días recibió en rendición gran parte de la isla. También añadió al imperio romano las islas Orcadas, situadas más allá de Britania en el océano, y regresó a Roma en el sexto mes desde que había partido, y dio a su hijo el nombre de Británico. Completó esta guerra en el cuarto año de su imperio, que es el año cuarenta y seis desde la Encarnación del Señor, en el cual también ocurrió una gravísima hambruna en Siria, que se recuerda haber sido predicha en los Hechos de los Apóstoles por el profeta Ágabo. Por el mismo Claudio, Vespasiano, quien después de Nerón fue emperador, fue enviado a Britania, y también sometió a la dominación romana la isla de Wight, cercana a Britania por el sur; que tiene aproximadamente treinta millas de este a oeste, y doce de sur a norte, y en sus partes orientales está a seis millas del mar, y en las occidentales a tres del litoral meridional de Britania. Sucediendo a Claudio en el imperio, Nerón no se atrevió a hacer nada en absoluto en asuntos militares. Por lo cual, entre otros innumerables daños al reino romano, casi perdió Britania; pues bajo él, dos de las ciudades más nobles allí fueron capturadas y destruidas.

CAPÍTULO IV. Cómo Lucio, rey de los britanos, envió cartas al papa Eleuterio pidiendo ser hecho cristiano.

En el año ciento cincuenta y seis desde la Encarnación del Señor, Marco Antonino Vero, el decimocuarto desde Augusto, asumió el reino con su hermano Aurelio Cómodo:

en cuyos tiempos, mientras el santo Eleuterio [Al., Eleuterio] presidía el pontificado de la Iglesia Romana, Lucio, rey de los britanos, le envió una carta, suplicando que por su mandato se hiciera cristiano: y pronto obtuvo el efecto de su piadosa petición, y los britanos mantuvieron la fe recibida inviolada e íntegra en paz hasta los tiempos del emperador Diocleciano.

CAPÍTULO V. Cómo Severo distinguió la parte recuperada de Britania del resto con un muro.

Año de la Encarnación del Señor ciento ochenta y nueve, Severo, de origen africano tripolitano, del pueblo de Leptis, decimoséptimo desde Augusto, obtuvo el imperio, y lo mantuvo durante diecisiete [ocho] años. Este, de naturaleza cruel, siempre acosado por muchas guerras, gobernó la república con gran valentía, pero con mucho esfuerzo. Victorioso, pues, de las guerras civiles que le habían sido muy graves, fue llevado a Britania por la defección de casi todos los aliados, donde, tras librar muchas y duras batallas, decidió separar la parte recuperada de la isla de las demás naciones indómitas, no con un muro, como algunos piensan, sino con un vallado. Pues el muro es de piedras, pero el vallado, con el que se fortifican los campamentos para repeler la fuerza del enemigo, se hace de césped, que al ser cortado, se levanta de la tierra como un muro alto sobre el suelo, de modo que delante hay un foso, del cual se han levantado los céspedes, sobre el cual se colocan estacas de maderas muy fuertes. Así, Severo construyó un gran foso y un vallado muy fuerte, reforzado con torres frecuentes, desde el mar hasta el mar: Y allí, en la ciudad de Eboracum, murió de enfermedad. Dejó dos hijos, Basiano y Geta: de los cuales Geta, juzgado enemigo público, pereció; Basiano, tomando el sobrenombre de Antonino, obtuvo el reino.

CAPÍTULO VI. Del imperio de Diocleciano, y cómo persiguió a los cristianos.

En el año de la Encarnación del Señor doscientos ochenta y seis, Diocleciano, trigésimo tercero desde Augusto, fue elegido emperador por el ejército, y gobernó durante veinte años,

creando a Maximiano, con el sobrenombre de Hercúleo, como su socio en el imperio. En cuyo tiempo, un tal Carausio, de origen ciertamente humilde, pero hábil en consejo y mano, al ser puesto para vigilar las costas del Océano que entonces los francos y sajones infestaban, actuaba más en perjuicio que en beneficio de la república, al no devolver en absoluto a los dueños el botín arrebatado a los piratas, sino reclamándolo solo para sí; despertando la sospecha de que también permitía a los mismos enemigos atacar las fronteras con negligencia astuta. Por lo cual, ordenado por Maximiano a ser asesinado, tomó la púrpura y ocupó Britania; la cual, habiéndola reclamado y retenido valientemente durante siete años, finalmente fue asesinado por la traición de su socio Alecto. Alecto, después, mantuvo la isla arrebatada a Carausio durante tres años, a quien Asclepiodoto, prefecto del pretorio, derrotó, y recuperó Britania después de diez años.

Mientras tanto, Diocleciano en Oriente, Maximiano Hercúleo en Occidente, ordenaron devastar las iglesias, afligir y matar a los cristianos en la décima persecución después de Nerón [304]: la cual fue más prolongada y cruel que casi todas las anteriores; pues durante diez años, con incendios de iglesias, proscripciones de inocentes, y matanzas de mártires, se llevó a cabo sin cesar. Finalmente, incluso Britania en ese tiempo se elevó con la gloria de una confesión devota a Dios.

CAPÍTULO VII. Pasión de San Albano y sus compañeros, quienes en ese tiempo derramaron su sangre por el Señor.

En efecto, en ella sufrió San Albano [305], de quien el presbítero Fortunato, en la Alabanza de las vírgenes, al hacer mención de los bienaventurados mártires que venían de todo el mundo al Señor, dice: "Albano, ilustre, produce la fértil Britania". Este Albano, aún pagano, cuando los mandatos de los príncipes infieles se ensañaban contra los cristianos, recibió en su casa a un clérigo que huía de los perseguidores: y al ver que se dedicaba a oraciones continuas y vigiliias día y noche, de repente, tocado por la gracia divina, comenzó a emular el ejemplo de fe y piedad de aquel, y poco a poco instruido por sus saludables exhortaciones, dejando las tinieblas de la idolatría, se hizo cristiano de todo corazón. Y cuando el mencionado clérigo se hospedó varios días con él, llegó a oídos del impío príncipe que el confesor de Cristo, a quien aún no se le había asignado lugar de martirio, se ocultaba con Albano. Por lo cual, inmediatamente ordenó a los soldados buscarlo con diligencia. Cuando llegaron a la cabaña del mártir, San Albano se presentó a los soldados en lugar de su huésped y maestro, vestido con su hábito, es decir, con la caracalla que llevaba puesta, y fue llevado atado ante el juez.

Sucedió que el juez, en la hora en que Albano era llevado ante él, estaba asistiendo a los altares y ofreciendo sacrificios a los demonios, y al ver a Albano, inmediatamente encendido de ira porque él se había atrevido a ofrecerse a los soldados en lugar del huésped que había recibido y a exponerse al peligro, ordenó que lo llevaran a los ídolos de los demonios a los que asistía: "Porque, prefiriendo ocultar a un rebelde y sacrílego que entregarlo a los soldados, como despreciador de los dioses, debes pagar la pena merecida por tu blasfemia, y si intentas apartarte del culto de nuestra religión, debes sufrir los castigos que le correspondían a él". Pero San Albano, que se había declarado voluntariamente a los perseguidores como cristiano, no temió en absoluto las amenazas del príncipe; sino que, armado con las armas de la milicia espiritual, proclamaba abiertamente que no quería obedecer sus órdenes. Entonces el juez dijo: "¿De qué familia o linaje eres?" Albano respondió: "¿Qué te importa de qué estirpe he nacido? pero si deseas escuchar la verdad de la religión, conoce que ya soy cristiano y me dedico a los oficios cristianos". Dijo el juez: "Quiero saber tu nombre, que me lo digas sin demora". Y él respondió: "Me llamo Albano,

así me nombraron mis padres, y adoro siempre y venero al Dios verdadero y vivo que creó todas las cosas". Entonces el juez, lleno de ira, dijo: "Si deseas disfrutar de la felicidad de la vida eterna, no demores en sacrificar a los grandes dioses". Albano respondió: "Estos sacrificios que ustedes ofrecen a los demonios, no pueden ayudar a los que se someten, ni cumplir los deseos o votos de los que suplican. Más bien, cualquiera que ofrezca sacrificios a estas imágenes, recibirá como recompensa los eternos castigos del infierno". Al escuchar esto, el juez, movido por un furor excesivo, ordenó que el santo confesor de Dios fuera azotado por los torturadores, pensando que con los golpes, lo que no podía con palabras, ablandaría la constancia de su corazón. Pero él, al ser sometido a los más agudos tormentos, los soportaba pacientemente por el Señor, más aún, con alegría. Pero cuando el juez percibió que no podía vencerlo con tormentos ni apartarlo del culto de la religión cristiana, ordenó que fuera decapitado.

Y cuando era llevado a la muerte, llegó a un río que, con su rápido curso, dividía el muro y la arena donde iba a ser ejecutado: y vio allí una gran multitud de personas de ambos sexos, de diversas condiciones y edades, que sin duda, por instinto divino, eran convocadas al servicio del santísimo confesor y mártir, y ocupaban tanto el puente del río que apenas podría cruzarse antes del anochecer. Finalmente, casi todos habían salido, y el juez permaneció en la ciudad sin escolta. Entonces, San Albano, que tenía un ardiente deseo de llegar cuanto antes al martirio, se acercó al torrente, y levantando los ojos al cielo, inmediatamente, con el lecho seco, vio que el agua se apartó y le dio paso a sus pasos. Lo cual, al verlo también el verdugo que iba a ejecutarlo, se apresuró a encontrarse con él cuando llegó al lugar destinado para la muerte: evidentemente, advertido por instinto divino, y arrojando la espada que tenía desenvainada, se postró a sus pies, deseando mucho que, con el mártir o en lugar del mártir que se le ordenaba ejecutar, él mismo mereciera ser ejecutado. Así, pues, al convertirse de perseguidor en compañero de la verdad y la fe, y al estar la espada en el suelo, hubo una justa vacilación entre los verdugos, el reverentísimo confesor de Dios subió al monte con las multitudes: que, oportunamente alegre, con una gracia muy digna, está situado a unas quinientas pasos de la arena, adornado con diversas flores de hierbas, más bien vestido por todas partes, en el que no hay nada abrupto, nada escarpado, nada abrupto, que, extendido a lo largo y ancho en forma de llanura, la naturaleza lo nivela, haciéndolo digno, por su belleza innata, de ser consagrado con la sangre del bienaventurado mártir. En la cima de este monte, San Albano rogó a Dios que le diera agua, y de inmediato, con el lecho cerrado, surgió una fuente perenne ante sus pies, para que todos reconocieran que incluso el torrente había rendido homenaje al mártir: pues no podía ser que en la cima del monte el mártir pidiera agua que no había dejado en el río, si no viera que era oportuno. El río, habiendo cumplido su ministerio, completada la devoción de su oficio, regresó a su naturaleza. Decapitado, pues, el mártir fortísimo recibió allí la corona de vida que Dios ha prometido a los que le aman. Pero aquel que impuso manos impías a las piadosas cabezas no fue permitido que se regocijara sobre el muerto: pues sus ojos cayeron al suelo junto con la cabeza del bienaventurado mártir. Allí también fue decapitado el soldado que, antes, movido por un mandato divino, se negó a herir al santo confesor de Dios: de quien, sin duda, se sabe que, aunque no fue lavado en la fuente del bautismo, fue purificado con el lavacro de su propia sangre y hecho digno de entrar en el reino celestial. Entonces el juez, asombrado por tanta novedad de milagros celestiales, ordenó inmediatamente que cesara la persecución, comenzando a rendir honor a la muerte de los santos, por la cual pensaba que antes podrían ser apartados de la devoción de la fe cristiana. El bienaventurado Albano sufrió el décimo día de las calendas de julio, cerca de la ciudad de Verulamium, que ahora por la gente de los anglos se llama Verlamacaestir o Vaetlingacaestir, donde después, con el regreso de la serenidad de los tiempos cristianos, se construyó una iglesia de obra admirable, y digna de su martirio. En el cual lugar hasta el día

de hoy no cesa de celebrarse la curación de los enfermos y la frecuente operación de milagros.

En ese tiempo también sufrieron Aarón y Julio, ciudadanos de la ciudad de las legiones, y muchos otros de ambos sexos en diversos lugares, que, torturados con diversos tormentos y desgarrados con inaudita mutilación de miembros, enviaron sus almas a los gozos de la ciudad celestial con una lucha perfecta.

CAPÍTULO VIII. Cómo, cesando esta persecución, la Iglesia en Britania tuvo algo de paz hasta los tiempos de la locura arriana.

Pero cuando la tormenta de la persecución cesó [313], los fieles de Cristo que se habían ocultado en bosques y desiertos o en cuevas secretas durante el tiempo de peligro, salieron al público, renovaron las iglesias destruidas hasta el suelo, fundaron, construyeron y completaron basílicas de los santos mártires, y como si fueran signos de victoria, las proclamaron por todas partes, celebraron días festivos, realizaron los sagrados misterios con corazón y boca puros: y esta paz permaneció en las iglesias de Cristo que estaban en Britania hasta los tiempos de la locura arriana, que, corrompiendo todo el mundo, también infectó con el veneno de su error a esta isla tan lejana del mundo: y abierta esta vía de pestilencia a través del Océano, no tardó en infundir toda la plaga de cualquier herejía en la isla, que siempre se alegraba de escuchar algo nuevo y no mantenía firmemente nada cierto.

En estos tiempos, Constantino, que gobernaba Galia e Hispania mientras vivía Diocleciano [407], hombre de suma mansedumbre y civilidad, murió en Britania. Este dejó como emperador de las Galias a su hijo Constantino, nacido de su concubina Helena. Sin embargo, Eutropio escribe que Constantino, creado emperador en Britania, sucedió a su padre en el reino: en cuyos tiempos surgió la herejía arriana y, detectada y condenada en el sínodo de Nicea, no obstante, como dijimos, esparció el veneno de su perfidia no solo en las iglesias de todo el mundo, sino también en las islas.

CAPÍTULO IX. Cómo, reinando Graciano, Máximo fue creado emperador en Britania, y con un gran ejército regresó a Galia.

En el año de la Encarnación del Señor trescientos setenta y siete, Graciano, cuadragésimo desde Augusto, después de la muerte de Valente, gobernó durante seis años; aunque ya antes reinaba con su tío Valente y con su hermano Valentiniano: quien, al ver el estado de la república afligido y casi colapsado, por necesidad de restaurar la república, en Sirmio vistió con la púrpura a Teodosio, un hombre hispano, y lo puso al frente del imperio de Oriente y Tracia al mismo tiempo. En ese tiempo, Máximo, un hombre ciertamente valiente y honesto, y digno de ser Augusto si no hubiera surgido por la tiranía contra la fe del juramento, fue creado emperador en Britania casi a la fuerza por el ejército y cruzó a Galia. Allí, sorprendió a Graciano Augusto con un ataque repentino y, al intentar cruzar a Italia, lo rodeó con engaños y lo mató, y expulsó a su hermano Valentiniano Augusto de Italia. Valentiniano, huyendo a Oriente, fue recibido por Teodosio con paternal piedad, y pronto también fue restaurado en el imperio: con Máximo el tirano encerrado dentro de los muros de Aquilea, capturado y asesinado por ellos.

CAPÍTULO X. Cómo, reinando Arcadio, Pelagio el bretón emprendió orgullosas guerras contra la gracia de Dios.

En el año de la Encarnación del Señor trescientos noventa y cuatro [o siete], Arcadio, hijo de Teodosio, junto con su hermano Honorio, cuadragésimo tercero desde Augusto, asumiendo el reino, lo mantuvo durante trece años. En cuyos tiempos, Pelagio el bretón esparció lejos y ampliamente los venenos de su perfidia contra la ayuda de la gracia suprema, usando como colaborador a Juliano de Campania, a quien desde hace tiempo una intemperante ambición de un obispado perdido lo agitaba: a quienes San Agustín, al igual que otros Padres ortodoxos, respondió con muchos miles de sentencias católicas, pero no podían corregir su demencia: sino que, lo que es más grave, la locura de ellos, corregida, quiso más bien crecer contradiciendo que ser purificada favoreciendo la verdad: lo cual el retórico Próspero insinúa bellamente en versos heroicos, cuando dice: "Contra Agustín se dice que serpentea un cierto escritor, a quien desde hace tiempo devora un voraz rencor. ¿Quién empujó a ese miserable anguilón a levantar su cabeza cubierta de oscuras cavernas del suelo? ¿O lo alimentaron los britanos con su grano, o su corazón se hincha con la hierba campana?"

CAPÍTULO XI. Cómo, reinando Honorio, Graciano y Constantino fueron creados tiranos en Britania; y pronto el primero en Britania, el segundo en Galia, fueron asesinados.

En el año de la Encarnación del Señor cuatrocientos siete, con Honorio Augusto, hijo de Teodosio, menor, en el lugar cuadragésimo cuarto desde Augusto, dos años antes de la irrupción romana que fue hecha por Alarico, rey de los godos, cuando las naciones de los alanos, suevos, vándalos, y muchas otras con ellos, habiendo derrotado a los francos, cruzaron el Rin y devastaron toda Galia, en Britania, Graciano, un ciudadano, fue creado tirano y asesinado. En su lugar, Constantino, de la más baja milicia, fue elegido solo por la esperanza del nombre sin mérito de virtud: quien, tan pronto como invadió el imperio, cruzó a Galia; allí, a menudo engañado por inciertos tratados con los bárbaros, fue más un detrimento para la república: por lo cual, pronto, por orden de Honorio, Constancio, el conde, partió con un ejército a Galia, lo encerró en la ciudad de Arelate, lo capturó y lo mató: y a Constante, su hijo, a quien había hecho César desde monje, Gerontio, su conde, lo mató en Viena.

Roma fue saqueada por los godos en el año mil sesenta y cuatro de su fundación [409], desde el cual tiempo los romanos dejaron de gobernar en Britania, después de casi cuatrocientos setenta años desde que Cayo Julio César visitó la misma isla. Habitaban, sin embargo, dentro del vallado que recordamos que Severo hizo a través de la isla, hacia el sur, lo cual las ciudades, faros, puentes y calzadas allí hechas hasta hoy atestiguan: pero las partes más lejanas de Britania, o incluso las islas que están más allá de Britania, las poseían con derecho de dominio.

CAPÍTULO XII. Cómo los britanos, devastados por los escotos y pictos, buscaron la ayuda de los romanos, quienes, viniendo por segunda vez, construyeron un muro a través de la isla; pero este, siendo interrumpido por los mencionados enemigos, fueron oprimidos por una calamidad mayor.

Desde entonces, Britania, en la parte de los britanos, despojada de todo soldado armado, de todas las tropas militares, de todo el vigor de la juventud floreciente, que, llevada por la temeridad de los tiranos, nunca más regresó a casa, quedó expuesta solo al saqueo, como completamente ignorante de todo uso bélico: finalmente, de repente, por dos naciones transmarinas muy feroces, los escotos desde el noroeste, los pictos desde el norte, se asombró y lamentó durante muchos años. Llamamos transmarinas a estas naciones, no porque estuvieran situadas fuera de Britania; sino porque estaban alejadas de la parte de los britanos, con dos golfos del mar interpuestos, de los cuales uno desde el mar oriental, el otro desde el

occidental, irrumpen en las tierras de Britania a lo largo y ancho, aunque no pueden alcanzarse entre sí. El oriental tiene en su medio la ciudad de Giudi, el occidental tiene sobre sí, es decir, a su derecha, la ciudad de Alcluith, que en su lengua significa la roca de Cluith; pues está junto al río de ese nombre.

Por la infestación de estas naciones, los britanos enviaron legados a Roma con cartas, pidiendo con lágrimas ayuda, prometiendo sumisión continua con tal de que el enemigo inminente fuera alejado más lejos. A quienes pronto se les envió una legión armada, que, al llegar a la isla y enfrentarse a los enemigos, derribando una gran multitud de ellos, expulsó a los demás de los territorios de los aliados: y habiéndolos liberado temporalmente de la opresión más terrible, los exhortó a construir un muro a través de la isla entre los dos mares, que pudiera ser una defensa contra los enemigos: y así regresó a casa con gran triunfo. Pero los isleños, construyendo el muro que se les había ordenado, no tanto con piedras como con césped, como no teniendo ningún artífice de tan gran obra, lo erigieron inútil. Lo hicieron, sin embargo, entre los dos estrechos o golfos del mar de los que hablamos, a lo largo de muchas millas: para que donde faltara la protección de las aguas, allí defendieran sus fronteras de la irrupción de los enemigos con la defensa del vallado: de cuya obra hecha allí, es decir, del vallado muy ancho y alto, hasta hoy se pueden ver vestigios muy ciertos. Comienza, pues, a una distancia de casi dos millas del monasterio de Aebercurnig hacia el oeste, en el lugar que en la lengua de los pictos se llama Peanfahet, pero en la lengua de los anglos Penneltun; y extendiéndose hacia el oeste, termina cerca de la ciudad de Alcluith.

Verum priores inimici, al ver que el soldado romano se había marchado, pronto llegaron en barcos y rompieron los límites, matando todo a su paso, y como si fuera una cosecha madura, segaron todo lo que encontraron, pisotearon y pasaron: de donde nuevamente se enviaron legados a Roma [416], implorando ayuda con voz lastimera, para que la miserable patria no fuera completamente destruida, para que el nombre de la provincia romana, que había brillado entre ellos durante tanto tiempo, no se desvaneciera por la maldad de las naciones extranjeras. Nuevamente se envía una legión, que llegando inesperadamente en tiempo de otoño, causó grandes estragos entre los enemigos, y a todos los que pudieron escapar los hizo huir más allá del mar, quienes antes solían reunir botines anuales sin que nadie se opusiera. Entonces los romanos advirtieron a los britanos que no podían seguir fatigándose con expediciones tan laboriosas para su defensa: más bien les aconsejaron que tomaran las armas y asumieran el empeño de luchar contra los enemigos, quienes no podrían ser más fuertes que ellos por otra razón que si ellos mismos se debilitaban por la inercia. Además, porque pensaban que esto también traería algún beneficio a los aliados que se veían obligados a abandonar, construyeron un muro de piedra firme de mar a mar en línea recta entre las ciudades que allí se habían hecho por miedo a los enemigos, donde también Severus había hecho una empalizada: este muro, famoso y conspicuo hasta ahora, lo construyeron con gasto público y privado, con la mano de obra de los britanos [o romanos] añadida, de ocho pies de ancho y doce de alto, en línea recta de este a oeste, como es claro hasta hoy para los que lo contemplan: una vez construido, dan al pueblo perezoso consejos valientes, proporcionan ejemplos de armas para instruirlos. Pero también en la costa del océano hacia el sur, donde se encontraban sus barcos, porque también desde allí se temían incursiones de los bárbaros, colocan torres a intervalos para vigilar el mar, y se despiden de los aliados como si no fueran a regresar. Al regresar a sus tierras, al conocer los escotos y pictos la negativa de retorno, regresan inmediatamente ellos mismos, y hechos más confiados que de costumbre, toman toda la parte norte y extrema de la isla hasta el muro como si fueran indígenas. Se establece en lo alto una guarnición perezosa, donde con corazón tembloroso permanecía estupefacta día y noche. Pero en cambio no cesan las armas enganchadas de los enemigos: los cobardes

defensores eran miserablemente arrastrados de los muros y arrojados al suelo. ¿Qué más? Abandonadas las ciudades y el muro, huyen [y se dispersan]. El enemigo persigue, las matanzas se aceleran, más crueles que las anteriores. Pues como corderos por las fieras, así los miserables ciudadanos son despedazados por los enemigos: de donde, expulsados de sus mansiones y pequeñas propiedades, el peligro inminente de hambre lo mitigaban con robo y rapacidad mutua, aumentando las calamidades externas con disturbios domésticos, hasta que toda la región quedó vacía de sustento alimenticio, excepto el consuelo de la caza.

CAPÍTULO XIII. Cómo, reinando Teodosio el Menor, en cuyo tiempo Palladio fue enviado a los escotos creyentes en Cristo, los britanos no obtuvieron ayuda del cónsul Aecio.

En el año cuatrocientos veintitrés de la Encarnación del Señor, Teodosio el Joven, después de Honorio, el cuadragésimo quinto desde Augusto, asumió el reino y lo mantuvo durante veintiséis años; en el octavo año de su reinado, Palladio fue enviado como primer obispo a los escotos creyentes en Cristo por el pontífice de la Iglesia Romana, Celestino [430]. En el vigésimo tercer año de su reinado, Aecio [o Boecio], hombre ilustre, que también fue patricio, ejerció el consulado por tercera vez con Símaco. A este envían las pobres reliquias de los britanos una carta [445], cuyo principio es: «Aecio, tres veces cónsul, los lamentos de los britanos;» y en el transcurso de la carta, explican así sus calamidades: «Los bárbaros nos empujan hacia el mar, el mar nos empuja hacia los bárbaros; entre estas cosas surgen dos tipos de muertes, o somos degollados, o nos ahogamos.» Sin embargo, a pesar de estas acciones, no pudieron obtener ninguna ayuda de él, ya que estaba ocupado en ese tiempo con las gravísimas guerras contra los reyes hunos Bleda y Atila. Y aunque el año anterior Bleda, hermano de Atila, fue asesinado por insidias, Atila mismo permaneció como un enemigo tan intolerable para la república, que casi toda Europa fue devastada e invadida por él, con ciudades y castillos destruidos. Además, en esos mismos tiempos, una hambruna invadió Constantinopla: no pasó mucho tiempo antes de que la peste la siguiera; y también muchos muros de esa ciudad, junto con cincuenta y siete torres, se derrumbaron; y con muchas ciudades colapsadas, la hambruna y el aire pestilente destruyeron a muchos miles de personas y animales.

CAPÍTULO XIV. Cómo, obligados por la famosa hambruna, los britanos expulsaron a los bárbaros de sus territorios; y sin demora, siguió una abundancia de frutos, lujo, pestilencia y exterminio de la nación.

Mientras tanto, la hambruna mencionada anteriormente afectaba cada vez más a los britanos [446], dejando una fama duradera de su maldad a la posteridad, obligando a muchos de ellos a rendirse a los invasores hostiles, mientras que otros nunca lo hicieron, sino que más bien, confiando en la ayuda divina cuando la humana fallaba, continuaban rebelándose desde las montañas, cuevas y bosques: y entonces comenzaron por primera vez a causar estragos a los enemigos que durante muchos años habían saqueado la tierra. Por lo tanto, los saqueadores irlandeses imprudentes regresan a casa, para volver después de no mucho tiempo; los pictos en la parte extrema de la isla entonces y en adelante descansaron, aunque no dejaron de hacer incursiones y causar destrucción a la gente de los britanos de vez en cuando. Sin embargo, cesando la devastación hostil, la isla comenzó a abundar en tales cantidades de frutos como ninguna época anterior recordaba: con las cuales también creció el lujo, y esto fue seguido rápidamente por la peste de todos los crímenes, especialmente la crueldad, el odio a la verdad y el amor a la mentira, de modo que si alguno de ellos parecía más amable y algo más cercano a la verdad, en él se lanzaban sin respeto los odios y armas de todos, como si fuera un subversor de Britania. Y no solo hicieron esto los hombres seculares, sino también el mismo rebaño del Señor y sus pastores; entregándose al yugo de la ebriedad, la animosidad,

la disputa, la contienda, la envidia, y otros crímenes de este tipo, rechazando el yugo ligero de Cristo. Mientras tanto, de repente, una peste amarga se apoderó de los hombres de mente corrupta, que en poco tiempo derribó a tal multitud de ellos que ni siquiera los vivos eran suficientes para enterrar a los muertos: pero ni siquiera con la muerte de los suyos ni con el temor a la muerte, los que quedaban podían ser llamados de vuelta de la muerte del alma en la que caían pecando: de donde no mucho después siguió una venganza más severa por el crimen atroz de la nación pecadora. Se tomó la decisión de qué hacer, dónde buscar ayuda para evitar o repeler las tan feroces y frecuentes incursiones de las naciones del norte: y a todos les pareció bien, junto con su rey Vortigern, invitar a la nación de los sajones de las partes transmarinas en busca de ayuda: lo cual se sabe que fue dispuesto por la voluntad del Señor, para que viniera el mal contra los impíos, como el resultado de los hechos lo demostró más claramente.

CAPÍTULO XV. Cómo la nación de los anglos, invitada a Britania, primero expulsó a los adversarios más lejos; pero no mucho después, al aliarse con ellos, volvió sus armas contra los aliados.

En el año cuatrocientos cuarenta y nueve de la Encarnación del Señor [o cuatrocientos nueve], Marciano, junto con Valentiniano, el cuadragésimo sexto desde Augusto, asumió el reino y lo mantuvo durante siete años. Entonces, la nación de los anglos o sajones, invitada por el mencionado rey, es llevada a Britania en tres barcos largos, y en la parte oriental de la isla, por orden del mismo rey, recibe un lugar para habitar, como si fuera a luchar por la patria, pero en realidad para conquistarla. Iniciado el combate con los enemigos que habían venido del norte a la batalla, los sajones obtuvieron la victoria. Cuando esto se anunció en casa, junto con la fertilidad de la isla y la pereza de los britanos, inmediatamente se envía allí una flota más grande llevando una mano más fuerte de guerreros, que al unirse a la cohorte enviada anteriormente, hizo un ejército invencible. Los que llegaron recibieron, con los britanos donándoles, un lugar de residencia entre ellos, bajo la condición de que estos lucharan por la paz y la seguridad de la patria contra los adversarios, y aquellos proporcionaran a los soldados los estipendios debidos. Sin embargo, llegaron de tres de los pueblos más fuertes de Germania, es decir, los sajones, los anglos y los jutos [o vitas]. De la origen de los jutos [o vitas] son los cantuarianos y los victuarios [o vectuarios], es decir, la gente que habita la isla de Vecta, y la que hasta hoy en la provincia de los sajones occidentales se llama nación de los jutos, situada frente a la misma isla de Vecta. De los sajones, es decir, de la región que ahora se llama de los antiguos sajones, vinieron los sajones orientales, los sajones meridionales, los sajones occidentales. Por otro lado, de los anglos, es decir, de la patria que se llama Angulus y que desde entonces hasta hoy se dice que permanece desierta entre las provincias de los jutos y los sajones, surgieron los anglos orientales, los anglos del interior, los mercianos, toda la progenie de los norhumbranos, es decir, de aquellas naciones que habitan al norte del río Humber y los demás pueblos de los anglos. Se dice que sus primeros líderes fueron dos hermanos, Hengist y Horsa [o Hengistus y Horsus]; de los cuales Horsa fue después asesinado en batalla por los britanos, y hasta ahora tiene un monumento en las partes orientales de Kent que lleva su nombre. Eran hijos de Victgils, cuyo padre era Vitta, cuyo padre era Vecta [o hijos de Victgils cuyo padre era Vecta], cuyo padre era Woden, de cuya estirpe muchas provincias derivaron su linaje real. No pasó mucho tiempo, por lo tanto, antes de que, con las multitudes de las mencionadas naciones fluyendo rápidamente hacia la isla, el pueblo de los recién llegados comenzara a crecer, de modo que incluso para los mismos indígenas que los habían convocado se convirtieron en un terror. Entonces, de repente, al aliarse temporalmente con los pictos, a quienes ya habían expulsado más lejos combatiendo, comienzan a volver sus armas contra los

aliados. Y primero, los obligan a proporcionarles más abundantemente las provisiones, y buscando una ocasión de ruptura, protestan que, a menos que se les diera una mayor cantidad de alimentos, devastarían todos los lugares de la isla rompiendo el pacto. Y nunca persiguen sus amenazas con menos vigor en los hechos: pues, para decirlo brevemente, el fuego encendido por las manos de los paganos, buscó justas venganzas de los crímenes del pueblo de Dios, no menos que el que una vez encendido por los caldeos consumió las murallas de Jerusalén, e incluso todos los edificios. Pues así también aquí, actuando el impío vencedor, o más bien disponiendo el justo Juez, devastando las ciudades y campos más cercanos, desde el mar oriental hasta el occidental, sin que nadie lo impidiera, continuó su incendio, cubriendo casi toda la superficie de la isla que perecía. Caían los edificios públicos y privados, por todas partes los sacerdotes eran asesinados junto a los altares, los prelados con los pueblos, sin ningún respeto por el honor, eran consumidos por la espada y las llamas, y no había quien sepultara a los cruelmente asesinados. Así que algunos de los miserables restos, capturados en las montañas, eran degollados en masa [o en grupos]; otros, agotados por el hambre, salían y se entregaban a los enemigos, para recibir suministros de alimentos, dispuestos a someterse a una servidumbre eterna, si no eran asesinados de inmediato: otros buscaban con dolor regiones transmarinas: otros, permaneciendo en la patria, llevaban una vida pobre en las montañas, bosques o rocas escarpadas, siempre con una mente sospechosa.

CAPÍTULO XVI. Cómo los britanos obtuvieron la primera victoria sobre la gente de los anglos, bajo el liderazgo de Ambrosio, un hombre romano.

Pero cuando el ejército enemigo, exterminados y dispersos los indígenas de la isla, regresó a casa, ellos también comenzaron poco a poco a recuperar fuerzas y ánimos, emergiendo de los escondites donde se habían ocultado, y con unánime consenso pidiendo ayuda celestial para que no fueran completamente destruidos. En ese tiempo usaban como líder a Ambrosio Aureliano, un hombre modesto [466], que solo por casualidad había sobrevivido a la mencionada tormenta de la gente romana, habiendo sido asesinados en la misma sus padres que llevaban el nombre y la insignia real. Con este líder, los britanos toman fuerzas, y provocando a los vencedores a la batalla, ellos mismos, con la ayuda de Dios, reciben la victoria. Y desde ese tiempo, a veces los ciudadanos, a veces los enemigos ganaban, hasta el año del asedio del monte Badon [492], cuando no pocas matanzas infligían a los mismos enemigos, alrededor del cuadragésimo cuarto año de su llegada a Britania. Pero esto después.

CAPÍTULO XVII. Cómo el obispo Germán, navegando a Britania con Lupo, primero calmó la tempestad del mar y luego la de los pelagianos con el poder divino.

Pocos años antes de su llegada, la herejía pelagiana, introducida por Agrícola, hijo del obispo Severiano, había contaminado la fe de Britania con una plaga vil. Sin embargo, los britanos, al no querer de ninguna manera aceptar la doctrina perversa blasfemando la gracia de Cristo, ni poder refutar con palabras la astucia de la nefaria persuasión, encuentran un consejo saludable, buscar ayuda de los obispos galos para la guerra espiritual. Por esta razón, reunido un gran sínodo, se buscaba en común quiénes debían ser enviados allí para socorrer la fe: y por el juicio de todos fueron elegidos los sacerdotes apostólicos Germán de Auxerre y Lupo de la ciudad de Troyes, para venir a Britania a confirmar la fe de la gracia celestial. Quienes, habiendo aceptado con pronta devoción las súplicas y órdenes de la santa Iglesia, entran en el océano, y hasta la mitad del viaje desde el golfo galo hasta Britania, la nave volaba segura con vientos favorables. Entonces, de repente, se presenta a los que avanzan la fuerza enemiga de los demonios, que envidiaban que hombres tan grandes y tales se dirigieran a recuperar la salvación de los pueblos: provocan tormentas, sustraen el cielo y el día con la noche de las nubes; los furiosos vientos no sostienen las velas; los ministerios de los marineros eran

vencidos; la nave era llevada por la oración, no por las fuerzas: y por casualidad el mismo líder o pontífice, agotado en cuerpo, fue vencido por el cansancio y el sueño. Entonces, en verdad, como si el oponente hubiera cesado, la tormenta excitada prevaleció, y ya la nave, cubierta por las olas, se hundía. Entonces el bienaventurado Lupo, y todos los turbados, despiertan al anciano para que se oponga a los elementos furiosos; quien, más constante por la enormidad del peligro, invoca a Cristo, y tomando en el nombre de la santísima Trinidad una ligera aspersión de agua, reprime las olas furiosas, advierte a su colega, exhorta a todos, se eleva una oración con una sola voz y clamor: la Divinidad está presente, los enemigos son ahuyentados, sigue una tranquila serenidad, los vientos se vuelven al servicio del viaje, y después de recorrer breves espacios del mar, alcanzan la tranquilidad de la costa deseada. Allí, una multitud que se reunió de diversas partes recibió a los sacerdotes, cuya llegada incluso la adversa profecía había predicho. Pues los espíritus siniestros anunciaban lo que temían, quienes, al ser expulsados de los cuerpos poseídos por el mandato de los sacerdotes, confesaban el orden de la tempestad y los peligros que habían infligido, y no negaban que habían sido vencidos por los méritos y el mandato de ellos.

Mientras tanto, los sacerdotes apostólicos llenaron rápidamente la isla de Britania con su fama, predicación y virtudes: y la palabra divina, a través de ellos, se predicaba diariamente no solo en las iglesias, sino también en las encrucijadas y en los campos; de modo que por todas partes los fieles católicos eran fortalecidos, y los desviados reconocían el camino de la corrección. Para ellos era como los apóstoles, con gloria y autoridad por la conciencia, doctrina por las letras, virtudes por los méritos. Así que toda la región se había pasado rápidamente a su opinión. Los autores de la persuasión siniestra se ocultaban, y al modo del espíritu maligno, gemían al ver que los pueblos escapaban de ellos, y finalmente, después de una larga meditación, se atreven a entrar en conflicto. Se presentan ostentosos con riquezas, brillando con vestiduras, rodeados de la adulación de muchos: y prefirieron someterse al riesgo del combate, antes que incurrir en la vergüenza del silencio en el pueblo que habían subvertido, para no parecer que se condenaban a sí mismos con su propio silencio. Allí, en verdad, una inmensa multitud, incluso con esposas e hijos, había sido convocada, el pueblo estaba presente como espectador y futuro juez, las partes estaban presentes con condiciones desiguales y disímiles; de un lado la fe divina, del otro la presunción humana; de un lado la piedad, del otro la soberbia; de un lado Pelagio como autor, del otro Cristo. En primer lugar, los sacerdotes beatísimos [Germán y Lupo] ofrecieron a los adversarios la oportunidad de discutir, que solo con la desnudez de las palabras, durante mucho tiempo ocupó inútilmente los oídos y el tiempo: luego los venerables obispos derramaron los torrentes de su elocuencia con lluvias apostólicas y evangélicas: se mezclaba el discurso propio con el divino, y a las objeciones más molestas seguían los testimonios de las lecturas: se convencía la vanidad, se refutaba la perfidia; de modo que a cada objeción de las palabras confesaban que erraban, al no poder responder: el pueblo, como árbitro, apenas contenía las manos, pero manifestaba su juicio con clamor.

CAPÍTULO XVIII. Cómo el mismo iluminó a la hija ciega de un tribuno, y luego, llegando a San Albano, recibió allí reliquias de él y de los santos apóstoles, y las colocó.

Entonces, de repente, un hombre de poder tribunicio con su esposa se presenta en medio, ofreciendo a los sacerdotes a su hija ciega de diez años para que la curen, a quien ellos ordenaron que se ofreciera a los adversarios: pero estos, disuadidos por la conciencia que los castigaba, se unen a las súplicas de los padres, y piden a los sacerdotes la curación de la niña: quienes, viendo a los adversarios inclinados de ánimo, oran brevemente: y luego Germán, lleno del Espíritu Santo, invoca a la Trinidad; y sin demora, tomando la cápsula con las reliquias de los santos que llevaba colgada de su cuello, la aplica a los ojos de la niña en

presencia de todos, que inmediatamente, liberados de las tinieblas, fueron llenados con la luz de la verdad. Los padres exultan, el pueblo tiembla ante el milagro: después de ese día, la persuasión iniqua fue borrada de las mentes de todos, de modo que siguieron la doctrina de los sacerdotes con deseos ansiosos.

Así, con la perversidad condenable reprimida, y sus autores refutados, y las almas de todos compuestas en la pureza de la fe, los sacerdotes pidieron ir al beato mártir Albano, para dar gracias a Dios por él; donde Germán, llevando consigo reliquias de todos los apóstoles y de diversos mártires, después de orar, ordenó abrir el sepulcro, para depositar allí preciosos dones; considerando oportuno que los miembros de los santos recogidos de diversas regiones, a quienes el cielo había recibido iguales en méritos, también compartieran la hospitalidad de un mismo sepulcro. Habiendo depositado y asociado honorablemente estas reliquias, del mismo lugar donde se había derramado la sangre del beato mártir, tomó una masa de polvo para llevar consigo, en la que aparecía, conservado el color, que el martirio de los mártires había enrojecido, mientras el perseguidor palidecía. Habiendo hecho esto, una innumerable multitud de personas se convirtió al Señor ese mismo día.

CAPÍTULO XIX. Cómo el mismo, detenido allí por causa de una enfermedad, apagó los incendios de las casas orando; y él mismo fue curado de su enfermedad por una visión.

De donde, al regresar, el enemigo insidioso, habiendo preparado trampas casuales, hizo que Germán resbalara y se lastimara el pie, ignorando los méritos de aquel, como los del beatísimo Job, para propagar la aflicción del cuerpo: y mientras por necesidad de la enfermedad permanecía en un lugar, en la cabaña cercana donde se alojaba se desató un incendio: que, consumiendo las casas cubiertas de cañas del pantano, se dirigía hacia la morada donde él yacía, impulsado por el viento. Todos corrieron hacia el obispo, para que, levantando las manos, evitara el peligro inminente: pero, increpándolos, no permitió que su fe se moviera. La multitud, aterrorizada por la desesperación, corrió hacia el incendio. Pero para que el poder de Dios se manifestara más claramente, todo lo que la multitud intentó proteger fue consumido; pero lo que el hombre santo, yacente e indefenso, defendió, la llama, espantada, lo saltó, rugiendo más allá y más acá, y entre las llamas del incendio, la cabaña que el habitante encerrado protegía, permaneció intacta. La multitud exulta por el milagro y se congratula de haber sido vencida por las virtudes divinas. Día y noche, una multitud innumerable velaba ante la cabaña del pobre; unos deseando curar sus almas, otros sus cuerpos. No se pueden contar las obras que Cristo realizaba en su siervo, quien, aunque enfermo, realizaba virtudes: y cuando no se le podía aplicar ningún remedio a su debilidad, una noche vio a una persona vestida de blanco resplandeciente que parecía levantarlo con la mano extendida, y le ordenaba que se mantuviera firme sobre sus pies: después de esa hora, con los dolores disipados, recuperó su salud anterior de tal manera que al amanecer emprendió el trabajo del viaje sin temor.

CAPÍTULO XX. Cómo los mismos obispos llevaron ayuda celestial a los britanos en la batalla, y así regresaron a casa.

Mientras tanto, los sajones y los pictos, uniendo sus fuerzas, emprendieron la guerra contra los britanos, quienes, por la misma necesidad, se habían reunido en el campamento: y cuando, temerosos, juzgaron que sus fuerzas eran casi desiguales, pidieron la ayuda de los santos obispos: quienes, apresurando su llegada prometida, infundieron tanta confianza a los temerosos, que se creyó que se había unido un gran ejército. Así, con los apóstoles como líderes, Cristo combatía en el campamento. También estaban presentes los venerables días de

Cuaresma, que se volvían más religiosos por la presencia de los sacerdotes, tanto que, instruidos por las predicaciones diarias, el pueblo se apresuraba a recibir la gracia del bautismo. Pues una gran multitud del ejército buscó el agua del baño salvador, y la iglesia, para el día de la Resurrección del Señor, se construyó con ramas, y se preparó en la expedición campestre dentro de la ciudad. El ejército avanza mojado por el bautismo, la fe arde en el pueblo, y despreciando la protección de las armas, se espera la ayuda divina. La disposición o forma de castidad se anuncia a los enemigos, quienes, presumiendo la victoria sobre un ejército desarmado, se apresuran con alegría; sin embargo, su llegada se conoce por exploración. Y cuando, pasada la solemnidad pascual, la mayor parte del ejército, recién salida del baño, intentaba tomar las armas y preparar la batalla, Germán se declara líder de la batalla, elige a los más ágiles, recorre los alrededores, y en el lugar donde se esperaba la llegada del enemigo, observa un valle rodeado de montañas. En ese lugar organiza un nuevo ejército, él mismo como líder de la formación. Y ya se acercaba la feroz multitud enemiga, que los que estaban en emboscada veían acercarse. Entonces, de repente, Germán, el abanderado, advierte a todos, y les predica que respondan a su voz con un solo clamor; y a los enemigos, seguros de que estaban presentes inesperadamente, los sacerdotes gritan "Aleluya" repetido tres veces. Sigue una sola voz de todos, y el clamor elevado, al rebotar en el aire, se multiplica encerrado por las montañas: el ejército enemigo se derrumba de terror, y se cree que la rapidez de los pies apenas es suficiente para la confusión inyectada: huyen por todas partes, arrojan las armas, contentos de haber salvado sus cuerpos desnudos del peligro: muchos, incluso, precipitados por el miedo, fueron devorados por el río que habían cruzado. El ejército inocente contempla su venganza, y se convierte en espectador ocioso de la victoria concedida. Se recogen los despojos expuestos, y el soldado religioso abraza las alegrías de la palma celestial. Los obispos triunfan sobre los enemigos derrotados sin sangre, triunfan con la victoria obtenida por la fe, no por las fuerzas.

Así, asegurada la isla con múltiple seguridad, y superados los enemigos, tanto visibles como invisibles, los obispos preparan su regreso. Para quienes una navegación tranquila, tanto por sus propios méritos como por la intercesión del beato mártir Albano, fue preparada, y una feliz nave los devolvió tranquilos a los deseos de los suyos.

CAPÍTULO XXI. Cómo, al renacer los brotes de la peste pelagiana, Germán, junto con Severo, regresó a Britania, primero devolviendo el andar a un joven cojo, y luego, condenando o corrigiendo a los herejes, devolviendo al pueblo de Dios el paso de la fe.

No mucho tiempo después, se anunció desde la misma isla que la perversidad pelagiana se estaba extendiendo nuevamente por unos pocos autores: y nuevamente se llevaron las súplicas de todos los sacerdotes al beatísimo varón, para que defendiera la causa de Dios, que antes había obtenido. A cuya petición obedeció rápidamente. Pues, habiéndose unido a Severo, un hombre de toda santidad, que era discípulo del beatísimo Padre Lupo, obispo de los trecassenos, y entonces ordenado obispo en Tréveris, predicaba la palabra de Dios a las naciones de la primera Germania, se embarcó, y con los elementos consintiendo, navegó tranquilamente hacia Britania.

Mientras tanto, los espíritus siniestros, volando por toda la isla, anunciaban con vaticinios no deseados la llegada de Germán; tanto que un tal Elafio, el principal de aquella región, se apresuró a encontrarse con los santos sin ninguna relación manifiesta de un mensajero, llevando consigo a su hijo, a quien en el mismo florecimiento de la juventud una lamentable debilidad había condenado. Pues tenía los nervios encogidos con la rodilla contraída, a quien por la sequedad de la pierna se le negaba el uso del pie. Toda la provincia seguía a este Elafio: llegan los sacerdotes, la multitud ignorante se encuentra, inmediatamente se imparte la

bendición, y se profundiza la doctrina de la palabra divina. Reconocen que el pueblo persevera en la fe en la que lo habían dejado: entienden que la culpa es de unos pocos, buscan a los autores, y condenan a los encontrados. Cuando de repente Elafío se arroja a los pies de los sacerdotes, ofreciendo a su hijo, cuya necesidad la misma debilidad alegaba incluso sin súplicas: se produce un dolor común a todos, especialmente a los sacerdotes, quienes, habiendo concebido misericordia, la dirigieron a la clemencia divina: y de inmediato el beato Germán hizo que el joven se sentara, tocó la rodilla encorvada por la debilidad, y recorrió con su mano curativa toda la extensión de la enfermedad, y la salud rápida siguió al toque saludable, la sequedad recuperó su jugo, los nervios sus funciones, y en presencia de todos, al hijo se le devolvió la salud, al padre el hijo. Los pueblos se llenan de asombro por el milagro, y en los corazones de todos se fortalece la fe católica inculcada. Luego, la predicación se dirige al pueblo sobre la corrección de la transgresión, y por sentencia de todos, los autores de la perversidad, que habían sido expulsados de la isla, son llevados a los sacerdotes para ser trasladados al interior, para que tanto la región se beneficiara de la absolución como ellos de la corrección. Y así fue que en esos lugares la fe inmaculada perduró por mucho tiempo desde entonces.

Así, con todo dispuesto, los santos sacerdotes regresaron con la misma prosperidad con la que habían venido. Por su parte, Germán, después de esto, llegó a Rávena para suplicar por la paz del pueblo armoricano, y allí, recibido con la mayor reverencia por Valentiniano y su madre Placidia, migró a Cristo. Su cuerpo, acompañado por un cortejo honorífico y las obras de sus virtudes, fue llevado a su ciudad. No mucho después, Valentiniano fue asesinado por los satélites del patricio Aecio, a quien había matado, en el sexto año del reinado de Marciano, con quien cayó también el reino de Hesperia.

CAPÍTULO XXII. Cómo los britanos, al cesar temporalmente los extranjeros, se destruyeron a sí mismos con guerras civiles, y se sumergieron en mayores delitos.

Mientras tanto, en Britania se cesó por un tiempo de los extranjeros, pero no de las guerras civiles. Permanecían las ruinas de las ciudades destruidas y abandonadas por el enemigo, y los ciudadanos que habían escapado del enemigo luchaban entre sí. Sin embargo, con la memoria aún reciente de la calamidad y el desastre infligido, los reyes, sacerdotes, privados y nobles mantenían, en la medida de lo posible, su orden. Pero al morir ellos, cuando sucedió una generación ignorante de aquella tempestad, y que solo había experimentado el estado de la presente serenidad, todos los controles de la verdad y la justicia fueron tan sacudidos y subvertidos, que no digo que no quedara rastro de ellos, sino que ni siquiera memoria, excepto en unos pocos, y muy pocos. Quienes, entre otros hechos de crímenes inenarrables, que su historiador Gildas describe con un discurso lamentable, añadían también esto, que nunca predicarían la palabra de fe a la nación de los sajones o anglos que habitaban con ellos en Britania. Pero la divina piedad no abandonó a su pueblo, que había previsto, sino que envió a la mencionada nación predicadores de la verdad mucho más dignos, por quienes creyeran.

CAPÍTULO XXIII. Cómo el santo papa Gregorio, enviando a Agustín con monjes a predicar a la nación de los anglos, también los confortó con una carta exhortatoria para que no cesaran de trabajar.

En el año quinientos ochenta y dos de la Encarnación del Señor, Mauricio, el quincuagésimo cuarto desde Augusto, asumió el imperio, y lo mantuvo durante veintiún años. En el décimo año de su reinado [592], Gregorio, varón destacado en doctrina y acción, fue elegido para el pontificado de la sede romana y apostólica, y gobernó trece años, seis meses y diez días;

quien, instigado por inspiración divina, en el decimocuarto año del mismo príncipe, y alrededor del ciento cincuenta desde la llegada de los anglos a Britania, envió al siervo de Dios Agustín, y a otros muchos monjes temerosos del Señor, a predicar la palabra de Dios a la nación de los anglos. Quienes, obedeciendo las órdenes pontificias, comenzaron a emprender la obra mencionada, y ya habiendo avanzado un poco en el camino, asustados por un temor inerte, pensaron en regresar a casa, en lugar de dirigirse a una nación bárbara, salvaje e incrédula, cuya lengua ni siquiera conocían, y decidieron por consejo común que esto era más seguro. Sin demora, envían de regreso a Agustín, a quien el beato Gregorio había dispuesto ordenar obispo para ellos si eran recibidos por los anglos, para que con humilde súplica obtuviera del beato Gregorio que no debieran emprender un viaje tan peligroso, laborioso e incierto. A quienes él, enviando cartas exhortatorias, les aconseja que, confiando en la ayuda divina, prosigan en la obra de la palabra. De las cuales, la forma de dichas cartas es la siguiente:

Gregorio, siervo de los siervos de Dios, a los siervos de nuestro Señor.

«Porque es mejor no comenzar cosas buenas, que retroceder de las que se han comenzado por pensamiento, es necesario, amadísimos hijos, que con el mayor empeño completéis la buena obra que, con la ayuda del Señor, habéis comenzado. Que no os desanime, pues, el trabajo del camino, ni las lenguas de los maledicentes: sino que con toda insistencia y fervor, llevad a cabo lo que habéis comenzado, con Dios como autor, sabiendo que un gran trabajo es seguido por una mayor gloria de retribución eterna. Obedeced humildemente en todo al que regresa, Agustín, vuestro superior, a quien también hemos constituido abad para vosotros: sabiendo que será de provecho para vuestras almas en todo lo que se cumpla de sus advertencias. Que el Dios todopoderoso os proteja con su gracia, y os conceda ver el fruto de vuestro trabajo en la patria eterna; para que, aunque no pueda trabajar con vosotros, me encuentre con vosotros en el gozo de la retribución, porque quiero trabajar, ciertamente. Que Dios os guarde sanos, amadísimos hijos. Dado el día décimo de las calendas de agosto, en el decimocuarto año del reinado de nuestro señor Mauricio Tiberio, piadosísimo Augusto, después de su consulado, en el decimotercer año, en la indicción decimocuarta.»

CAPÍTULO XXIV. Cómo envió una carta al obispo de Arlés para su recepción.

También envió entonces el mismo venerable pontífice una carta a Etherio, obispo de Arlés [616], para que recibiera amablemente a Agustín, que se dirigía a Britania, cuyo texto es el siguiente:

«Al reverendísimo y santísimo hermano Etherio, coobispo, Gregorio, siervo de los siervos de Dios.

«Aunque los hombres religiosos no necesitan recomendación alguna entre los sacerdotes que tienen caridad agradable a Dios; sin embargo, como se ha presentado la oportunidad de escribir, hemos cuidado de enviar nuestras cartas a vuestra fraternidad: informando que hemos enviado allí, por la utilidad de las almas, al siervo de Dios Agustín, de cuyo celo estamos seguros, junto con otros siervos de Dios, a quienes vuestra santidad debe ayudar con celo sacerdotal, y apresurarse a brindarles su apoyo. A quien también, para que podáis estar más dispuestos a ayudar, os hemos encargado que le indiquéis detalladamente la causa. Sabiendo que, al conocerla, os dedicaréis con toda devoción a brindar apoyo, porque la situación lo exige. Además, recomendamos en todo a vuestra caridad a Cándido, el presbítero, nuestro hijo común, a quien hemos enviado para la administración del patrimonio de nuestra Iglesia. Que Dios te guarde sano, reverendísimo hermano. Dado el día décimo de

las calendas de agosto, en el decimocuarto año del reinado de nuestro señor Mauricio Tiberio, piadosísimo Augusto, después de su consulado, en el decimotercer año, en la indicción decimocuarta.»

CAPÍTULO XXV. Cómo, al llegar a Britania, Agustín primero predicó al rey de los cantenses en la isla de Thanet; y así, obtenida de él la licencia, entró en Kent para predicar.

Fortalecido, pues, por la confirmación del beato Padre Gregorio, Agustín, con los siervos de Cristo que estaban con él, regresó a la obra de la palabra, y llegó a Britania [597]. En ese tiempo, el rey Ethelberto era muy poderoso en Kent, quien había extendido los límites de su imperio hasta el confín del gran río Humber, que separa a los pueblos anglos del sur y del norte. Hay, además, en la parte oriental de Kent, una isla no pequeña llamada Thanet, es decir, de magnitud según la costumbre de estimación de los anglos, de seiscientas familias, que es separada de la tierra continental por el río Wantsum, que tiene una anchura de aproximadamente tres estadios, y solo es transitable en dos lugares: pues ambos extremos se extienden hacia el mar. En esta, pues, desembarcó el siervo del Señor Agustín, y sus compañeros, unos cuarenta hombres según se dice. Y, siguiendo la orden del beato papa Gregorio, tomaron intérpretes de la nación de los francos, y enviaron al rey Ethelberto, anunciando que habían venido de Roma, y traían un mensaje excelente, que prometía, sin ninguna duda, a quienes obedecieran, gozos eternos en los cielos, y un reino sin fin con el Dios vivo y verdadero. Al oír esto, ordenó que permanecieran en la isla a la que habían llegado, y que se les proveyera lo necesario hasta que decidiera qué hacer con ellos. Pues ya antes le había llegado la fama de la religión cristiana, ya que tenía una esposa cristiana de la nobleza franca, llamada Berta; a quien había recibido de sus padres con la condición de que se le permitiera conservar inviolado el rito de su fe y religión, con el obispo que le habían dado como ayudante de su fe, llamado Liudhard.

Después de algunos días, el rey vino a la isla, y sentado al aire libre, ordenó que Agustín y sus compañeros vinieran a su presencia para una conversación. Pues había prevenido que no entraran en ninguna casa para verlo, usando un antiguo augurio, para que no lo engañaran superándolo con su llegada, si tenían alguna arte maligna. Pero ellos venían no con poder demoníaco, sino divino, llevando una cruz como estandarte, y una imagen del Señor Salvador pintada en una tabla, y cantando letanías, suplicaban al Señor por su salvación eterna y la de aquellos por quienes y a quienes venían. Y cuando, a la orden del rey, se sentaron, predicaron la palabra de vida a él y a todos sus acompañantes, él respondió diciendo: «Ciertamente son hermosas las palabras y promesas que traéis; pero como son nuevas e inciertas, no puedo darles mi asentimiento, dejando las que he mantenido durante tanto tiempo con toda la nación de los anglos. Sin embargo, ya que habéis venido aquí como peregrinos de lejos, y como me parece haber percibido, deseabais comunicarnos lo que creáis verdadero y óptimo; no queremos ser molestos con vosotros: más bien, nos preocupamos por recibirlos con hospitalidad benigna, y proveer lo necesario para vuestro sustento: ni prohibimos que a todos los que podáis, los unáis a vuestra fe religiosa predicando.» Así, les dio una residencia en la ciudad de Canterbury, que era la metrópoli de todo su imperio, y no les retiró, como había prometido, la administración del sustento temporal, ni la licencia de predicar. Se dice que al acercarse a la ciudad, según su costumbre, con la santa cruz, y la imagen del gran rey nuestro Señor Jesucristo, entonaban esta letanía con voz unánime: «Te suplicamos, Señor, en toda tu misericordia, que apartes tu ira y furor de esta ciudad, y de tu casa santa, porque hemos pecado. Aleluya.»

CAPÍTULO XXVI. Cómo el mismo, en Kent, imitó la doctrina y vida de la Iglesia primitiva, y recibió en la ciudad del rey la sede episcopal.

Y cuando entraron en la residencia que se les había dado, comenzaron a imitar la vida apostólica de la Iglesia primitiva [597]; sirviendo con oraciones asiduas, vigiliias y ayunos, predicando la palabra de vida a quienes podían, despreciando todas las cosas de este mundo como ajenas, recibiendo solo lo necesario para el sustento de aquellos a quienes enseñaban, viviendo en todo según lo que enseñaban, y teniendo el ánimo dispuesto a sufrir cualquier adversidad, o incluso a morir por la verdad que predicaban. ¿Qué más? Algunos creyeron y fueron bautizados, admirando la simplicidad de la vida inocente y la dulzura de su doctrina celestial. Había cerca de la ciudad, hacia el este, una iglesia en honor de San Martín, construida antiguamente, cuando aún los romanos habitaban Britania, en la que la reina, de quien hemos dicho que era cristiana, solía orar. En esta, pues, comenzaron a reunirse, cantar salmos, orar, celebrar misas, predicar y bautizar; hasta que, convertido el rey a la fe, recibieron mayor licencia para predicar por todas partes, y para construir o restaurar iglesias.

Y cuando él mismo, entre otros, deleitado por la vida purísima de los santos, y por sus promesas suavísimas, que habían demostrado ser verdaderas con la manifestación de muchos milagros, creyó y fue bautizado, comenzaron a acudir más a escuchar la palabra, y dejando el rito de la gentilidad, a unirse creyendo a la unidad de la santa Iglesia de Cristo. Se dice que el rey se congratuló tanto de la fe y conversión de ellos, que no obligó a nadie a convertirse al cristianismo; sino que solo abrazaba con mayor amor a los creyentes, como conciudadanos suyos del reino celestial. Pues había aprendido de sus doctores y autores de su salvación, que el servicio de Cristo debía ser voluntario, no forzado. No tardó en donar a sus doctores un lugar para su sede, acorde a su grado, en la metrópoli de Canterbury, y también en conferirles posesiones necesarias en diversas formas.

CAPÍTULO XXVII. Cómo el mismo, hecho obispo, informó al papa Gregorio de lo que se había hecho en Britania, y al mismo tiempo pidió y recibió respuestas a sus necesidades.

Mientras tanto, el hombre de Dios, Agustín, llegó a Arlés y fue ordenado arzobispo de los anglos por el arzobispo de esa ciudad, Etherius, según las instrucciones que había recibido del santo Padre Gregorio. [DXCVII] Regresó a Bretaña y envió inmediatamente a Roma al presbítero Lorenzo y al monje Pedro, para informar al bendito pontífice Gregorio que la gente de los anglos había aceptado la fe de Cristo y que él había sido hecho obispo. [DXCVIII] Al mismo tiempo, solicitó su consejo sobre las cuestiones que parecían necesarias. No tardó en recibir respuestas adecuadas a sus preguntas, las cuales consideramos conveniente incluir en nuestra Historia.

I. Pregunta del bendito [Al. om. bendito] Agustín, obispo de la Iglesia de los Cantuarios. Sobre los obispos, cómo deben comportarse con sus clérigos, o sobre lo que se ofrece al altar [Al., altar] por las ofrendas de los fieles; cuántas porciones deben hacerse y cómo debe actuar el obispo en la Iglesia.

Respondió el papa Gregorio [Al., respuesta del papa Gregorio] de la ciudad de Roma. La Sagrada Escritura da testimonio, lo cual no hay duda de que conoces bien, especialmente las Epístolas de San Pablo a Timoteo, en las que se esforzó por instruirlo sobre cómo debía comportarse en la casa de Dios. La costumbre de la sede apostólica es dar instrucciones a los obispos ordenados, para que en todo estipendio que se reciba, se hagan cuatro porciones; una, a saber, para el obispo y su familia por la hospitalidad y acogida; otra para el clero; la tercera para los pobres; y la cuarta para la reparación de las iglesias. Pero como tu fraternidad ha sido instruida en las reglas del monasterio, no debe vivir separada [Al., vivir] de sus clérigos, en la

Iglesia de los anglos, que por la gracia de Dios ha sido recientemente llevada a la fe, debe establecerse esta forma de vida que fue al principio de la Iglesia naciente para nuestros padres; en la que ninguno de ellos decía que algo de lo que poseían era suyo, sino que todo era común entre ellos.

Si hay clérigos fuera de los órdenes sagrados que no pueden contenerse, deben tomar esposas y recibir sus estipendios externamente. Porque también de las mismas partes [Al., partes] de las que hemos hablado, sabemos que está escrito que se dividía a cada uno según lo que necesitaba (Hechos IV, 35). También se debe pensar y proveer para su estipendio, y deben ser mantenidos bajo la regla eclesiástica, para que vivan con buenas costumbres, vigilen en el canto de los salmos, y conserven su corazón, lengua y cuerpo para Dios, el autor, alejados de todo lo ilícito. Pero para aquellos que viven en vida común, ¿qué debemos decir sobre hacer porciones, ofrecer hospitalidad y cumplir con la misericordia? Cuando todo lo que sobra debe ser distribuido en causas piadosas y religiosas, enseñando el Señor de todo: "Lo que sobra, dadlo como limosna, y he aquí que todo es puro para vosotros" (Lucas XI, 41).

II. Pregunta de Agustín. Si hay una sola fe, ¿por qué hay diferentes costumbres en las Iglesias, y una costumbre de misas en la santa Iglesia Romana, y otra en las Galias?

Respondió el papa Gregorio. Tu fraternidad conoce la costumbre de la Iglesia Romana, en la que recuerda haber sido criada. Pero me agrada [Al. añade que], ya sea en la Romana, en la de las Galias, o en cualquier Iglesia, si encuentras algo que pueda agrandar más al Dios omnipotente, elijas cuidadosamente, y en la Iglesia de los anglos, que aún es nueva en la fe, infundas con una institución principal lo que has podido recoger de muchas Iglesias. No se deben amar las cosas por los lugares, sino los lugares por las cosas buenas. Por lo tanto, elige de cada Iglesia lo que es piadoso, religioso y recto, y deposítalo como un manojito recogido en las mentes de los anglos como costumbre.

III. Pregunta de Agustín. Ruego saber qué debe sufrir quien haya robado algo de la Iglesia.

Respondió Gregorio. Tu fraternidad [Grat., caus. XII, q. 2, c. 11] puede considerar esto según la persona del ladrón, cómo puede ser corregido. Hay algunos que, teniendo recursos, cometen robo; y hay otros que delinquen en esto por necesidad: por lo que es necesario que algunos sean corregidos con pérdidas, otros con azotes; y algunos más estrictamente [Al. estrictamente], otros más levemente. Y cuando se actúa un poco más estrictamente, debe hacerse con caridad, y no con furia: porque se hace esto para que el corregido no sea entregado a los fuegos del infierno. Así debemos mantener la disciplina con los fieles, como los buenos padres suelen hacerlo con sus hijos carnales, a quienes golpean con azotes por sus faltas, y sin embargo buscan tener como herederos a aquellos a quienes afligen con dolores; y guardan lo que poseen para aquellos a quienes parecen perseguir con ira. Esta caridad debe mantenerse en la mente, y ella misma dicta [Al., dicte] el modo de corrección, de modo que la mente no haga nada fuera de la regla de la razón. Añades [Al., añades, añadas] también cómo deben devolver lo que han robado de las Iglesias. Pero no debe ser que la Iglesia reciba con aumento lo que parece perder de las cosas terrenales, y busque ganancias de cosas vanas.

IV. Pregunta de Agustín. ¿Pueden dos hermanos tomar cada uno una hermana, que son de larga descendencia de ellos?

Respondió Gregorio. Esto se puede hacer de todas las maneras: pues no se encuentra en las sagradas escrituras algo que parezca contradecir este capítulo.

V. Pregunta de Agustín. ¿Hasta qué generación deben los fieles unirse en matrimonio con sus parientes? y si es lícito unirse en matrimonio con madrastras y parientes?

Respondió Gregorio. Una cierta ley terrenal [Grat., XXXV, q. 2, c. 20] en la república romana permite que un hermano y una hermana, o el hijo y la hija de dos hermanos o dos hermanas se mezclen. Pero hemos aprendido por experiencia que de tal matrimonio no puede surgir descendencia. Y la ley sagrada prohíbe revelar la deshonra de la consanguinidad. Por lo tanto, es necesario que la tercera o cuarta generación de fieles pueda unirse libremente: pues la segunda que mencionamos, debe abstenerse de todas las maneras. Sin embargo, mezclarse con una madrastra es un grave crimen, porque está escrito en la ley: "No descubrirás la desnudez de tu padre" (Levítico XVIII, 7). Pues el hijo no puede descubrir la desnudez de su padre. Pero porque está escrito: "Serán dos en una sola carne" (Génesis II, 24), quien se atreva a descubrir la desnudez de la madrastra, que fue una sola carne con el padre, ciertamente ha descubierto la desnudez del padre. También está prohibido mezclarse con una pariente, porque por la unión anterior se había hecho carne del hermano. Por esta razón, Juan el Bautista fue decapitado y consumado en santo martirio, a quien no se le dijo que negara a Cristo, y [Al. añade sin embargo] fue asesinado por la confesión de Cristo; pero porque el mismo Señor nuestro Jesucristo dijo: "Yo soy la verdad" (Juan XIV, 6); porque Juan fue asesinado por la verdad, evidentemente también derramó su sangre por Cristo. Pero como hay muchos en la gente de los anglos que, mientras aún estaban en la infidelidad, se dice que se mezclaron en este nefando matrimonio, al venir a la fe deben ser advertidos para que se abstengan, y reconozcan que es un grave pecado. Deben temer el juicio tremendo de Dios, para que no incurran en los tormentos del castigo eterno por la deleitación [Al., delectación] carnal. Sin embargo, no deben ser privados de la comunión del sagrado cuerpo y sangre del Señor por esta razón, para que no parezca que se castiga en ellos lo que se comprometieron por ignorancia antes del baño del bautismo. En este tiempo, la santa Iglesia corrige algunas cosas con fervor, tolera otras con mansedumbre, disimula otras por consideración, y así lleva y disimula, que a menudo reprime el mal que se opone llevando y disimulando. Pero todos los que vienen a la fe deben ser advertidos para que no se atrevan a hacer tal cosa. Si algunos lo han hecho, deben ser privados de la comunión del cuerpo y sangre del Señor: porque así como en aquellos que lo hicieron por ignorancia, la culpa debe ser tolerada en cierta medida, así en aquellos que no temen pecar a sabiendas, debe ser perseguida con fuerza.

VI. Pregunta de Agustín. Si hay una gran distancia de viaje, de modo que los obispos no puedan reunirse fácilmente, ¿debe un obispo ser ordenado sin la presencia de otros obispos?

Respondió Gregorio. Y ciertamente en la Iglesia de los anglos, en la que aún solo tú eres encontrado como obispo [Ver l. III, 28; IV, 2], puedes ordenar un obispo de otra manera que sin obispos. Pues cuando vienen obispos de las Galias [Al., vengán], que asistan como testigos en la ordenación de un obispo. Pero queremos que tu fraternidad ordene obispos [Grat., dist. LXXX, c. 6], de modo que los obispos no estén separados por un largo intervalo; para que no haya necesidad de que en la ordenación de un obispo, otros pastores cuya presencia es muy útil, deban reunirse fácilmente. Por lo tanto, cuando con la ayuda de Dios los obispos hayan sido ordenados en lugares cercanos, la ordenación de obispos no debe hacerse sin la presencia de tres o cuatro obispos reunidos. Pues en las mismas cosas espirituales, para que se dispongan sabiamente y con madurez, podemos tomar ejemplo incluso de las cosas carnales. Ciertamente, cuando se celebran matrimonios en el mundo, se convocan los casados, para que aquellos que ya han precedido en el camino del matrimonio, se mezclen en el gozo de la unión subsiguiente. ¿Por qué no, entonces, en esta ordenación espiritual, en la que a través del sagrado ministerio el hombre se une a Dios, se reúnan tales

personas, que se alegren en el progreso [Al., progreso] del obispo ordenado, o que juntos ofrezcan oraciones a Dios omnipotente por su custodia?

VII. Pregunta de Agustín. ¿Cómo debemos tratar con los obispos de las Galias y de Bretaña?

Respondió Gregorio. No te damos ninguna autoridad sobre los obispos de las Galias [Al., obispos] [Grat., XXV, q. 2, c. 3]: porque desde los tiempos antiguos de mis predecesores, el obispo de Arlés ha recibido el palio, al cual no debemos privar de la autoridad recibida. Si, por lo tanto, sucede que tu fraternidad pasa a la provincia de las Galias, debe tratar con el mismo obispo de Arlés, para que, si hay vicios en los obispos, sean corregidos. Si acaso es tibio en el vigor de la disciplina, debe ser encendido por el celo de tu fraternidad. También le hemos escrito cartas [Lib. XI, indict. 4, epist. 68], para que con la presencia de tu santidad en las Galias, él también ayude con toda su mente, y lo que es contrario al mandato de nuestro Creador, sea reprimido de las costumbres de los obispos. Sin embargo, no podrás juzgar a los obispos de las Galias fuera de tu propia autoridad [Al., de la propia autoridad]; pero persuadiendo, halagando, y mostrando también buenas obras para su imitación, reforma las mentes de los perversos hacia los estudios de santidad: porque está escrito en la ley: "Al pasar por la mies ajena, no debes meter la hoz, sino recoger las espigas con la mano y comer" (Deuteronomio XXIII, 25; Grat., VI, q. 3). No puedes meter la hoz del juicio en esa mies que parece haber sido encomendada a otro; pero a través del afecto de la buena obra, despoja de las pajas de sus vicios el trigo del Señor, y conviértelo en el cuerpo de la Iglesia, amonestando y persuadiendo como masticando. Pero todo lo que debe hacerse con autoridad, debe hacerse con el mencionado obispo de Arlés, para que no se omita lo que la antigua institución de los Padres encontró [Al. añade efecto]. En cuanto a los obispos de Bretaña, encomendamos todos a tu fraternidad, para que los indoctos sean enseñados, los débiles sean fortalecidos con persuasión, y los perversos sean corregidos con autoridad.

VIII. Pregunta de Agustín. ¿Debe una mujer embarazada ser bautizada? o después de dar a luz, ¿cuánto tiempo debe esperar para entrar en la iglesia? o para que no muera lo que ha dado a luz, ¿cuántos días después puede recibir los sacramentos del sagrado bautismo? o ¿cuánto tiempo después puede su esposo unirse a ella en la copulación carnal? o si está en su período menstrual, ¿puede entrar en la iglesia, o recibir los sacramentos de la sagrada comunión? o si un hombre ha estado con su esposa, antes de lavarse con agua, ¿puede entrar en la iglesia? o incluso acercarse al misterio de la sagrada comunión? Todas estas cosas deben ser conocidas por la ruda gente de los anglos.

Respondió Gregorio. No dudo que tu fraternidad haya sido preguntada sobre esto, a lo cual ya creo haber respondido. Pero lo que tú mismo pudiste decir y sentir, creo que quisiste que mi respuesta lo confirmara. Pues, ¿por qué no debe ser bautizada una mujer embarazada, cuando la fecundidad de la carne no es culpa ante los ojos del Dios omnipotente? Porque cuando nuestros primeros padres pecaron en el paraíso, perdieron la inmortalidad que habían recibido por el justo juicio de Dios. Porque el mismo Dios omnipotente no quiso extinguir completamente al género humano por su culpa, y le quitó la inmortalidad al hombre por su pecado; y sin embargo, por la benignidad de su piedad, le reservó la fecundidad de la descendencia. Por lo tanto, lo que se ha conservado a la naturaleza humana por el don del Dios omnipotente, ¿cómo puede ser prohibido de la gracia del sagrado bautismo? En ese misterio, en el que toda culpa es completamente extinguida, es muy insensato pensar que el don de la gracia pueda ser contradicho. Cuando una mujer ha dado a luz [Grat., dist. V, c. 1], ¿cuántos días debe esperar para entrar en la iglesia? Has aprendido por el precepto del Antiguo Testamento [Levítico XI], que por un varón debe abstenerse treinta y tres días, y por una hembra sesenta y seis días. Sin embargo, esto debe entenderse en un sentido místico.

Pues si en la misma hora en que da a luz, entra en la iglesia para dar gracias, no está gravada con el peso del pecado: porque el placer de la carne, no el dolor, está en la culpa. En la mezcla carnal hay placer; pero en el parto hay gemido. Por lo tanto, si prohibimos a una mujer que ha dado a luz entrar en la iglesia, consideramos su propio dolor como culpa. Sin embargo, bautizar a una mujer que ha dado a luz, o a lo que ha dado a luz, si está en peligro de muerte, ya sea en la misma hora en que da a luz [Al., dio a luz], o lo que ha nacido, en la misma hora en que nació, no está prohibido de ninguna manera: porque la gracia del santo misterio, así como debe ser proporcionada con gran discreción a los que viven y disciernen, también debe ser ofrecida sin demora a aquellos a quienes la muerte amenaza; para que mientras se busca aún tiempo para ofrecer el misterio de la redención, no se encuentre, por una pequeña demora, que no hay quien sea redimido.

A su concubina, su esposo no debe acercarse hasta que el que ha sido engendrado sea destetado. Sin embargo, ha surgido una costumbre errónea entre los casados, donde las mujeres desprecian alimentar a los hijos que engendran, entregándolos a otras mujeres para que los críen. Esto parece haber sido inventado únicamente por la causa de la incontinenia: ya que, al no querer abstenerse, desprecian amamantar a los que engendran. Por lo tanto, aquellas que, por mala costumbre, entregan a sus hijos a otros para que los críen, no deben unirse a sus esposos hasta que haya pasado el tiempo de purificación: ya que, incluso sin la causa del parto, cuando están retenidas por sus menstruaciones habituales, se les prohíbe unirse a sus esposos; de tal manera que la ley sagrada castiga con la muerte si un hombre se acerca a una mujer menstruante (Levítico X). Sin embargo, una mujer que sufre su menstruación no debe ser prohibida de entrar en la iglesia; porque la superfluidad de la naturaleza no puede ser considerada como culpa: y por lo que sufre involuntariamente, no es justo que se le prive de entrar en la iglesia. Sabemos que la mujer que sufría flujo de sangre, viniendo humildemente detrás del Señor, tocó el borde de su manto, y de inmediato su enfermedad la dejó (Lucas VIII). Si, por lo tanto, en su flujo de sangre pudo tocar laudablemente el manto del Señor, ¿por qué no se le permitiría a una mujer que sufre su menstruación entrar en la iglesia del Señor? Pero dices: Aquella fue impulsada por su enfermedad; estas de las que hablamos, están constreñidas por la costumbre. Considera, querido hermano, que todo lo que sufrimos en esta carne mortal es ordenado por el justo juicio de Dios después de la culpa. Porque tener hambre, sed, calor, frío, cansancio, es por la debilidad de la naturaleza. ¿Y qué es buscar alimento contra el hambre, bebida contra la sed, aire contra el calor, ropa contra el frío, descanso contra el cansancio, sino explorar un remedio contra las enfermedades? Por lo tanto, el flujo menstrual de las mujeres es una enfermedad. Si, por lo tanto, bien presumió quien tocó el manto del Señor estando enferma, lo que se concede a una persona enferma, ¿por qué no se concedería a todas las mujeres que están enfermas por el defecto de su naturaleza? No debe prohibirse recibir el misterio de la santa comunión en esos días. Si, sin embargo, por gran veneración no se atreve a recibirlo, es digna de alabanza; pero si lo recibe, no debe ser juzgada. Es propio de las buenas mentes reconocer sus faltas incluso donde no hay culpa; porque a menudo se hace sin culpa lo que proviene de la culpa: de donde también, cuando tenemos hambre, comemos sin culpa, lo cual se debe a la culpa del primer hombre que hizo que tuviéramos hambre. La costumbre menstrual de las mujeres no es culpa alguna, ya que ocurre naturalmente. Pero, sin embargo, que la naturaleza misma esté tan viciada que incluso sin el deseo de la voluntad parezca estar contaminada, es un defecto que proviene de la culpa, en el cual la naturaleza humana reconoce cómo ha sido hecha por el juicio. Y el hombre que cometió la culpa voluntariamente, lleva el peso de la culpa involuntariamente. Por lo tanto, las mujeres deben considerarse a sí mismas, y si en su costumbre menstrual no se atreven a acercarse al

sacramento del cuerpo y sangre del Señor, son dignas de alabanza por su recta consideración; pero si, al recibirlo, son llevadas por el amor al mismo misterio por la costumbre de una vida religiosa, no deben ser reprendidas, como hemos dicho antes. Porque así como en el Antiguo Testamento se observan las obras exteriores, en el Nuevo Testamento, no tanto lo que se hace exteriormente, sino lo que se piensa interiormente, se atiende con intención cuidadosa, para que sea castigado con juicio sutil. Porque aunque la ley prohíbe comer muchas cosas como inmundas; en el Evangelio, sin embargo, el Señor dice: No lo que entra en la boca contamina al hombre; sino lo que sale de la boca, eso contamina al hombre (Mateo XV, 11). Y poco después añadió explicando: Del corazón salen los malos pensamientos (Mateo XV, 19). Donde se indica abundantemente que lo que se muestra contaminado en la obra por el Dios omnipotente, es lo que se genera desde la raíz de un pensamiento contaminado. Por lo tanto, también el apóstol Pablo dice: Todo es puro para los puros, pero para los contaminados e infieles nada es puro (Tito I, 15). Y de inmediato, anunciando la causa de su contaminación, añade: Porque están contaminados tanto su mente como su conciencia. Si, por lo tanto, la comida no es inmunda para aquel cuya mente no está inmunda: ¿por qué lo que una mujer con mente pura sufre por naturaleza, se considera inmundicia?

El hombre que duerme con su propia esposa (Grat., de poenit. dist. VII, q. 4, c. 7), no debe entrar en la iglesia a menos que se haya lavado con agua; pero ni siquiera lavado debe entrar de inmediato. La ley, sin embargo, ordenó al pueblo antiguo que el hombre que se mezclaba con una mujer debía lavarse con agua y no entrar en la iglesia antes del ocaso: lo cual, sin embargo, puede entenderse espiritualmente. Porque el hombre se mezcla con la mujer cuando el alma se une en pensamiento a la concupiscencia ilícita por deleite; porque a menos que primero el fuego de la concupiscencia se apague en la mente, no debe considerarse digno de la congregación de los hermanos, quien se ve agobiado por la maldad de la voluntad perversa. Aunque sobre este asunto las diversas naciones de los hombres tienen diferentes opiniones, y parecen observar otras cosas, siempre ha sido costumbre de los romanos desde tiempos antiguos, después de la mezcla con su propia esposa, buscar la purificación del baño y abstenerse reverentemente un poco de entrar en la iglesia. No decimos esto considerando que el matrimonio sea una culpa; pero porque esta mezcla lícita de la esposa no puede hacerse sin el deseo de la carne, se debe abstener de entrar en el lugar sagrado; porque el deseo mismo no puede estar sin culpa. No fue de adulterio o fornicación, sino de matrimonio legítimo que nació quien decía: He aquí, en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre (Salmo L, 7). Porque quien sabía que fue concebido en iniquidades, lamentaba haber nacido de una falta: porque lleva en la rama la humedad del vicio que extrajo de la raíz. En estas palabras, sin embargo, no llama iniquidad a la mezcla de los cónyuges, sino a la misma voluptuosidad de la mezcla. Hay muchas cosas que se consideran lícitas y legítimas, y sin embargo, en su acto, de alguna manera nos mancillamos; como a menudo, al enojarnos, perseguimos las faltas y perturbamos la tranquilidad de nuestro ánimo: y aunque lo que se hace es recto, no es aprobable que en ello el ánimo se perturbe. Contra los vicios de los delincuentes se había enojado quien decía: Mi ojo se ha turbado por la ira (Salmo VI, 8). Porque no puede el ánimo suspenderse en la luz de la contemplación a menos que esté tranquilo, lamentaba que su ojo estuviera turbado en la ira: porque mientras perseguía las malas acciones abajo, se veía obligado a ser confundido y turbado de la contemplación de las cosas superiores. Y por lo tanto, la ira contra el vicio es laudable, y sin embargo molesta, porque se consideraba que había incurrido en alguna culpa al estar turbado. Por lo tanto, la unión legítima de la carne debe ser por causa de la prole, no del placer; y la mezcla de la carne debe ser por la gracia de crear hijos, no por la satisfacción de los vicios. Si alguien usa a su esposa no llevado por la lujuria del placer, sino solo por la gracia de crear hijos, ciertamente debe ser dejado a su propio juicio sobre el ingreso a la iglesia o la recepción del

misterio del cuerpo y sangre del Señor; porque no debe ser prohibido recibir, quien en el fuego no sabe arder. Pero cuando no es el amor de engendrar descendencia, sino la voluntad la que domina en la obra de la mezcla: los cónyuges tienen también de su mezcla algo que lamentar. Esto les concede la santa predicación, y sin embargo, de esta concesión, el temor sacude el ánimo. Porque cuando el apóstol Pablo decía: Quien no puede contenerse, tenga su esposa, inmediatamente se apresuró a añadir: Pero esto lo digo como concesión, no como mandato (I Cor. VII, 9). Porque no se concede lo que es lícito, porque es justo. Lo que, por lo tanto, dijo que concedía, demostró que era culpa. Con mente vigilante debe considerarse que en el monte Sinaí, cuando el Señor iba a hablar al pueblo, primero ordenó a ese mismo pueblo abstenerse de las mujeres. Y si allí, donde el Señor hablaba a través de una criatura sujeta a los hombres, se requirió tanta previsión de pureza corporal, para que quienes recibieran las palabras de Dios no estuvieran mezclados con mujeres; cuánto más deben las mujeres, que reciben el cuerpo del Señor omnipotente, guardar en sí mismas la pureza de la carne, para que no sean agobiadas por la magnitud inestimable del misterio. De aquí también se dice al sacerdote sobre los jóvenes de David, que si estaban limpios de mujeres, podían recibir los panes de la proposición, que de ninguna manera recibirían, a menos que David primero confesara que estaban limpios de mujeres. Entonces, el hombre que después de la mezcla con su esposa se ha lavado con agua, también puede recibir el misterio de la sagrada comunión, cuando, según la sentencia prefijada, también le es permitido entrar en la iglesia.

IX. Pregunta de Agustín. Si después de la ilusión que suele ocurrir en sueños, cualquiera puede recibir el cuerpo del Señor; o, si es sacerdote, celebrar los sagrados misterios.

Respondió Gregorio. Este, de hecho, el Testamento de la ley antigua (Grat. dist. VI, c. 1), como ya dijimos en el capítulo anterior, lo llama contaminado, y a menos que se lave con agua, no se le permite entrar en la iglesia hasta la tarde. Sin embargo, el pueblo espiritual, entendiendo esto de otra manera, lo tomará bajo el mismo entendimiento que hemos mencionado antes: porque es como si se ilusionara en sueños quien es tentado por la inmundicia, se contamina con imágenes reales en la mente; pero debe lavarse con agua, para que las lágrimas laven las culpas de la mente: y a menos que primero el fuego de la tentación se retire, debe reconocerse culpable como hasta la tarde. Pero en la misma ilusión es muy necesaria la discreción, que debe ser considerada sutilmente, de qué cosa proviene a la mente del que duerme: a veces ocurre por glotonería, a veces por superfluidad e infirmitud de la naturaleza, a veces por pensamiento. Y ciertamente, cuando ocurre por superfluidad o infirmitud de la naturaleza, de ninguna manera debe temerse esta ilusión; porque es más de lamentar que el ánimo la haya sufrido sin saberlo, que haberla hecho. Pero cuando el apetito de la gula se lleva más allá de lo debido en la toma de alimentos, y por eso se sobrecargan los receptáculos de los humores, el ánimo tiene de ello alguna culpa, pero no hasta la prohibición de recibir el santo misterio, o de celebrar las solemnes misas: cuando tal vez el día festivo lo exige, o la necesidad obliga a exhibir el misterio, porque no hay otro sacerdote en el lugar. Porque si hay otros que puedan cumplir el ministerio, la ilusión hecha por glotonería no debe prohibir la recepción del santo misterio; pero debe abstenerse humildemente de la inmolación del santo misterio, si no ha perturbado la mente del que duerme con una imagen turpe. Porque hay quienes a menudo tienen una ilusión de tal manera que su mente, incluso estando en el sueño del cuerpo, no se contamina con imágenes turpes. En esto se muestra que la mente misma es culpable, no obstante, no libre en su juicio, ya que, aunque no recuerda haber visto nada mientras el cuerpo dormía, sin embargo, recuerda haber caído en la glotonería mientras estaba despierto. Pero si la ilusión del que duerme surge de un pensamiento turpe del que está despierto, su culpa es evidente: porque ve de qué raíz provino esa contaminación, ya que lo que pensó conscientemente, lo sufrió inconscientemente. Pero debe considerarse si el mismo

pensamiento ocurrió por sugestión, por deleite, o, lo que es más grave, por consentimiento del pecado. Todo pecado se completa de tres maneras; a saber, por sugestión, por deleite, por consentimiento. La sugestión, de hecho, es por el diablo, el deleite por la carne, el consentimiento por el espíritu: porque la serpiente sugirió la primera culpa, Eva, como carne, se deleitó, y Adán, como espíritu, consintió: y es necesaria una gran discreción, para que el alma juzgue entre la sugestión y el deleite, entre el deleite y el consentimiento. Porque cuando el espíritu maligno sugiere el pecado en la mente, si no sigue ningún deleite del pecado, el pecado de ninguna manera se ha cometido; pero cuando la carne comienza a deleitarse, entonces el pecado comienza a nacer: si, sin embargo, también consiente deliberadamente, entonces se reconoce que el pecado se ha completado. En la sugestión, por lo tanto, está el inicio del pecado, en el deleite está el alimento, en el consentimiento está la perfección. Y a menudo sucede que lo que el espíritu maligno siembra en la mente, la carne lo lleva al deleite: pero el alma no consiente en ese deleite. Y aunque la carne no puede deleitarse sin el alma, el alma misma, resistiendo a los placeres de la carne, está de alguna manera atada en el deleite carnal, para que le contradiga con razón, para que no consienta; y sin embargo, está atada en el deleite, pero lamenta vehementemente estar atada. De donde también aquel soldado principal del ejército celestial gemía diciendo: Veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo en la ley del pecado que está en mis miembros (Romanos VII, 23). Si, sin embargo, era cautivo, no luchaba; pero también luchaba: por lo tanto, era cautivo y luchaba. Luchaba, por lo tanto, contra la ley de la mente, a la que la ley que está en los miembros se oponía. Si, sin embargo, luchaba, no era cautivo. He aquí, por lo tanto, que el hombre es, por así decirlo, cautivo y libre; libre por la justicia que ama, cautivo por el deleite que lleva involuntariamente.

CAPÍTULO XXVIII. Cómo el papa Gregorio envió una carta al obispo de Arlés, para ayudar a Agustín en la obra de Dios.

Hasta aquí las respuestas del bendito papa Gregorio a las consultas del reverentísimo obispo Agustín. La carta que menciona haber enviado al obispo de Arlés, la había dado a Virgilio, sucesor de Etherius [DCI]: cuya forma es la siguiente:

«Al reverentísimo y santísimo hermano Virgilio, coobispo, Gregorio, siervo de los siervos de Dios.

Cuánto afecto debe mostrarse a los hermanos que vienen voluntariamente, se conoce por el hecho de que a menudo se les invita por causa de la caridad. Y por lo tanto, si el hermano común, el obispo Agustín, llega a vosotros, que vuestra devoción lo reciba afectuosa y dulcemente, como es debido, para que lo consuele con el bien de su consuelo y enseñe a otros cómo debe cultivarse la caridad fraterna. Y puesto que a menudo sucede que aquellos que están lejos son los primeros en conocer lo que debe corregirse: si acaso trae a vuestra fraternidad las culpas de sacerdotes u otros, investigad todo con él con una investigación sutil, y mostrad en las cosas que ofenden a Dios y provocan su ira, que sois estrictos y solícitos, para que la corrección de otros golpee al culpable con venganza, y la falsa opinión no aflige al inocente. Que Dios te guarde sano y salvo, reverentísimo hermano. Dado el décimo día de las calendas de julio, en el decimonoveno año del reinado de nuestro señor Mauricio Tiberio, piadoso Augusto, después de su consulado, en el decimoctavo año, en la cuarta indicción.»

CAPÍTULO XXIX. Cómo el mismo envió a Agustín el palio, y una carta, y varios ministros de la palabra.

Además, el mismo papa Gregorio envió al obispo Agustín, porque le había sugerido que allí había mucha cosecha, pero pocos obreros, varios colaboradores y ministros de la palabra con sus legatarios antes mencionados [DCI]: entre los cuales los primeros y principales eran Mellitus, Justus, Paulinus, Rufinianus; y a través de ellos, en general, todo lo que era necesario para el culto y el ministerio de la Iglesia, a saber, vasos sagrados, vestimentas de altar, ornamentos de iglesias, y vestimentas sacerdotales o clericales, incluso reliquias de los santos apóstoles y mártires, así como numerosos códices. También envió cartas en las que indicaba que le había enviado el palio, y al mismo tiempo insinuaba cómo debía establecer obispos en Britania; de las cuales el texto es el siguiente:

«Al reverentísimo y santísimo hermano Agustín, coobispo, Gregorio, siervo de los siervos de Dios.

«Dado que es seguro que para aquellos que trabajan por el Dios omnipotente se reservan premios inefables del reino eterno; sin embargo, es necesario que les otorguemos beneficios de honor, para que puedan esforzarse más en el estudio de la obra espiritual a través de la recompensa. Y puesto que la nueva Iglesia de los anglos ha sido llevada a la gracia del Dios omnipotente, con el mismo Señor otorgando y tú trabajando, te concedemos el uso del palio en ella solo para celebrar las solemnes misas: de modo que ordenes doce obispos en cada lugar, que estén sujetos a tu jurisdicción, para que el obispo de la ciudad de Londres siempre en el futuro deba ser consagrado por su propio sínodo, y reciba el palio de honor de esta santa y apostólica sede, a la que sirvo por la gracia de Dios. Queremos que envíes un obispo a la ciudad de York, a quien tú mismo juzgues ordenar; con la condición de que si esa ciudad con los lugares vecinos recibe la palabra de Dios, él también ordene doce obispos y disfrute del honor metropolitano; porque también a él, si la vida lo acompaña, planeamos otorgarle el palio con el favor del Señor, aunque queremos que esté sujeto a la disposición de tu fraternidad; pero después de tu muerte, que presida a los obispos que haya ordenado, de modo que de ninguna manera esté sujeto a la jurisdicción del obispo de Londres. Que haya en el futuro esta distinción de honor entre los obispos de las ciudades de Londres y York, de modo que se considere primero al que haya sido ordenado primero: pero que dispongan unánimemente, con consejo común y acción concorde, lo que debe hacerse por el celo de Cristo; que piensen correctamente, y lo que hayan decidido, lo lleven a cabo sin discrepar entre sí. Tu fraternidad no solo debe tener sujetos a los obispos que haya ordenado, ni solo a aquellos que hayan sido ordenados por el obispo de York, sino también a todos los sacerdotes de Britania, bajo Dios nuestro Señor Jesucristo como autor; para que reciban de la lengua y vida de tu santidad la forma de creer correctamente y vivir bien, y cumpliendo su oficio con fe y costumbres, alcancen los reinos celestiales cuando el Señor lo desee. Que Dios te guarde sano y salvo, reverendísimo hermano. Dado el décimo día de las calendas de julio, en el decimoveno año del reinado de nuestro Señor Mauricio Tiberio, piadosísimo Augusto, en el decimooctavo año después de su consulado, en la cuarta indicción.»

CAPÍTULO XXX. Ejemplo de la carta que envió a Mellito, abad que iba a Britania.

Después de que los mencionados legados partieron, el bendito Padre Gregorio envió tras ellos cartas dignas de mención, en las que muestra claramente cuán diligentemente veló por la salvación de nuestra gente, escribiendo así:

«Al amadísimo hijo Mellito, abad, Gregorio, siervo de los siervos de Dios.

«Después de la partida de nuestra congregación que está contigo, hemos quedado muy preocupados, porque no hemos tenido noticias de la prosperidad de vuestro viaje. Por tanto, cuando Dios omnipotente os haya llevado al reverendísimo hermano nuestro, el obispo Agustín, decidle lo que he pensado durante mucho tiempo sobre la causa de los anglos: a saber, que los templos de los ídolos no deben ser destruidos en esa gente; sino que los ídolos que están en ellos deben ser destruidos; que se haga agua bendita, se rocíe en esos mismos templos, se construyan altares, se coloquen reliquias: porque si esos templos están bien contruidos, es necesario que sean cambiados del culto de los demonios al servicio del verdadero Dios; para que, mientras la gente misma no vea que sus templos son destruidos, deposite el error de su corazón, y conociendo y adorando al verdadero Dios, acuda más familiarmente a los lugares que solía frecuentar. Y como suelen matar muchos bueyes en sacrificio a los demonios, también debe cambiarse alguna solemnidad en este asunto: para que en el día de la dedicación, o del natalicio de los santos mártires cuyas reliquias se colocan allí, hagan tiendas alrededor de esas mismas iglesias que han sido convertidas de templos, y celebren la solemnidad con banquetes religiosos; y que ya no inmolen animales al diablo, sino que maten animales para su comida en alabanza de Dios, y den gracias al dador de todo por su saciedad: para que, mientras se les reservan algunas alegrías exteriores, puedan consentir más fácilmente en las alegrías interiores. Porque no hay duda de que es imposible cortar de raíz todo de una vez a las mentes duras, ya que quien se esfuerza por ascender a un lugar alto, se eleva por grados o pasos, no por saltos. Así, el Señor se dio a conocer al pueblo israelita en Egipto; pero sin embargo, les reservó el uso de sacrificios que solían ofrecer al diablo, en su propio culto, para que les ordenara inmolar animales en su sacrificio; de modo que, cambiando su corazón, perdieran algo del sacrificio y retuvieran algo: para que, aunque fueran los mismos animales que solían ofrecer, al inmolarlos al verdadero Dios y no a los ídolos, ya no fueran sacrificios. Por tanto, es necesario que tu amor diga esto al mencionado hermano, para que él, estando presente allí, considere cómo debe disponer todo. Que Dios te guarde sano y salvo, amadísimo hijo. Dado el decimoquinto día de las calendas de julio, en el decimonoveno año del reinado de nuestro Señor Mauricio Tiberio, piadosísimo Augusto, en el decimoctavo año después de su consulado, en la cuarta indicción.»

CAPÍTULO XXXI. Cómo exhortó a Agustín por carta a no gloriarse de sus virtudes.

En ese tiempo también envió a Agustín una carta sobre los milagros que había sabido que se habían hecho por él, en la que lo exhorta con estas palabras a no incurrir en el peligro de la soberbia por la abundancia de ellos:

«Sé, hermano carísimo, que el Dios omnipotente ha mostrado grandes milagros a través de tu amor en la gente que quiso elegir: por lo cual es necesario que temas y te alegres por ese mismo don celestial, y que al alegrarte, temas. Alégrate, a saber, porque las almas de los anglos son llevadas a la gracia interior por los milagros exteriores: pero teme, no sea que entre los signos que se hacen, el alma débil se eleve en su propia presunción, y de donde es elevado exteriormente en honor, caiga interiormente por la vana gloria. Debemos recordar que los discípulos, regresando con alegría de la predicación, cuando dijeron al Maestro celestial: Señor, en tu nombre incluso los demonios se nos someten; inmediatamente escucharon: No os alegréis por esto, sino más bien alegraos de que vuestros nombres estén escritos en el cielo. Porque habían puesto su mente en la alegría privada y temporal quienes se alegraban de los milagros; pero son llamados de lo privado a lo común, de lo temporal a la alegría eterna, a quienes se les dice: Alegraos de que vuestros nombres estén escritos en el cielo. No todos los elegidos hacen milagros; pero sin embargo, los nombres de todos ellos están escritos en el cielo. Porque la alegría de los discípulos de la Verdad no debe ser sino de ese bien que tienen en común con todos, y en el que no tienen fe en la alegría. Por tanto,

hermano carísimo, entre las cosas que haces exteriormente por el Señor, júzgate siempre interiormente con sutileza, y comprende con sutileza quién eres, y cuánta es la gracia en esa gente, por cuya conversión también has recibido los dones de hacer signos. Y si alguna vez recuerdas haber ofendido a nuestro Creador ya sea por palabra o por obra, trae siempre esto a la memoria, para que la memoria de la culpa reprima la gloria que surge en el corazón. Y cualquier cosa que hayas recibido o recibas para hacer signos, atribúyelo no a ti, sino a ellos, para cuya salvación te ha sido concedido.»

CAPÍTULO XXXII. Cómo envió cartas y regalos al rey Aedilbercto.

El mismo bendito papa Gregorio envió también en ese tiempo una carta al rey Aedilbercto, junto con muchos regalos de diversas especies: esforzándose por glorificar al rey con honores temporales, a quien se alegraba de que le hubiera llegado el conocimiento de la gloria celestial por su trabajo e industria. El ejemplo de la mencionada carta es el siguiente:

«Al señor gloriosísimo y excelentísimo hijo Aedilbercto, rey de los anglos, Gregorio, obispo.

«Por esto el Dios omnipotente lleva a los buenos a los gobiernos de los pueblos, para que a través de ellos otorgue a todos aquellos sobre quienes han sido puestos, los dones de su piedad. Lo cual hemos sabido que ha sucedido en la gente de los anglos: a quienes vuestra gloria ha sido puesta al frente, para que por los bienes que os han sido concedidos, también se otorguen beneficios celestiales a la gente sujeta a vosotros. Y por eso, glorioso hijo, guarda con mente solícita la gracia que has recibido divinamente, apresúrate a extender la fe cristiana entre los pueblos sometidos a ti, multiplica el celo de tu rectitud en su conversión, persigue el culto de los ídolos, destruye los edificios de los templos, edifica las costumbres de los súbditos con gran pureza de vida, exhortando, amonestando, corrigiendo, y mostrando ejemplos de buenas obras: para que encuentres al retribuidor en el cielo, cuyo nombre y conocimiento has dilatado en la tierra. Porque él también hará que el nombre de vuestra gloria sea más glorioso para la posteridad, cuyo honor buscáis y guardáis entre las naciones.

«Así, Constantino, el piadosísimo emperador de antaño, revocando la república romana de los perversos cultos de los ídolos, la sometió al Dios omnipotente, nuestro Señor Jesucristo, junto con los pueblos sujetos a él, y se convirtió a él con toda su mente. Por lo cual sucedió que aquel varón superó con sus alabanzas el nombre de los antiguos príncipes, y tanto superó a sus predecesores en opinión, cuanto los superó en buena obra. Y ahora, por tanto, vuestra gloria apresúrese a infundir el conocimiento del único Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, a los reyes y pueblos sujetos a ella, y supere a los antiguos reyes de su gente en alabanzas y méritos, y cuanto más borre los pecados ajenos en sus súbditos, tanto más seguro se haga de sus propios pecados ante el terrible juicio del Dios omnipotente.

«Nuestro reverendísimo hermano el obispo Agustín, instruido en la regla del monasterio, lleno de la ciencia de la Sagrada Escritura, dotado de buenas obras por el autor Dios, escuchad lo que os amonesta, llevadlo a cabo devotamente, guardadlo con esmero en la memoria: porque si le escucháis en lo que habla por el Señor omnipotente, el mismo Dios omnipotente le escuchará más rápidamente intercediendo por vosotros. Porque si, Dios no lo quiera, posponéis sus palabras, ¿cómo podrá el Dios omnipotente escucharle por vosotros, a quien vosotros descuidáis escuchar por Dios? Por tanto, uníos a él con toda vuestra mente en el fervor de la fe, y con la virtud que la divinidad os ha concedido, ayudadle en su esfuerzo, para que él mismo os haga partícipes de su reino, cuya fe hacéis recibir y guardar en vuestro reino.

«Además, queremos que vuestra gloria sepa que, como reconocemos en la Sagrada Escritura por las palabras del Señor omnipotente, el fin de este mundo ya está cerca, y el reino de los santos está por venir, que nunca podrá ser terminado. Pero con la proximidad de ese fin del mundo, muchas cosas que no fueron antes están por suceder: a saber, cambios en el aire, terrores del cielo, y tempestades contra el orden de los tiempos, guerras, hambres, pestilencias, terremotos en lugares; que sin embargo no todos vendrán en nuestros días, sino que todos seguirán después de nuestros días. Por tanto, si conocéis que alguna de estas cosas sucede en vuestra tierra, de ninguna manera perturbéis vuestro ánimo; porque estas señales del fin del siglo se envían de antemano, para que debamos estar solícitos por nuestras almas, sospechosos de la hora de la muerte, y preparados en buenas obras para el juicio venidero. Ahora he hablado de estas cosas, glorioso hijo, para que cuando la fe cristiana haya crecido en vuestro reino, también nuestra conversación con vosotros crezca más amplia, y tanto más nos plazca hablar, cuanto más se multiplican en nuestra mente las alegrías por la perfecta conversión de vuestra gente.

«He enviado pequeños regalos, que no serán pequeños para vosotros, cuando los recibáis con la bendición del bienaventurado apóstol Pedro. Que el Dios omnipotente, por tanto, perfeccione en vosotros la gracia que ha comenzado, y extienda vuestra vida aquí por muchos años, y después de mucho tiempo os reciba en la congregación de la patria celestial. Que la gracia suprema guarde vuestra excelencia sana y salva, señor hijo. Dado el décimo día de las calendas de julio, en el decimonoveno año del reinado de nuestro Señor Mauricio Tiberio, piadosísimo Augusto, en el decimooctavo año después de su consulado, en la cuarta indicción.»

CAPÍTULO XXXIII. Cómo Agustín restauró la Iglesia del Salvador e hizo el monasterio del bienaventurado apóstol Pedro; y sobre su primer abad, Pedro.

Pero Agustín, cuando en la ciudad real recibió la sede episcopal, como hemos dicho, recuperó en ella, apoyado por el auxilio real, la Iglesia que había aprendido que había sido hecha allí por la obra de los antiguos fieles romanos, y la consagró en el nombre del santo Salvador, Dios y Señor nuestro Jesucristo, y allí estableció su residencia, y la de todos sus sucesores. También hizo un monasterio no lejos de esa misma ciudad hacia el este, en el cual, por su exhortación, Aedilberct construyó desde los cimientos una iglesia de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y la dotó con diversos dones, para que en ella pudieran ser colocados los cuerpos de Agustín mismo, y de todos los obispos de Canterbury, así como de los reyes de Kent. Sin embargo, esa iglesia no fue consagrada por el mismo Agustín, sino por su sucesor Lorenzo. El primer abad de ese monasterio fue el presbítero Pedro, quien, enviado como legado a Galia, se ahogó en el seno del mar llamado Amfheat, y fue entregado a una sepultura ignominiosa por los habitantes del lugar: pero el Dios omnipotente, para mostrar qué clase de mérito tenía el hombre, hizo que una luz celestial apareciera sobre su sepulcro cada noche, hasta que los vecinos que lo veían se dieron cuenta de que el hombre que estaba sepultado allí era santo, y al investigar de dónde o quién era, llevaron el cuerpo y lo colocaron en la ciudad de Bolonia con el honor adecuado a un hombre de tal dignidad, en una iglesia.

CAPÍTULO XXXIV. Cómo el rey Aedilfrid de los norteumbrios, derrotando a las gentes de los escotos en batalla, las expulsó de los confines de los anglos.

En esos tiempos, el reino de los norteumbrios fue gobernado por el rey fortísimo y ávido de gloria Aedilfrid, quien más que todos los príncipes de los anglos devastó la gente de los britanos; de modo que parecía comparable al rey Saúl de la gente israelita, excepto en esto,

que era ignorante de la religión divina. Porque nadie entre los tribunos, nadie entre los reyes, hizo más tierras de ellos tributarias o habitables para la gente de los anglos, exterminando o subyugando a los indígenas. A quien con razón se le podría aplicar lo que el patriarca, bendiciendo a su hijo, decía en la persona de Saúl: Benjamín es un lobo rapaz, por la mañana devorará la presa, y por la tarde repartirá el botín. Por lo cual, movido por sus éxitos, Aedan, rey de los escotos que habitan Britania, vino contra él con un ejército inmenso y fuerte; pero huyó vencido con pocos. En efecto, en el lugar célebre llamado Degsastan, es decir, la piedra de Degsa, casi todo su ejército fue masacrado. En esa misma batalla, Theodbald, hermano de Aedilfrid, junto con todo el ejército que él dirigía, fue muerto. Esta batalla la llevó a cabo Aedilfrid en el año seiscientos tres de la Encarnación del Señor, en el undécimo año de su reinado, que duró veinticuatro años: en el primer año del reinado de Focas, quien entonces tenía el ápice del reino romano. Y desde ese tiempo, ningún rey de los escotos en Britania se atrevió a venir en batalla contra la gente de los anglos hasta este día.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO. Sobre la muerte del bienaventurado papa Gregorio.

En esos tiempos, es decir, en el año seiscientos cinco de la encarnación del Señor, el bienaventurado papa Gregorio, después de haber gobernado gloriosamente la sede de la Iglesia romana y apostólica durante trece años, seis meses y diez días, falleció, y fue trasladado a la sede eterna del reino celestial. De quien nos conviene, porque convirtió a nuestra gente, es decir, a los anglos, del poder de Satanás a la fe de Cristo por su industria, hacer un discurso más amplio en nuestra Historia eclesiástica, a quien con razón podemos y debemos llamar nuestro apóstol. Porque aunque gobernaba el pontificado en todo el mundo, y ya había sido prelado de las Iglesias convertidas a la fe de la verdad, hizo de nuestra gente, hasta entonces esclavizada a los ídolos, una Iglesia de Cristo, de modo que nos es lícito pronunciar sobre él el discurso apostólico: porque aunque no sea apóstol para otros, sin embargo, lo es para nosotros; pues nosotros somos el sello de su apostolado en el Señor. Era, además, de nación romana, hijo de Gordiano, descendiente de una familia no solo noble, sino también religiosa. De hecho, Félix, obispo de esa misma sede apostólica, varón de gran gloria en Cristo y en la Iglesia, fue su antepasado.

Pero él mismo ejerció la nobleza de la religión con no menos virtud de devoción que sus padres y parientes. En verdad, aquella nobleza que parecía tener para el mundo, la convirtió completamente, con la gracia divina que se le concedió, para alcanzar la gloria de la dignidad celestial. Pues, cambiando repentinamente su hábito secular, buscó el monasterio, en el cual comenzó a vivir con tal gracia de perfección que, como él mismo solía atestiguar llorando después, todas las cosas pasajeras estaban bajo su mente, de modo que sobresalía sobre todas las cosas que se mueven, que no solía pensar en nada más que en lo celestial, que incluso retenido en el cuerpo, ya pasaba las barreras de la carne en contemplación, que también amaba la muerte, que para casi todos es un castigo, como entrada a la vida y premio de su trabajo. Esto solía referirlo de sí mismo, no jactándose del progreso de sus virtudes, sino lamentando más bien el defecto que parecía haber incurrido en sí mismo por el cuidado pastoral. Finalmente, en cierto momento en secreto, conversando con su diácono Pedro, enumerando las virtudes de su alma de antaño, añadió doliente: «Pero ahora, por la ocasión del cuidado pastoral, sufre los negocios de los hombres seculares, y después de tan hermosa apariencia de su tranquilidad, se ensucia con el polvo de los actos terrenales. Y aunque se ha dispersado hacia lo exterior por la salvación de muchos, incluso cuando busca lo interior, sin duda regresa menor a esto. Considero, pues, lo que soporto, considero lo que he perdido: y

mientras contemplo aquello que perdí, se hace más grave lo que llevo. Estas cosas decía el santo varón desde la gran intención de humildad: pero nos conviene creer que no perdió nada de la perfección monástica por la ocasión del cuidado pastoral, sino que entonces adquirió un progreso mayor del trabajo de la conversión de muchos, que de la tranquilidad de su propia conversación de antaño: especialmente porque, habiendo ejercido el oficio pontifical, se preocupó por hacer de su casa un monasterio; y aunque primero fue sacado del monasterio, ordenado al ministerio del altar, y enviado a Constantinopla como apocrisario por la sede apostólica, no obstante, no interrumpió su propósito de vida celestial en el palacio terrenal. Pues comenzó a tener a algunos hermanos de su monasterio, que lo siguieron a la ciudad real por la gracia del amor fraterno, como protección de la observancia regular; es decir, que siempre por su ejemplo, como él mismo escribe, se atara con la cuerda de la oración al tranquilo puerto de la oración, cuando fluctuaba con el incesante impulso de las causas seculares, y fortalecía su mente sacudida por los actos del mundo entre ellos diariamente por el coloquio de la lectura estudiosa. Por lo tanto, con la compañía de estos no solo fue protegido de los asaltos terrenales, sino que también fue encendido más y más para los ejercicios de la vida celestial.

Pues lo exhortaron a que discutiera el libro del bienaventurado Job, envuelto en grandes oscuridades, con interpretación mística: y no pudo negar la obra que el amor fraterno le imponía, que sería útil para muchos. Pero enseñó con admirable razón en treinta y cinco libros de exposición cómo debe entenderse el mismo libro según la letra, cómo debe referirse a los sacramentos de Cristo y de la Iglesia, y en qué sentido debe aplicarse a cada uno de los fieles. Esta obra, de hecho, la comenzó en la ciudad real como apocrisario, pero la completó en Roma ya hecho pontífice. Cuando estaba en la ciudad real, aplastó allí una nueva herejía naciente sobre el estado de nuestra resurrección, con la misma desde su inicio, ayudado por la gracia de la verdad católica. Pues Eutiquio, obispo de la misma ciudad, dogmatizaba que nuestro cuerpo en aquella gloria de la resurrección sería impalpable, más sutil que los vientos y el aire: lo cual, al oírlo, probó con la razón de la verdad y el ejemplo de la resurrección del Señor que este dogma era en todos los sentidos contrario a la fe ortodoxa. Porque la fe católica sostiene que nuestro cuerpo, elevado en aquella gloria de la inmortalidad, es sutil por el efecto del poder espiritual, pero palpable por la verdad de la naturaleza: según el ejemplo del cuerpo del Señor, del cual, resucitado de entre los muertos, él mismo dice a los discípulos: Palpad y ved que un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo (Luc. XXIV, 39). En la defensa de esta fe, el venerable Padre Gregorio se esforzó tanto contra la nueva herejía naciente, que, ayudado también por el piadosísimo emperador Tiberio Constantino, la aplastó con tal insistencia, que desde entonces no se encontró a nadie que fuera su resucitador. También compuso otro libro excelente, que se llama Pastoralis, en el cual mostró con manifiesta claridad, qué tipo de personas deben ser asumidas para el gobierno de la Iglesia, cómo deben vivir los mismos rectores, con qué discreción deben instruir a cada una de las personas oyentes, y con cuánta consideración deben diariamente ponderar su propia fragilidad. Pero también compuso cuarenta homilias del Evangelio, que distinguió en dos códigos en igual número. También hizo cuatro libros de Diálogos, en los cuales, a petición de su diácono Pedro, recopiló las virtudes de los santos que podía conocer o escuchar que eran más ilustres en Italia, como ejemplo de vida para la posteridad: para que, así como en los libros de sus Exposiciones enseñó con qué virtudes se debe trabajar, también al describir los milagros de los santos, mostrara cuál es la claridad de esas mismas virtudes. También demostró cuánta luz tienen dentro las partes primera y última del profeta Ezequiel, que parecían más oscuras, en veintidós homilias. Excepto el librito de las Respuestas, que escribió a las preguntas del santo Agustín, primer obispo de la nación de los anglos, como enseñamos arriba, insertando todo ese librito en estas historias; también el librito sinodal, que

compuso con los obispos de Italia sobre las causas necesarias de la Iglesia, y cartas familiares a algunos. Lo cual es más admirable, que pudo componer tantos y tan grandes volúmenes, porque casi todo el tiempo de su juventud, para hablar con sus propias palabras, fue atormentado por frecuentes dolores de entrañas, se debilitaba a todas horas y momentos por la fuerza quebrantada del estómago, y también jadeaba con fiebres lentas pero continuas. Pero entre estas cosas, mientras consideraba con preocupación que, según el testimonio de la Escritura: Todo hijo que es recibido, es azotado; cuanto más era oprimido por los males presentes, tanto más respiraba con certeza de la eterna presunción.

Estas cosas se han dicho sobre su inmortal ingenio, que no pudo ser extinguido por tanto dolor corporal. Pues otros pontífices se dedicaban a construir y adornar iglesias con oro o plata: pero él se dedicaba totalmente a las ganancias de las almas.

Cuidaba diligentemente de dispersar y dar a los pobres todo el dinero que tenía, para que su justicia permaneciera por los siglos de los siglos, y su cuerno se exaltara en gloria; de modo que pudiera decir verdaderamente aquello del bienaventurado Job: El oído que oía me bendecía, y el ojo que veía daba testimonio de mí, porque liberé al pobre que clamaba, y al huérfano que no tenía ayudador. La bendición del que estaba por perecer venía sobre mí, y el corazón de la viuda consolaba. Me vestí de justicia, y me cubrí con ella como con un manto y una diadema, con mi juicio. Fui ojo para el ciego, y pie para el cojo. Era padre de los pobres, e investigaba diligentemente la causa que no conocía. Trituraba las muelas del iniquo, y de sus dientes arrancaba la presa (Job. XXIX, 11, 17). Y poco después: Si negué, dice, lo que querían los pobres, e hice esperar a los ojos de la viuda. Si comí mi bocado solo, y no comió de él el huérfano. Porque desde mi infancia creció conmigo la misericordia, y salió conmigo del vientre de mi madre (Job. XXXI, 17, 18).

A la obra de su piedad y justicia pertenece también esto, que nuestra nación, por los predicadores que envió aquí, arrancándola de los dientes del antiguo enemigo, la hizo partícipe de la libertad eterna: regocijándose en su fe y salvación, y alabándola con digna alabanza, él mismo dijo en la Exposición del bienaventurado Job: «He aquí que la lengua de Britania, que no conocía otra cosa que gruñir bárbaramente, ya hace tiempo comenzó a sonar el Aleluya hebreo en alabanzas divinas. He aquí que el Océano, antes altivo, ya sometido sirve a los pies de los santos, y sus movimientos bárbaros que los príncipes terrenales no podían domar con hierro, estos por el temor divino los atan con simples palabras de los sacerdotes, y el que no temía a las tropas de los combatientes infieles, ahora, siendo fiel, teme las lenguas de los humildes. Porque al recibir las palabras celestiales, y también al resplandecer los milagros, se le infunde la virtud del conocimiento divino, y se refrena por el terror de la misma divinidad, para que tema obrar mal, y con todos sus deseos anhele llegar a la gracia de la eternidad.» Con estas palabras, el bienaventurado Gregorio también declara que el santo Agustín y sus compañeros, no solo con la predicación de las palabras, sino también con la manifestación de señales celestiales, conducían a la nación de los anglos al conocimiento de la verdad.

Entre otras cosas, el bienaventurado papa Gregorio hizo que en las iglesias de los santos apóstoles Pedro y Pablo se celebraran misas sobre sus cuerpos. Pero también en la misma celebración de las misas añadió tres palabras llenas de máxima perfección: «Y dispón nuestros días en tu paz, y líbranos de la condenación eterna, y mándanos ser contados en el rebaño de tus elegidos.»

Gobernó la Iglesia en los tiempos de los emperadores Mauricio y Focas. En el segundo año de este mismo Focas, pasando de esta vida, emigró a la verdadera vida que está en los cielos.

Fue sepultado en cuerpo en la iglesia del bienaventurado apóstol Pedro, ante el secretarium, el día cuarto de los Idus de marzo, cuando resucitará en gloria con los demás pastores de la santa Iglesia: y se escribió en su tumba un epitafio de este modo: Recibe, tierra, el cuerpo tomado de tu cuerpo, para que puedas devolverlo al Dios vivificante. El espíritu busca las estrellas, las leyes de la muerte no dañarán a quien la muerte misma es más bien el camino a otra vida. En este sepulcro se encierran los miembros del sumo pontífice, que vive siempre en innumerables bienes por todas partes. Superó el hambre con alimentos, el frío con vestimenta, y con consejos sagrados protegió las almas del enemigo. Cumplía con el acto lo que enseñaba con la palabra, para que fuera ejemplo, hablando palabras místicas. Convirtió a los anglos a Cristo con la maestra piedad, adquiriendo ejércitos de fe de una nueva nación. Este era tu trabajo, este tu estudio, esta tu preocupación, este tu oficio de pastor: para que ofrecieras al Señor muchas ganancias del rebaño. Y con estos triunfos de Dios, alégrate: porque ya tienes la recompensa de tus obras sin fin. No debe pasarse en silencio la opinión que sobre el bienaventurado Gregorio, transmitida por los mayores, ha llegado hasta nosotros: por la cual, advertido, llevó a cabo tan diligente cuidado por la salvación de nuestra nación. Dicen que un día, cuando muchos artículos de venta fueron llevados al mercado por mercaderes recién llegados, y muchos acudieron a comprar, y el mismo Gregorio llegó entre otros, y vio entre otras cosas a niños puestos a la venta, de cuerpo blanco y rostro hermoso, y también de cabello de forma excelente. Al verlos, preguntó, como dicen, de qué región o tierra habían sido traídos. Y se dijo que de la isla de Britania, cuyos habitantes eran de tal aspecto. Nuevamente preguntó si esos isleños eran cristianos o aún estaban implicados en errores paganos. Y se dijo que eran paganos. Entonces él, suspirando profundamente desde el corazón: «¡Ay, qué dolor! dijo, que hombres de tan brillante rostro sean poseídos por el autor de las tinieblas, y que tanta gracia de la frente lleve una mente vacía de gracia interna.» Nuevamente preguntó cuál era el nombre de esa gente. Se respondió que se llamaban anglos. Entonces él: «Bien, dijo; porque tienen rostro angelical, y tales deben ser coherederos de los ángeles en los cielos. ¿Cuál es el nombre de la provincia de la que estos han sido traídos?» Se respondió que esos provinciales se llamaban Deiri. Entonces él: «Bien, dijo, Deiri, arrancados de la ira, y llamados a la misericordia de Cristo. ¿Cómo se llama el rey de esa provincia?» Se respondió que se llamaba Aella. Entonces él, aludiendo al nombre, dijo: «Aleluya, debe cantarse la alabanza del Creador en esas partes.» Y acercándose al pontífice de la sede romana y apostólica, pues aún no había sido hecho pontífice, rogó que enviara a algunos ministros de la palabra a la gente de los anglos en Britania, por los cuales se convirtieran a Cristo; él mismo estaba dispuesto a llevar a cabo esta obra con la ayuda del Señor, si al papa apostólico le agradaba que se hiciera. Lo cual, al no poder llevar a cabo, porque aunque el pontífice quiso concederle lo que pedía, los ciudadanos romanos no pudieron permitir que se alejara tanto de la Urbe; tan pronto como él mismo ejerció el oficio del pontificado, llevó a cabo la obra largamente deseada: enviando a otros predicadores, pero ayudando a la predicación para que fructificara con sus exhortaciones y oraciones. Esto, según la opinión que recibimos de los antiguos, hemos considerado oportuno insertar en nuestra Historia eclesiástica.

CAPÍTULO II. Cómo el obispo Agustín de los britones, por la paz católica, incluso con un milagro celestial hecho ante ellos, los amonestó; y qué castigo siguió a aquellos que lo despreciaron.

[DCIII.] Mientras tanto, Agustín, con la ayuda del rey Aedilbercto, convocó a su coloquio a los obispos o doctores de la provincia vecina de los britones, en un lugar que hasta hoy en la lengua de los anglos se llama Augustinaes ac, es decir, el roble de Agustín, en la frontera de los Huiccios y los Sajones Occidentales: y comenzó a persuadirles con fraterna

amonestación, para que, teniendo paz católica con él, asumieran el trabajo común de evangelizar a las naciones por el Señor. Pues no observaban el día del Señor de la Pascua en su tiempo, sino desde la decimocuarta hasta la vigésima luna: este cómputo se contiene en el ciclo de ochenta y cuatro años. Pero también hacían muchas otras cosas contrarias a la unidad eclesiástica. Cuando, después de una larga discusión, no quisieron prestar su consentimiento ni a las súplicas, ni a las exhortaciones, ni a las reprensiones de Agustín y sus compañeros, sino que prefirieron sus propias tradiciones a todas las Iglesias que en Cristo concuerdan en todo el mundo, el santo Padre Agustín hizo este fin del laborioso y largo debate, diciendo: «Roguemos a Dios, que hizo habitar a los unánimes en la casa de su Padre, que se digne insinuarnos con señales celestiales cuál tradición debe seguirse, por qué caminos debe apresurarse al ingreso de su reino. Que se traiga a algún enfermo, y por cuyas oraciones sea curado, se crea que su fe y obra son devotas a Dios y deben ser seguidas por todos.» Lo cual, aunque los adversarios lo concedieron a regañadientes, fue traído un hombre de la raza de los anglos, privado de la luz de los ojos: quien, cuando fue presentado a los sacerdotes de los britones, no recibió nada de curación o sanación por su ministerio; finalmente, Agustín, compelido por justa necesidad, dobló sus rodillas al Padre de nuestro Señor Jesucristo, rogando que devolviera la vista al ciego, que había perdido, y que por la iluminación corporal de un hombre, encendiera en el corazón de muchos fieles la gracia de la luz espiritual. Sin demora, el ciego fue iluminado, y Agustín fue proclamado por todos como el verdadero heraldo de la luz suprema. Entonces los britones confesaron que entendían que el camino de la justicia que predicaba Agustín era verdadero: pero que no podían abandonar sus costumbres antiguas sin el consentimiento y licencia de los suyos. Por lo cual pedían que se celebrara un segundo sínodo con más asistentes.

Cuando esto fue acordado, vinieron, según se dice, siete obispos de los britones y muchos hombres muy doctos, especialmente del más noble de sus monasterios, que en la lengua de los anglos se llama Bancornaburg, al cual en ese tiempo se dice que Dinoot era abad, quienes, al ir al concilio mencionado, primero acudieron a un cierto hombre santo y prudente, que solía llevar vida anacoreta entre ellos, consultando si debían abandonar sus tradiciones a la predicación de Agustín. Él respondió: «Si es un hombre de Dios, seguidlo.» Dijeron: «¿Y cómo podemos probar esto?» Y él: «El Señor, dijo, dice: Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI, 29). Si, por tanto, ese Agustín es manso y humilde de corazón, es creíble que él también lleva el yugo de Cristo, y os lo ofrece para que lo llevéis: pero si es áspero y soberbio, es evidente que no es de Dios, ni debemos atender a su palabra.» Ellos dijeron nuevamente: «¿Y cómo podemos discernir esto?» Él respondió: «Procurad que él llegue primero con los suyos al lugar del sínodo, y si al acercarse a vosotros se levanta, sabed que es siervo de Cristo, y escuchadlo obedientemente: pero si os desprecia, y no quiere levantarse ante vosotros, siendo vosotros más numerosos, él mismo será despreciado por vosotros.» Hicieron como él dijo. Y sucedió que cuando ellos llegaron, Agustín estaba sentado en su silla. Al ver esto, se enojaron de inmediato, y notándolo por su soberbia, se esforzaron por contradecir todo lo que decía. Pero él les decía: Porque en muchas cosas hacéis lo contrario a nuestra costumbre, o más bien a la de la Iglesia universal: y sin embargo, si queréis obedecerme en estas tres cosas, que celebréis la Pascua en su tiempo; que completéis el ministerio del bautismo, por el cual renacemos a Dios, según la costumbre de la santa Iglesia romana y apostólica; que prediquéis la palabra del Señor a la nación de los anglos junto con nosotros: toleraremos equitativamente todas las demás cosas que hacéis, aunque sean contrarias a nuestras costumbres. Pero ellos respondieron que no harían ninguna de estas cosas, ni lo tendrían a él por arzobispo: comparando entre sí, que si ahora no quiso levantarse ante nosotros, cuánto más, si comenzamos a someternos a él, nos despreciará como nada.

A quienes el varón de Dios Agustín se dice que les predijo amenazante, que si no querían aceptar la paz con los hermanos, recibirían guerra de los enemigos; y si no querían predicar el camino de la vida a la nación de los anglos, sufrirían la venganza de la muerte por manos de estos. Lo cual, por todo, como había predicho, se llevó a cabo por el juicio divino.

Siquidem después de esto, el mismo rey de los anglos, Aedilfrid, de quien hemos hablado, reunió un gran ejército y se dirigió a la ciudad de los Legionarios, llamada por los anglos Legacaestir y por los britanos más correctamente Carlegion, donde causó una gran masacre a la traicionera gente [613]. Al prepararse para la batalla, vio a sus sacerdotes, que se habían reunido para orar a Dios por los soldados en combate, situados aparte en un lugar más seguro. Preguntó quiénes eran y por qué habían venido allí. Muchos de ellos eran del monasterio de Bancor, donde se dice que había un número tan grande de monjes que, estando el monasterio dividido en siete partes con sus respectivos rectores, ninguna de estas partes tenía menos de trescientos hombres, todos los cuales solían vivir del trabajo de sus manos. Muchos de ellos, después de un ayuno de tres días, se habían reunido con otros para orar en la mencionada batalla, teniendo como defensor a un tal Brocmail, quien debía protegerlos con sus oraciones de las espadas de los bárbaros. Cuando el rey Aedilfrid entendió la razón de su llegada, dijo: «Si claman a su Dios contra nosotros, aunque no lleven armas, también luchan contra nosotros, pues nos persiguen con sus maldiciones. Por lo tanto, ordenó que primero se dirigieran las armas contra ellos, y así destruyó al resto de las tropas de la nefanda milicia, no sin gran daño para su ejército. Se dice que en esa batalla murieron alrededor de mil doscientos hombres de los que habían venido a orar, y solo cincuenta escaparon. Brocmail, al primer ataque del enemigo, huyó con los suyos, dejando a los que debía defender, desarmados y desnudos, a merced de las espadas. Así se cumplió la profecía del santo obispo Agustín, aunque él ya había sido llevado mucho antes a los reinos celestiales, de que incluso sentirían la venganza de la muerte temporal los pérfidos que habían despreciado los consejos de salvación eterna que se les ofrecieron.

CAPÍTULO III. Cómo ordenó a Mellitus y Justus como obispos; y sobre su muerte.

En el año seiscientos cuatro de la encarnación del Señor, Agustín, arzobispo de Britania, ordenó a dos obispos, a saber, Mellitus y Justus: Mellitus para predicar en la provincia de los sajones orientales, que están separados de Kent por el río Támesis y contiguos al mar oriental, cuya metrópoli es la ciudad de Londres, situada a orillas del mencionado río, y que es un emporio de muchos pueblos que llegan por tierra y mar. En esa gente, en ese tiempo, reinaba Saberet, sobrino de Aedilberct por parte de su hermana Rricula, aunque bajo el poder del mismo Aedilberct, quien, como se ha dicho antes, gobernaba sobre todas las naciones anglos hasta el límite del río Humber. Cuando esta provincia también recibió la palabra de verdad predicada por Mellitus, el rey Aedilberct construyó en la ciudad de Londres una iglesia dedicada al apóstol San Pablo, en la cual él y sus sucesores tendrían su sede episcopal. Agustín ordenó a Justus como obispo en la misma Kent, en la ciudad de Dorubrevi, que la gente anglosajona llama Hrofaescaestrae, por un antiguo líder llamado Hrof. Está situada a unas veinticuatro millas al oeste de Doruvern, donde el rey Aedilberct construyó una iglesia dedicada al apóstol San Andrés, y ofreció muchos dones a los obispos de ambas iglesias, así como a la de Doruvern. También añadió territorios y posesiones para el uso de aquellos que estaban con los obispos.

El amado padre Agustín murió en el año 605 y su cuerpo fue colocado fuera, junto a la iglesia de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, de la cual ya hemos hablado, porque aún no

estaba terminada ni dedicada. Tan pronto como fue dedicada, su cuerpo fue llevado adentro y sepultado dignamente en el pórtico norte, donde también están enterrados los cuerpos de todos los arzobispos que le siguieron, excepto dos, Teodoro y Berctualdo, cuyos cuerpos están en la misma iglesia, ya que el mencionado pórtico no podía contener más. En el centro de este pórtico hay un altar dedicado al bienaventurado papa Gregorio, en el cual cada sábado, un presbítero del lugar celebra solemnemente sus oficios. En la tumba de Agustín está inscrito el siguiente epitafio:

AQUÍ DESCANSA EL SEÑOR AGUSTÍN, PRIMER ARZOBISPO DE DORUVERNI,

Quien fue enviado aquí por el bienaventurado Gregorio, pontífice de la ciudad de Roma, y sostenido por Dios con la operación de milagros, condujo al rey Aedilberct y a su gente desde el culto a los ídolos a la fe de Cristo, y habiendo completado en paz los días de su oficio, murió el séptimo día antes de las calendas de junio, reinando el mismo rey.

CAPÍTULO IV. Cómo Laurencio, junto con sus coobispos, exhortó a los escoceses a seguir la unidad de la santa Iglesia, especialmente en la observancia de la Pascua, y cómo Mellitus fue a Roma.

Laurencio sucedió a Agustín en el episcopado [605], a quien él mismo había ordenado mientras vivía, para que, al morir, el estado de la Iglesia, aún tan joven, no quedara sin pastor ni siquiera por una hora y comenzara a tambalearse. En esto seguía el ejemplo del primer pastor de la Iglesia, es decir, del bienaventurado príncipe de los apóstoles, Pedro, quien, habiendo fundado la Iglesia de Cristo en Roma, se dice que consagró a Clemente como su ayudante en la evangelización y sucesor. Laurencio, habiendo alcanzado el grado de arzobispo, se esforzó en aumentar los fundamentos de la Iglesia, que vio noblemente establecidos, y en llevarlos al progreso del debido culmen, tanto con la frecuente voz de la santa exhortación como con los continuos ejemplos de piadosa operación. De hecho, no solo se ocupaba de la nueva Iglesia formada por los anglos, sino que también se preocupaba por los antiguos habitantes de Britania, así como por los escoceses que habitan la isla de Irlanda, cercana a Britania. Cuando conoció que la vida y profesión de los escoceses en su patria, así como la de los britanos en Britania, eran en muchos aspectos menos eclesiásticas, especialmente porque no celebraban la solemnidad de la Pascua en su tiempo adecuado, sino que, como hemos enseñado antes, pensaban que debía observarse desde la luna catorce hasta el día veinte de la resurrección del Señor, escribió con sus coobispos una carta exhortatoria a ellos, rogándoles y exhortándoles a mantener la unidad de la paz y la observancia católica con la Iglesia de Cristo, que está difundida por todo el mundo. El principio de esta carta es:

[609.] «A los amados hermanos obispos y abades de toda Escocia, Laurencio, Mellitus y Justus, obispos, siervos de los siervos de Dios.

«Cuando la sede apostólica, según su costumbre en todo el mundo, nos envió a estas partes occidentales para predicar a las naciones paganas, y nos tocó entrar en esta isla llamada Britania, antes de conocerla, creyendo que seguían la costumbre de la Iglesia universal, veneramos a los britanos y escoceses con gran reverencia de santidad; pero al conocer a los britanos, pensamos que los escoceses eran mejores. Sin embargo, aprendimos que los escoceses, a través del obispo Daganus que vino a esta isla que mencionamos antes, y del abad Columbano que vino a las Galias, no diferían en su modo de vida de los britanos. Pues el obispo Daganus, al venir a nosotros, no quiso tomar alimento con nosotros, ni siquiera en la misma casa donde comíamos.» Laurencio, junto con sus coobispos, también envió cartas a

los sacerdotes britanos, adecuadas a su grado, en las que se esforzaba por confirmarlos en la unidad católica. Pero cuánto logró con esto, los tiempos presentes aún lo declaran.

En esos tiempos, Mellitus, obispo de Londres, fue a Roma para tratar con el papa Bonifacio sobre las necesidades de la Iglesia de los anglos. Y cuando el mismo papa reverendísimo convocó un sínodo de obispos de Italia para ordenar la vida y tranquilidad de los monjes, Mellitus se sentó entre ellos en el octavo año del imperio del príncipe Focas, en la decimotercera indictione, el tercer día de las calendas de marzo [610], para que, suscribiendo con su autoridad lo que se había decretado regularmente, lo confirmara y, al regresar a Britania, llevara consigo lo que debía ser mandado y observado por las Iglesias de los anglos, junto con las cartas que el mismo pontífice envió al amado arzobispo Laurencio, a todo el clero, y también al rey Aedilberct y a la gente de los anglos. Este es Bonifacio, el cuarto obispo de la ciudad de Roma después del bienaventurado Gregorio, quien obtuvo del príncipe Focas que se donara a la Iglesia de Cristo el templo en Roma que los antiguos llamaban Panteón, como si fuera un simulacro de todos los dioses. En él, eliminando toda impureza, hizo una iglesia dedicada a la santa Madre de Dios y a todos los mártires de Cristo, para que, excluida la multitud de demonios, allí tuviera memoria la multitud de santos.

CAPÍTULO V. Cómo, al morir los reyes Aedilberct y Saberet, sus sucesores resucitaron la idolatría, por lo cual Mellitus y Justus se retiraron de Britania.

En el año seiscientos dieciséis de la encarnación del Señor, que es el vigésimo primero desde que Agustín fue enviado con sus compañeros a predicar a la gente de los anglos, el rey Aedilberct de Kent, después de un reinado temporal que había mantenido gloriosamente durante cincuenta y seis años, alcanzó las eternas alegrías del reino celestial. Fue el tercero entre los reyes de la gente de los anglos en gobernar todas las provincias del sur de ellos, que están separadas de las del norte por el río Humber y sus límites contiguos; pero fue el primero de todos en ascender al reino de los cielos. El primero en tener tal imperio fue Aelli, rey de los sajones del sur; el segundo, Caelin, rey de los sajones del oeste, a quien en su lengua llamaban Ceaulin; el tercero, como he dicho, Aedilberct, rey de Kent; el cuarto, Reduald, rey de los anglos del este, quien también, mientras vivía Aedilberct, ejercía el liderazgo sobre su gente; el quinto, Edwin, rey de la gente de los norteños, es decir, de aquellos que habitan al norte del río Humber, quien con mayor poder que todos los que habitan Britania, gobernó sobre los pueblos de los anglos y britanos, excepto los de Kent; también sometió a las islas Mevanias de los britanos, situadas entre Irlanda y Britania, al imperio de los anglos; el sexto, Osualdo, también rey de los norteños, muy cristiano, mantuvo el reino con los mismos límites; el séptimo, Osuiu, su hermano, gobernó el reino por un tiempo con casi los mismos límites, sometiendo en gran parte a las gentes de los pictos y escoceses, que ocupan los confines septentrionales de Britania, y haciéndolas tributarias. Pero esto será tratado más adelante. El rey Aedilberct murió el día veinticuatro de febrero, después de veintiún años de haber recibido la fe, y fue sepultado en el pórtico de San Martín, dentro de la iglesia de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, donde también está enterrada Berctae.

Entre otros bienes que proporcionó a su gente, también estableció decretos de juicios, según el ejemplo de los romanos, con el consejo de los sabios, que aún se conservan y observan escritos en lengua anglosajona, en los cuales dispuso en primer lugar cómo debía enmendarse quien robara algo de la Iglesia, del obispo o de otros órdenes, queriendo así proporcionar protección a aquellos cuya doctrina había recibido.

Aedilberct era hijo de Irminric, cuyo padre era Octa, cuyo padre era Oeric, apodado Oisc, de quien los reyes de Kent suelen llamarse Oiscingas. Su padre era Hengist, quien, invitado por Vortigern, fue el primero en entrar en Britania con su hijo Oisc, como hemos relatado antes.

Pero después de la muerte de Aedilberct, cuando su hijo Eadbald asumió el gobierno del reino, fue un gran detrimento para los tiernos brotes de la Iglesia allí. Pues no solo se negó a recibir la fe de Cristo, sino que también se contaminó con una fornicación tal que el Apóstol testifica que ni siquiera entre los gentiles se había oído, al tener como esposa a la mujer de su padre. Con ambos crímenes dio ocasión a aquellos que, bajo el imperio de su padre, habían aceptado las leyes de la fe y la castidad, ya sea por favor o por temor real, de volver a su anterior vómito. Tampoco faltaron los castigos de la severidad celestial para corregir al rey pérfido, pues era frecuentemente atormentado por la locura de la mente y la invasión de un espíritu inmundo.

La tormenta de esta perturbación fue aumentada por la muerte del rey Saberet de los sajones orientales, quien, al buscar los reinos eternos, dejó a sus tres hijos, que permanecieron paganos, como herederos del reino temporal. Ellos comenzaron inmediatamente a servir abiertamente a la idolatría, que parecía haber sido algo interrumpida mientras él vivía, y dieron libre licencia a los pueblos sujetos para adorar ídolos. Cuando vieron al pontífice celebrar en la iglesia los solemnes oficios de las misas y dar la Eucaristía al pueblo, decían, según se cuenta, inflados de bárbara estupidez: «¿Por qué no nos das también a nosotros ese pan blanco que dabas a nuestro padre Saba, así lo solían llamar, y que aún das al pueblo en la iglesia?» A lo que él respondía: «Si queréis ser lavados en esa fuente de salvación en la que vuestro padre fue lavado, también podéis ser partícipes del pan santo del que él participaba; pero si despreciáis el lavacro de la vida, de ninguna manera podéis recibir el pan de la vida.» Pero ellos decían: «No queremos entrar en esa fuente, porque no sabemos que la necesitamos, pero sin embargo queremos ser alimentados con ese pan.» Y aunque fueron advertidos diligente y frecuentemente de que no era posible que alguien participara de la sagrada oblación sin la sagrada purificación, finalmente, movidos por la furia, decían: «Si no quieres acceder a nosotros en una causa tan fácil como la que pedimos, ya no podrás permanecer en nuestra provincia.» Y lo expulsaron, ordenándole que se fuera de su reino con los suyos.

[617.] Expulsado de allí, vino a Kent para tratar con Laurencio y Justus, sus coobispos, que debía hacerse al respecto. Se decretó por consejo común que era mejor que todos regresaran a su patria, sirviendo allí libremente al Señor, que permanecer sin fruto entre bárbaros rebeldes a la fe. Así que primero se fueron Mellitus y Justus, y se dirigieron a las partes de la Galia, dispuestos a esperar allí el fin de las cosas. Pero no mucho tiempo después, aquellos que habían expulsado al pregonero de la verdad, servían impunemente a los cultos demoníacos. Pues al salir en batalla contra la gente de los Genissos, todos cayeron junto con su ejército, y aunque los autores del mal perecieron, el pueblo incitado al mal no pudo ser corregido ni ser llamado de nuevo a la simplicidad de la fe y la caridad que está en Cristo.

CAPÍTULO VI. Cómo Laurencio, corregido por el apóstol Pedro, convirtió a Eadbald al cristianismo, quien inmediatamente llamó a Mellitus y Justus para que regresaran a predicar.

Cuando Laurencio estaba a punto de seguir a Mellitus y Justus y dejar Britania [617], ordenó que esa misma noche se preparara una cama para él en la iglesia de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, de la que ya hemos hablado frecuentemente. Allí, después de muchas oraciones y lágrimas derramadas al Señor por el estado de la Iglesia, se acostó para descansar y se durmió. Se le apareció el bienaventurado príncipe de los apóstoles y, afligiéndolo con severos azotes durante gran parte de la noche, le preguntó con la autoridad

apostólica por qué abandonaba el rebaño que le había sido confiado, o a qué pastor dejaba las ovejas de Cristo, colocadas en medio de lobos, al huir él mismo. «¿Acaso has olvidado mi ejemplo, dijo, que por los pequeños de Cristo, que me fueron encomendados como prueba de su amor, soporté cadenas, azotes, cárceles, aflicciones, y finalmente la muerte, y la muerte de cruz, de los infieles y enemigos de Cristo, para ser coronado con Cristo?» Animado por estos azotes y exhortaciones del bienaventurado Pedro, el siervo de Cristo Laurencio, al amanecer, fue al rey y, descubriendo su vestimenta, mostró cuántos azotes había recibido. El rey, muy asombrado, preguntó quién se había atrevido a infligir tales heridas a un hombre tan grande. Al escuchar que el obispo había soportado tales tormentos y azotes por su salvación a causa del apóstol de Cristo, temió mucho; y, anatematizando todo culto idolátrico y repudiando el matrimonio no legítimo, aceptó la fe de Cristo, y bautizado, se esforzó en todo lo que pudo por favorecer y asistir a los asuntos de la Iglesia. También envió a la Galia y llamó de regreso a Mellitus y Justus, ordenándoles que regresaran para restablecer libremente sus iglesias. Después de un año desde que se fueron, regresaron [618]; y Justus volvió a la ciudad de Hrof, de la que había sido obispo, pero los londinenses no quisieron recibir a Mellitus como obispo, prefiriendo servir a los sacerdotes idólatras. Pues no tenía tanto poder en el reino como su padre, para poder devolver a su obispo a la iglesia, incluso contra la voluntad y oposición de los paganos. Sin embargo, él mismo, desde que se convirtió al Señor, se esforzó en dedicarse a los mandamientos divinos. De hecho, en el monasterio del bienaventurado príncipe de los apóstoles, construyó una iglesia dedicada a la santa Madre de Dios, que fue consagrada por el arzobispo Mellitus.

CAPÍTULO VII. Cómo el obispo Mellitus apagó las llamas de su ciudad en llamas con sus oraciones.

Durante el reinado de este rey [619], el bienaventurado arzobispo Laurencio ascendió al reino celestial y fue sepultado en la iglesia y monasterio del santo apóstol Pedro, junto a su predecesor Agustín, el día cuatro de las nonas de febrero. Después de él, Mellitus, que era obispo de Londres, asumió la sede de la Iglesia de Doruvern como el tercero después de Agustín. Justus, aún vivo, gobernaba la Iglesia de Hrof, y mientras gobernaban la Iglesia de los anglos con gran cuidado y trabajo, recibieron cartas exhortatorias del pontífice de la sede romana y apostólica Bonifacio, quien sucedió a Deusdedit en el año seiscientos diecinueve de la encarnación del Señor. Mellitus estaba afligido por la debilidad del cuerpo, es decir, la gota, pero con los pasos de la mente sanos, saltando alegremente sobre todas las cosas terrenales y volando siempre hacia las cosas celestiales que deben ser amadas, buscadas y deseadas. Era noble por origen de carne, pero más noble por la elevación de la mente.

Finalmente, para dar un testimonio de su virtud del cual se puedan entender las demás, en cierta ocasión la ciudad de Doruvernum, por culpa de la negligencia, fue presa del fuego y comenzó a ser consumida por las crecientes llamas. Nadie podía detenerlas con el lanzamiento de agua, y ya una parte no pequeña de la ciudad había sido devastada, y la furiosa llama se extendía hacia el obispado. El obispo, confiando en la ayuda divina donde faltaba la humana, ordenó que lo llevaran al encuentro de las llamas furiosas y de las bolas de fuego que volaban de un lado a otro. En el lugar donde el ímpetu de las llamas era más fuerte, se encontraba el martirio de los cuatro beatos Coronados. Allí, llevado por las manos de sus servidores, el obispo comenzó a alejar el peligro con sus oraciones, lo que las fuertes manos de los hombres no habían podido lograr con mucho esfuerzo. Sin demora, el viento que soplaba desde el sur y había esparcido los incendios por la ciudad, se volvió hacia el sur, primero apartando la fuerza de su furia de los lugares que estaban en contra, y pronto, al calmarse por completo, sofocó y extinguió las llamas. Y porque el hombre de Dios ardía

fuertemente con el fuego de la caridad divina, y porque estaba acostumbrado a repeler las tempestades de los poderes aéreos de su daño y del de los suyos con frecuentes oraciones o exhortaciones, con razón podía prevalecer sobre los vientos y las llamas mundanas, y obtener que no le hicieran daño a él ni a los suyos.

Y así, después de haber gobernado la Iglesia durante cinco años, bajo el reinado de Eadbald, partió hacia el cielo, y fue sepultado con sus padres en el mencionado monasterio y en la iglesia del beatísimo príncipe de los apóstoles, en el año seiscientos veinticuatro de la encarnación del Señor, el octavo día antes de las calendas de mayo.

CAPÍTULO VIII. Cómo el papa Bonifacio envió el palio y una carta a Justo, su sucesor.

[DCXXIV.] Inmediatamente le sucedió en el pontificado Justo, quien era obispo de la Iglesia de Rochester. A esa Iglesia consagró un obispo romano en su lugar, habiéndole dado el papa Bonifacio, a quien recordamos anteriormente como sucesor de Deusdedit, la autoridad para ordenar obispos; cuya autoridad tiene la siguiente forma:

«Al amadísimo hermano Justo, Bonifacio. Cuán devotamente y cuán vigilante ha trabajado vuestra fraternidad por el Evangelio de Cristo, no solo lo ha indicado el tenor de las cartas enviadas por vosotros, sino también la perfección concedida desde lo alto a vuestra obra. Pues el Dios omnipotente no ha abandonado ni el sacramento de su nombre ni el fruto de vuestro trabajo, ya que él mismo prometió fielmente a los predicadores del Evangelio: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo (Mateo XXVIII, 20). Lo cual su clemencia ha demostrado especialmente en el ministerio encomendado a vosotros, abriendo los corazones de las naciones para recibir el singular misterio de vuestra predicación. Porque con gran recompensa ha iluminado el deleitable curso de vuestros trabajos, con los sufragios de su bondad, mientras, al otorgar el abundante fruto de la negociación más fiel de los talentos confiados a vosotros, ha preparado para él lo que podríais señalar con generaciones multiplicadas. Y esto también os ha sido concedido con aquella recompensa, por la cual, perseverando continuamente en el ministerio encomendado, habéis esperado con laudable paciencia la redención de esa gente, y su salvación ha sido ofrecida por vuestros méritos; como dice el Señor: El que persevere hasta el fin, éste será salvo (Mateo XXIV, 13). Por lo tanto, habéis sido salvados por la esperanza de la paciencia y la virtud de la tolerancia, para que los corazones de los infieles, purificados de la enfermedad natural y supersticiosa, obtuvieran la misericordia de su Salvador. Pues al recibir las cartas de nuestro hijo Adulvaldo, el rey, hemos descubierto cuánta erudición del sagrado discurso ha conducido su ánimo a la verdadera conversión y a la credulidad de la fe indudable vuestra fraternidad. Por lo cual, tomando una confianza cierta de la longanimidad de la clemencia celestial, creemos que no solo la plena salvación de las naciones sometidas a él, sino también de las vecinas, seguirá al ministerio de vuestra predicación: para que, como está escrito, la recompensa de la obra consumada os sea otorgada por el retribuidor de todos los bienes, el Señor. Y verdaderamente, que por toda la tierra ha salido su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras, la confesión universal de las naciones, al recibir el sacramento de la fe cristiana, lo proclame.

«Además, hemos enviado a vuestra fraternidad, invitados por los estudios de la benignidad, el palio a través del portador de las presentes, el cual hemos ordenado que solo se use en la celebración de los sagrados misterios: concediéndoo también la celebración de las ordenaciones de obispos, cuando la oportunidad lo exija, con la misericordia del Señor precediendo: para que el Evangelio de Cristo, por la proclamación de muchos, se extienda en todas las naciones que aún no se han convertido. Que vuestra fraternidad, por lo tanto, se

esfuerce por guardar con la sinceridad inmaculada de la mente lo que ha recibido de la humanidad de la sede apostólica. Considerando con qué semejanza de cosa habéis recibido para llevar sobre vuestros hombros tan preeminente vestidura. Y esfuérate, con la clemencia del Señor implorada, por mostrarte de tal manera que presentes las recompensas del don concedido no con culpabilidad, sino con los beneficios de las almas, ante el tribunal del supremo y venidero Juez. Que Dios te guarde sano y salvo, amadísimo hermano.»

CAPÍTULO IX. Del imperio del rey Edwin, y cómo al venir a evangelizarlo Paulino, primero instruyó a su hija y a otros en los sacramentos de la fe cristiana.

En ese tiempo también la gente de los Northumbrianos, es decir, la nación de los anglos que habitaba al norte del río Humber, con su rey Edwin, al predicarles la palabra de fe Paulino, de quien hemos hablado antes, la recibió [DCXXV]. A este rey, como augurio de la fe que iba a recibir y del reino celestial, también le había crecido el poder del imperio terrenal: de tal manera que, lo que ningún anglo había hecho antes que él, recibió bajo su dominio todos los confines de Britania, donde habitaban las provincias de ellos o de los britanos. Incluso sometió al imperio de los anglos las islas Mevanias, como hemos enseñado antes: de las cuales la primera, que está al sur, es más grande en extensión y más fértil en la producción y abundancia de frutos, abarca, según la estimación de los anglos, la medida de novecientas sesenta familias; la segunda tiene un espacio de trescientas y más.

A esta gente le fue ocasión para recibir la fe el hecho de que el mencionado rey estaba emparentado con los reyes de los cantuarianos, habiendo tomado como esposa a Aethelburga, hija del rey Aethelberht, que también era llamada Tata. Cuando al principio él la pidió en matrimonio, enviando mensajeros a su hermano Eadbald, que entonces gobernaba el reino de los cantuarianos, se le respondió que no era lícito dar una virgen cristiana en matrimonio a un pagano, para que la fe y los sacramentos del rey celestial no se profanaran con la unión de un rey que era completamente ignorante del culto al verdadero Dios. Cuando los mensajeros le llevaron estas palabras a Edwin, prometió que no haría nada en absoluto contrario a la fe cristiana que la virgen profesaba, sino que permitiría que ella y todos los que vinieran con ella, hombres o mujeres, sacerdotes o ministros, observaran a la manera cristiana su fe y culto. Tampoco negó que él mismo adoptaría esa religión, si después de ser examinada por personas prudentes, se encontrara que era más santa y digna de Dios.

Así que se prometió la virgen, y fue enviada a Edwin, y según lo dispuesto, se ordenó al obispo, el hombre amado por Dios, Paulino, que viniera con ella, y que con exhortación diaria y la celebración de los sacramentos celestiales, confirmara a ella y a sus acompañantes para que no pudieran ser contaminados por la sociedad de los paganos.

Paulino fue ordenado obispo por el arzobispo Justo, el día doce antes de las calendas de agosto, en el año seiscientos veinticinco de la encarnación del Señor: y así llegó con la mencionada virgen al rey Edwin como compañero de unión carnal. Pero él, más bien, con toda su alma, se dedicó a llamar a la gente a la que iba al conocimiento de la verdad, para presentar, según la voz del Apóstol, una virgen casta a Cristo. Y cuando llegó a la provincia, trabajó mucho para que, con la ayuda del Señor, contuviera a aquellos que habían venido con él para que no se apartaran de la fe, y para convertir, si fuera posible, a algunos de los paganos a la gracia de la fe mediante la predicación. Pero como dice el Apóstol, aunque trabajó mucho tiempo en la palabra, el dios de este siglo cegó las mentes de los incrédulos, para que no les resplandeciera la iluminación del Evangelio de la gloria de Cristo.

Al año siguiente, llegó a la provincia un sicario llamado Eumer, enviado por el rey de los sajones occidentales, llamado Cuichelmo, con la esperanza de privar al rey Edwin de su reino y de su vida: quien tenía un puñal de doble filo envenenado; para que si la herida del hierro no fuera suficiente para la muerte del rey, se ayudara con el veneno. Llegó al rey el primer día de Pascua, junto al río Derwent, donde entonces había una villa real, y entró como si trajera un mensaje de su señor: y mientras con astuta boca pronunciaba la falsa embajada, de repente se levantó, y con el puñal desenvainado bajo su vestidura, hizo un ataque contra el rey. Cuando Lilla, el servidor más querido del rey, vio esto, no teniendo un escudo a mano para defender al rey de la muerte, inmediatamente interpuso su cuerpo ante el golpe del atacante: pero el enemigo clavó el hierro con tal fuerza que, a través del cuerpo del soldado muerto, también hirió al rey. Y cuando fue atacado por todas partes con espadas, en el mismo tumulto también mató con el puñal infame a otro de los soldados, llamado Frodheri.

Esa misma noche santa del Domingo de Pascua, la reina había dado a luz una hija al rey, a la que llamaron Eanfled. Y mientras el mismo rey, en presencia del obispo Paulino, daba gracias a sus dioses por la hija que le había nacido, el obispo, por el contrario, comenzó a dar gracias al Señor Cristo, y a asegurarle al rey que él había obtenido con sus oraciones que la reina diera a luz sin dolor grave. Atraído por las palabras del obispo, el rey prometió servir a Cristo, renunciando a los ídolos, si le concedía la vida y la victoria en la lucha contra el rey que había enviado al asesino que lo había herido: y como prenda de la promesa de cumplirlo, asignó a su misma hija para ser consagrada a Cristo por el obispo Paulino; quien fue bautizada en el santo día de Pentecostés, siendo la primera de la gente de los Northumbrianos, junto con otros once de su familia.

En ese tiempo, curado de la herida que le había sido infligida, el rey, reuniendo un ejército, marchó contra la gente de los sajones occidentales, y al iniciar la batalla, mató o recibió en rendición a todos los que había descubierto que habían conspirado para matarlo. Así, victorioso, regresó a su patria, pero no quiso recibir inmediatamente y sin reflexión los sacramentos de la fe cristiana, aunque ya no sirvió a los ídolos, desde que había prometido servir a Cristo. Más bien, desde ese momento, se dedicó diligentemente a aprender de la misma boca del venerable Paulino la razón de la fe, y a consultar con sus principales consejeros, a quienes consideraba más sabios, sobre qué debían hacer al respecto. Pero él mismo, siendo un hombre de naturaleza muy sagaz, a menudo permanecía solo durante mucho tiempo, hablando en silencio con su boca, pero en lo profundo de su corazón reflexionando sobre qué debía hacer, qué religión debía seguir.

CAPÍTULO X. Cómo el papa Bonifacio exhortó al mismo rey a la fe mediante cartas enviadas.

[DCXXV.] En ese tiempo recibió cartas exhortatorias a la fe del pontífice de la sede apostólica Bonifacio, cuya forma es la siguiente:

Ejemplar de la carta del beatísimo y apostólico papa de la Iglesia de la ciudad de Roma, Bonifacio, dirigida al glorioso hombre Edwin, rey de los anglos.

«Al glorioso hombre Edwin, rey de los anglos, Bonifacio, obispo, siervo de los siervos de Dios.

«Aunque la potencia de la suma divinidad no puede ser explicada por los oficios de la locución humana, ya que por su magnitud reside en una eternidad invisible e ininvestigable, de modo que ninguna sagacidad del ingenio puede comprenderla o describirla; sin embargo,

su humanidad, al abrir las puertas del corazón, infunde clementemente en las mentes humanas, mediante inspiración, los secretos que se han de revelar sobre sí misma. Por lo tanto, hemos extendido la solicitud sacerdotal para anunciaros la plenitud de la fe cristiana, para que, insertando el Evangelio de Cristo, que nuestro Salvador mandó predicar a todas las naciones, en vuestros sentidos, se os ofrezcan los remedios de vuestra salvación. Así pues, la clemencia de la majestad suprema, que creó y dispuso todas las cosas con la sola palabra de su mandato, a saber, el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, disponiendo los órdenes por los cuales subsistiría, con el consejo de su Verbo coeterno y la unidad del Espíritu Santo, formó al hombre del barro de la tierra a su imagen y semejanza, y le concedió tal prerrogativa de premio, que lo puso por encima de todas las cosas, y al guardar el término del mandato, lo aseguró con la subsistencia de la eternidad. A este Dios Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, que es la Trinidad indivisible, desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, el género humano, como su creador y hacedor, lo venera y adora con la confesión salvadora de la fe: a quien también las cumbres del imperio y los poderes de las cosas están sometidos, porque por su disposición se concede la preeminencia de todos los reinos. Por lo tanto, la misericordia de su bondad, al dilatar su creación, ha dignado maravillosamente encender con el fervor del Espíritu Santo los corazones fríos de las naciones situadas incluso en los confines de la tierra, para su reconocimiento.

«Lo que la clemencia del Redentor ha obrado en la iluminación de nuestro glorioso hijo Andubaldo, rey, y de las naciones sometidas a él, lo deducimos más plenamente que vuestra gloria lo ha conocido por la proximidad de los lugares. Por lo tanto, confiamos con cierta esperanza en que su don maravilloso también se os confiera a vosotros con la longanimidad celestial. Pues hemos sabido que vuestra gloriosa esposa, que se reconoce como parte de vuestro cuerpo, ha sido iluminada con el premio de la eternidad mediante la regeneración del sagrado bautismo. Por lo cual, con el presente estilo, hemos cuidado de exhortaros con todo el afecto de la caridad íntima; para que, abominando los ídolos y su culto, despreciando las fatuidades de los templos y los engañosos halagos de los augurios, creáis en Dios Padre omnipotente, y en su Hijo Jesucristo, y en el Espíritu Santo, para que, creyendo, liberados de los lazos de la cautividad diabólica, con la potencia cooperante de la santa e indivisible Trinidad, podáis ser partícipes de la vida eterna.

«Cuán grande es la culpa de reatitud en la que están obligados aquellos que, abrazando la superstición más perniciosa de la idolatría, la cultivan, lo indican los ejemplos de perdición de aquellos a quienes adoran; de los cuales se dice por el salmista: Todos los dioses de las naciones son demonios, pero el Señor hizo los cielos (Salmo XCV, 5). Y de nuevo: Tienen ojos, y no ven; tienen oídos, y no oyen; tienen narices, y no huelen; tienen manos, y no palpan; tienen pies, y no caminan: por lo tanto, se hacen semejantes a ellos los que ponen su confianza en ellos (Salmo CXIII, 5-8). ¿Cómo pueden tener la virtud de ayudar a alguien aquellos que son contruidos por manos inferiores y subordinadas a vosotros, de materia corruptible? A los cuales, en efecto, el arte humano, al acomodarles, les ha conferido la semejanza inanimada de miembros; que, a menos que sean movidos por vosotros, no podrán caminar; sino que, como una piedra colocada en un lugar, así contruidos, y sin tener inteligencia, sepultados en su misma insensibilidad, no han adquirido ninguna facultad ni de dañar ni de ayudar. ¿Con qué engaño de la mente, entonces, podemos encontrar que adoráis y seguís como dioses a aquellos a quienes vosotros mismos habéis dado la imagen del cuerpo, con juicio discreto?

«Por lo tanto, es necesario que, habiendo recibido el signo de la santa cruz, por el cual el género humano ha sido redimido, rechacéis de vuestros corazones la execrable suplantación de la astucia diabólica, que es envidiosa y rival de las obras de la bondad divina, y con las

manos extendidas, procuréis romper y destruir estos a quienes hasta ahora habéis fabricado como dioses con la estructura de la materia. Pues su misma disolución y corrupción, que nunca tuvo un espíritu viviente, ni pudo recibir sensibilidad de sus creadores de ninguna manera, os insinúa claramente cuán nada era lo que hasta ahora habíais adorado: ya que, de hecho, vosotros, que habéis recibido de Dios omnipotente el espíritu viviente, sois mejores que su construcción: a quienes Dios ha dispuesto que, expresados en la relación del hombre que formó, florezcan a través de innumerables generaciones a lo largo de los siglos. Acercaos, pues, al conocimiento de aquel que os creó, que insufló en vosotros el espíritu de vida, que envió a su Hijo unigénito para vuestra redención, para que os librara del pecado original, y, rescatados del poder de la iniquidad de la depravación diabólica, os premiara con recompensas celestiales.

«Recibid, pues, las palabras de los predicadores, y el Evangelio de Dios que os anuncian; para que, creyendo, como se ha dicho muchas veces, en Dios Padre omnipotente y en Jesucristo su Hijo, y en el Espíritu Santo, y en la Trinidad inseparable; habiendo huido de los sentidos de los demonios, y expulsada de vosotros la solicitud del venenoso y engañoso enemigo, renacidos por el agua y el Espíritu Santo, podáis, con la munificencia de su ayuda, habitar con aquel en quien habéis creído, en el esplendor de la gloria sempiterna.

«Además, os hemos enviado la bendición de vuestro protector, el beato Pedro, príncipe de los apóstoles; es decir, una camisa con adorno en oro, y una capa anciriana: lo cual pedimos que vuestra gloria reciba con el mismo ánimo de benignidad con que se sabe que ha sido enviado por nosotros.»

CAPÍTULO XI. Cómo exhortó a su esposa, mediante una carta, a cuidar diligentemente de su salvación.

[DCXXV.] También envió el mismo pontífice cartas de este tipo a su esposa Aethelburga.

Ejemplar de la carta del beatísimo y apostólico papa Bonifacio de la ciudad de Roma, dirigida a Aethelburga, reina de Edwin.

«A la gloriosa señora hija Aethelburga, reina, Bonifacio, obispo, siervo de los siervos de Dios.

«La benignidad de nuestro Redentor, que liberó al género humano de las cadenas de la cautividad diabólica mediante la efusión de su preciosa sangre, ha proporcionado muchos remedios de providencia para que se salve; para que, al dar a conocer su nombre de diversas maneras a las naciones, reconocieran a su Creador al recibir el sacramento de la fe cristiana. Lo cual, en efecto, en los sentidos de vuestra gloria, se manifiesta claramente por el don celestial conferido en la purificación de vuestra regeneración mística. Por lo tanto, nuestra mente se ha regocijado con gran alegría por el beneficio de la largueza del Señor, que ha dignado encender en vuestra confesión la chispa de la religión ortodoxa. De lo cual, no solo la inteligencia de vuestro glorioso esposo, sino también la de toda la gente sometida a vosotros, fácilmente se inflamaría en su amor.

«Hemos aprendido, por aquellos que llegaron a nosotros anunciando la loable conversión de nuestro glorioso hijo Audubaldo, rey, que también vuestra gloria, habiendo recibido el admirable sacramento de la fe cristiana, resplandece continuamente en obras piadosas y agradables a Dios, absteniéndose diligentemente del culto a los ídolos y de las seducciones de los templos y augurios, y así, perseverando en la devoción inmutable en el amor a su

Redentor, no cesa de contribuir incansablemente a la expansión de la fe cristiana. Y cuando la caridad paterna indagó con esmero sobre vuestro glorioso esposo, supimos que hasta ahora, sirviendo a ídolos abominables, ha postergado su obediencia para recibir la voz de los predicadores. Por lo cual, se nos ha acumulado no poca amargura, al ver que una parte de vuestro cuerpo ha permanecido ajena al conocimiento de la suprema e indivisible Trinidad. Por ello, no hemos demorado en ofrecer nuestra amonestación a vuestra gloriosa cristiandad, exhortándoos a que, imbuida de los auxilios de la inspiración divina, no difiráis actuar con insistencia y oportunidad, para que también él, con la cooperación del poder de nuestro Señor Jesucristo, se una al número de los cristianos; de modo que así mantengáis los derechos de la sociedad matrimonial en un vínculo inmaculado. Pues está escrito: Serán dos en una sola carne (Gén. II, 24). ¿Cómo, entonces, se podrá decir que existe en vosotros la unidad de la unión, si él ha permanecido ajeno al esplendor de vuestra fe, interpuestas las tinieblas del error detestable?

«Por lo tanto, insistiendo en la oración continua, no dejéis de implorar los beneficios de la iluminación de la clemencia celestial: para que, en efecto, aquellos a quienes el afecto carnal ha mostrado como un solo cuerpo, también la unidad de la fe los conserve en perpetua sociedad después del tránsito de esta vida. Insiste, pues, gloriosa hija, y con los mayores esfuerzos procura ablandar la dureza de su corazón con la religiosa insinuación de los preceptos divinos: infundiendo en sus sentidos cuán espléndido es el misterio que has recibido creyendo, y cuán admirable es el premio que has merecido alcanzar renaciendo. Enciende la frialdad de su corazón con la proclamación del Espíritu Santo; para que, removida la apatía del culto pernicioso, el calor de la fe divina encienda su entendimiento con la frecuencia de tus exhortaciones, de modo que el testimonio de la Sagrada Escritura se cumpla claramente por ti: El marido infiel será salvado por la mujer fiel (I Cor. VII, 14). Pues para esto has alcanzado la misericordia de la piedad del Señor, para que rindas a tu Redentor el múltiple fruto de la fe y de los beneficios que te han sido confiados. Lo cual, en efecto, para que puedas cumplirlo con el auxilio de su benignidad, no cesamos de pedirlo con asiduas oraciones.

«Por lo tanto, habiendo expuesto esto, mostrando los oficios de nuestro amor paternal hacia vosotros, os exhortamos a que, encontrando la oportunidad del portador, nos aliviéis con noticias prósperas sobre lo que la potencia suprema haya dignado obrar maravillosamente en la conversión de vuestro esposo y de la gente que os ha sido confiada, para que nuestra solicitud, que desea ansiosamente lo mejor para la salvación de vuestra alma y de la de todos los vuestros, sea aliviada por vuestras noticias, y reconociendo más abundantemente la iluminación de la propiciación divina difundida en vosotros, con alegre confesión rindamos merecidas gracias al Dios dador de todos los bienes y al bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles.

«Además, os hemos enviado la bendición de vuestro protector, el bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles; es decir, un espejo de plata y un peine de marfil dorado: lo cual pedimos que vuestra gloria reciba con el mismo ánimo de benignidad con que sabemos que os lo hemos enviado.»

CAPÍTULO XII. Cómo Edwin fue inducido a creer por una visión que se le mostró cuando estaba exiliado.

[DCXXVI.] Estas cosas, en efecto, el mencionado papa Bonifacio escribía sobre la salvación del rey Edwin y de su gente. Pero también el oráculo celestial que la divina piedad se dignó revelar a él cuando estaba exiliado en la corte del rey Redualdo de los anglos, ayudó no poco

a su entendimiento para recibir o comprender las enseñanzas de la doctrina salvadora. Pues cuando Paulino veía que difícilmente la sublimidad del ánimo real se inclinaba a la humildad del camino de la salvación y a recibir el misterio de la cruz vivificante, y actuaba tanto con la palabra de exhortación entre los hombres como con la palabra de súplica ante la divina piedad por su salvación y la de la gente sobre la que gobernaba, finalmente, como parece verosímil, aprendió en espíritu cuál y cómo era el oráculo que una vez se le había mostrado al rey desde el cielo. Y no demoró en amonestar al rey para que cumpliera el voto que había prometido hacer en el oráculo que se le había mostrado, si se libraba de las tribulaciones de aquel tiempo y llegaba a las alturas del reino.

El oráculo era de esta manera: Cuando, perseguido por Aedilfrido, que reinó antes que él, vagaba oculto por diversos lugares o reinos durante mucho tiempo, finalmente llegó a la corte de Redualdo, suplicándole que protegiera su vida de las insidias de tan gran perseguidor: quien, recibéndolo con gusto, prometió hacer lo que se le pedía. Pero después de que Aedilfrido supo que había aparecido en esa provincia y que vivía familiarmente con sus compañeros en la corte de aquel rey, envió mensajeros que ofrecieran a Redualdo mucho dinero por su muerte: y no logró nada. Envió una segunda vez, envió una tercera vez, ofreciendo dones aún más copiosos de oro y plata, y además amenazándole con la guerra si era despreciado. Quebrado por las amenazas o corrompido por los regalos, accedió a la petición, prometiendo que mataría a Edwin o lo entregaría a los legatarios. Cuando un amigo muy fiel de Edwin se dio cuenta de esto, entró en la habitación donde se disponía a dormir; era la primera hora de la noche, y lo llamó afuera; le explicó lo que el rey había prometido hacer con él y además añadió: «Si quieres, en esta misma hora te sacaré de esta provincia y te llevaré a lugares donde ni Redualdo ni Aedilfrido puedan encontrarte.» Edwin respondió: «Agradezco tu benevolencia; sin embargo, no puedo hacer lo que sugieres, romper primero el pacto que hice con un rey tan grande, cuando él no me ha hecho ningún mal, ni me ha infligido aún ninguna enemistad. Más bien, si he de morir, prefiero que él me entregue a la muerte antes que cualquier otro de menor rango. ¿A dónde huiría ahora, que durante tantos años y tiempos he vagado por todas las provincias de Britania, evitando las insidias de los enemigos?» Así que, al irse el amigo, Edwin permaneció solo afuera, y sentado triste ante el palacio, comenzó a ser afectado por muchas agitaciones de pensamientos, sin saber qué hacer ni a dónde dirigirse.

Y mientras era consumido por las angustias silenciosas de su mente y un fuego oculto, vio de repente, en el silencio de la noche intempestiva, a un hombre de rostro y aspecto desconocidos acercándose a él: al verlo, como era desconocido e inesperado, se asustó no poco. Pero aquel, acercándose, lo saludó y le preguntó por qué a esa hora, mientras los demás descansaban y estaban sumidos en un profundo sueño, él solo estaba triste y vigilante sentado en una piedra. Edwin, a su vez, le preguntó qué le importaba a él si pasaba la noche dentro o fuera. Él respondió: «No pienses que ignoro la causa de tu tristeza, de tus insomnios y de tu sesión solitaria y exterior: sé con certeza quién eres, por qué te afliges y qué males temes que te sucedan pronto. Pero dime qué recompensa darías, si hay alguien que te libere de estas angustias y persuada a Redualdo para que no te haga ningún mal ni te entregue a tus enemigos para que te maten.» Cuando Edwin respondió que daría todo lo que pudiera a cambio de tal beneficio, aquel añadió: «¿Y si también te promete que serás rey, con tus enemigos derrotados, de tal manera que no solo superarás a todos tus progenitores, sino también a todos los que antes que tú fueron reyes en la nación de los anglos?» Edwin, haciéndose más firme en su interrogatorio, no dudó en prometer que respondería con dignas acciones de gracias a quien le otorgara tantos beneficios. Entonces aquel, por tercera vez, dijo: «Si además, quien te predice con verdad que tales y tantos dones te llegarán, puede

mostrarte un consejo para tu salvación y vida mejor y más útil que el que jamás hayas oído de tus padres o parientes, ¿consientes en obedecerle y aceptar sus saludables consejos?» Edwin no dudó en prometer que seguiría en todo la doctrina de aquel que lo librara de tantas y tan grandes calamidades y lo elevara a la cima del reino. Recibida esta respuesta, inmediatamente aquel que hablaba con él puso su mano derecha sobre su cabeza, diciendo: «Cuando, por tanto, te llegue esta señal, recuerda este tiempo y nuestra conversación, y no demores en cumplir lo que ahora prometes.» Y dicho esto, como cuentan, desapareció de repente, para que entendiera que no era un hombre quien se le había aparecido, sino un espíritu.

Y mientras el joven real aún permanecía solo allí, gozoso por el consuelo que se le había otorgado, pero muy preocupado y pensando con mente atenta quién era aquel o de dónde venía quien le había hablado, llegó a él su mencionado amigo, saludándolo con rostro alegre: «Levántate, dijo, entra, y dejando de lado las ansiedades de las preocupaciones, compón tu cuerpo y tu mente al descanso, porque el corazón del rey ha cambiado, y no dispone hacerte ningún mal, sino más bien cumplir la promesa de fidelidad: pues después de que reveló a la reina en secreto su intención, de la que te hablé antes, ella lo disuadió, advirtiéndole que de ninguna manera convenía a un rey tan grande vender a su mejor amigo en necesidad por oro, y mucho menos perder su fidelidad, que es más preciosa que todos los ornamentos, por amor al dinero.» ¿Qué más? El rey hizo como se dijo: no solo no entregó al exiliado a los mensajeros enemigos, sino que también lo ayudó a llegar al reino. Pues tan pronto como los mensajeros regresaron a casa, reunió un ejército copioso para derrotar a Aedilfrido, y lo mató en los confines de la gente de los mercianos, en la orilla oriental del río llamado Ildae, cuando se le enfrentó con un ejército muy desigual, pues no le había dado tiempo para reunir y unir todo su ejército. En esa batalla también fue muerto el hijo de Redualdo, llamado Raegenheri: y así Edwin, según el oráculo que había recibido, no solo evitó las insidias del rey enemigo, sino que también, al ser este muerto, sucedió en la gloria del reino.

Por lo tanto, cuando Paulino predicaba la palabra de Dios y el rey difería en creer, y durante algún tiempo, como hemos dicho, solía sentarse solo en horas adecuadas, escudriñando con diligencia consigo mismo qué debía hacer, qué religión debía seguir, un día el hombre de Dios, entrando a él, puso su mano derecha sobre su cabeza y le preguntó si reconocía esta señal. Cuando, temblando, quiso postrarse a sus pies, lo levantó, y como si le hablara con voz familiar, dijo: «He aquí, dijo, has escapado de las manos de los enemigos que temías, por donación del Señor; he aquí, has recibido el reino que deseabas, por su generosidad. Recuerda no demorar en hacer lo tercero que prometiste, recibiendo la fe de aquel que te ha librado de las adversidades temporales, te ha elevado al honor del reino temporal; y si de aquí en adelante deseas obedecer su voluntad, que te predica a través de mí, también te libraré de los tormentos perpetuos de los males, haciéndote partícipe del reino eterno con él en los cielos.»

CAPÍTULO XIII. Qué consejo tuvo con sus príncipes sobre recibir la fe de Cristo; y cómo su pontífice profanó sus altares.

Habiendo escuchado esto, el rey respondió que deseaba y debía recibir la fe que se le enseñaba. Sin embargo, aún decía que consultaría con sus amigos, príncipes y consejeros sobre esto, para que si también ellos querían sentir lo mismo que él, todos juntos se consagraran a Cristo en la fuente de la vida. Y con el consentimiento de Paulino, hizo lo que había dicho. Pues habiendo celebrado un consejo con los sabios, preguntaba a cada uno de ellos por separado cómo les parecía esta doctrina hasta entonces inaudita y el nuevo culto de la divinidad que se predicaba.

A lo cual, el primero de sus pontífices, Coifi, respondió de inmediato: «Mira, rey, qué es esto que ahora se nos predica: yo, sin embargo, te declaro con toda verdad lo que he aprendido con certeza, que la religión que hemos mantenido hasta ahora no tiene en absoluto ninguna virtud ni utilidad: pues ninguno de tus súbditos se ha sometido más diligentemente que yo al culto de nuestros dioses; y sin embargo, hay muchos que reciben de ti mayores beneficios que yo, y mayores dignidades, y prosperan más en todo lo que disponen hacer o adquirir. Si los dioses tuvieran algún poder, querrían ayudarme a mí más, que he procurado servirles con más empeño. Por lo tanto, queda que si, habiendo examinado, ves que lo que ahora se nos predica es mejor y más fuerte, nos apresuremos a recibirlo sin ninguna demora.

A la persuasión y palabras prudentes de este, otro de los nobles del rey, asintiendo, añadió de inmediato: «Tal me parece, rey, la vida presente de los hombres en la tierra, en comparación con el tiempo que nos es incierto, como cuando, estando tú sentado a la cena con tus duques y ministros en tiempo de invierno, con el fuego encendido en medio y el comedor caldeado, mientras afuera rugen por todas partes las tormentas de lluvias o nieves invernales, un gorrión entra volando rápidamente en la casa, que al entrar por una puerta, sale de inmediato por otra. En el tiempo que está dentro, no es tocado por la tempestad del invierno, pero habiendo pasado un breve espacio de serenidad en un instante, regresa de nuevo al invierno y se escapa de tu vista. Así aparece la vida de los hombres por un breve tiempo; pero lo que sigue, o lo que precedió, lo ignoramos por completo. Por lo tanto, si esta nueva doctrina ha traído algo más cierto, parece que merece ser seguida.» Los demás ancianos y consejeros del rey, divinamente advertidos, decían cosas similares.

Añadió además Coifi que deseaba escuchar más atentamente a Paulino hablando sobre el Dios que predicaba. Lo cual, cuando lo hizo por orden del rey, exclamó, al escuchar sus palabras, diciendo: «Hace tiempo que entendí que no era nada lo que adorábamos: pues cuanto más diligentemente buscaba la verdad en ese culto, menos la encontraba. Ahora, sin embargo, declaro abiertamente que en esta predicación brilla la verdad, que puede otorgarnos los dones de vida, salvación y bienaventuranza eterna. Por lo tanto, sugiero, rey, que los templos y altares que hemos consagrado sin fruto de utilidad, los entreguemos rápidamente al anatema y al fuego.» ¿Qué más? El rey dio su consentimiento abiertamente al bienaventurado Paulino que evangelizaba, y renunciando a la idolatría, confesó que recibiría la fe de Cristo. Y cuando el mencionado pontífice de sus sagrados le preguntó quién debía ser el primero en profanar los altares y templos de los ídolos con los recintos que los rodeaban, él respondió: «Yo. Pues, ¿quién más apropiadamente que yo, que los he adorado por ignorancia, los destruiré ahora por sabiduría, que me ha sido dada por el verdadero Dios?» Inmediatamente, desechando la superstición de la vanidad, pidió al rey que le diera armas y un caballo de guerra, para que, montándolo, fuera a destruir los ídolos. Pues no le estaba permitido al pontífice de los sagrados llevar armas ni montar en un caballo, excepto en una yegua. Ceñido, pues, con una espada, tomó una lanza en la mano, y montando el caballo de guerra del rey, se dirigió a los ídolos. Al verlo, la multitud pensaba que estaba loco. Pero no demoró, tan pronto como se acercó al templo, en profanarlo, lanzando en él la lanza que sostenía: y muy gozoso por el reconocimiento del culto al verdadero Dios, ordenó a sus compañeros destruir y quemar el templo con todos sus recintos. Se muestra, además, el lugar de los ídolos no lejos de Eburaco hacia el este, más allá del río Dorwenton, y hoy se llama Godmunddingaham, donde el mismo pontífice, inspirado por el verdadero Dios, profanó y destruyó los altares que él mismo había consagrado.

CAPÍTULO XIV. Cómo Edwin y su gente se hicieron fieles; y dónde Paulino los bautizó.

Por lo tanto, el rey Edwin, con todos los nobles de su gente y una gran multitud del pueblo, recibió la fe y el baño de la santa regeneración, en el undécimo año de su reinado, que es el año seiscientos veintisiete de la Encarnación del Señor, y aproximadamente el año ciento ochenta desde la llegada de los anglos a Britania. Fue bautizado en Eburaco el día santo de Pascua, el día antes de los Idus de abril, en la iglesia del apóstol San Pedro, que él mismo construyó allí de madera con obra rápida mientras era catequizado y preparado para recibir el bautismo. En la misma ciudad, también donó a su maestro y obispo Paulino la sede episcopal. Tan pronto como recibió el bautismo, se preocupó, bajo la enseñanza del mismo Paulino, de construir en el mismo lugar una basílica más grande y majestuosa de piedra, en cuyo medio se incluyera el oratorio que había hecho antes. Preparados, pues, los cimientos alrededor del oratorio anterior, comenzó a edificar la basílica en cuadrado. Pero antes de que la altura del muro fuera completada, el mismo rey, asesinado impiamente, dejó la obra a su sucesor Osualdo para que la terminara. Paulino, desde entonces, durante seis años continuos, es decir, hasta el final del reinado de aquel rey, predicaba la palabra de Dios en esa provincia, con el consentimiento y favor del mismo, y creían y eran bautizados todos los que estaban predestinados a la vida eterna: entre los cuales estaban Osfrid y Eadfrid, hijos del rey Edwin, que ambos le nacieron en el exilio de Quoenburga, hija de Cearli, rey de los mercianos.

Fueron bautizados en el tiempo siguiente otros hijos de la reina Aedilberga, Aedilhun y Aedilthryd, su hija, y otro hijo, Vuscfreea, de los cuales los primeros, aún vestidos de blanco, fueron arrebatados de esta vida y sepultados en la iglesia de Eburaco. También fue bautizado Yffi, hijo de Osfrid, así como otros nobles y hombres reales no pocos. Se dice que entonces fue tan grande el fervor de la fe y el deseo del baño salvador entre la gente de los Nordanhymbros, que en cierta ocasión, cuando Paulino llegó con el rey y la reina a la villa real llamada Adgefrin, permaneció allí con ellos durante treinta y seis días dedicado al oficio de catequizar y bautizar: durante todos esos días, desde la mañana hasta la tarde, no hacía otra cosa que instruir con la palabra de salvación a la multitud que acudía de todas las aldeas y lugares, y a los instruidos los lavaba en el río Gleni, que estaba cerca, con el baño de la remisión. Esta villa fue abandonada en tiempos de los reyes siguientes, y otra fue construida en su lugar en el sitio llamado Maelmin. Esta estaba en la provincia de los Bernicios; pero también en la provincia de los Deirios, donde solía permanecer con el rey, bautizaba en el río Sualua, que pasa por el pueblo de Cataracta. Pues aún no se podían construir oratorios ni baptisterios en el mismo inicio de la naciente Iglesia allí. Sin embargo, en Campodono, donde también había una villa real, construyó una basílica, que posteriormente los paganos que mataron al rey Aeduino incendiaron junto con toda la villa: por la cual los reyes posteriores construyeron una villa en la región llamada Loidis. El altar escapó del fuego, porque era de piedra, y aún se conserva en el monasterio del reverendísimo abad y presbítero Thryduulf, que está en el bosque de Elmete.

CAPÍTULO XV. Cómo la provincia de los Anglos Orientales recibió la fe de Cristo.

[627] Aeduino tuvo tal devoción hacia el culto de la verdad, que persuadió también al rey de los Anglos Orientales, Earpualdo, hijo de Redualdo, para que, abandonando las supersticiones de los ídolos, recibiera la fe y los sacramentos de Cristo con su provincia. Y de hecho, su padre Redualdo ya había sido instruido en los sacramentos de la fe cristiana en Cantia, pero en vano: pues al regresar a casa, fue seducido por su esposa y algunos maestros perversos, y desviado de la sinceridad de la fe, tuvo un final peor que el principio; de tal manera que, al modo de los antiguos samaritanos, parecía servir a Cristo y a los dioses a los que antes servía, y en el mismo templo tenía un altar para el sacrificio de Cristo y otro para las víctimas de los demonios. Este templo, el rey de esa provincia, Alduulf, que vivió en

nuestra época, testificaba que había perdurado hasta su tiempo, y que lo había visto en su infancia.

El mencionado rey Redualdo era noble de nacimiento aunque ignoble en sus actos, hijo de Tytili, cuyo padre fue Vuffa, de quien los reyes de los Anglos Orientales son llamados Vuffingas. Sin embargo, Eorpualdo fue asesinado poco después de haber recibido la fe por un hombre pagano llamado Ricbercto; y desde entonces, durante tres años, la provincia estuvo sumida en el error, hasta que su hermano Sigberct, un hombre muy cristiano y docto, asumió el reino. Este, mientras aún vivía su hermano, había sido instruido en los sacramentos de la fe durante su exilio en Galia, y tan pronto como comenzó a reinar, se preocupó por hacer partícipe de ellos a toda su provincia. A sus esfuerzos favoreció gloriosamente el obispo Félix, quien, habiendo venido de las partes de los Burgundios, donde nació y fue ordenado, al arzobispo Honorio, y habiéndole manifestado su deseo, fue enviado a predicar la palabra de vida a la mencionada nación de los Anglos. Y sus deseos no fueron en vano; más bien, el piadoso cultivador del campo espiritual encontró en ella un fruto múltiple de pueblos creyentes. De hecho, condujo a toda esa provincia, según el sacramento de su nombre, liberada de la larga iniquidad e infelicidad, a la fe y las obras de justicia, y a los dones de la felicidad perpetua, y recibió la sede episcopal en la ciudad de Domnoc: y después de haber presidido durante diecisiete años el gobierno pontifical de esa provincia, allí mismo terminó su vida en paz.

CAPÍTULO XVI. Cómo Paulino predicó en la provincia de Lindissi; y sobre la calidad del reino de Aeduino.

[628] Paulino también predicaba la palabra en la provincia de Lindissi, que es la primera en la orilla meridional del río Humber, extendiéndose hasta el mar, y convirtió primero al prefecto de la ciudad de Lindocolina, llamado Blaecca, junto con su casa, al Señor. En esa ciudad construyó una iglesia de obra excelente de piedra: cuyo techo, ya sea por larga negligencia o por mano hostil, fue derribado, pero las paredes aún se ven en pie, y todos los años suelen mostrarse allí algunos milagros de sanidad para utilidad de aquellos que buscan con fe. En esa iglesia, Paulino, al pasar Justo a Cristo, consagró a Honorio como obispo en su lugar, como diremos en su momento.

Sobre la fe de esta provincia me contó un presbítero y abad, un hombre muy veraz del monasterio de Peartaneu, llamado Deda, que un anciano le había relatado que fue bautizado al mediodía por el obispo Paulino, en presencia del rey Aeduino, y una gran multitud de gente en el río Treenta, junto a la ciudad que en lengua de los Anglos se llama Tiouulfingacaestir: quien también solía describir la apariencia de Paulino, diciendo que era un hombre de alta estatura, un poco encorvado, de cabello negro, rostro delgado, nariz aguileña y muy delgada, de aspecto venerable y terrible a la vez. Tenía consigo en el ministerio a Jacobo, un diácono, hombre ciertamente industrioso y noble en Cristo y en la Iglesia, quien permaneció hasta nuestros tiempos.

Se dice que en ese tiempo hubo tanta paz en Britania, dondequiera que llegara el imperio del rey Aeduino, que, como se dice hasta hoy en un proverbio, incluso si una mujer con un niño recién nacido quisiera recorrer toda la isla de mar a mar, podría hacerlo sin que nadie la dañara. Tanto consultó este rey por la utilidad de su gente, que en muchos lugares donde construyó fuentes claras junto a los pasos públicos de los caminos, mandó colgar cálices de bronce en postes elevados para el refrigerio de los viajeros, y nadie se atrevía a tocarlos, salvo por necesidad, por la magnitud de su temor o por amor. Tuvo tal excelencia en su reino, que no solo en la batalla se llevaban estandartes delante de él, sino que en tiempo de paz, cuando

cabalgaba entre las ciudades o villas o provincias con sus ministros, siempre solía precederle un portaestandarte: y también, cuando caminaba por las calles, aquel tipo de estandarte que los romanos llaman Tufam, y los anglos llaman Tuuf, solía ser llevado delante de él.

CAPÍTULO XVII. Cómo el mismo Aeduino recibió cartas exhortatorias del papa Honorio, quien también envió el palio a Paulino.

En ese tiempo, Honorio, sucesor de Bonifacio, tenía el pontificado de la sede apostólica, quien, al saber que la gente de los Nordanhymbros con su rey se había convertido a la fe y confesión de Cristo por la predicación de Paulino, envió a este el palio, y también envió cartas exhortatorias al rey Aeduino, encendiéndolo con amor paternal para que se esforzaran siempre en perseverar y progresar en la fe de la verdad que habían recibido. El orden de estas cartas es el siguiente:

[634] «Al excelentísimo y preclarísimo hijo Aeduino, rey de los Anglos, Honorio, obispo, siervo de los siervos de Dios, salud.

«La integridad de vuestra cristiandad, encendida con el ardor de la fe hacia el culto de su Creador, resplandece de tal manera que, anunciada en todo el mundo, multiplica el fruto de vuestra obra. Pues así os reconocéis como reyes, mientras, instruidos por la predicación ortodoxa, veneráis a Dios, vuestro Rey y Creador, y le ofrecéis, en la medida que la condición humana lo permite, la sincera devoción de vuestra mente. ¿Qué más podemos ofrecer a nuestro Dios, sino que, perseverando en buenas obras, confesando al mismo Creador del género humano, nos apresuremos a adorarlo y a rendirle nuestros votos? Por tanto, excelentísimo hijo, os exhortamos con la caridad paternal que conviene, a que lo que la divina misericordia se ha dignado llamaros a su gracia, os esforcéis en conservarlo con atención solícita y oraciones constantes; para que quien os ha absuelto de todo error en este siglo presente, llevándoos al conocimiento de su nombre, os prepare también una morada en la patria celestial. Por tanto, ocupados frecuentemente en la lectura del predicador vuestro, mi señor de apostólica memoria Gregorio, tened presente el afecto de su doctrina, que ejerció gustosamente por vuestras almas; para que su oración aumente vuestro reino y pueblo, y os presente irrepreensibles ante Dios omnipotente. En cuanto a lo que esperabais que ordenáramos para vuestros sacerdotes, esto, por la sinceridad de vuestra fe, que nos ha sido laudablemente insinuada por los portadores de las presentes, hemos previsto conceder con ánimo gratuito sin dilación alguna; y hemos enviado dos palios a ambos metropolitanos, es decir, a Honorio y Paulino, para que cuando uno de ellos sea llamado de este mundo a su Creador, el otro, por nuestra autoridad, deba subrogar a otro obispo en su lugar. Esto lo hemos concedido tanto por el afecto de vuestra caridad, como por las grandes distancias de provincias que se sabe que existen entre nosotros y vosotros, para que en todo os prestemos nuestro concurso y según vuestros deseos. Que la gracia suprema guarde vuestra excelencia.»

CAPÍTULO XVIII. Cómo Honorio, que sucedió a Justo en el episcopado de la Iglesia de Dorovernensis, recibió el palio y cartas del mismo papa Honorio.

Entre tanto, el arzobispo Justo fue elevado a los reinos celestiales el cuarto día de los Idus de noviembre [630], y Honorio fue elegido en su lugar para el pontificado: quien, para ser ordenado, fue a Paulino, y encontrándose con él en Lindocolina, fue consagrado quinto obispo de la Iglesia de Dorovernensis desde Agustín [631]. A quien también el mencionado papa Honorio envió el palio y cartas, en las que decreta lo mismo que había decretado en la carta enviada al rey Aeduino: a saber, que cuando el obispo de Dorovernensis o de Eburacensis pase de esta vida, el que quede, consorte del mismo grado, tenga potestad para

ordenar a otro en el lugar del que haya fallecido, para que no sea necesario fatigarse siempre hasta la ciudad de Roma por tan largas distancias de tierra y mar para ordenar un arzobispo. También consideramos conveniente poner el texto de estas cartas en nuestra Historia.

[634] «Al amado hermano Honorio, Honorio.

«Entre los muchos dones que la misericordia de nuestro Redentor se digna otorgar a sus siervos, también concede clementemente, con la munificencia de su piedad, que, a través de los afectos fraternales, la unánime dilección se represente de alguna manera por alternos aspectos. Por lo cual rendimos gracias incesantemente a su majestad, y le suplicamos con votos que confirme con perpetua estabilidad a vuestra dilección, que trabaja y fructifica en la predicación del Evangelio, siguiendo la regla de vuestro maestro y cabeza, el santo Gregorio, y que suscite por vosotros mayores incrementos para el aumento de su Iglesia; para que vuestra adquisición y la de vuestros predecesores, que brota por los inicios del señor Gregorio, se extienda más al crecer; para que las promesas del divino discurso os miren en el futuro, y os llame esta voz a la eterna festividad: Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar (Mateo 11, 28). Y de nuevo: Bien, siervo bueno y fiel; porque en lo poco has sido fiel, sobre mucho te pondré: entra en el gozo de tu señor (Mateo 25, 21). Y nosotros, hermanos carísimos, enviándoos estas palabras de exhortación por la caridad eterna, no dejamos de impartir lo que vemos que puede convenir para los privilegios de vuestras Iglesias. Y tanto según vuestra petición, como la de nuestros hijos los reyes, por la presente preceptiva nuestra, en lugar del bienaventurado Pedro, príncipe de los apóstoles, os otorgamos la autoridad para que cuando uno de vosotros sea llamado por la gracia divina [Al., evocado], el que sobreviva deba ordenar a otro obispo en el lugar del difunto. Para lo cual también hemos enviado a vuestra dilección sendos palios para celebrar dicha ordenación, para que por la autoridad de nuestro precepto podáis realizar una ordenación agradable a Dios; porque para concederos esto, las largas distancias de tierra y mar que se interponen entre nosotros y vosotros nos han obligado a condescender a esto, para que de ningún modo pueda sobrevenir alguna pérdida a vuestras Iglesias por el pretexto de cualquier ocasión; sino más bien propagar más plenamente la devoción del pueblo encomendado a vosotros. Que Dios te guarde sano, amado hermano. Dado el día tercero de los Idus de junio, reinando nuestros señores los Augustos, Heraclio en el año vigésimo cuarto, después de su consulado en el año vigésimo tercero; y Constantino su hijo en el año vigésimo tercero, y su consulado en el año tercero; y también Heraclio el felicísimo César, también su hijo, en el año tercero, en la séptima indicción, es decir, en el año seiscientos treinta y cuatro de la encarnación del Señor.»

CAPÍTULO XIX. Cómo primero el mismo Honorio, y después Juan, enviaron cartas a la gente de los Escotos sobre la observancia de la Pascua y sobre la herejía pelagiana.

[634] El mismo papa Honorio envió cartas también a la gente de los Escotos, a quienes había descubierto errar en la observancia de la santa Pascua, según lo que hemos explicado antes: exhortándolos diligentemente a que no consideraran su escasez, situada en los confines extremos de la tierra, más sabia que las antiguas o modernas Iglesias de Cristo que estaban por todo el mundo; ni celebraran otra Pascua contra los cómputos pascales y los decretos de los sínodos de todos los pontífices del mundo.

[640] Pero también Juan, quien sucedió a Severino, sucesor de Honorio, cuando aún era electo al pontificado, les envió cartas llenas de gran autoridad y erudición para corregir el mismo error, demostrando claramente que el día del Señor de la Pascua debe buscarse desde la luna decimoquinta hasta la vigésima primera, lo cual fue aprobado en el sínodo de Nicea.

Asimismo, también se preocupó por advertirles en la misma carta sobre la herejía pelagiana, que había aprendido que revivía entre ellos; cuyo principio de la carta es este:

«A los amadísimos y santísimos Tomiano, Columbano, Cromano, Dinnao y Baithano obispos; Cromano, Erniano, Laistrano, Scellano y Segeno presbíteros; Sarano, y a los demás doctores o abades escotos, Hilario archipresbítero, y guardando el lugar de la santa sede apostólica, Juan diácono, y en el nombre de Dios electo: también Juan primicerio, y guardando el lugar de la santa sede apostólica, y Juan siervo de Dios, consejero de la misma sede apostólica.

«Las cartas que los portadores llevaron a la santa memoria del papa Severino, y al partir él de esta luz, las respuestas recíprocas a lo que se había solicitado, callaron. Al abrirlas, para que no permaneciera por mucho tiempo sin discusión la oscuridad de tan gran cuestión, encontramos que algunos de vuestra provincia, contra la fe ortodoxa, intentan renovar una nueva herejía a partir de la antigua, rechazando con nebulosa oscuridad nuestra Pascua en la que Cristo fue inmolido, y tratando de celebrarla con los hebreos en la luna decimocuarta.» Con este principio de la carta se declara claramente que esta herejía surgió recientemente entre ellos, y que no toda su gente, sino algunos de ellos, estaban implicados en ella.

Expuesta la razón de la observancia pascual, así añaden en la misma carta sobre los pelagianos: «Y también hemos sabido que el veneno de la herejía pelagiana revive de nuevo entre vosotros: lo cual os exhortamos encarecidamente a que tal crimen venenoso de superstición sea eliminado de vuestras mentes. Pues no debe ocultarse a vosotros cómo también esa execrable herejía fue condenada, porque no solo ha sido abolida durante estos doscientos años, sino que también es condenada diariamente por nosotros con anatema perpetuo: y os exhortamos a que no se susciten entre vosotros las cenizas de aquellos cuyos armas han sido quemadas. Pues, ¿quién no aborrecería su soberbia y malvada pretensión, diciendo que el hombre puede existir sin pecado por su propia voluntad, y no por la gracia de Dios? Y en primer lugar, es una blasfemia insensata decir que el hombre puede estar sin pecado; lo cual no puede ser de ninguna manera, salvo uno, el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que fue concebido y nacido sin pecado. Pues los demás hombres, naciendo con el pecado original, se sabe que llevan el testimonio de la transgresión de Adán, incluso sin existir en pecado actual, según el Profeta que dice: He aquí, en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre (Salmo 50, 7).»

CAPÍTULO XX. Cómo, al ser asesinado Aeduino, Paulino regresó a Cantia y asumió el obispado de la Iglesia de Hrofensis.

Pero Aeduino, después de haber gobernado gloriosamente durante diecisiete años a la gente de los Anglos y de los Britones, de los cuales, como hemos dicho, sirvió seis también al reino de Cristo, fue rebelado por Caedualla, rey de los Britones, con la ayuda de Penda, un hombre muy valiente del linaje real de los Mercianos, quien también gobernó el reino de esa gente durante veintidós años con suerte variada: y en una grave batalla librada en el campo llamado Haethfelth, Aeduino fue asesinado el día cuarto de los Idus de octubre, en el año seiscientos treinta y tres de la encarnación del Señor, cuando tenía cuarenta y ocho años: y todo su ejército fue destruido o dispersado. En esa batalla, antes que él, cayó uno de sus hijos, Osfrid, un joven belicoso, y otro, Eadfrid, obligado por la necesidad, se pasó al rey Penda, y posteriormente, reinando Osualdo, fue asesinado por él, contra la fe del juramento.

En el tiempo en que se produjo una gran masacre en la Iglesia o en el pueblo de los Nordanhymbros, fue principalmente porque uno de los líderes que la llevó a cabo era pagano, y el otro, aunque bárbaro, era más cruel que el pagano. Penda, con toda la gente de Mercia, estaba dedicado a los ídolos y desconocía el nombre cristiano; mientras que Caedualla, aunque tenía el nombre y la profesión de cristiano, era tan bárbaro en su mente y costumbres que no perdonaba ni al sexo femenino ni a la inocente edad de los niños, sino que entregaba a todos a la muerte con torturas, recorriendo sus provincias con furia durante mucho tiempo, y deliberando borrar a toda la raza de los anglos de los confines de Britania. Tampoco mostraba ningún honor a la religión cristiana que había surgido entre ellos. Pues hasta hoy es costumbre de los britones considerar la fe y religión de los anglos como nada, y no comunicarse con ellos más que con los paganos. La cabeza del rey Aedwino fue llevada a Eburacum y luego depositada en la iglesia del bienaventurado apóstol Pedro, que él mismo había comenzado, pero que su sucesor Osualdo completó, como hemos enseñado antes, y fue colocada en el pórtico del santo papa Gregorio, de cuyo discípulo él mismo había recibido la palabra de vida.

Con los asuntos de los Nordanhymbros perturbados por esta calamidad, cuando no parecía haber refugio en ningún lugar salvo en la huida, Paulino, tomando consigo a la reina Aedilberge, a quien había traído antes, regresó a Cantia por mar, y fue recibido con gran honor por el arzobispo Honorio y el rey Eadbaldo. Llegó allí bajo la protección de Basso, un valiente soldado del rey Aedwino, llevando consigo a Eanfleda, la hija, y a Vuscfreat, el hijo de Aedwino, así como a Yffi, el hijo de Osfrido, su hijo, a quienes la madre, por temor a los reyes Eadbaldo y Osualdo, envió a Galia para ser criados por el rey Daegberecto, quien era su amigo, y allí ambos murieron en la infancia, y fueron sepultados en la iglesia con el honor correspondiente a los niños reales o a los inocentes de Cristo. También trajo consigo muchos vasos preciosos del rey Aedwino, entre los cuales había una gran cruz de oro y un cáliz de oro consagrado para el servicio del altar, que hasta ahora se conservan y se muestran en la iglesia de Cantia.

En ese tiempo, la Iglesia de Hrofensis no tenía pastor, porque el obispo Romano, enviado como legado al papa Honorio por el arzobispo Justo, había sido tragado por las olas del mar Itálico: y por esto, el mencionado Paulino, a invitación del obispo Honorio y del rey Eadbaldo, asumió y mantuvo el cuidado de ella, hasta que él mismo, en su tiempo, ascendió al reino celestial con el fruto glorioso de su labor. En esa iglesia, al morir, dejó también el palio que había recibido del papa Romano.

Había dejado en su iglesia de Eburacum a Jacobo el diácono, un hombre ciertamente eclesiástico y santo, quien permaneciendo allí por mucho tiempo, arrebató grandes presas al antiguo enemigo, enseñando y bautizando: el lugar donde solía habitar, cerca de Cataracta, todavía lleva su nombre. Como era muy experto en el canto eclesiástico, después de que la paz fue restaurada en la provincia y el número de fieles creció, también comenzó a ser maestro de canto eclesiástico según la costumbre de los romanos o de los cantuarianos para muchos: y él mismo, anciano y lleno de días, según las Escrituras, siguió el camino de los Padres.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO. Cómo los primeros sucesores del rey Aedwino traicionaron la fe de su pueblo, y cómo el muy cristiano rey Osualdo restauró ambos reinos.

Después de que Aedwino fue asesinado en batalla, su primo Osric, hijo de su tío Aelfric, asumió el reino de los Deirenses, de cuya provincia Aedwino había tenido su linaje y los comienzos de su reino, y había sido instruido en los sacramentos de la fe por la predicación de Paulino [633]. Por otro lado, el reino de los Bernicianos, pues la nación de los Nordanhymbros estaba antiguamente dividida en estas dos provincias, fue asumido por Eanfrid, hijo de Aedilfrido, quien había gobernado antes que Aedwino y había tenido su origen de linaje y reino en esa provincia. Durante todo el tiempo que Aedwino reinó, los hijos del mencionado rey Aedilfrido, que había reinado antes que él, con una gran juventud noble, estaban exiliados entre los escotos o pictos, y allí fueron catequizados según la doctrina de los escotos y renovados por la gracia del bautismo. Cuando el rey enemigo murió, se les permitió regresar a su patria, y el primero de ellos, Eanfrid, asumió el reino de los Bernicianos. Ambos reyes, al obtener las islas del reino terrenal, traicionaron los sacramentos del reino celestial a los que habían sido iniciados, al anatematizarlos, y se devolvieron a las antiguas inmundicias de la idolatría para ser contaminados y destruidos.

Sin demora, el rey de los britones, Ceadualla, los mató a ambos con mano impía, pero con justa venganza [634]. Primero, en el verano siguiente, destruyó a Osric, quien imprudentemente lo había sitiado en un municipio, al salir de repente con todos sus hombres y destruirlo con su ejército desprevenido. Luego, durante un año entero, no poseyó las provincias de los Nordanhymbros como un rey victorioso, sino que las devastó como un tirano, desgarrándolas con trágica matanza, y finalmente condenó a Eanfrid, quien vino imprudentemente a él con doce soldados elegidos para pedir la paz, a la misma suerte. Ese año infame y odiado por todos los buenos permanece hasta hoy, tanto por la apostasía de los reyes anglos que se despojaron de los sacramentos de la fe, como por la tiranía insana del rey británico. Por lo tanto, a todos los que computan los tiempos de los reyes les pareció bien que, eliminada la memoria de los reyes pérfidos, ese año se asignara al reino del siguiente rey, es decir, Osualdo, un hombre amado por Dios, quien, después de la muerte de su hermano Eanfrid, llegó con un pequeño ejército, pero fortalecido por la fe de Cristo, y el infame líder de los britones, con sus inmensas tropas que se jactaba de que nada podía resistir, fue asesinado; en el lugar que en la lengua de los anglos se llama Denisesburna, es decir, el Arroyo de Denisi.

CAPÍTULO II. Cómo un joven fue curado de la dolencia de su brazo por el milagro de la cruz que el mismo rey erigió para luchar contra los bárbaros.

El lugar donde Osualdo erigió el signo de la santa cruz antes de esta batalla [635] se muestra hasta hoy y es tenido en gran veneración, y allí, arrodillado, oró al Señor para que en tan gran necesidad socorriera con ayuda celestial a sus siervos. Se dice que, habiendo hecho rápidamente la cruz y preparado la fosa en la que debía ser colocada, él mismo, ferviente en la fe, la tomó y la colocó en la fosa, y la sostuvo erguida con ambas manos hasta que, con la tierra amontonada por los soldados, fue fijada en el suelo. Y habiendo hecho esto, levantó la voz en alto y proclamó a todo el ejército: «Doblemos todos las rodillas y roguemos al Señor omnipotente, vivo y verdadero, en común, para que nos defienda de este enemigo soberbio y feroz con su misericordia: pues él sabe que hemos emprendido esta guerra por la salvación de nuestra gente.» Todos hicieron como él ordenó; así, al amanecer, avanzaron contra el enemigo y, según el mérito de su fe, obtuvieron la victoria. En el lugar de su oración se sabe que se han realizado innumerables milagros de sanidad, como señal y memoria de la fe del rey. Pues hasta hoy, muchos suelen cortar astillas del mismo madero de la santa cruz, que, al ser arrojadas al agua y dadas de beber o rociadas sobre personas o animales enfermos, los restauran inmediatamente a la salud.

Ese lugar se llama en la lengua de los anglos Hefenfelth [Al., Heofenfeld], que puede decirse en latín Campo Celestial, un nombre que ciertamente recibió en la antigüedad como presagio de lo que vendría: significando que allí se erigiría un trofeo celestial, se iniciaría una victoria celestial, y hasta hoy se celebrarían milagros celestiales. El lugar está cerca de aquel muro, al norte, que los romanos una vez construyeron para proteger Britania de los ataques de los bárbaros, como hemos enseñado antes. En ese lugar, los hermanos de la iglesia de Hagustald, que no está lejos, han tenido la costumbre durante mucho tiempo de venir cada año el día antes de que el mismo rey Osualdo fuera asesinado, para hacer vigiliias por la salvación de su alma, y después de celebrar con mucha alabanza de salmos, ofrecer por la mañana el sacrificio de la sagrada oblación por él. Y, aumentando la buena costumbre, recientemente construyeron allí una iglesia [Al. add. y la dedicaron], haciendo el lugar más sagrado y honorable para todos. No sin razón, porque, según hemos sabido, no se erigió ningún signo de la fe cristiana, ninguna iglesia, ningún altar en toda la gente de los Bernicianos, antes de que este nuevo líder militar, guiado por la devoción de la fe, erigiera el estandarte de la santa cruz para luchar contra el enemigo más feroz.

No está fuera de lugar narrar uno de los muchos milagros de virtud que se realizaron en esta cruz. Uno de los hermanos de la iglesia de Hagustald, llamado Bothelm, que aún vive, hace pocos años, mientras caminaba imprudentemente sobre el hielo de noche, cayó de repente y se rompió el brazo, y comenzó a sufrir una grave molestia por la fractura, de modo que no podía llevar el brazo a la boca debido al dolor. Cuando un día por la mañana oyó que uno de los hermanos planeaba subir al lugar de la misma santa cruz, le pidió que le trajera de regreso alguna parte de ese venerable madero, diciendo que creía que a través de esto, con la ayuda del Señor, podría obtener la salud. Hizo lo que se le pidió, y al regresar por la tarde, cuando los hermanos ya estaban sentados a la mesa, le ofreció algo del musgo viejo que cubría la superficie del madero. Como no tenía a mano un lugar donde poner el regalo que se le había ofrecido, lo puso en su regazo. Y cuando fue a acostarse, olvidó dejarlo en algún lugar, permitiendo que permaneciera en su regazo. Pero a medianoche, cuando despertó, sintió algo frío junto a su costado, y al mover la mano para averiguar qué era, encontró su brazo y mano tan sanos como si nunca hubieran tenido tal dolencia.

CAPÍTULO III. Cómo el mismo rey, solicitando un obispo de la gente de los escotos, recibió a Aedano, y le otorgó la sede episcopal en la isla de Lindisfarne.

Por lo tanto, Osualdo, tan pronto como asumió el reino, deseando que toda la gente a la que había comenzado a gobernar fuera imbuida de la gracia de la fe cristiana, de la cual ya había experimentado grandes beneficios al derrotar a los bárbaros, envió a los ancianos de los escotos, entre quienes él mismo, exiliado, había recibido los sacramentos del bautismo junto con los soldados que estaban con él; pidiendo que se le enviara un obispo, cuya doctrina y ministerio enseñara a la gente de los anglos que gobernaba los dones de la fe del Señor y recibiera los sacramentos [635]. No tardó mucho en obtener lo que pidió: recibió al obispo Aedano [Al., Aidan], un hombre de suma mansedumbre, piedad y moderación, y con celo por Dios, aunque no completamente según el conocimiento. Pues solía observar el día del domingo de Pascua según la costumbre de su gente, de la cual hemos hecho mención frecuente, desde la luna catorce hasta la vigésima. En efecto, en ese tiempo, la provincia septentrional de los escotos y toda la nación de los pictos celebraban el domingo de Pascua de esta manera, creyendo que en esta observancia seguían los escritos del santo y digno de alabanza Padre Anatolio. Cualquiera que sea la verdad de esto, cualquier persona experta puede fácilmente conocerla. Por otro lado, las gentes de los escotos que habitaban en las partes meridionales de la isla de Hibernia, ya hacía tiempo que habían aprendido a observar la

Pascua según el rito canónico, por la admonición del obispo de la sede apostólica [Vid. II, 19].

Por lo tanto, al llegar el obispo a él, el rey le otorgó el lugar de la sede episcopal en la isla de Lindisfarne, donde él mismo lo solicitó. Este lugar, al subir y bajar la marea, es rodeado dos veces al día por las olas del mar como una isla, y dos veces al día, al retirarse el agua, se une a la tierra; y escuchando humildemente y con gusto sus admoniciones en todo, se preocupó mucho por edificar y expandir la Iglesia de Cristo en su reino. Allí, a menudo se daba el hermoso espectáculo de que, mientras el obispo predicaba el evangelio, quien no conocía perfectamente la lengua de los anglos, el mismo rey actuaba como intérprete de la palabra celestial para sus duques y ministros: pues, durante su largo tiempo de exilio, ya había aprendido completamente la lengua de los escotos. Desde entonces [Al., desde entonces] comenzaron a venir muchos de la región de los escotos a Britania y, con gran devoción, a predicar la palabra de la fe en aquellas provincias de los anglos donde reinaba el rey Osualdo, y a ministrar la gracia del bautismo a los creyentes, cualquiera que fuera el grado sacerdotal que poseyeran. Por lo tanto, se construyeron iglesias en varios lugares, los pueblos acudían con alegría a escuchar la palabra, se otorgaban posesiones y territorios por donación real para establecer monasterios, y los niños de los anglos, junto con los mayores, eran instruidos por maestros escotos en los estudios y la observancia de la disciplina regular.

Pues los que venían a predicar eran principalmente monjes. El mismo obispo Aedano era monje, como era de la isla llamada Hii, de donde fue enviado [Al., Hy, enviado]: cuyo monasterio, durante mucho tiempo, fue la sede principal de casi todos los monasterios de los escotos septentrionales y de todos los pictos, y gobernaba a sus pueblos: la cual isla, aunque pertenece al dominio de Britania, no está separada de ella por un gran estrecho, pero fue entregada hace mucho tiempo a los monjes escotos por donación de los pictos, que habitan esas regiones de Britania, porque al predicarles ellos recibieron la fe de Cristo.

CAPÍTULO IV. Cuándo la gente de los pictos recibió la fe de Cristo.

En el año de la Encarnación del Señor quinientos sesenta y cinco, cuando el gobierno del imperio romano fue asumido por Justinus [Cod. Mori, Justiniano] el Menor después de Justiniano, un presbítero y abad de hábito y vida monástica, llamado Columba [Al., Columbanus, Columban], vino de Hibernia a Britania para predicar la palabra de Dios a las provincias de los pictos septentrionales, es decir, a aquellas que están separadas de las regiones meridionales por las altas y escarpadas cumbres de las montañas. Pues los pictos meridionales, que tienen sus sedes dentro de esas mismas montañas, mucho tiempo antes, como se dice, habían abandonado el error de la idolatría y aceptado la fe de la verdad, por la predicación del muy reverendo y santo obispo Nynia, un hombre de la nación de los britones [394], quien había sido instruido en Roma en la fe y los misterios de la verdad de manera regular; cuya sede episcopal, notable por el nombre y la iglesia de San Martín obispo, donde él mismo también descansa en cuerpo junto con muchos santos, ahora es poseída por la gente de los anglos. Ese lugar, perteneciente a la provincia de los Bernicianos, es comúnmente llamado Ad Candidam Casam, porque allí construyó una iglesia de piedra, un estilo inusual para los britones.

Columba vino a Britania durante el reinado de Bridio, hijo de Meilochon, un rey muy poderoso de los pictos, en el noveno año de su reinado, y convirtió a esa gente a la fe de Cristo con su palabra y ejemplo: de donde también recibió de ellos la mencionada isla para hacer un monasterio. No es grande, sino que tiene aproximadamente cinco familias, según la estimación de los anglos: la cual sus sucesores poseen hasta hoy, donde él mismo fue

sepultado [597], cuando tenía setenta y siete años, después de aproximadamente treinta y dos años desde que vino a Britania a predicar. Antes de venir a Britania, había fundado un noble monasterio en Hibernia, que por la abundancia de robles se llama en la lengua de los escotos Dearthach, es decir, Campo de Robles. Desde ambos monasterios, muchos otros monasterios fueron propagados por sus discípulos tanto en Britania como en Hibernia: en todos los cuales, el mismo monasterio insular, donde él descansa en cuerpo, tenía el primado [Al., tiene].

La misma isla suele tener siempre un rector que es un abad presbítero, a cuya jurisdicción toda la provincia y también los obispos deben estar sujetos, en un orden inusual, según el ejemplo de su primer maestro, quien no fue obispo, sino presbítero y monje: de cuya vida y palabras se dice que algunos escritos son conservados por sus discípulos. Sin embargo, cualquiera que haya sido él, tenemos por cierto que dejó sucesores notables por su gran continencia, amor divino y observancia regular: aunque en el tiempo de la gran festividad seguían ciclos inciertos, como aquellos que, estando muy lejos del mundo, nadie les había transmitido los decretos sinodales de la observancia pascual; pero observaban diligentemente las obras de piedad y castidad que podían aprender en las escrituras proféticas, evangélicas y apostólicas. Esta observancia pascual continuó entre ellos por un tiempo no corto, es decir, hasta el año de la Encarnación del Señor setecientos quince [Al., sexto], por ciento cincuenta años.

Pero entonces, cuando el muy reverendo y santo Padre y sacerdote Ecgbercto, de la nación de los anglos, quien había estado exiliado en Hibernia por mucho tiempo por Cristo, y era muy docto en las Escrituras y sobresaliente en la perfección de una larga vida, vino a ellos, fueron corregidos por él y trasladados al verdadero y canónico día de Pascua, que, sin embargo, antes no siempre celebraban en la luna catorce con los judíos, como algunos pensaban, sino en un día dominical, aunque en una semana diferente a la que correspondía. Sabían, como cristianos, que la resurrección del Señor, que ocurrió el primer día del sábado, debía ser siempre celebrada el primer día del sábado: pero como bárbaros y rústicos, no habían aprendido cuándo venía ese primer día del sábado, que ahora se llama día del Señor [Al., se llama]. Sin embargo, como no dejaron de arder con la gracia de la caridad, también merecieron recibir el conocimiento de esta cuestión hasta la perfección, según la promesa del Apóstol que dice: Y si en algo pensáis de otra manera, también esto os lo revelará Dios [Al., reveló]. De lo cual se hablará más plenamente en su lugar en lo que sigue.

CAPÍTULO V. De la vida del obispo Aedano.

Desde esta isla, del colegio de monjes, fue enviado Aedan para instruir en Cristo a la provincia de los anglos, habiendo recibido el grado de obispo [635]. En ese tiempo, el monasterio estaba bajo la dirección del abad y presbítero Segeni. Dejó, entre otros documentos de vida, un ejemplo muy saludable de abstinencia y continencia para los clérigos: su enseñanza era especialmente apreciada por todos porque él mismo vivía de la manera que enseñaba a los suyos. No se preocupaba por buscar ni amar nada de este mundo. Todo lo que le era donado por los reyes o los ricos del siglo, lo distribuía inmediatamente a los pobres que encontraba. Solía recorrer todos los lugares, tanto urbanos como rurales, no a caballo, sino caminando, a menos que una necesidad mayor lo obligara, para que dondequiera que viera a alguien, rico o pobre, se acercara a ellos, invitándolos a recibir el sacramento de la fe si eran infieles, o si eran fieles, los fortaleciera en la fe y los animara con palabras y hechos a la ejecución de limosnas y buenas obras. Su vida se diferenciaba tanto de la pereza de nuestro tiempo, que todos los que andaban con él, ya fueran tonsurados o laicos, debían meditar, es decir, dedicarse a leer las Escrituras o aprender salmos. Este era el trabajo diario

de él y de todos los que estaban con él, dondequiera que llegaran. Y si por casualidad sucedía, aunque rara vez, que fuera invitado al banquete del rey, entraba con uno o dos clérigos; y después de refrescarse un poco, se apresuraba a salir para leer u orar con los suyos. Siguiendo su ejemplo, en ese tiempo, todos los hombres y mujeres religiosos adoptaron la costumbre de prolongar el ayuno hasta la hora nona durante todo el año, excepto en la quincuagésima pascual, los miércoles y viernes. Nunca callaba ante los ricos por honor o temor si cometían alguna falta, sino que los corregía con severa reprensión. Nunca solía dar dinero a los poderosos del siglo, excepto comida si los hospedaba, sino que distribuía lo que le era donado por los ricos, como dijimos, para el uso de los pobres o para la redención de aquellos que habían sido vendidos injustamente. De hecho, muchos de los que redimió con dinero, los convirtió en sus discípulos y los elevó al grado sacerdotal mediante su enseñanza y formación.

Se dice que cuando el rey Osualdo de la provincia de los escotos solicitó un obispo que ministrara la palabra de fe a él y a su gente, fue enviado primero otro hombre de carácter más austero, quien, después de predicar durante algún tiempo a los anglos sin éxito y sin ser escuchado con agrado por el pueblo, regresó a su patria y relató en el consejo de ancianos que no había podido beneficiar a la gente a la que había sido enviado, porque eran hombres indomables y de mente dura y bárbara. Entonces, como se dice, comenzaron a deliberar en un gran consejo sobre qué hacer, deseando la salvación de la gente que se lo pedía, pero lamentando que el predicador que habían enviado no fuera recibido. Entonces Aedan, quien también estaba presente en el consejo, dijo al sacerdote de quien se trataba: «Me parece, hermano, que fuiste más severo de lo justo con los oyentes ignorantes, y no les ofreciste primero la leche de una doctrina más suave, según la disciplina apostólica, hasta que, nutridos poco a poco con la palabra de Dios, fueran capaces de recibir preceptos más perfectos y sublimes de Dios.» Al escuchar esto, todos los que estaban sentados volvieron sus rostros y ojos hacia él, discutiendo cuidadosamente lo que decía, y decidieron que él era digno del episcopado y que debía ser enviado a instruir a los incrédulos e ignorantes, ya que estaba dotado, sobre todo, de la gracia de la discreción, que es la madre de las virtudes; así que lo ordenaron y lo enviaron a predicar. Cuando tuvo la oportunidad, apareció adornado no solo con la moderación de la discreción, sino también con las demás virtudes.

CAPÍTULO VI. De la religión y piedad admirable del rey Osualdo.

Por la doctrina de este reverendísimo obispo, el rey Osualdo, junto con la gente de los anglos a la que gobernaba [635-642], no solo aprendió a esperar los reinos celestiales desconocidos para sus antepasados, sino que también obtuvo más reinos terrenales que cualquiera de sus mayores, del mismo único Señor, el omnipotente Dios que hizo el cielo y la tierra. De hecho, recibió en su dominio todas las naciones y provincias de Britania, que están divididas en cuatro lenguas: britones, pictos, escotos y anglos.

Elevado a la cima del reino, sin embargo, lo cual es asombroso decirlo, siempre fue humilde, benigno y generoso con los pobres y peregrinos. Se dice que en cierta ocasión, cuando estaba sentado a la mesa con el mencionado obispo en el día santo de Pascua, y un plato de plata lleno de manjares reales estaba ante él, y ya estaban a punto de bendecir el pan, su ministro, encargado de recibir a los pobres, entró de repente y le informó al rey que una gran multitud de pobres había llegado de todas partes y estaba sentada en las calles, pidiendo limosna al rey. Inmediatamente ordenó que las viandas que tenía ante él fueran llevadas a los pobres, y que el plato fuera roto y distribuido en pedazos entre ellos. Al ver esto, el obispo que estaba sentado a su lado, deleitado por tal acto de piedad, tomó su mano derecha y dijo: «Que esta mano nunca envejezca.» Y así fue, según el deseo de su bendición. Pues cuando fue

asesinado en batalla, la mano con el brazo fue separada del resto del cuerpo, y hasta ahora ha permanecido incorrupta. De hecho, en la ciudad real, que una vez fue llamada Bebbra por una reina, se conserva en un relicario de plata en la iglesia de San Pedro, y es venerada con el honor debido por todos.

Por la diligencia de este rey, las provincias de Deira y Bernicia, que hasta entonces estaban en discordia, se unieron en una sola paz y se consolidaron como un solo pueblo. Era sobrino del rey Edwin por parte de su hermana Acha, y fue digno que un predecesor tan grande tuviera un heredero de su consanguinidad tanto en religión como en reino.

CAPÍTULO VII. Cómo la provincia de los sajones occidentales recibió la palabra de Dios, predicada por Birino, y sobre sus sucesores Agilbercto y Leutherio.

En ese tiempo [634], la gente de los sajones occidentales, que antiguamente se llamaban Gewissae, bajo el reinado de Cynigils, recibió la fe de Cristo, predicada por el obispo Birino, quien, con el consejo del papa Honorio, había venido a Britania; prometiendo que, en presencia de este, sembraría las semillas de la santa fe en las partes más internas de los anglos, donde ningún maestro había precedido. Por lo tanto, por orden del mismo pontífice, fue consagrado al grado de obispo por Asterio, obispo de Génova. Pero al llegar a Britania e ingresar primero a la gente de los Gewissae, al encontrarlos todos paganos, consideró más útil predicar allí la palabra que avanzar más allá en busca de aquellos a quienes debía predicar.

Así que, mientras evangelizaba en la mencionada provincia [635], cuando el mismo rey, catequizado, fue lavado en la fuente del bautismo con su gente, sucedió que en ese momento el santísimo y victoriosísimo rey de los northumbrios, Osualdo, estaba presente, y lo recibió al salir del lavacro, y en una asociación muy hermosa y digna de Dios, ya que iba a tomar a su hija como esposa, lo aceptó primero como hijo en la segunda generación dedicado a Dios. Ambos reyes donaron al mismo obispo la ciudad llamada Dorcic [Dorchester], para establecer allí una sede episcopal; donde, después de construir y dedicar iglesias, y de atraer a muchos pueblos al Señor con su piadoso trabajo, partió hacia el Señor, y fue sepultado en la misma ciudad, y muchos años después, durante el episcopado de Haedde, fue trasladado de allí a la ciudad de Venta, y colocado en la iglesia de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo.

Después de la muerte del rey, su hijo Coinualch [643] sucedió en el reino, quien no solo se negó a recibir la fe y los sacramentos del reino celestial, sino que poco después también perdió el poder del reino terrenal. Habiendo repudiado a la hermana del rey Penda de Mercia, con quien se había casado, tomó otra esposa: por lo tanto, atacado en guerra y privado del reino por él, se retiró al rey de los anglos orientales, llamado Anna: donde, exiliado durante tres años, conoció y aceptó la fe de la verdad. Pues el mismo rey en cuyo exilio se encontraba era un hombre bueno, y feliz con una descendencia buena y santa, como mostraremos más adelante.

Cuando Coinualch fue restaurado en el reino, llegó a la provincia desde Irlanda un obispo llamado Agilbercto [650], de nación galo, pero que había permanecido en Irlanda durante un tiempo considerable para estudiar las Escrituras, y se unió al rey, asumiendo voluntariamente el ministerio de la predicación: viendo el rey su erudición e industria, le rogó que, aceptando allí la sede episcopal, permaneciera como obispo de su gente. Accediendo a sus súplicas, presidió como sacerdote sobre esa gente durante muchos años. Finalmente, el rey, que solo conocía la lengua sajona, cansado de la lengua bárbara, introdujo en la provincia a otro obispo de su lengua llamado Uini [664], también ordenado en Galia; dividiendo la provincia

en dos parroquias, le otorgó a este una sede episcopal en la ciudad de Venta, que los sajones llaman Uintancaestir: por lo cual, gravemente ofendido Agilbercto, porque el rey había actuado sin consultarlo, regresó a Galia, y habiendo recibido el episcopado de la ciudad de París, allí murió anciano y lleno de días. No muchos años después de su partida de Britania, Uini [666] fue expulsado del episcopado por el mismo rey; quien, retirándose al rey de Mercia, llamado Wulfhere, compró con dinero la sede de la ciudad de Londres, y permaneció como su obispo hasta el final de su vida. Así que la provincia de los sajones occidentales estuvo sin obispo durante un tiempo considerable.

En ese mismo tiempo, el mencionado rey de esa gente, afligido frecuentemente por los enemigos con graves daños a su reino, finalmente recordó que la perfidia lo había expulsado del reino, y que la fe de Cristo, una vez conocida, lo había restaurado en el reino: y comprendió que, al estar la provincia sin obispo, también había sido justamente despojada de la protección divina. Por lo tanto, envió legados a Galia a Agilbercto, pidiéndole con sumisión que regresara al episcopado de su gente. Pero él, excusándose y afirmando que no podía ir porque estaba obligado por el episcopado de su propia ciudad y parroquia: sin embargo, para no dejar sin ayuda al que lo pedía con insistencia, envió en su lugar al presbítero Leutherio, su sobrino, para que, si lo deseaba, fuera ordenado obispo; diciendo que él mismo lo consideraba digno del episcopado. Recibido honorablemente por el pueblo y el rey, pidieron a Teodoro, entonces arzobispo de la Iglesia de Canterbury, que lo consagrara como su obispo: quien, consagrado en la misma ciudad [670], gobernó el episcopado de los Gewissae durante muchos años con diligente moderación, según el decreto sinodal (Ver IV, 12).

CAPÍTULO VIII. Cómo el rey de Kent, Earconberct, ordenó destruir los ídolos; y sobre su hija Ercongota, y la pariente de Aedilberga, vírgenes consagradas a Dios.

En el año 640 de la Encarnación del Señor, el rey de Kent, Eadbald, al pasar de esta vida, dejó el gobierno del reino a su hijo Earconberct: quien, habiéndolo recibido, lo mantuvo noblemente durante veinticuatro años y algunos meses. Fue el primer rey de los anglos en ordenar con autoridad real que se abandonaran y destruyeran los ídolos en todo su reino, y que se observara el ayuno de los Cuarenta Días. Para que esto no pudiera ser fácilmente despreciado por nadie, impuso castigos dignos y apropiados a los transgresores. Su hija Earcongota, como una descendencia digna de su padre, fue una virgen de grandes virtudes, sirviendo siempre al Señor en el monasterio que fue construido en la región de los francos por la abadesa más noble, llamada Fara, en el lugar llamado In Brige. Pues en ese tiempo, aún no habiéndose construido muchos monasterios en la región de los anglos, muchos de Britania solían ir a los monasterios de los francos o de las Galias para seguir la vida monástica; y también enviaban a sus hijas para ser educadas allí y unirse al esposo celestial; especialmente en Brige, Cale, y en el monasterio de Andilegum: entre las cuales estaba Saethryd, hija de la esposa del rey Anna de los anglos orientales, de quien hemos mencionado antes, y la hija natural del mismo rey, Aedilberg: ambas, aunque eran extranjeras, por el mérito de sus virtudes, fueron constituidas abadesas del mismo monasterio de Brige. La hija mayor de este rey, Sexbur, esposa de Earconberct, rey de Kent, tuvo una hija, Earcongota, de quien hablaremos.

De esta virgen consagrada a Dios, se narran hasta hoy muchas obras de virtudes y señales de milagros por los habitantes de ese lugar. Sin embargo, nos basta con decir brevemente algo sobre su tránsito, cuando buscó los reinos celestiales. Así que, al acercarse el día de su vocación, comenzó a recorrer las celdas de las siervas de Cristo enfermas en el monasterio, especialmente aquellas que eran más avanzadas en edad o destacadas por la probidad de sus

costumbres: encomendándose humildemente a las oraciones de todas ellas, no ocultó que su muerte estaba próxima, la cual había conocido por revelación: y decía que la revelación era de esta manera: Había visto una multitud de hombres vestidos de blanco entrar en el monasterio; y al preguntarles qué buscaban o qué querían allí, respondieron que habían sido enviados para llevarse esa moneda de oro que había venido de Kent. Esa misma noche, en cuya última parte, es decir, al amanecer, pasó de las tinieblas de este mundo a la luz eterna, muchos de los hermanos de ese monasterio, que estaban en otras celdas, afirmaron haber escuchado claramente los cánticos de los ángeles cantando, y también el sonido de una gran multitud entrando en el monasterio; por lo cual, al salir inmediatamente para ver qué era, vieron que una gran luz había sido enviada desde el cielo, que conducía a esa santa alma, liberada de las ataduras de la carne, a los eternos gozos de la patria celestial. Añaden también otros milagros que fueron mostrados divinamente esa noche en el mismo monasterio: pero nosotros, dirigiéndonos a otros asuntos, permitimos que sean narrados por ellos. El venerable cuerpo de la virgen y esposa de Cristo fue sepultado en la iglesia del bienaventurado protomártir Esteban: y se decidió que al tercer día se removiera la piedra que cubría el sepulcro y se colocara más profundamente en el mismo lugar: y al hacerlo, una fragancia de tal suavidad emanó de lo profundo, que todos los hermanos y hermanas presentes pensaron que se habían abierto las bodegas de bálsamo.

Pero también su tía, de quien hemos hablado, Aedilberg, conservó la gloria de la perpetua virginidad amada por Dios en gran continencia corporal: y su virtud se manifestó más después de su muerte. Pues cuando era abadesa, comenzó a construir en su monasterio una iglesia en honor de todos los apóstoles, en la cual deseaba que su cuerpo fuera sepultado. Pero cuando la obra estaba casi a la mitad, fue arrebatada por la muerte antes de poder completarla, y fue enterrada en el mismo lugar de la iglesia donde deseaba. Después de su muerte, los hermanos, ocupados en otras cosas, dejaron esta construcción interrumpida durante siete años, al cabo de los cuales decidieron, debido a la magnitud del trabajo, abandonar completamente la estructura de esta iglesia; pero trasladar los huesos de la abadesa de ese lugar a otra iglesia que estuviera terminada y dedicada. Y al abrir su sepulcro, encontraron su cuerpo tan intacto como estaba inmune a la corrupción de la concupiscencia carnal: y así, después de lavarlo nuevamente y vestirlo con otras ropas, lo trasladaron a la iglesia del bienaventurado mártir Esteban; cuyo natalicio solía celebrarse allí con gran gloria el día de las Nonas de julio.

CAPÍTULO IX. Cómo en el lugar donde fue asesinado el rey Osualdo, se realizaron frecuentes milagros de sanación; y cómo primero un animal de carga de un viajero, y luego una niña parálitica, fueron curados allí.

El cristianísimo rey de los northumbrios, Osualdo, reinó durante nueve años, contando también aquel año que la impiedad mortal del rey de los britones y la demente apostasía de los reyes anglos hicieron detestable. Pues, como hemos enseñado antes (Cap. I), se estableció por consenso unánime que el nombre y la memoria de los apóstatas debían ser completamente abolidos del catálogo de los reyes cristianos, y que ningún año de su reinado debía ser registrado. Al completar el curso de los años, fue asesinado en una grave batalla por la misma gente pagana y el rey pagano de los mercianos, por quien también su predecesor Edwin había sido asesinado, en el lugar que en lengua anglosajona se llama Maserfelth, en el año trigésimo octavo de su vida, el quinto día del mes de agosto [642].

Cuánta fue su fe en Dios y su devoción de mente, se manifestó incluso después de su muerte, por los milagros de sus virtudes. Pues en el lugar donde, luchando por su patria, fue asesinado por los paganos, hasta hoy no cesan de celebrarse sanaciones de enfermos, tanto de hombres

como de animales. De ahí que sucediera que muchos llevaban el polvo del lugar donde su cuerpo cayó al suelo, y al echarlo en agua, traían mucho alivio a sus enfermos. Esta costumbre se extendió tanto que, poco a poco, al llevarse la tierra, se formó una fosa del tamaño de la estatura de un hombre. No es de extrañar que en el lugar de su muerte se sanen los enfermos, ya que siempre, mientras vivió, no cesó de atender a los enfermos y pobres, dar limosnas y brindar ayuda. Y se narran muchos milagros de virtudes en ese lugar o con el polvo de ese lugar: pero consideramos suficiente relatar solo dos que escuchamos de nuestros mayores.

No mucho después de transcurrido el tiempo de su muerte, sucedió que un hombre montado a caballo pasaba cerca de aquel lugar; su caballo de repente comenzó a fatigarse, se detuvo, inclinó la cabeza hacia el suelo, dejó caer espuma de su boca, y con el dolor creciente, comenzó a caer al suelo. El jinete desmontó y, colocando paja debajo, comenzó a esperar el momento en que el animal mejorara o lo dejara muerto. Pero el caballo, atormentado por un dolor intenso, al retorcerse en diferentes direcciones, de repente rodando llegó al lugar donde el memorable rey había caído. Sin demora, al cesar el dolor, dejó de moverse de manera descontrolada, y como es costumbre en los caballos, después de la fatiga, comenzó a rodar de lado a lado, y levantándose de inmediato, como si estuviera completamente sano, comenzó a pastar con avidez en el verde de las hierbas. Al ver esto, el hombre, siendo de ingenio sagaz, comprendió que había algo de santidad milagrosa en el lugar donde el caballo fue curado; y dejando allí una señal, no mucho después montó su caballo y se dirigió al hospedaje que había planeado. Al llegar allí, encontró a una joven, nieta del dueño de la casa, gravemente afectada por una larga enfermedad de parálisis. Y cuando los familiares de la casa, en su presencia, se quejaban de la amarga enfermedad de la joven, comenzó a hablarles del lugar donde su caballo había sido curado. ¿Qué más? Colocándola en un carro, la llevaron al lugar y allí la dejaron. Al ser colocada en el lugar, se durmió un poco; y al despertar, sintiéndose curada de aquella disolución corporal, pidió agua, se lavó la cara, arregló su cabello, cubrió su cabeza con un lienzo, y con aquellos que la habían llevado, regresó caminando sana.

CAPÍTULO X. Cómo el polvo de aquel lugar fue eficaz contra el fuego.

En ese mismo tiempo, llegó otro hombre de la nación de los britones, como se dice, viajando cerca del lugar donde se había completado la mencionada batalla; y vio un espacio de terreno más verde y hermoso que el resto del campo: y comenzó a conjeturar con mente sagaz que no había otra causa para la inusual verdor en ese lugar, sino que allí había sido asesinado un hombre más santo que el resto del ejército. Así que tomó un poco del polvo de esa tierra, atándolo en un lienzo, pensando que sería útil para la curación de los enfermos; y continuando su viaje, llegó a un pueblo al anochecer, y entró en una casa donde los aldeanos estaban cenando y festejando: y recibido por los dueños de la casa, se sentó con ellos en el banquete, colgando el pequeño lienzo con el polvo que había traído en un poste de la pared. Y mientras se dedicaban por mucho tiempo a los banquetes y la embriaguez, encendiendo un gran fuego en el medio, sucedió que las chispas volaron alto, y el techo de la casa, que estaba tejido con varas y cubierto de heno, se llenó de llamas repentinas. Al ver esto, los comensales, confundidos por el terror, huyeron afuera, sin poder hacer nada para salvar la casa ardiente, que estaba a punto de perecer. Consumida la casa por las llamas, solo el poste en el que colgaba el polvo permaneció intacto y a salvo del fuego. Al ver este milagro, se maravillaron mucho; y al investigar más a fondo, descubrieron que el polvo había sido tomado del lugar donde había sido derramada la sangre del rey Oswaldo. Con estos milagros revelados y difundidos por todas partes, muchos comenzaron a frecuentar ese lugar durante días, y a obtener allí la gracia de la sanación para ellos y sus seres queridos.

CAPÍTULO XI. Cómo una luz celestial permaneció toda la noche sobre sus reliquias; y cómo a través de ellas fueron curados los poseídos por demonios.

Entre estas cosas, no creo que deba pasarse por alto en silencio lo que se mostró de virtud y milagro celestial cuando sus huesos fueron encontrados y trasladados a la iglesia donde ahora se guardan. Esto se hizo por la diligencia de la reina de los mercianos, Osthryth, que era hija de su hermano, es decir, Oswiu, quien después de él ocupó el trono, como diremos más adelante.

Hay un monasterio noble en la provincia de Lindsey, llamado Bardney, que la misma reina, junto con su esposo Aethelred, amaba y veneraba mucho, y en el que deseaba depositar los venerables huesos de su tío. Cuando llegó el carro en el que se llevaban esos huesos, al caer la tarde, al mencionado monasterio, los que estaban en el monasterio no quisieron recibirlos de buen grado: porque aunque sabían que era santo, sin embargo, porque había nacido en otra provincia y había gobernado sobre ellos, lo perseguían con odios antiguos incluso después de muerto. Por lo tanto, sucedió que esa noche las reliquias permanecieron afuera, solo cubiertas por una gran tienda sobre el carro en el que estaban. Pero la manifestación de un milagro celestial mostró cuán reverentemente debían ser recibidas por todos los fieles. Pues toda esa noche, una columna de luz se extendía desde ese carro hasta el cielo, visible en casi todos los lugares de la provincia de Lindsey. Por lo cual, al amanecer, los hermanos de ese monasterio, que el día anterior habían rechazado, comenzaron a pedir diligentemente que esas santas y amadas reliquias de Dios fueran depositadas entre ellos. Lavaron entonces los huesos, los colocaron en el relicario que habían preparado para ello, y los pusieron en la iglesia con el honor debido: y para que la persona real del santo hombre tuviera memoria eterna, colocaron sobre su tumba un estandarte compuesto de oro y púrpura, y el agua en la que lavaron los huesos, la vertieron en un rincón del santuario. Desde ese momento, sucedió que la misma tierra que recibió el venerable lavado, tuvo el efecto de gracia salvadora para expulsar demonios de los cuerpos poseídos.

Finalmente, en un tiempo posterior, cuando la mencionada reina estaba en el mismo monasterio, vino a visitarla una abadesa venerable, que aún vive hasta hoy, llamada Aethelhild, hermana de los santos hombres Aethelwine y Aldwine, de los cuales el primero fue obispo en la provincia de Lindsey, y el segundo era abad en el monasterio llamado Partney, no lejos de donde ella también tenía un monasterio. Cuando, al llegar allí, hablaba con la reina, y entre otras cosas, al surgir la conversación sobre Oswaldo, decía que ella misma había visto la luz esa noche sobre sus reliquias, alta hasta el cielo, la reina añadió que del polvo del suelo donde se había vertido el agua del lavado, muchos enfermos ya habían sido sanados. Entonces ella pidió que se le diera una porción del polvo salvador; y al recibirlo, lo ató en un paño y lo guardó en una cajita, y regresó. Después de algún tiempo, cuando estaba en su monasterio, llegó allí un huésped que solía ser gravemente atormentado por un espíritu inmundo en horas nocturnas. Al ser recibido amablemente, después de la cena se acostó, y de repente fue tomado por el diablo, comenzó a gritar, rechinar los dientes, espumar, y a torcer sus miembros con diversos movimientos. Y cuando nadie podía sujetarlo o atarlo, un sirviente corrió y, golpeando la puerta, informó a la abadesa. Ella, abriendo la puerta del monasterio, salió con una de las monjas al lugar de los hombres; y llamando al sacerdote, le pidió que viniera con ella al paciente. Al llegar, vieron que muchos estaban allí tratando de sujetar al poseído y contener sus movimientos insanos, pero no podían. El sacerdote recitaba exorcismos y hacía lo que podía para calmar la furia del miserable. Pero ni siquiera él, aunque trabajaba mucho, podía lograr algo. Y cuando parecía que no quedaba esperanza de salvación para el furioso, de repente vino a la mente de la abadesa el polvo

mencionado, y de inmediato ordenó a la sirvienta que trajera la cajita en la que estaba. Y cuando ella, trayendo lo que se le había ordenado, entró en el atrio de la casa, en cuyo interior el endemoniado se retorció, él se calmó de repente, y como si se hubiera relajado en un sueño, bajó la cabeza, y todos sus miembros se compusieron en reposo. Todos guardaron silencio, atentos, esperando ansiosos el resultado. Y después de un tiempo, el que estaba atormentado se sentó, y suspirando profundamente, dijo: «Ahora, estoy en mi sano juicio, he recuperado el sentido de mi mente.» Entonces le preguntaron diligentemente cómo había sucedido esto. Él dijo: «Tan pronto como esta virgen con la cajita que llevaba se acercó al atrio de esta casa, todos los espíritus malignos que me oprimían se fueron, y dejándome, desaparecieron.» Entonces la abadesa le dio una porción de ese polvo; y así, después de la oración del sacerdote, pasó una noche muy tranquila: y desde entonces no sufrió ningún temor nocturno ni tormento del antiguo enemigo.

CAPÍTULO XII. Cómo un niño fue curado de fiebre en su tumba.

En un tiempo posterior, hubo en el mismo monasterio un niño gravemente afligido por una larga enfermedad de fiebres; y cuando un día, ansioso, esperaba la hora del acceso, entró a él uno de los hermanos y le dijo: «¿Quieres que te enseñe cómo curarte de esta molestia de enfermedad? Levántate, entra en la iglesia, y acercándote a la tumba de Oswaldo, siéntate allí, y permaneciendo quieto, adhiérete a la tumba. Asegúrate de no salir de allí, ni moverte del lugar, hasta que haya pasado la hora de la remisión de las fiebres. Entonces yo mismo entraré y te sacaré de allí.» Hizo lo que él le había aconsejado, y mientras estaba sentado junto a la tumba del santo, la enfermedad no se atrevió a tocarlo; al contrario, huyó con tanto temor que ni al día siguiente, ni al tercero, ni nunca más se atrevió a tocarlo. Quien me relató esto, un hermano que venía de allí, añadió que en el tiempo en que me hablaba, ese joven, en quien se había obrado este milagro de sanación cuando era niño, aún vivía en el mismo monasterio. No es de extrañar que las oraciones de ese rey, que ya reina con el Señor, tengan mucho poder ante Él, quien, habiendo gobernado una vez los asuntos del reino temporal, siempre solía trabajar y orar más por el reino eterno.

De hecho, se dice que desde la hora de los laudes matutinos, a menudo permanecía en oración hasta el día, y debido a su frecuente hábito de orar o dar gracias al Señor, solía tener las manos extendidas sobre sus rodillas dondequiera que se sentara. Se ha divulgado, y se ha convertido en un proverbio, que incluso en medio de las palabras de oración terminó su vida. Pues cuando, rodeado de armas y enemigos, veía que estaba a punto de ser asesinado, oró al Señor por las almas de su ejército. Por eso dicen en el proverbio: «Dios, ten misericordia de las almas, dijo Oswaldo cayendo al suelo.»

Sus huesos fueron trasladados y depositados en el monasterio que mencionamos: pero la cabeza y las manos con los brazos, cortados del cuerpo, el rey que lo mató ordenó que se colgaran en postes. Al año siguiente, su sucesor en el reino, Oswiu, al llegar con su ejército, los retiró, y la cabeza la colocó en el cementerio de la iglesia de Lindisfarne: y las manos con los brazos las depositó en la ciudad real.

CAPÍTULO XIII. Cómo en Irlanda un hombre fue revivido del borde de la muerte por sus reliquias.

La fama del ilustre hombre no solo recorrió todos los confines de Britania, sino que también, extendiendo lejos los rayos de su luz salvadora, alcanzó partes de Alemania e Irlanda. De hecho, el reverendísimo obispo Acca solía contar que, mientras viajaba a Roma, se hospedó con el santísimo arzobispo de los frisonos, Willibrord, junto con su obispo Wilfrido, y a

menudo lo escuchó narrar las maravillas que se habían realizado en esa provincia en relación con las reliquias de ese reverendísimo rey.

Pero también en Irlanda, cuando aún era presbítero y llevaba una vida peregrina por la patria eterna, decía que la fama de su santidad ya se había extendido ampliamente en esa isla: de las cuales, uno de los milagros que relató, creemos que debe ser incluido en nuestra presente Historia.

«En el tiempo, dijo, de la mortalidad que devastó con gran destrucción a Britania e Irlanda, un escolar de la nación de los escotos, un hombre ciertamente instruido en el estudio de las letras, pero que no tenía ningún interés en la salvación eterna de su alma, fue golpeado por esa plaga de peste. Cuando vio que estaba cerca de la muerte, comenzó a temer y a temblar, no fuera que, muerto, debido a los méritos de sus pecados, fuera llevado a las puertas del infierno, y me llamó, estando yo cerca, y entre suspiros temblorosos y con voz llorosa, se quejaba conmigo de esta manera: Ves, dijo, que ya, ya, con el creciente malestar del cuerpo, me veo obligado a enfrentar el momento de la muerte; y no dudo que después de la muerte del cuerpo, seré llevado inmediatamente a la muerte eterna del alma, y seré sometido a los tormentos infernales: pues durante mucho tiempo, entre los estudios de la lectura divina, solía servir más a los enredos de los vicios que a los mandamientos divinos. Sin embargo, tengo en mente, si la piedad suprema me concede algún tiempo de vida, corregir mis malos hábitos, y transferir toda mi mente y vida de nuevo al imperio de la voluntad divina. Pero sé que esto no es mérito mío, recibir o esperar recibir un respiro de vida, a menos que, tal vez, el Señor se digne a perdonarme, miserable e indigno, a través de la ayuda de aquellos que le sirvieron fielmente. Hemos oído, y es fama muy extendida, que hubo en tu nación un rey de admirable santidad, llamado Oswaldo, cuya excelencia de fe y virtud, incluso después de la muerte, se ha manifestado en la operación de frecuentes milagros: y te ruego, si tienes alguna reliquia de él, que me la traigas, si tal vez el Señor quiera tener misericordia de mí por su mérito. Entonces le respondí: Tengo un fragmento de la madera en la que fue clavada la cabeza de él, asesinado por los paganos; y si crees con corazón firme, la piedad divina puede, por el mérito de tan gran hombre, concederte un tiempo de vida más largo, y hacerte digno de entrar en la vida eterna. Sin demora, él respondió que tenía plena fe en esto.

«Entonces bendije el agua, y colocando el fragmento de roble mencionado, se lo ofrecí al enfermo para que lo bebiera. Sin demora, comenzó a sentirse mejor, y recuperándose de la enfermedad, vivió mucho tiempo después: y convertido de todo corazón y obra a Dios, proclamaba la clemencia del piadoso Creador y la gloria de su fiel siervo dondequiera que iba.»

CAPÍTULO XIV. Cómo, al morir Paulino, Ithamar asumió el obispado de Rochester en su lugar; y sobre la humildad admirable del rey Oswine, quien fue asesinado cruelmente por Oswiu.

Trasladado a los reinos celestiales Oswaldo, su hermano Oswiu asumió el trono terrenal en su lugar, siendo un joven de unos treinta años, y lo mantuvo durante veintiocho años con gran dificultad. Impugnado, como hemos dicho, por la pagana gente de Mercia que había matado a su hermano, y también por su propio hijo Alchfrith, así como por su sobrino, es decir, el hijo de su hermano que había reinado antes que él, Oidilwald.

En el segundo año de su reinado, es decir, en el año seiscientos cuarenta y cuatro de la Encarnación del Señor, el reverendísimo Padre Paulino, anteriormente obispo de York, pero entonces obispo de la ciudad de Rochester, pasó al Señor el sexto día de los Idus de octubre:

quien había ocupado el obispado durante diecinueve años, dos meses y veintidós días; y fue sepultado en el santuario del bendito apóstol Andrés, que el rey Aethelberht construyó desde los cimientos en esa ciudad de Rochester. En su lugar, el arzobispo Honorio ordenó a Ithamar, oriundo de la gente de Kent, pero igual en vida y erudición a sus predecesores.

Oswiu tuvo en los primeros tiempos de su reinado un compañero en la dignidad real, llamado Oswine, de la estirpe del rey Edwin, es decir, hijo de Osric, de quien hemos hablado antes, un hombre de extraordinaria piedad y religión: quien gobernó la provincia de Deira en la mayor abundancia de todas las cosas, y él mismo fue amado por todos. Pero no pudo tener paz con él, quien gobernaba la otra parte de la gente al norte del Humber, es decir, la provincia de Bernicia; sino que, al contrario, con las causas de disensión agravándose, lo mató con una muerte miserable. Pues habiendo reunido un ejército contra él, cuando Oswine vio que no podía luchar con él, quien tenía más auxiliares, pensó que era más útil entonces, dejando de lado la intención de luchar, preservarse para tiempos mejores. Así que disolvió el ejército que había reunido, y ordenó a cada uno regresar a casa, desde el lugar llamado Wilfaraesdun, es decir, la Colina de Wilfar, que está a unas diez millas del pueblo de Catterick hacia el solsticio de verano: y él mismo se desvió con solo un fiel soldado, llamado Tondhere, para ocultarse en la casa del conde Hunwald, a quien también consideraba su amigo más cercano. Pero, ¡ay, qué dolor! era muy diferente: pues traicionado por el mismo conde, Oswiu lo mató con su mencionado soldado a través de su prefecto Aethelwine, en una muerte detestable para todos. Esto sucedió el día trece de las Calendas de septiembre, en el noveno año de su reinado, en el lugar llamado Gilling, donde posteriormente, para expiar este crimen, se construyó un monasterio: en el que diariamente se ofrecieran oraciones al Señor por la redención del alma de ambos reyes, tanto del asesinado como del que ordenó el asesinato.

El rey Oswine era de aspecto hermoso, de estatura alta, de habla agradable, de modales civilizados, y generoso con todos, es decir, tanto con nobles como con plebeyos: por lo cual sucedió que, debido a su dignidad real de alma, rostro y méritos, era amado por todos, y de todas las provincias cercanas acudían a su servicio incluso hombres muy nobles. Entre las demás virtudes y modestia, y, por así decirlo, glorias de bendición especial, se dice que su humildad fue también muy grande, como se demostrará con un solo ejemplo.

Donó un excelente caballo al obispo Aidano, en el cual, aunque solía caminar, podía cruzar los ríos o, si alguna otra necesidad lo requería, recorrer el camino. Poco después, un pobre se le acercó pidiendo limosna, y él, desmontando, ordenó que el caballo, tal como estaba adornado regia y elegantemente, se le diera al pobre, pues era muy misericordioso, protector de los pobres y como un padre para los necesitados. Cuando esto fue relatado al rey, le dijo al obispo, cuando estaban a punto de entrar a comer: «¿Por qué quisiste, señor obispo, dar al pobre el caballo real que te correspondía tener como propio? ¿Acaso no teníamos muchos caballos más baratos o bienes que podrían haber sido suficientes para dar a los pobres, aunque no les dieras ese caballo que elegí para que tú lo poseyeras especialmente?» A lo que el obispo respondió de inmediato: «¿Qué dices, rey? ¿Acaso es más querido para ti ese hijo de yegua que el Hijo de Dios?» Dicho esto, entraron a comer. El obispo se sentó en su lugar, mientras el rey, que había venido de cazar, comenzó a calentarse junto al fuego con sus sirvientes. Y de repente, mientras se calentaba, recordando las palabras que le había dicho el obispo, se despojó de su espada y se la dio a un sirviente, y apresurándose, se arrojó a los pies del obispo, pidiendo que se reconciliara con él, diciendo: «Nunca más hablaré de esto ni juzgaré cuánto de nuestro dinero des a los hijos de Dios». Al ver esto, el obispo se asustó mucho, y levantándose de inmediato, lo levantó, prometiéndole estar muy reconciliado con él, siempre que se sentara a la mesa y dejara la tristeza. Y mientras el rey, por orden y súplica

del obispo, recuperaba la alegría, el obispo comenzó a entristecerse hasta el punto de llorar. Cuando su sacerdote, en su lengua natal, que el rey y sus domésticos no conocían, le preguntó por qué lloraba, respondió: «Sé que el rey no vivirá mucho tiempo; nunca antes había visto a un rey tan humilde. Por eso, percibo que pronto será arrebatado de esta vida: esta gente no es digna de tener un gobernante así». Y no mucho después, las terribles predicciones del obispo se cumplieron con la triste muerte del rey, de la que hablamos antes.

Pero el mismo obispo Aidan no vivió más de doce días después de la muerte del rey a quien amaba, es decir, el día antes de las Calendas de septiembre, fue llevado de este mundo y recibió del Señor la recompensa eterna de sus trabajos [651].

CAPÍTULO XV. Cómo el obispo Aidan predijo a los marineros una tormenta futura y les dio aceite santo para calmarla.

El mérito de este hombre fue demostrado por el juez interno incluso con señales milagrosas [643-651], de las cuales es suficiente mencionar tres por memoria. Un sacerdote llamado Utta [o Witta], hombre de gran gravedad y verdad, y por ello honorable para todos, incluso para los príncipes del mundo, fue enviado a Kent para traer de allí a la esposa del rey Oswiu, a saber, Eanfleda, hija del rey Edwin (ver libro II, c. 9, 20), quien había sido llevada allí después de la muerte de su padre. Planeaba ir por tierra, pero regresar por mar con la virgen, y se acercó al obispo Aidan, rogándole que orara al Señor por él y por los suyos que iban a emprender tan largo viaje. El obispo, bendiciéndolos y encomendándolos al Señor, también les dio aceite santificado: «Sé, dijo, que cuando suban al barco, les sobrevendrá una tormenta y un viento contrario; pero recuerda que debes echar este aceite que te doy al mar; y de inmediato, cuando los vientos se calmen, la serenidad del mar los acompañará alegremente y los devolverá a casa por el camino deseado». Todo sucedió tal como el obispo lo había predicho: al principio, con las olas del mar furiosas, los marineros intentaron retener el barco arrojando anclas al mar, pero no lograron nada. Y cuando las olas, rompiendo por todas partes y comenzando a llenar el barco, les hicieron ver que la muerte se acercaba inminente, el sacerdote, recordando las palabras del obispo, tomó la ampolla y vertió el aceite en el mar, y de inmediato, como se había predicho, el mar se calmó. Así fue como el hombre de Dios, tanto por el espíritu de profecía predijo la tormenta futura, como por el poder del mismo espíritu, aunque ausente corporalmente, la calmó cuando surgió. El relato de este milagro no fue contado por un narrador dudoso, sino por un sacerdote muy fiel de nuestra Iglesia, llamado Cynimund, quien afirmaba haberlo oído del mismo sacerdote Utta [o Witta], en quien y por quien se cumplió.

CAPÍTULO XVI. Cómo el mismo alejó con oración el fuego que los enemigos habían acercado a la ciudad real.

Otro memorable milagro del mismo Padre es contado por muchos que pudieron conocerlo [642-655]. Pues en el tiempo de su episcopado, un ejército hostil de los mercianos, bajo el mando de Penda, devastó las regiones de los northumbrianos con impía destrucción, llegando hasta la ciudad real, que lleva el nombre de la reina Bebbu, y como no podía capturarla ni con armas ni con asedio, intentó consumirla con fuego. Destruyendo las aldeas que encontró cerca de la ciudad, llevó allí una gran cantidad de vigas, maderos, paredes de varas y techos de heno, y rodeó la ciudad con ellos en gran altura, desde la parte que está contigua a la tierra. Y cuando vio que el viento era favorable, intentó quemar la ciudad con fuego. En ese tiempo, el reverendísimo obispo Aidan estaba en la isla de Farne, que está a casi dos millas de la ciudad. Allí solía retirarse a menudo por causa de la oración secreta y el silencio. De hecho, hasta hoy se suele mostrar el lugar de su solitaria sede en esa isla. Cuando vio que el viento

llevaba las bolas de fuego y el humo sobre los muros de la ciudad, se dice que, levantando los ojos y las manos al cielo, dijo con lágrimas: «Mira, Señor, cuántos males hace Penda». Dicho esto, de inmediato los vientos cambiaron de dirección, y las llamas se volvieron contra aquellos que las habían encendido, de modo que algunos resultaron heridos, y todos, aterrorizados, cesaron de atacar la ciudad, que reconocieron estaba siendo protegida divinamente.

CAPÍTULO XVII. Cómo la iglesia donde murió no fue consumida por el fuego, aunque el resto de la casa ardió; y sobre su vida interior.

Cuando llegó el día de su muerte, que lo obligó a salir del cuerpo [652], habiendo completado dieciséis años de su episcopado, estaba en una villa real, no lejos de la ciudad de la que hablamos antes. Allí, teniendo una iglesia y una habitación, solía quedarse a menudo y desde allí salir a predicar por todas partes, lo cual también solía hacer en otras villas del rey, ya que no tenía posesiones propias, excepto su iglesia y los campos adyacentes. Le tendieron una tienda al lado occidental de la iglesia, de modo que la tienda estaba pegada a la pared de la iglesia. Por eso, apoyado en la viga que estaba colocada externamente como protección de la iglesia, exhaló su último aliento. Murió en el decimoséptimo año de su episcopado, el día antes de las Calendas de septiembre. Su cuerpo fue trasladado de inmediato a la isla de Lindisfarne y sepultado en el cementerio de los hermanos. Pero después de algún tiempo, cuando se construyó allí una basílica mayor, dedicada en honor del beatísimo príncipe de los apóstoles, sus huesos fueron trasladados allí y colocados a la derecha del altar, según la veneración digna de tan gran obispo.

Le sucedió en el episcopado Finan [652], también enviado desde la isla y monasterio de los escoceses de Hii, y permaneció en el episcopado por un tiempo considerable. Sin embargo, sucedió que después de algunos años, el rey Penda de los mercianos, llegando con un ejército hostil a estos lugares, destruyendo con hierro y fuego todo lo que podía, también consumió con llamas la aldea donde murió el obispo, junto con la iglesia mencionada. Pero de manera maravillosa, solo la viga en la que murió apoyado no pudo ser consumida por el fuego que devoraba todo a su alrededor. Al hacerse evidente este milagro, la iglesia fue restaurada allí, y esta misma viga fue colocada externamente como refuerzo del muro, como antes. Y nuevamente, después de algún tiempo, por culpa de la negligencia, la misma aldea y la iglesia fueron consumidas por el fuego. Pero ni entonces las llamas pudieron tocar esa viga: y con gran milagro, aunque el fuego entraba en sus agujeros, por los cuales estaba fijada al edificio, no se le permitía dañarla en absoluto. Por eso, cuando la iglesia fue construida por tercera vez, no colocaron la viga externamente como antes, sino que la pusieron dentro de la iglesia en memoria del milagro, donde los que entraban debían arrodillarse y suplicar la misericordia celestial. Y se sabe que muchos desde entonces han obtenido la gracia de la salud en ese lugar: incluso cortando astillas de esa viga y echándolas al agua, muchos han encontrado remedios para sus enfermedades.

He escrito esto sobre la persona y las obras del mencionado hombre, no alabando ni eligiendo en él lo que menos perfectamente entendía sobre la observancia de la Pascua: más bien, detestando mucho esto, como he demostrado claramente en el libro que compuse sobre los Tiempos, pero como un historiador veraz, describiendo simplemente lo que se hizo por él o a través de él, y alabando lo que es digno de alabanza en sus actos, y recomendando a la memoria para la utilidad de los lectores: su dedicación a la paz y la caridad, la continencia y la humildad; su espíritu victorioso sobre la ira y la avaricia, despreciador de la soberbia y la vana gloria; su diligencia en hacer y enseñar los mandamientos celestiales, su dedicación a la lectura y las vigias, su autoridad digna de un sacerdote, para reprender a los soberbios y

poderosos, y al mismo tiempo consolar a los débiles y recrear o defender a los pobres con clemencia. Que, para resumir muchas cosas brevemente, según lo que hemos aprendido de quienes lo conocieron, no omitía nada de lo que sabía que debía hacerse según las Escrituras evangélicas, apostólicas o proféticas, sino que se esforzaba por cumplir todo según sus fuerzas. Estas cosas en el mencionado obispo las abrazo y amo mucho, porque no dudo que agradaron a Dios. Pero el hecho de que no observaba la Pascua en su tiempo, ya sea por ignorancia del tiempo canónico o por estar sometido a la autoridad de su gente para no seguirlo aunque lo conociera, no lo apruebo ni lo alabo. Sin embargo, en esto apruebo que en la celebración de su Pascua no tenía en su corazón, veneraba ni predicaba otra cosa que lo que nosotros, es decir, la redención del género humano por la pasión, resurrección y ascensión al cielo del mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo. Por eso, no la celebraba, como algunos falsamente piensan, el decimocuarto día de la luna en cualquier día de la semana con los judíos, sino siempre en domingo, desde el decimocuarto hasta el vigésimo día de la luna; por la fe en la resurrección del Señor, que ocurrió el primer día de la semana, y por la esperanza de nuestra resurrección, que creía verdaderamente que ocurriría el mismo primer día de la semana, que ahora se llama domingo, con la santa Iglesia.

CAPÍTULO XVIII. Sobre la vida y muerte del piadoso rey Sigberct.

En esos tiempos [630], después de Earpwald, sucesor de Redualdo, Sigberct, su hermano, gobernó el reino de los anglos orientales, un hombre bueno y religioso: quien, habiendo recibido el bautismo en Galia mientras estaba exiliado huyendo de las enemistades de Redualdo, al regresar a su patria, donde obtuvo el reino, deseando imitar lo que vio bien dispuesto en Galia, estableció una escuela en la que los niños fueran instruidos en letras, con la ayuda del obispo Félix, a quien había recibido de Kent, y quien les proporcionaba maestros y pedagogos según la costumbre de los cantuarianos.

Y el rey se convirtió en tal amante del reino celestial que, al final, dejando los asuntos del reino y confiándolos a su pariente Ecgric, quien ya antes tenía parte de ese reino, entró en un monasterio que había construido para sí mismo, y habiendo recibido la tonsura, se dedicó a servir más al reino eterno. Mientras hacía esto por mucho tiempo, sucedió que el pueblo de los mercianos, bajo el mando del rey Penda, marchó contra los anglos orientales en batalla, y al verse inferiores en la batalla ante los enemigos, rogaron a Sigberct que viniera con ellos al combate para fortalecer al ejército. Aunque él se negó y se opuso, lo sacaron del monasterio contra su voluntad y lo llevaron a la batalla, esperando que los soldados, menos temerosos y menos propensos a huir con la presencia de un líder tan valiente y distinguido, no pensarán en la retirada. Pero él, no olvidando su profesión, aunque estaba rodeado por un excelente ejército, no quiso llevar más que una vara en la mano: y fue asesinado junto con el rey Ecgric, y todo su ejército fue masacrado o dispersado por los paganos.

El sucesor en su reino fue Anna [635], hijo de Eni, de linaje real, un hombre excelente y padre de una descendencia excelente, de la cual hablaremos en su debido tiempo: quien también fue asesinado más tarde por el mismo líder pagano de los mercianos que su predecesor [654].

CAPÍTULO XIX. Cómo Furseo fundó un monasterio entre los anglos orientales; y sobre sus visiones y santidad, a las que incluso su carne incorrupta después de la muerte dio testimonio.

Sin embargo, mientras Sigberct aún ostentaba las insignias del reino, llegó de Irlanda un hombre santo llamado Furseo [633], claro en palabra y obra, pero notable por sus virtudes excepcionales, deseando vivir una vida peregrina por el Señor dondequiera que encontrara

oportuno. Cuando llegó a la provincia de los anglos orientales, fue recibido honorablemente por el mencionado rey: y llevando a cabo su habitual obra de evangelización, convirtió a muchos, tanto con el ejemplo de su virtud como con el estímulo de su palabra, o confirmó más en la fe y el amor de Cristo a los ya creyentes.

Allí, afectado por una enfermedad corporal, mereció disfrutar de una visión angelical, en la que fue advertido de que debía dedicarse diligentemente al ministerio de la palabra que había comenzado, y dedicarse incansablemente a las vigiliyas y oraciones acostumbradas; porque su salida era segura, pero la hora de esa salida era incierta, como dice el Señor: Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora. Confirmado por esta visión, se apresuró a construir el lugar del monasterio que había recibido del mencionado rey Sigberct, y a establecerlo con disciplinas regulares. El monasterio estaba en un lugar boscoso y agradable por la cercanía del mar, construido en un castillo que en la lengua de los anglos se llama Cnobheresburg, es decir, ciudad de Cnobher; que luego el rey de esa provincia, Anna, y algunos nobles adornaron con edificios más majestuosos y donaciones. Este hombre era de un linaje muy noble de los escoceses, pero mucho más noble en espíritu que en carne. Desde el tiempo de su infancia, dedicaba poca atención a las lecturas sagradas y a las disciplinas monásticas, y, lo que más conviene a los santos, se preocupaba diligentemente de hacer todo lo que había aprendido que debía hacerse.

¿Qué más? Con el tiempo, él mismo construyó un monasterio donde pudiera dedicarse más libremente a los estudios celestiales: allí, afectado por una enfermedad, como el librito sobre su Vida explica suficientemente, fue arrebatado de su cuerpo: y desde la tarde hasta el canto del gallo, despojado de su cuerpo, mereció ver las huestes angelicales y escuchar sus bienaventuradas alabanzas. Solía contar que claramente los escuchaba resonar entre otras cosas: Irán los santos de virtud en virtud. Y de nuevo: Se verá al Dios de los dioses en Sion. Cuando fue devuelto a su cuerpo, y al tercer día nuevamente sacado, vio no solo mayores gozos de los bienaventurados, sino también grandes combates de los espíritus malignos, que con frecuentes acusaciones intentaban bloquearle el camino celestial; pero no lograban nada, pues los ángeles lo protegían: de todo esto, si alguien desea saber más, es decir, con cuánta astucia de fraude los demonios repasaron sus actos y palabras superfluas, e incluso sus pensamientos, como si estuvieran escritos en un libro; qué cosas alegres o tristes conoció de los ángeles santos y de los hombres justos que le aparecieron entre los ángeles, lea el librito de su Vida que mencioné, y recibirá, creo, mucho provecho espiritual de él.

En los cuales, sin embargo, hay un punto que también nosotros hemos considerado conveniente incluir en esta historia. Cuando, pues, fue elevado a lo alto, los ángeles que lo guiaban le ordenaron mirar hacia el mundo. Y él, al dirigir sus ojos hacia abajo, vio como un valle tenebroso situado en lo más profundo. También vio cuatro fuegos en el aire, no muy distantes entre sí. Y al preguntar a los ángeles qué eran esos fuegos, escuchó que eran los fuegos que, encendiendo el mundo, lo consumirían. Uno era el del engaño, cuando no cumplimos con la promesa hecha en el bautismo de renunciar a Satanás y a todas sus obras; otro, el de la codicia, cuando antepoñemos las riquezas del mundo al amor de las cosas celestiales; el tercero, el de la discordia, cuando no tememos ofender a los ánimos de los prójimos, incluso en asuntos superfluos; el cuarto, el de la impiedad, cuando consideramos como nada despojar a los más débiles y engañarlos. Los fuegos, creciendo poco a poco, se extendieron hasta unirse y se convirtieron en una inmensa llama. Y cuando se acercaron, él, temeroso, dijo al ángel: «Señor, he aquí que el fuego se acerca a mí». Y él respondió: «Lo que no encendiste, no arderá en ti; pues aunque esta hoguera parece terrible y grande, examina a cada uno según el mérito de sus obras; porque la codicia de cada uno arderá en

este fuego. Pues así como uno arde en el cuerpo por el placer ilícito, así, liberado del cuerpo, arderá por el castigo debido». Entonces vio a uno de los tres ángeles, que lo habían acompañado en toda la visión, preceder y dividir las llamas del fuego, y a dos volar a cada lado, defendiéndolo del peligro de los fuegos. También vio a los demonios volar a través del fuego, tramando incendios de guerras contra los justos. Siguen acusaciones de los malignos contra él, defensas de los buenos espíritus, una visión más abundante de los ejércitos celestiales; y también de hombres santos de su nación, a quienes había conocido, ya que habían alcanzado el grado de sacerdocio no sin renombre, según la fama que ya se divulgaba; de quienes escuchó muchas cosas que serían muy saludables tanto para él como para todos los que quisieran escuchar. Cuando terminaron de hablar, y ellos también regresaron al cielo con los espíritus angélicos, quedaron con el beato Furseo tres ángeles, de los que hemos hablado, para llevarlo de regreso al cuerpo. Y cuando se acercaron al gran fuego mencionado, el ángel dividió, como antes, el fuego de la llama. Pero el hombre de Dios, al llegar hasta la puerta abierta entre las llamas, los espíritus inmundos arrojaron sobre él a uno de los que estaban atormentando en los fuegos, y al tocar su hombro y mandíbula lo quemaron: reconoció al hombre, y recordó que había recibido su vestimenta al morir. El ángel santo lo tomó inmediatamente y lo arrojó de nuevo al fuego. Y el enemigo maligno decía: «No rechacen a quien antes aceptaron: pues así como aceptaron los bienes de este pecador, también deben ser partícipes de sus penas». El ángel, contradiciendo, dijo: «No lo aceptó por avaricia, sino para salvar su alma»: y el fuego cesó. Y el ángel, volviéndose hacia él, dijo: «Lo que encendiste, eso ardió en ti. Pues si no hubieras aceptado el dinero de este hombre muerto en sus pecados, su pena no ardería en ti». Y hablando más, enseñó con palabras saludables qué debía hacerse para la salvación de aquellos que se arrepentían antes de morir. Luego, restituido al cuerpo, durante toda su vida llevó visible para todos en su hombro y mandíbula la marca del incendio que sufrió en el alma: y de manera maravillosa, lo que el alma padeció en secreto, la carne lo mostraba abiertamente. Siempre se preocupó, como solía hacer antes, de mostrar a todos con obras de virtud y predicar con palabras. Sin embargo, solo quería exponer el orden de sus visiones a aquellos que preguntaban por deseo de compunción. Aún queda un hermano anciano de nuestro monasterio que suele narrar que un hombre muy veraz y religioso le dijo que había visto al mismo Furseo en la provincia de los Anglos Orientales, y había escuchado esas visiones de su propia boca: añadiendo que el tiempo de invierno era muy riguroso y helado, cuando sentado en una vestimenta ligera, este hombre de Dios, al hablar, sudaba como si estuviera en medio del calor del verano debido a la magnitud del temor o la dulzura recordada.

Por lo tanto, para volver a lo anterior, después de anunciar la palabra de Dios a todos durante muchos años en Escocia, al no poder soportar fácilmente el tumulto de las turbas que irrumpían, dejó todo lo que parecía tener y también abandonó la isla patria: y con algunos hermanos llegó a la provincia de los Anglos a través de los Britones, y allí, predicando la palabra, como hemos dicho, construyó un noble monasterio. Habiendo realizado estas cosas debidamente, deseando alejarse de todos los asuntos de este mundo y también de los negocios del mismo monasterio, dejó el cuidado del monasterio y de las almas a su hermano Fullano, y a los presbíteros Gobbano y Dicullo, y él mismo, libre de todas las cosas del mundo, decidió terminar su vida en la conversación anacorética. Tenía otro hermano, llamado Ultano, que después de una prolongada prueba en el monasterio, había llegado a la vida eremítica. Así que, buscándolo solo, vivió un año entero con él en continencia y oraciones, en los trabajos diarios de sus manos.

Luego, viendo la provincia perturbada por la incursión de los gentiles, y previendo el peligro inminente para los monasterios, dejando todo ordenadamente, navegó a Francia, y allí fue

recibido honorablemente por el rey de los Francos, Hloduio, o el patricio Ercunualdo, y construyó un monasterio en un lugar llamado Latiniaco, y no mucho después, afectado por una enfermedad, cerró su último día (alrededor del año 650). El mismo patricio Ercunualdo tomó su cuerpo y lo guardó en un pórtico de una iglesia que estaba construyendo en su villa, llamada Perrona, hasta que la iglesia misma fuera dedicada. Cuando esto se hizo después de veintisiete días, y el cuerpo fue retirado del pórtico para ser colocado cerca del altar, se encontró tan intacto como si hubiera salido de esta vida en ese mismo momento. Y también después de cuatro años, construida una pequeña casa más digna para recibir su cuerpo, fue encontrado aún sin mancha de corrupción al este del altar, y fue trasladado allí con el honor debido; donde se sabe que sus méritos han brillado a menudo con muchas virtudes, operando Dios. Hemos tocado brevemente sobre la incorruptibilidad de su cuerpo, para que la grandeza del hombre sea más conocida por los lectores. Todo esto se encontrará más completamente en su librito, y también sobre otros compañeros suyos, quien lo lea lo encontrará.

CAPÍTULO XX. Cómo, al morir Honorio, Diosdedit asumió el pontificado; y quiénes fueron los obispos de la Iglesia de Hrof en ese tiempo de los Anglos Orientales.

Mientras tanto, al morir Félix, obispo de los Anglos Orientales [647], después de diecisiete años de haber recibido el episcopado, Honorio ordenó en su lugar a Tomás, su diácono, de la provincia de los Gyrvios: y cuando este fue retirado de esta vida después de cinco años de su episcopado, Berctgils, de sobrenombre Bonifacio, de la provincia de los Cantuarios, fue sustituido en su lugar [652]. Y el mismo Honorio, después de haber cumplido las metas de su carrera, emigró de esta luz en el año seiscientos cincuenta y tres de la Encarnación del Señor, el día antes de las Calendas de octubre: y cesando el episcopado por un año y seis meses, fue elegido como sexto arzobispo de la cátedra de Doruvernica, Diosdedit, de la gente de los Sajones Occidentales: para ordenarlo vino allí Ithamar [655], obispo de la Iglesia de Hrof. Fue ordenado el séptimo día antes de las Calendas de abril, y gobernó la Iglesia durante nueve años, siete meses y dos días; y él mismo, al morir Ithamar, consagró en su lugar a Damián, que era originario de la raza de los Sajones Australes [664].

CAPÍTULO XXI. Cómo la provincia de los Anglos Mediterráneos se hizo cristiana bajo el rey Peada.

En esos tiempos, los Middilangli, es decir, los Anglos Mediterráneos, bajo el príncipe Peada, hijo del rey Penda, recibieron la fe y los sacramentos de la verdad [653]; quien, siendo un joven excelente y muy digno del nombre y la persona de rey, fue preferido por su padre al reino de esa gente; y vino al rey de los Nordanhymbros, Osuiu, pidiendo que se le diera por esposa a su hija Alchfleda. Y no pudo obtener lo que pedía de otra manera, sino aceptando la fe de Cristo y el bautismo, junto con la gente a la que gobernaba. Pero él, al escuchar la predicación de la verdad, y la promesa del reino celestial, y la esperanza de la resurrección y la futura inmortalidad, confesó que deseaba convertirse en cristiano, incluso si no tomaba a la virgen: persuadido principalmente a recibir la fe por el hijo del rey Osuiu, llamado Alchfrido, que era su pariente y amigo, teniendo a su hermana como esposa, llamada Cyniburga, hija del rey Penda.

Fue bautizado, pues, por el obispo Finano, con todos los compañeros y soldados que vinieron con él y todos sus siervos, en la villa del rey que se llama Ad murum. Y tomando a cuatro presbíteros, que parecían idóneos tanto en enseñanza como en vida para instruir y bautizar a su gente, regresó con gran alegría. Los presbíteros eran Cedd, Adda, Betti y Diuma, de los cuales el último era de la nación de los Escotos, los demás eran de los Anglos. Adda era hermano de Uttan, un presbítero ilustre y abad del monasterio llamado Ad Caprae caput, del

cual hemos mencionado antes. Así que, al llegar a la provincia, los sacerdotes mencionados junto con el príncipe predicaban la palabra, y fueron escuchados con agrado, y muchos cada día, tanto de los nobles como de los humildes, renunciando a la inmundicia de la idolatría, fueron lavados en la fuente de la fe.

Ni el rey Penda prohibió que también en su nación, es decir, la de los Mercianos, se predicara la palabra, si alguien quería escuchar. Más bien, odiaba y despreciaba a aquellos que, imbuidos de la fe de Cristo, no tenían las obras de la fe, diciendo que debían ser despreciados y considerados miserables aquellos que despreciaban obedecer a su Dios en quien creían. Esto comenzó dos años antes de la muerte del rey Penda. Pero al ser asesinado [656], cuando el rey cristiano Osuiu tomó su reino, como diremos más adelante, Diuma, uno de los cuatro sacerdotes mencionados, fue hecho obispo de los Anglos Mediterráneos y también de los Mercianos, ordenado por el obispo Finano. La escasez de sacerdotes obligaba a que un obispo fuera puesto sobre dos pueblos. Quien, habiendo adquirido para el Señor no poca gente en poco tiempo, murió entre los Anglos Mediterráneos [658], en la región llamada Infepingum: Ceollach, también de la nación de los Escotos, asumió el episcopado en su lugar, quien no mucho después, dejando el episcopado, regresó a la isla de Hii, donde los Escotos tenían la cabeza y el centro de muchos monasterios: sucediéndole en el episcopado Trumheri, un hombre religioso y formado en la vida monástica [659], de nación Anglo, pero ordenado obispo por los Escotos; lo cual ocurrió en tiempos del rey Wulfhere, de quien hablaremos más adelante.

CAPÍTULO XXII. Cómo los Sajones Orientales recibieron la fe que habían rechazado bajo el rey Sigbercto, predicando Cedd.

En ese tiempo [653] también los Sajones Orientales recibieron la fe que habían rechazado anteriormente, al expulsar al obispo Mellito, por la insistencia del rey Osuiu. Pues el rey de esa gente, Sigbercto, que reinó después de Sigbercto, llamado el Pequeño, era amigo del mismo rey Osuiu, quien, al visitarlo frecuentemente en la provincia de los Nordanhymbros, solía exhortarlo a entender que no podían ser dioses aquellos que eran hechos por manos humanas; que la materia de la creación de dioses no podía ser madera o piedra, cuyas virutas o bien se consumían en el fuego, o se formaban en cualquier utensilio de uso humano, o ciertamente, despreciadas, se arrojaban fuera y, pisoteadas, se convertían en tierra. Más bien, debía entenderse que Dios era incomprendible en majestad, invisible a los ojos humanos, omnipotente, eterno, que había creado el cielo y la tierra y el género humano, que gobernaba y juzgaría el mundo con equidad; cuya sede eterna no debía creerse en un metal vil y caduco, sino en los cielos: y debía entenderse con razón que todos aquellos que aprendieran y cumplieran la voluntad de aquel por quien fueron creados, recibirían de él premios eternos. Estas y muchas otras cosas similares, cuando el rey Osuiu las inculcaba frecuentemente al rey Sigbercto con consejo amistoso y casi fraternal, finalmente, con el consentimiento de sus amigos, creyó, y habiendo hecho consejo con los suyos, con exhortación, y favoreciendo y asintiendo todos a la fe, fue bautizado con ellos por el obispo Finano en la villa real que mencionamos antes, que se llama Ad murum. Pues está cerca del muro que los romanos antiguamente construyeron alrededor de la isla de Britania, a doce millas del mar Oriental.

Por lo tanto, el rey Sigbercto, hecho ya ciudadano del reino eterno, regresó a la sede de su reino temporal, pidiendo al rey Osuiu que le diera algunos maestros que convirtieran a su gente a la fe de Cristo y los lavaran en la fuente de la salvación. Y él, enviando a la provincia de los Anglos Mediterráneos, llamó a sí mismo al hombre de Dios Cedd, y dándole como compañero a otro presbítero, lo envió a predicar la palabra a la gente de los Sajones Orientales. Donde, recorriendo todo, reunieron una gran Iglesia para el Señor, sucedió que en

cierto momento el mismo Cedd regresó a casa, y llegó a la iglesia de Lindisfarne, para conversar con el obispo Finano; quien, al saber que la obra del Evangelio le había prosperado, lo hizo obispo en la gente de los Sajones Orientales, llamando a otros dos obispos para el ministerio de la ordenación: quien, habiendo recibido el grado de obispo, regresó a la provincia, y completando la obra comenzada con mayor autoridad, construyó iglesias en varios lugares, ordenó presbíteros y diáconos que lo ayudaran en la palabra de la fe y en el ministerio del bautismo, especialmente en la ciudad que en la lengua de los Sajones se llama Ythancaestir. Pero también en la que se llama Tilaburg: de las cuales, el primer lugar está en la orilla del río Penta, el segundo en la orilla del Támesis: en los cuales, reuniendo un grupo de siervos de Cristo, les enseñó a observar la disciplina de la vida regular, en la medida en que aún podían comprenderla.

Y cuando durante no poco tiempo en la provincia mencionada, con el rey gozoso y el pueblo entero regocijándose, la institución de la vida celestial tomaba un aumento diario, sucedió que el mismo rey, instigado por el enemigo de todos los bienes, fue asesinado por la mano de sus parientes [660]. Y eran dos hermanos que cometieron este crimen; quienes, cuando se les preguntó por qué lo hicieron, no pudieron responder otra cosa, sino que estaban enojados y eran enemigos del rey porque él solía perdonar demasiado a sus enemigos, y las injurias hechas por ellos, tan pronto como se lo pedían, las perdonaba con mente apacible. Tal era la culpa del rey por la cual fue asesinado, que guardaba con devoto corazón los preceptos evangélicos: en la cual, sin embargo, su muerte inocente, según la predicción del hombre de Dios, fue castigada su verdadera culpa. Pues uno de los comites que lo mataron había tenido un matrimonio ilícito, que cuando el obispo no pudo prohibir y corregir, lo excomulgó, y ordenó a todos los que quisieran escucharlo que no entraran en su casa ni tomaran de sus alimentos. Pero el rey, despreciando el precepto, y siendo invitado por el conde, entró a su casa para comer: y cuando se fue, el obispo le salió al encuentro. Y el rey, al verlo, inmediatamente tembloroso, descendió del caballo, y cayó ante sus pies, pidiendo perdón por su culpa. Pues el obispo también descendió, pues él también estaba montado. Pero enojado, tocó al rey que yacía con la vara que tenía en la mano, y con autoridad pontifical protestó: «Te digo, porque no quisiste abstenerte de la casa de ese perdido y condenado, morirás en esa misma casa». Pero se debe creer que tal muerte de un hombre religioso no solo expió tal culpa, sino que también aumentó su mérito: pues ciertamente por causa de la piedad, porque ocurrió por la observancia de los mandamientos de Cristo.

Sin embargo, sucedió a Sigbercto en el reino Suidhelm, hijo de Sexbaldo [660], quien fue bautizado por el mismo Cedd en la provincia de los Anglos Orientales, en la villa real llamada Rendlaesham, es decir, Mansión de Rendil; y lo recibió al salir de la fuente santa Aedilwald, rey de la misma gente de los Anglos Orientales, hermano del rey Anna.

CAPÍTULO XXIII. Cómo el mismo obispo Cedd, al recibir un lugar para construir un monasterio del rey Oidilwald, lo consagró al Señor con oraciones y ayunos; y sobre su muerte.

Solía el mismo hombre de Dios, cuando ejercía el oficio de obispo entre los Sajones Orientales, visitar también frecuentemente su propia provincia, es decir, la de los Nordanhymbros, por motivo de exhortación: a quien, cuando Oidilwald, hijo del rey Osualdo [653-664], que tenía el reino en las partes de los Deirios, vio como un hombre santo y sabio, y de costumbres probas, le pidió que recibiera de él alguna posesión de tierra para construir un monasterio, en el cual el mismo rey pudiera venir más frecuentemente a orar al Señor y escuchar la palabra, y ser sepultado al morir. Pues también creía fielmente que él mismo sería muy ayudado por las oraciones diarias de aquellos que sirvieran al Señor en ese lugar. Pero el

mismo rey había tenido consigo al hermano germano de ese obispo, llamado Caelin, un hombre igualmente devoto a Dios, que solía ministrar a él y a su familia la palabra y los sacramentos de la fe, pues era presbítero, por cuyo conocimiento principalmente llegó a amar y conocer al obispo. Así que, favoreciendo los deseos del rey, el obispo eligió para sí un lugar para construir el monasterio en montañas altas y remotas; en las cuales parecían haber sido más bien guaridas de ladrones y madrigueras de fieras, que habitáculos de hombres: para que, según la profecía de Isaías, en los cubiles donde antes habitaban los dragones, brotara el verdor del junco y la caña, es decir, nacieran allí frutos de buenas obras, donde antes solían habitar bestias o vivir hombres bestialmente.

El siervo de Dios, al recibir el lugar del monasterio, primero pidió al rey que le concediera todo el tiempo de Cuaresma que se aproximaba, para poder permanecer allí con el propósito de oración, purificando el lugar de la suciedad de los pecados pasados mediante oraciones y ayunos, y así poder establecer los cimientos del monasterio. Durante todos esos días, excepto el domingo, prolongaba el ayuno hasta la tarde, según la costumbre, y entonces solo tomaba un poco de pan y un huevo de gallina con un poco de leche mezclada con agua. Decía que esta era la costumbre de aquellos de quienes había aprendido la norma de la disciplina regular, que los lugares recién adquiridos para construir un monasterio o iglesia debían ser consagrados al Señor primero con oraciones y ayunos. Cuando quedaban diez días de Cuaresma, llegó alguien a llamarlo para que fuera al rey. Pero él, para que la obra religiosa no se interrumpiera por asuntos reales, pidió a su presbítero Cynibill, que también era su hermano de sangre, que completara la piadosa tarea. Este accedió gustosamente, y tras completar el esfuerzo de los ayunos y oraciones, construyó allí un monasterio, que ahora se llama Laestingaeu, y lo instituyó con costumbres religiosas, según los ritos de Lindisfarne donde había sido educado.

Después de administrar el episcopado durante muchos años en la provincia mencionada y cuidar también de los estatutos de este monasterio, sucedió que, al llegar al monasterio durante una epidemia, enfermó y murió allí. Al principio fue sepultado fuera, pero con el tiempo se construyó una iglesia en honor de la bienaventurada Madre de Dios, y su cuerpo fue colocado a la derecha del altar.

El obispo dejó el monasterio bajo el cuidado de su hermano Ceadda, quien más tarde se convirtió en obispo, como diremos más adelante. Estos cuatro hermanos, Cedd, Cynibill, Caelin y Ceadda, fueron todos sacerdotes del Señor, lo cual es raro, y dos de ellos también alcanzaron el grado de sumo sacerdocio. Cuando los hermanos en el monasterio de la provincia de los Sajones Orientales oyeron que el obispo había muerto y sido sepultado en la provincia de los Northumbrianos, unos treinta hombres de su monasterio fueron allí, deseando vivir cerca del cuerpo de su Padre, o ser sepultados allí si morían. Fueron recibidos con gusto por sus hermanos y compañeros, y todos murieron allí debido a la plaga mencionada, excepto un niño, que se dice fue salvado de la muerte por las oraciones de su padre. Pues vivió mucho tiempo después, dedicándose a la lectura de las Escrituras, y finalmente descubrió que no había sido regenerado por el agua del bautismo, y pronto fue lavado en la fuente del baño de salvación, y más tarde fue promovido al orden del presbiterio, siendo de gran utilidad en la Iglesia. No dudo en creer que fue retenido del borde de la muerte por las intercesiones de su padre, como dije, a cuyo cuerpo había venido por amor, para que él también escapara de la muerte eterna y ofreciera a otros hermanos el ministerio de vida y salvación enseñando.

CAPÍTULO XXIV. Cómo la provincia de Mercia, tras la muerte del rey Penda, aceptó la fe de Cristo: y Oswiu, en agradecimiento por la victoria obtenida, donó posesiones y territorios para construir monasterios.

En esos tiempos, el rey Oswiu, sufriendo las amargas e intolerables incursiones del mencionado rey de Mercia, quien había matado a su hermano, finalmente, obligado por la necesidad, prometió darle innumerables y mayores regalos reales de lo que se podría creer, a cambio de la paz, siempre que regresara a casa y dejara de devastar las provincias de su reino hasta la destrucción total. Pero cuando el rey pérfido no accedió a sus súplicas, decidido a destruir y exterminar a toda su gente desde el más pequeño hasta el más grande, Oswiu buscó la ayuda de la divina piedad para ser liberado de la barbarie impía, y se comprometió con un voto: «Si el pagano no sabe aceptar nuestros regalos, ofrezcámoslos a quien sí sabe, a nuestro Señor Dios.» Así, prometió que si salía victorioso, ofrecería a su hija al Señor para ser consagrada en sagrada virginidad, y donaría doce posesiones de tierras para construir monasterios. Y así, con un ejército muy pequeño, se lanzó a la batalla. Se dice que los paganos tenían un ejército treinta veces mayor; pues ellos tenían treinta legiones con los más nobles líderes en la batalla, mientras que el rey Oswiu, con su hijo Alchfrith, tenía un ejército muy pequeño, pero confiando en Cristo como su líder, se enfrentó a ellos. Otro de sus hijos, Ecgfrith, estaba retenido como rehén en la provincia de Mercia con la reina Cynwise. El hijo del rey Oswald, Oidilwald, quien debería haberles ayudado, estaba del lado de los adversarios, siendo su líder contra su patria y su tío, aunque en el momento de la batalla se retiró de la lucha, esperando el resultado del conflicto en un lugar seguro. Así, al comenzar la batalla, los paganos fueron derrotados y masacrados. Casi todos los treinta líderes reales que habían venido en su ayuda fueron asesinados, entre ellos Aedilheri, hermano del rey Anna de los Anglos Orientales, quien reinó después de él, el mismo instigador de la guerra, fue asesinado junto con sus soldados y aliados. Y como la batalla se libró cerca del río Winwaed, que entonces había desbordado su cauce debido a las lluvias, ocurrió que muchos más murieron ahogados al huir que por la espada en combate.

Entonces, el rey Oswiu, agradecido a Dios por la victoria concedida, según lo que había prometido al Señor, ofreció a su hija Aelfleda, que apenas había cumplido un año, para ser consagrada en perpetua virginidad, y además donó doce pequeñas posesiones de tierras, en las cuales, dejando de lado el esfuerzo de la milicia terrenal, se pudiera ejercer la milicia celestial y orar por la paz eterna de su pueblo, proporcionando lugar y oportunidad para la devoción diligente de los monjes. De estas posesiones, seis las dio en la provincia de los Deirans y seis en la de los Bernicians. Cada posesión era de diez familias, es decir, en total ciento veinte. La mencionada hija del rey Oswiu, dedicada a Dios, ingresó en el monasterio llamado Heruteu, es decir, la isla del ciervo, donde entonces Hild era abadesa (Ver l. III, 25; IV, 23). Dos años después, adquirió una posesión de diez familias en el lugar llamado Streanaeshalch, donde construyó un monasterio; en el cual la mencionada hija del rey, primero discípula de la vida regular, luego también se convirtió en maestra, hasta que, completados sesenta y nueve años, entró como virgen bienaventurada en el abrazo y las bodas del Esposo celestial. En ese monasterio fueron sepultados ella, su padre Oswiu, su madre Aeanfled, el padre de su madre Edwin, y muchos otros nobles en la iglesia del santo apóstol Pedro. Esta batalla fue librada por el rey Oswiu en la región de Loidis (Ver l. II, 14), en el decimotercer año de su reinado, el decimoséptimo día antes de las Calendas de diciembre, con gran beneficio para ambos pueblos. Pues liberó a su gente de la depredación hostil de los paganos, y convirtió a la misma gente de Mercia y a las provincias vecinas, al cortar la cabeza pérfida, a la gracia de la fe cristiana.

El primer obispo en la provincia de Mercia, así como de los Lindisfaras y los Anglos Medios, fue Diuma, como dijimos antes (Ver l. III, c. 21), quien murió y fue sepultado entre los Anglos Medios (DCLVI). El segundo fue Cellach, quien dejó el oficio episcopal y regresó a Escocia, ambos de origen escocés. El tercero fue Trumhere, de la nación de los Anglos, pero educado y ordenado por los escoceses, quien era abad en el monasterio llamado Ingetlingum. Este es el lugar donde fue asesinado el rey Oswine, como mencionamos antes (Ver l. III, c. 14). Pues la reina Aeanfled, pariente de él, para expiar su injusta muerte, pidió al rey Oswiu que donara el lugar para construir un monasterio al mencionado siervo de Dios Trumhere, porque él también era pariente del rey asesinado. En ese monasterio se harían oraciones continuas por la salvación eterna de ambos reyes, es decir, tanto del asesinado como del que ordenó el asesinato. El mismo rey Oswiu gobernó la gente de Mercia y otras provincias del sur durante tres años después de la muerte del rey Penda. También sometió a la gente de los pictos en gran parte al reino de los anglos.

Durante este tiempo, donó el reino de los Mercios del Sur a Peada, hijo del rey Penda, porque era su pariente, quienes, como dicen, son de cinco mil familias, separados por el río Trent de los Mercios del Norte, cuya tierra es de siete mil familias. Pero el mismo Peada fue asesinado vilmente en la primavera siguiente, como dicen, por traición de su esposa, en el mismo tiempo de la fiesta de Pascua (DCLVIII). Completados tres años después de la muerte del rey Penda, los líderes de la gente de Mercia, Immin, Eafha y Eadberct, se rebelaron contra el rey Oswiu, levantando como rey a Wulfhere, hijo del mismo Penda, un joven que habían mantenido oculto, y con líderes elegidos no propios del rey, recuperaron valientemente sus fronteras y su libertad. Así, con su rey, libres, se alegraban de servir a Cristo, el verdadero rey, por el reino eterno en los cielos. El mismo rey gobernó la gente de Mercia durante diecisiete años, y tuvo como primer obispo a Trumhere, de quien hablamos antes (Cap. 21), el segundo fue Jaruman, el tercero Ceadda, el cuarto Wynfrith. Todos estos, sucesivamente, ejercieron el episcopado de la gente de Mercia bajo el rey Wulfhere.

CAPÍTULO XXV. Cómo surgió una cuestión sobre el tiempo de la Pascua, contra aquellos que habían venido de Escocia.

Mientras tanto, tras la muerte del obispo Aidan, Finan fue ordenado y enviado por los escoceses para ocupar el cargo episcopal (DCLII). Construyó una iglesia adecuada para la sede episcopal en la isla de Lindisfarne; sin embargo, según la costumbre de los escoceses, no la hizo de piedra, sino completamente de madera cortada y cubierta de cañas, que en tiempos posteriores el reverendísimo arzobispo Teodoro dedicó en honor del bienaventurado apóstol Pedro. Pero el obispo del lugar, Eadberct, se encargó de cubrirla completamente, es decir, tanto el techo como las paredes, con láminas de plomo, después de quitar las cañas.

En esos tiempos, surgió una frecuente y gran cuestión sobre la observancia de la Pascua (Ver apéndice, n. 9), afirmando aquellos que habían venido de Kent o de las Galias que los escoceses celebraban el día del Señor de la Pascua en contra de la costumbre de la Iglesia universal. Entre ellos, el más ferviente defensor de la verdadera Pascua era un hombre llamado Ronan (Al., Sonan), de nación escocesa, pero instruido en las partes de Galia o Italia en la regla de la verdad eclesiástica; quien, al enfrentarse con Finan, corrigió a muchos, o al menos los incitó a una investigación más diligente de la verdad: sin embargo, no pudo corregir a Finan; más bien, al ser un hombre de carácter feroz, lo hizo más obstinado y un abierto adversario de la verdad. Jacob, el diácono del venerable arzobispo Paulino, como enseñamos antes, observaba la verdadera y católica Pascua, junto con todos aquellos a quienes podía instruir en el camino correcto. También la reina Eanfled, con los suyos, observaba según lo que había visto hacer en Kent, teniendo consigo a un presbítero de

observancia católica, llamado Romano: de modo que se dice que en esos tiempos, a veces se celebraba la Pascua dos veces en un año. Y cuando el rey celebraba la Pascua del Señor rompiendo el ayuno, la reina, con los suyos, aún permanecía en ayuno celebrando el día de Ramos. Esta disonancia en la observancia pascual fue tolerada pacientemente por todos mientras Aidan vivía, pues entendían claramente que, aunque no podía celebrar la Pascua según la costumbre de quienes lo habían enviado, se esforzaba diligentemente en realizar las obras de fe, piedad y amor, según la costumbre de todos los santos: por lo cual era amado con razón por todos, incluso por aquellos que pensaban de manera diferente sobre la Pascua: no solo por los mediocres, sino también por los mismos obispos, Honorio de los Cantuarios y Félix de los Anglos Orientales, fue tenido en gran estima.

Sin embargo, tras la muerte de Finan, cuando Colman le sucedió en el episcopado (DCLXII), también enviado desde Escocia, surgió una controversia más grave sobre la observancia de la Pascua, así como sobre otras disciplinas de la vida eclesiástica: lo cual movió los sentidos y corazones de muchos, temiendo que, habiendo recibido el nombre de cristianismo, corrieran en vano, o hubieran corrido. También llegó a los oídos de los príncipes, Oswiu, el rey, y su hijo Alchfrith; pues Oswiu, educado y bautizado por los escoceses, y bien versado en su lengua, no consideraba nada mejor que lo que ellos enseñaban. Por otro lado, Alchfrith, teniendo como maestro de la doctrina cristiana a Wilfrid, un hombre muy docto, quien había ido a Roma antes en busca de doctrina eclesiástica, y había pasado mucho tiempo con el arzobispo Dalfinus en Lyon, de quien también había recibido la corona de la tonsura eclesiástica, sabía que su doctrina debía ser preferida con justicia a todas las tradiciones de los escoceses: por lo cual también le había dado un monasterio de cuarenta familias en el lugar llamado Inhrypum; el cual, poco antes, había dado a aquellos que seguían a los escoceses como posesión de un monasterio. Pero como estos, al dárselos la opción, preferían ceder el lugar antes que cambiar su costumbre, se lo dio a él, quien tenía una doctrina y vida dignas del lugar. En ese tiempo, Agilberct, obispo de los Sajones Occidentales, de quien hemos hablado antes, amigo del rey Alchfrith y del abad Wilfrid, había venido a la provincia de los Northumbrianos, y permanecía allí por algún tiempo; quien también, a petición de Alchfrith, ordenó a Wilfrid como presbítero en su monasterio mencionado. Tenía consigo al presbítero Agathon. Por lo tanto, al surgir la cuestión sobre la Pascua, o la tonsura (Ver apéndice, n. 9), o sobre otros asuntos eclesiásticos, se dispuso que se celebrara un sínodo en el monasterio llamado Streanaeshalch, que se interpreta como el Golfo del Faro, donde entonces Hild, una devota abadesa de Dios, presidía, y esta cuestión debía resolverse allí. Allí acudieron ambos reyes, el padre y el hijo; los obispos, Colman con sus clérigos de Escocia, Agilberct con los presbíteros Agathon y Wilfrid. Jacob y Romano estaban de su parte: la abadesa Hild con los suyos estaba del lado de los escoceses, en el cual también estaba el venerable obispo Cedd, ya ordenado por los escoceses, como enseñamos antes, quien fue un intérprete muy diligente de ambas partes en ese concilio.

Primero, el rey Osui, tras una introducción en la que afirmaba que era necesario que aquellos que servían a un mismo Dios siguieran una única regla de vida y no discreparan en la celebración de los Sacramentos celestiales, ya que todos esperaban un único reino en los cielos, propuso investigar cuál era la tradición más verdadera y que esta fuera seguida por todos en común. Ordenó primero a su obispo Colman que explicara cuál era el rito y de dónde provenía el que él seguía. Entonces Colman dijo: «La Pascua que suelo celebrar, la recibí de mis mayores, quienes me enviaron aquí como obispo, y se sabe que todos nuestros Padres, hombres amados por Dios, la celebraron de la misma manera. Para que no parezca que debe ser despreciada y rechazada, es la misma que se lee que el bienaventurado

evangelista Juan, discípulo especialmente amado por el Señor, celebró con todas las Iglesias que dirigía».

Al decir esto y cosas similares, el rey ordenó también a Agilberct que expusiera su modo de observancia, de dónde tenía su origen y con qué autoridad lo seguía. Agilberct respondió: «Que hable, por favor, en mi lugar mi discípulo el presbítero Uilfrid, porque ambos compartimos la misma opinión con los demás que aquí están presentes, cultivadores de la tradición eclesiástica; y él puede explicar mejor y más claramente en la lengua de los anglos lo que sentimos». Entonces Uilfrid, por orden del rey para que hablara, comenzó así: «La Pascua que celebramos, la vimos en Roma, donde vivieron, enseñaron, sufrieron y fueron sepultados los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, celebrada por todos: esto lo vimos en Italia, en Galia, que recorrimos por el estudio o la oración, celebrado por todos: esto lo comprobamos en África, Asia, Egipto, Grecia y en todo el mundo, dondequiera que la Iglesia de Cristo se ha difundido, llevado a cabo en un solo y no diverso orden de tiempo: excepto por estos y sus cómplices obstinados, me refiero a los pictos y britones, que desde dos de las últimas islas del Océano, y no todas ellas, luchan con necio esfuerzo contra todo el mundo».

A lo que Colman respondió: «Es extraño que llamen necio nuestro esfuerzo, en el que seguimos los ejemplos de un apóstol tan grande que fue digno de recostarse sobre el pecho del Señor; cuando todo el mundo sabe que él vivió con gran sabiduría». Pero Uilfrid dijo: «Lejos de nosotros reprochar a Juan por necedad, cuando guardaba los preceptos de la ley mosaica según la letra, mientras la Iglesia aún judaizaba en muchas cosas, y los apóstoles no podían de repente renunciar a toda la observancia de la ley que fue instituida por Dios. Así como es necesario que todos los que vienen a la fe repudien los ídolos inventados por los demonios, para no escandalizar a los judíos que estaban entre las naciones. Por eso Pablo circuncidó a Timoteo, ofreció sacrificios en el templo, y se cortó el cabello en Corinto con Aquila y Priscila: todo esto no era útil, sino para evitar el escándalo de los judíos. Por eso Santiago le dijo a Pablo: 'Ves, hermano, cuántos miles de judíos han creído, y todos son celosos de la ley'. Sin embargo, hoy, con el Evangelio brillando en el mundo, no es necesario, ni siquiera lícito, que los fieles se circunciden o ofrezcan sacrificios de carne a Dios. Así que Juan, según la costumbre de la ley, comenzaba la celebración de la fiesta de Pascua en la tarde del decimocuarto día del primer mes, sin preocuparse si caía en sábado o en cualquier otro día. Pero Pedro, cuando predicaba en Roma, recordando que el Señor resucitó de entre los muertos el primer día del sábado, y dio al mundo la esperanza de la resurrección, entendió que la Pascua debía celebrarse de tal manera que, según la costumbre y los preceptos de la ley, esperara siempre la luna decimocuarta del primer mes al atardecer, al igual que Juan en Oriente: y cuando esta surgía, si el día del Señor, que entonces se llamaba el primer día del sábado, iba a llegar por la mañana, comenzaba a celebrar la Pascua del Señor en esa misma tarde, como también nosotros solemos hacer hoy. Pero si el día del Señor no iba a llegar la mañana siguiente a la luna decimocuarta, sino el decimosexto, decimoséptimo, o cualquier otra luna hasta el vigésimo primer día, lo esperaba, y comenzaba las solemnes celebraciones de la Pascua sagrada en la tarde del sábado anterior; de modo que el día del Señor de Pascua no se celebraba sino desde la luna decimoquinta hasta la vigésima primera. Esta tradición evangélica y apostólica no abroga la ley, sino que más bien la cumple, en la que se ordena observar la Pascua desde la luna decimocuarta del primer mes al atardecer, hasta la luna vigésima primera del mismo mes al atardecer: en esta observancia a imitar, todos los sucesores del bienaventurado Juan en Asia, después de su muerte, y toda la Iglesia convertida en el mundo, se han adherido. Y esto es la verdadera Pascua, esto es lo único que los fieles deben celebrar, no fue establecido recientemente en el concilio de Nicea, sino confirmado, como enseña la Historia eclesiástica. Por lo tanto, está claro que ustedes, Colman, no siguen

los ejemplos de Juan, como afirman, ni de Pedro, cuya tradición contradicen conscientemente, ni concuerdan con la ley ni con el Evangelio en la observancia de su Pascua. Porque Juan, al guardar el tiempo pascual según los decretos de la ley mosaica, no se preocupaba por el primer día del sábado; lo que ustedes no hacen, ya que solo celebran la Pascua en el primer día del sábado. Pedro celebraba la Pascua del Señor desde la luna decimoquinta hasta el vigésimo primer día; lo que ustedes no hacen, ya que observan el día del Señor de Pascua desde la luna decimocuarta hasta la vigésima; de modo que a menudo comienzan la Pascua en la tarde de la luna decimotercera, de la cual ni la ley hizo mención alguna, ni el autor y dador del Evangelio, el Señor, en ella, sino que en la decimocuarta o bien comió la Pascua antigua al atardecer, o bien entregó los sacramentos del nuevo testamento a la Iglesia para ser celebrados en conmemoración de su pasión. Asimismo, eliminan completamente de la celebración de su Pascua la luna vigésima primera, que la ley recomendó especialmente celebrar: de modo que, como dije, en la celebración de la festividad suprema, no concuerdan ni con Juan, ni con Pedro, ni con la Ley, ni con el Evangelio».

A esto Colman respondió: «¿Acaso el santo Anatolio, muy alabado en la mencionada Historia eclesiástica, pensó o actuó en contra de la ley o el Evangelio, quien escribió que la Pascua debía celebrarse desde la decimocuarta hasta la vigésima? ¿Acaso debemos creer que nuestro reverendísimo Padre Columba, y sus sucesores, hombres amados por Dios, que celebraron la Pascua de la misma manera, pensaron o actuaron en contra de las páginas divinas? Pues muchos de ellos fueron tales, cuya santidad fue testimoniada por señales celestiales y los milagros que realizaron: a quienes, sin dudar de su santidad, siempre sigo en su vida, costumbres y disciplina».

Pero Uilfrid respondió: «Está claro que Anatolio fue un hombre santísimo, muy sabio y digno de alabanza; pero ¿qué tienen ustedes que ver con él, si no siguen sus decretos? Porque él, siguiendo la regla de la verdad en su Pascua, estableció el ciclo de diecinueve años, que ustedes o ignoran, o conocido y guardado por toda la Iglesia de Cristo, desprecian por completo. Él computó la luna decimocuarta en su Pascua del Señor, de tal manera que confesó que en ese mismo día, según la costumbre de los egipcios, era la luna decimoquinta al atardecer. Asimismo, anotó el vigésimo día de la Pascua del Señor, de tal manera que creía que al declinar ese mismo día era la vigésima primera. Su regla de distinción ustedes la han ignorado, como se prueba por el hecho de que a menudo celebran la Pascua manifiestamente antes del plenilunio, es decir, en la luna decimotercera. En cuanto a su Padre Columba y sus seguidores, cuya santidad ustedes afirman imitar, y cuyas reglas y preceptos confirmados por señales celestiales siguen, podría responder que a muchos que en el juicio dirán al Señor que profetizaron en su nombre, y expulsaron demonios, y realizaron muchas virtudes, el Señor les responderá que nunca los conoció. Pero lejos de mí decir esto de sus padres: porque es mucho más justo creer bien de lo desconocido que mal. Por lo tanto, no niego que esos siervos de Dios y amados por Dios existieron, quienes con simplicidad rústica, pero con intención piadosa, amaron a Dios. Y no creo que les perjudicara mucho tal observancia de la Pascua, mientras no llegara nadie que les mostrara los decretos de una institución más perfecta que debieran seguir: a quienes ciertamente creo que, si algún calculador católico hubiera llegado a ellos, habrían seguido sus consejos, así como se prueba que siguieron los mandamientos de Dios que conocían y habían aprendido. Pero tú y tus compañeros, si después de escuchar los decretos de la sede apostólica, y más aún de la Iglesia universal, y estos confirmados por las sagradas escrituras, los desprecian, sin duda alguna pecan. Porque aunque tus padres fueron santos, ¿acaso la pequeñez de ellos en un rincón de una isla extrema debe ser preferida a la Iglesia universal que está en todo el mundo de Cristo? Y si ese Columba tuyo era santo y

poderoso en virtudes, y nuestro también si era de Cristo, ¿acaso pudo ser preferido al bienaventurado príncipe de los apóstoles, a quien el Señor dijo: 'Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y te daré las llaves del reino de los cielos'?»

Mientras Uilfrid pronunciaba estas palabras, el rey dijo: «¿Es cierto, Colman, que estas palabras fueron dichas a Pedro por el Señor?» A lo que él respondió: «Ciertamente, rey». Entonces el rey dijo: «¿Tienen ustedes algo que presentar que haya sido dado a su Columba con tanto poder?» Y él respondió: «Nada». Nuevamente el rey dijo: «Si ambos están de acuerdo sin ninguna controversia en que estas palabras fueron dichas principalmente a Pedro, y que a él le fueron dadas las llaves del reino de los cielos por el Señor, respondieron: Sí, ciertamente». Entonces el rey concluyó: «Y yo les digo que este es el portero al que no quiero contradecir; sino que, en la medida en que conozco o puedo, deseo obedecer en todo sus decretos; no sea que, al llegar yo a las puertas del reino de los cielos, no haya quien las abra, si aquel que se prueba que tiene las llaves se vuelve en mi contra».

Al decir esto el rey, todos los presentes, tanto mayores como menores, apoyaron, y abandonando la institución menos perfecta, se apresuraron a trasladarse a lo que reconocieron como mejor.

CAPÍTULO XXVI. Cómo Colman, vencido, regresó a casa; y Tuda lo sucedió en el episcopado; y cómo fueron considerados estos doctores por la Iglesia.

Terminado el conflicto y disuelta la asamblea, Agilberct regresó a casa. Colman, al ver despreciada su doctrina y su secta, tomó consigo a aquellos que quisieron seguirlo, es decir, quienes no querían aceptar la Pascua católica y la tonsura de la corona, pues también sobre esto había una cuestión no menor, y regresó a Escocia para tratar con los suyos qué debía hacer al respecto. Cedd, dejando las huellas de los escoceses, regresó a su sede, habiendo reconocido la observancia de la Pascua católica. Esta cuestión tuvo lugar en el año seiscientos sesenta y cuatro de la Encarnación del Señor, que fue el vigésimo segundo año del rey Osuii; y el trigésimo año del episcopado de los escoceses, que ejercieron en la provincia de los anglos. Pues Aidan mantuvo el episcopado durante diecisiete años, Finan diez, y Colman tres.

Después de que Colman regresó a su patria, el siervo de Cristo Tuda asumió el episcopado de los norteumbrios en su lugar, quien había sido educado y ordenado obispo entre los escoceses del sur, teniendo según la costumbre de esa provincia la corona de la tonsura eclesiástica, y observando la regla católica del tiempo pascual: un hombre bueno y religioso, pero que gobernó la Iglesia por muy poco tiempo. Había venido de Escocia, mientras Colman aún tenía el episcopado, y enseñaba diligentemente a todos lo que pertenecía a la fe y la verdad, tanto con palabras como con obras. Por su parte, a los hermanos que en la Iglesia de Lindisfarne, al partir los escoceses, prefirieron quedarse, se les puso al frente como abad al hombre reverentísimo y mansísimo Eata, quien era abad en el monasterio llamado Mailros: se dice que Colman, al partir, pidió e impetró esto del rey Osuii, ya que Eata era uno de los doce niños de Aidan, que al comienzo de su episcopado había recibido de la nación de los anglos para ser educados en Cristo. Pues el rey amaba mucho al mismo obispo Colman por su prudencia innata. Este es Eata, quien poco después fue hecho obispo de la misma Iglesia de Lindisfarne. Al regresar a casa, Colman llevó consigo parte de los huesos del reverentísimo Padre Aidan; y dejó parte en la iglesia que presidía, y ordenó que se guardaran en su sacristía.

Cuánta era la parsimonia y la continencia de él mismo y de sus predecesores, lo testificaba también el lugar que gobernaban, donde al partir ellos, excepto la iglesia, se encontraron muy

pocas casas, es decir, solo aquellas sin las cuales la vida civil no podía ser de ninguna manera. No tenían dinero, excepto ganado. Pues si recibían algo de dinero de los ricos, inmediatamente lo daban a los pobres. Porque no era necesario reunir dinero ni prever casas para la recepción de los poderosos del mundo, quienes nunca venían a la iglesia sino solo por la oración y para escuchar la palabra de Dios. El mismo rey, cuando la oportunidad lo exigía, venía con solo cinco o seis servidores, y después de completar la oración en la iglesia, se iba. Si por casualidad les tocaba ser recibidos allí, contentos con la simple y cotidiana comida de los hermanos, no buscaban nada más. Pues toda la preocupación de esos doctores era servir a Dios, no al mundo; toda la atención era cultivar el corazón, no el vientre. Por eso, en ese tiempo, el hábito de la religión era muy venerado; de modo que dondequiera que llegara un clérigo o monje, era recibido con alegría por todos como siervo de Dios. Incluso si se encontraba en el camino, corrían hacia él, y con el cuello inclinado se alegraban de ser señalados con la mano o bendecidos con su boca; también prestaban atención diligente a sus palabras exhortatorias. Y los domingos acudían en masa a la iglesia o a los monasterios, no para el sustento del cuerpo, sino para escuchar la palabra de Dios: y si algún sacerdote llegaba por casualidad a un pueblo, los aldeanos se reunían de inmediato y se preocupaban por escuchar de él la palabra de vida. Pues no había otra razón para que los sacerdotes o clérigos visitaran los pueblos, que no fuera para predicar, bautizar, visitar a los enfermos y, en resumen, cuidar las almas: quienes estaban tan castigados de toda peste de avaricia, que nadie aceptaba territorios y posesiones para construir monasterios, a menos que fueran obligados por los poderosos del mundo. Esta costumbre se mantuvo en todas las Iglesias de los norteumbrios durante algún tiempo después de estos eventos. Pero de esto se ha dicho lo suficiente.

CAPÍTULO XXVII. Cómo Ecgberct, un hombre santo de la nación de los anglos, llevó una vida monástica en Irlanda.

En el mismo año seiscientos sesenta y cuatro de la Encarnación del Señor, hubo un eclipse solar el tercer día del mes de mayo, alrededor de la décima hora del día: en el mismo año, una repentina plaga de pestilencia, después de haber devastado primero las regiones del sur de Britania, también afectó a la provincia de los norteumbrios, y desatando una terrible calamidad durante mucho tiempo y en gran extensión, diezmó a una gran multitud de personas. En esta plaga, el mencionado sacerdote del Señor Tuda fue arrebatado del mundo, y fue sepultado honorablemente en el monasterio llamado Paegnalaech. Esta plaga también afligía a la isla de Irlanda con igual calamidad. En ese tiempo había allí muchos nobles y plebeyos de la nación de los anglos, que durante el tiempo de los obispos Finan y Colman, dejando su patria, se habían retirado allí por el deseo de la lectura divina o de una vida más devota. Y algunos se entregaron fielmente de inmediato a la vida monástica, mientras que otros preferían dedicarse a la lectura, recorriendo las celdas de los maestros: todos ellos eran recibidos con gran hospitalidad por los escoceses, quienes se preocupaban por proporcionarles alimento diario sin costo, libros para leer y enseñanza gratuita.

Entre estos había dos jóvenes de gran talento, de la nobleza de los anglos, Aedilhun y Ecgberct, de los cuales el primero era hermano de Aediluini, un hombre igualmente amado por Dios, quien también en una época posterior fue a Irlanda para estudiar y regresó bien instruido a su patria, y fue hecho obispo en la provincia de Lindissi, gobernando la Iglesia con gran nobleza durante mucho tiempo. Estos, pues, estando en el monasterio que en la lengua de los escotos se llama Rathmelsigi, y habiendo sido todos sus compañeros arrebatados del mundo por la mortalidad o dispersados por lugares estrechos, ambos fueron atacados por la enfermedad de la misma mortalidad y gravemente afligidos; de los cuales

Ecgberct, como me contaba un presbítero muy veraz y de venerable canicie que decía haberlo oído de él mismo, cuando pensó que iba a morir, salió por la mañana del dormitorio donde descansaban los enfermos, y sentado solo en un lugar oportuno, comenzó a reflexionar diligentemente sobre sus acciones, y compungido por la memoria de sus pecados, lavaba su rostro con lágrimas, y desde lo más profundo de su corazón rogaba a Dios que no debía morir aún, antes de que pudiera corregir más perfectamente las negligencias pasadas que había cometido en su infancia o juventud, o ejercitarse más abundantemente en buenas obras. También hizo un voto, de que quería vivir como peregrino de tal manera que nunca regresaría a la isla en la que nació, es decir, Britania; que, además del canto solemne de los salmos del tiempo canónico, si la salud del cuerpo no se lo impedía, cantaría diariamente todo el Salterio en memoria de la alabanza divina; y que en cada semana pasaría un día con su noche en ayuno. Y cuando, después de haber terminado sus lágrimas, oraciones y votos, regresó a casa, encontró a su compañero durmiendo: y él mismo, subiendo a la cama, comenzó a relajar sus miembros en descanso. Y cuando descansaba un poco, su compañero despertó, lo miró y dijo: «Oh hermano Ecgberct, ¿qué has hecho? Esperaba que juntos entraríamos en la vida eterna. Sin embargo, debes saber que recibirás lo que pediste». Pues había aprendido por una visión tanto lo que había pedido como que lo había obtenido. ¿Qué más? El mismo Aedilhun murió la noche siguiente: pero Ecgberct, aliviado de la molestia de la enfermedad, se recuperó, y viviendo mucho tiempo después, adornando el grado de sacerdocio que había recibido con acciones dignas, después de muchos dones de virtudes, como él deseaba, recientemente, es decir, en el año de la Encarnación del Señor setecientos veintinueve, cuando tenía noventa años, emigró a los reinos celestiales. Llevó una vida en gran perfección de humildad, mansedumbre, continencia, simplicidad y justicia. Por lo cual, tanto a su propia gente como a las naciones de los escotos o pictos entre las que estaba exiliado, les fue de gran provecho con su ejemplo de vida, su insistencia en la enseñanza, su autoridad para corregir y su piedad para dar de lo que había recibido de los ricos. Añadió además a los votos que mencionamos, que siempre en Cuaresma no se alimentaría más de una vez al día, no comería otra cosa que pan y leche muy delgada, y esto lo tomaría con medida: pues solía poner la leche nueva del día anterior en un recipiente, y después de la noche, quitada la superficie más espesa, bebía el resto con un poco de pan, como dijimos. Cuidaba de observar este modo de continencia también durante los cuarenta días antes de la Navidad del Señor, y otros tantos después de las solemnidades de Pentecostés, es decir, de la Cincuentena.

CAPÍTULO XXVIII. Cómo, al morir Tuda, Uilfrid en Galia, y Ceadda entre los Sajones Occidentales, fueron ordenados obispos en la provincia de los Nordanhymbros.

Mientras tanto, el rey Alchfrid envió al presbítero Uilfrid al rey de los galos, para que lo consagrara obispo para él y los suyos [DCCLXIV]. Y él lo envió a ser ordenado por Agilberct, de quien hablamos antes, quien, habiendo dejado Britania, se había convertido en obispo de la ciudad de París; y fue consagrado con gran honor por él, con la concurrencia de muchos obispos en el lugar real llamado Compendio. Mientras aún permanecía en las partes transmarinas por la ordenación, el rey Osuiu, imitando la diligencia de su hijo, envió a Cantia a un hombre santo, modesto en costumbres, suficientemente instruido en la lectura de las Escrituras, y ejecutando diligentemente en obras lo que había aprendido que debía hacerse en las Escrituras, para que fuera ordenado obispo de la Iglesia de Eboracense. Era un presbítero llamado Ceadda, hermano del reverendísimo obispo Ceddi, de quien hemos hablado a menudo (Supra, cap. 21, 22, 23, 26), y abad del monasterio llamado Laestingaeu. Y el rey envió con él a su presbítero llamado Eadhaedum (Vid. l. IV, c. 12), quien después, reinando Ecgfrido, fue hecho obispo de la Iglesia de Hrypensis. Pero al llegar a Cantia, encontraron que el arzobispo Deusdedit ya había partido de este mundo, y que aún no se había constituido

otro obispo en su lugar. Por lo cual se dirigieron a la provincia de los Sajones Occidentales, donde estaba el obispo Uini: y por él fue consagrado el mencionado hombre como obispo, tomando en la sociedad de la ordenación a dos obispos de la gente de los britones, quienes, como se ha dicho a menudo, celebran el día del Domingo de Pascua de manera diferente al canon, desde el decimocuarto hasta el vigésimo día de la luna. Pues no había entonces ninguno, excepto aquel Uini, en toda Britania, ordenado obispo canónicamente. Consagrado, pues, Ceadda como obispo, comenzó inmediatamente a dedicar su atención a la verdad y castidad eclesiástica; a la humildad, continencia, y lectura; a recorrer ciudades, campos, casas, aldeas, y castillos para evangelizar, no cabalgando, sino caminando a pie al modo de los apóstoles. Pues era discípulo de Aidan, y cuidó de instruir a sus oyentes con los mismos actos y costumbres según el ejemplo de él y de su hermano Ceddi. También Uilfrid, ya hecho obispo, al llegar a Britania, aportó con su doctrina muchas normas de observancia católica a las Iglesias de los anglos. Por lo cual sucedió que, con el crecimiento diario de la institución católica, todos los escotos que habitaban entre los anglos, o se unieron a ellos, o regresaron a su patria.

CAPÍTULO XXIX. Cómo el presbítero Uighard, enviado de Britania para ser ordenado arzobispo, murió en Roma, según las cartas enviadas de regreso por el papa apostólico.

En estos tiempos [DCLXVII] los más nobles reyes de los anglos, Osuiu de la provincia de los Nordanhymbros, y Ecgberct de los Cantuarios, habiendo tenido consejo entre sí sobre qué debía hacerse respecto al estado de la Iglesia de los anglos, pues Osuiu había comprendido verdaderamente, aunque educado por los escotos, que la Iglesia romana era católica y apostólica, tomaron con la elección y consentimiento de la santa Iglesia de la gente de los anglos, a un buen hombre, y apto para el episcopado, un presbítero llamado Uighard, del clero del obispo Deusdedit [Al., arzobispo], y lo enviaron a Roma para ser ordenado obispo: para que, habiendo recibido el grado de arzobispado, pudiera ordenar obispos católicos en todas las Iglesias de los anglos en Britania.

Pero Uighard, al llegar a Roma, antes de poder ser consagrado en el episcopado [Al., obispo], fue arrebatado por la muerte, y tales cartas fueron enviadas de regreso al rey Osuiu en Britania:

«Al excelentísimo hijo Osuiu, rey de los sajones, Vitaliano, obispo, siervo de los siervos de Dios.

«Hemos recibido las deseables cartas de vuestra excelencia: al releerlas, hemos conocido su piadosa devoción, y su ferventísimo amor, que tiene por la vida bienaventurada; y porque, protegido por la diestra del Señor, se ha convertido a la verdadera y apostólica fe, esperando que así como reina en su gente, así también reine con Cristo en el futuro. Bendita, pues, la gente que ha merecido tener un rey tan sabio y devoto de Dios: porque no solo él ha sido devoto de Dios, sino que también medita día y noche en convertir a todos sus súbditos a la fe católica y apostólica para la redención de su alma. ¿Quién, al oír estas cosas agradables, no se alegrará? ¿Quién no exultará y se regocijará en estas piadosas obras? Porque también vuestra gente ha creído en Cristo, el Dios omnipotente, según las voces de los divinos profetas, como está escrito en Isaías: En aquel día la raíz de Jesé, que está como señal para los pueblos, a él acudirán las naciones. Y de nuevo: Escuchad, islas, y atended, pueblos de lejos. Y poco después: Poco, dice, es que seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para convertir a los restos de Israel. Te he dado como luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta el extremo de la tierra. Y de nuevo: Los reyes verán, y se levantarán los príncipes, y adorarán. Y poco después: Te he dado como pacto del pueblo, para que levantes la tierra, y poseas las

herencias desoladas, y digas a los que están atados: Salid; y a los que están en tinieblas: Mostraos. Y de nuevo: Yo, el Señor, te he llamado en justicia, y he tomado tu mano, y te he guardado; y te he dado como pacto del pueblo, como luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, y saques de la prisión al cautivo, de la casa de la cárcel a los que están sentados en tinieblas. He aquí, excelentísimo hijo, cuán claro es, no solo de vosotros, sino también de todas las naciones, que se ha profetizado que creerán en Cristo, el creador de todos. Por lo cual, es necesario que vuestra excelencia, como miembro de Cristo, siga siempre la piadosa regla del príncipe de los apóstoles, tanto en la celebración de la Pascua, como en todo lo que han transmitido los santos apóstoles Pedro y Pablo, que como dos luminarias del cielo iluminan el mundo, así su doctrina ilumina diariamente los corazones de los creyentes.»

Y después de algunas cosas, en las que habla sobre la celebración de la única verdadera Pascua en todo el mundo [Al. om. todo].

«No hemos podido encontrar ahora, dice, a un hombre enseñable y adornado en todo como obispo, según el tenor de vuestras cartas, debido a la lejanía del viaje. Pero ciertamente, cuando se encuentre una persona adecuada y apta, la enviaremos instruida a vuestra patria, para que él, tanto con su voz viva como con los oráculos divinos, erradique toda la cizaña del enemigo de toda vuestra isla con el favor divino. Hemos recibido los regalos enviados por vuestra excelencia al bendito príncipe de los apóstoles, para su eterna memoria, y le damos gracias, y rogamos continuamente a Dios por su bienestar con el clero de Cristo. Así pues, quien ofreció estos dones, ha sido retirado de esta luz, y sepultado en los umbrales de los apóstoles, por lo cual estamos muy tristes de que haya fallecido aquí. Sin embargo, a los portadores de estas nuestras cartas, vuestros enviados, les hemos hecho dar los beneficios de los santos [Al. añade mártires], es decir, las reliquias de los benditos apóstoles Pedro y Pablo, y de los santos mártires Lorenzo, Juan y Pablo, y Gregorio y Pancracio, para que sean entregadas a vuestra excelencia. También hemos enviado a vuestra esposa, nuestra hija espiritual, a través de los mencionados portadores, una cruz con una llave de oro de las sacratísimas cadenas de los benditos apóstoles Pedro y Pablo: conociendo su piadoso celo, toda la sede apostólica se regocija con nosotros, tanto como sus piadosas obras fraguan y florecen ante Dios. Que vuestra excelencia, pues, se apresure, como deseamos, a dedicar toda su isla a Dios en Cristo. Pues ciertamente tiene como protector al redentor del género humano, nuestro Señor Jesucristo, quien le otorgará todas las cosas prósperas, para que reúna un nuevo pueblo de Cristo, estableciendo allí la fe católica y apostólica. Pues está escrito: Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os añadirán. Sin duda, busca, y ha obtenido, y todos los de su isla, como deseamos, se someterán a él. Saludando, pues, con afecto paternal a vuestra excelencia, rogamos continuamente a la divina clemencia, que se digne ayudaros a vosotros y a todos los vuestros en todas las buenas obras, para que con Cristo reinéis en el futuro. Que la gracia suprema guarde vuestra excelencia en seguridad.»

Quién fue encontrado y consagrado obispo en lugar de Uighard, se dirá más oportunamente en el libro siguiente.

CAPÍTULO XXX. Cómo los sajones orientales, habiendo vuelto a la idolatría en tiempos de mortalidad, fueron corregidos de su error por la insistencia del obispo Jaruman.

En el mismo tiempo [DCLXV] la provincia de los sajones orientales, después de Suidhelm, de quien hablamos antes [Supra, c. 22], fue gobernada por los reyes Sigheri y Sebbi, aunque ellos mismos estaban sujetos al rey de los mercianos, Uulfhere. Esta provincia, al ser afligida

por la plaga de la mortalidad mencionada, Sigheri con su parte del pueblo, abandonando los sacramentos de la fe cristiana, se convirtió a la apostasía. Pues tanto el mismo rey como muchos del pueblo y de los nobles, amando esta vida y no buscando la futura, o incluso no creyendo que existiera, comenzaron a restaurar los templos que habían sido abandonados, y a adorar ídolos: como si por estos pudieran ser defendidos de la mortalidad. Pero su compañero y co-rey del mismo reino, Sebbi, guardó con gran devoción la fe recibida con todos los suyos, y completó su vida fiel con gran felicidad, como diremos más adelante. Cuando el rey Uulfhere supo que la fe de la provincia había sido profanada en parte, envió al obispo Jaruman para corregir el error y devolver a la provincia a la fe de la verdad, quien, actuando con gran diligencia, según me contaba un presbítero que fue su compañero de viaje y colaborador en la palabra, pues era un hombre religioso y bueno, recorrió todo el territorio y devolvió al pueblo y al mencionado rey al camino de la justicia: de tal manera que, dejando o destruyendo los templos y altares que habían hecho, abrieron las iglesias, y se alegraron de confesar el nombre de Cristo, al que habían contradicho, deseando más morir en la fe de la resurrección en él, que vivir en las inmundicias de la infidelidad entre los ídolos. Habiendo hecho esto, los mismos sacerdotes y sus maestros regresaron a casa regocijándose.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO. Cómo, al morir Deusdedit, Uighard fue enviado a Roma para recibir el episcopado: pero al morir allí, fue ordenado arzobispo Teodoro, y enviado a Britania con el abad Adriano.

En el año mencionado de la mencionada eclipse y de la peste que siguió inmediatamente, en el que también el obispo Colman, superado por la intención unánime de los católicos, regresó a los suyos, Deusdedit, el sexto obispo de la Iglesia de Doruvernensis, murió el día antes de los Idus de julio [DCLXIV]; pero también el rey de los Cantuarios, Erconberct, falleció en el mismo mes y día, dejando el trono del reino a su hijo Ecgbercto, quien lo mantuvo durante nueve años. Entonces, cesando el episcopado por no poco tiempo, fue enviado a Roma por él mismo y por el rey de los Nordanhymbros, Osuiu, como dijimos brevemente en el libro anterior, Uighard, presbítero, un hombre muy docto en disciplinas eclesiásticas, de la raza de los anglos, pidiendo que este fuera ordenado arzobispo de las Iglesias de los anglos: enviando al mismo tiempo al papa apostólico regalos, y no pocos vasos de oro y plata. Cuando llegó a Roma, donde en ese tiempo presidía la sede apostólica Vitaliano, después de que explicó al mencionado papa apostólico la causa de su viaje, no mucho después, él y casi todos los compañeros que habían llegado con él, fueron eliminados por la peste que sobrevino.

Pero el papa apostólico, habiendo tenido consejo sobre esto, buscó diligentemente a quién enviar como arzobispo a las Iglesias de los anglos. Había en el monasterio Hiridano (Al. Niridano), que no está lejos de Nápoles en Campania, un abad llamado Adriano, un hombre de nación africana, diligentemente instruido en las sagradas letras, educado tanto en disciplinas monásticas como eclesiásticas, muy versado en las lenguas griega y latina. A este, llamado a su presencia, el papa le ordenó que, habiendo recibido el episcopado, fuera a Britania. Él, respondiendo que no era digno de tan alto grado, dijo que podía mostrar a otro, cuya erudición y edad convenían más para recibir el episcopado. Y cuando ofreció al papa un monje de un monasterio de vírgenes cercano, llamado Andrés, este fue juzgado digno del episcopado por todos los que lo conocían. Pero el peso de la debilidad corporal impidió que pudiera ser hecho obispo. Y de nuevo, Adriano fue instado a recibir el episcopado: quien pidió tiempo, si acaso pudiera encontrar a otro que pudiera ser ordenado obispo en ese momento.

En ese tiempo había en Roma un monje conocido por Adriano, llamado Teodoro, nacido en Tarso de Cilicia, un hombre instruido tanto en literatura secular como divina, y versado en griego y latín, de costumbres probas y venerable por su edad, es decir, tenía sesenta y seis años de edad. Adriano lo presentó al pontífice para que fuera ordenado obispo, y lo consiguió, con la condición de que él mismo lo llevaría a Britania, ya que había viajado dos veces a las Galias por diversas razones y, por ello, tenía un mayor conocimiento de este viaje, siendo suficiente en la posesión de sus propios hombres; y para que, cooperando en la doctrina, se asegurara diligentemente de que no introdujera nada contrario a la verdad de la fe, al estilo de los griegos, en la Iglesia que presidiera. Fue ordenado subdiácono y esperó cuatro meses hasta que le creciera el cabello para poder ser tonsurado en corona, pues había llevado la tonsura al estilo de los orientales del apóstol San Pablo. Fue ordenado por el papa Vitaliano en el año seiscientos sesenta y ocho de la Encarnación del Señor, el séptimo día antes de las calendas de abril, un domingo. Y así, junto con Adriano, fue enviado a Britania el sexto día antes de las calendas de junio. Al llegar juntos por mar a Marsella y luego por tierra a Arlés, se presentaron al arzobispo Juan de la ciudad con cartas de recomendación del pontífice Vitaliano, y fueron retenidos por él hasta que Ebrino, el mayordomo del reino, les concedió permiso para continuar su viaje a donde quisieran. Una vez obtenido esto, Teodoro se dirigió a Agilberto, obispo de París, de quien ya hemos hablado, y fue recibido amablemente por él y permaneció allí mucho tiempo. Adriano, por su parte, fue primero a Emme de los Senones y luego a Faro, obispo de los Meldos, y estuvo bien con ellos durante mucho tiempo, pues el invierno inminente los había obligado a permanecer tranquilos donde pudieran. Cuando mensajeros seguros informaron al rey Ecgberto que el obispo que habían solicitado al obispo romano estaba en el reino de los francos, envió inmediatamente a su prefecto Raedfrido para traerlo. Cuando llegó, tomó a Teodoro con el permiso de Ebrino y lo llevó al puerto llamado Quentavic, donde, fatigado por la enfermedad, permaneció un tiempo; y cuando comenzó a recuperarse, navegó hacia Britania. Sin embargo, Ebrino retuvo a Adriano, sospechando que tenía alguna misión del emperador para los reyes de Britania contra el reino, del cual él mismo tenía gran cuidado en ese momento. Pero cuando descubrió con certeza que no tenía ni había tenido tal misión, lo liberó y le permitió seguir a Teodoro. Tan pronto como llegó a él, le dio el monasterio del beato apóstol Pedro, donde los arzobispos de Cantia suelen ser enterrados, como ya he mencionado. El apóstol Domnus había ordenado a Teodoro al partir que en su diócesis proveyera y le diera un lugar donde pudiera vivir adecuadamente con los suyos.

CAPÍTULO II. Cómo, al recorrer Teodoro todo, las Iglesias de los anglos comenzaron a ser imbuidas con la verdad católica y los estudios de las sagradas letras; y cómo Putta fue hecho obispo de la Iglesia de Hrof en lugar de Damián.

Teodoro llegó a su Iglesia en el segundo año después de ser consagrado, el sexto día antes de las calendas de junio, un domingo [DCLXIX], y permaneció en ella veinte años, tres meses y veintiséis días. Inmediatamente, recorriendo toda la isla, dondequiera que habitaban las gentes de los anglos, pues era recibido y escuchado con gran agrado por todos, difundía el orden correcto de vivir, el rito canónico de celebrar la Pascua, en todo acompañado y cooperando Adriano. Él fue el primero entre los arzobispos a quien toda la Iglesia de los anglos consintió en dar la mano. Y como ambos, como hemos dicho, estaban abundantemente instruidos en las letras sagradas y seculares, reunida una multitud de discípulos, diariamente emanaban ríos de conocimiento salvador para regar sus corazones: de tal manera que incluso la disciplina de la métrica, la astronomía y la aritmética eclesiástica entre los volúmenes de las sagradas escrituras enseñaban a sus oyentes. Es testimonio de esto que hasta hoy sobreviven algunos de sus discípulos que conocen el latín y el griego tan bien como su lengua

materna. Nunca, desde que los anglos llegaron a Britania, hubo tiempos más felices; mientras tenían reyes muy fuertes y cristianos que eran un terror para todas las naciones bárbaras, y todos sus deseos se dirigían hacia las recién escuchadas alegrías del reino celestial, y quienes deseaban ser instruidos en las lecturas sagradas tenían a su disposición maestros que los enseñaran.

Pero también comenzaron a aprender los tonos de canto en la iglesia, que hasta entonces solo se conocían en Cantia, en todas las Iglesias de los anglos desde este tiempo: y el primero, excepto Jacobo de quien ya hemos hablado, en ser maestro de canto de las Iglesias de los Nordanhymbros fue Aeddi, apodado Esteban, invitado desde Cantia por el reverendísimo Wilfrido, quien fue el primero entre los obispos de la gente de los anglos en aprender a transmitir el modo de vida católico a las iglesias de los anglos.

Así, Teodoro, recorriendo todo, ordenaba obispos en lugares oportunos, y corregía, con la ayuda de estos, lo que encontraba menos perfecto. Entre ellos, cuando reprendía al obispo Ceadda por no haber sido consagrado correctamente, él respondió con voz muy humilde: «Si sabes que no he recibido el episcopado correctamente, con gusto renuncio al oficio, pues nunca me consideré digno de esto; pero por obediencia, cuando se me ordenó asumirlo, aunque indigno, consentí». Al escuchar la humildad de su respuesta, le dijo que no debía renunciar al episcopado, sino que él mismo completó su ordenación de manera católica. En ese tiempo, cuando falleció Deusdedit, se buscaba, ordenaba y enviaba un obispo para la Iglesia de Doruvernium, y Wilfrido también fue enviado desde Britania a las Galias para ser ordenado: y como regresó antes que Teodoro, él también ordenaba presbíteros y diáconos en Cantia hasta que el arzobispo llegara a su sede. Y cuando llegó, inmediatamente en la ciudad de Hrof, donde el episcopado había estado vacante durante mucho tiempo tras la muerte de Damián, ordenó a un hombre más instruido en las disciplinas eclesiásticas y contento con la simplicidad de vida que en los asuntos del mundo, llamado Putta; especialmente experto en el canto en la iglesia al estilo de los romanos, que había aprendido de los discípulos del beato papa Gregorio.

CAPÍTULO III. Cómo Ceadda, de quien se habló anteriormente, fue dado como obispo de la provincia de los Mercianos; y sobre su vida, muerte y sepultura.

En ese tiempo [DCLXIX] gobernaba la provincia de los Mercianos el rey Wulfhere, quien, al pedir a Teodoro un obispo para él y los suyos tras la muerte de Jaruman, no quiso que se les ordenara un nuevo obispo, sino que solicitó al rey Oswiu que se les diera al obispo Ceadda, quien entonces vivía una vida tranquila en su monasterio en Lastingham, mientras Wilfrido administraba el episcopado de la Iglesia de York, así como de todos los Nordanhymbros y también de los pictos, hasta donde el rey Oswiu podía extender su dominio. Y como era costumbre de ese reverendísimo obispo realizar la obra del Evangelio más caminando por los lugares que cabalgando, Teodoro le ordenó que, siempre que se presentara un viaje largo, cabalara, y aunque él se resistía mucho, por el amor y el deseo de la piadosa labor, él mismo lo levantó en el caballo con su mano, pues ciertamente había descubierto que era un hombre santo, y lo obligó a cabalgar cuando era necesario. Así, Ceadda, habiendo asumido el episcopado de la gente de los Mercianos y de los Lindisfaras, se esforzó por administrarlo en gran perfección de vida, siguiendo los ejemplos de los Padres antiguos: a quien también el rey Wulfhere le donó tierra para cincuenta familias, para construir un monasterio en el lugar llamado Ad Baruae, es decir, Ad el bosque, en la provincia de Lindsey, donde hasta hoy permanecen las huellas de la vida regular establecidas por él.

Tuvo su sede episcopal en el lugar llamado Lichfield, donde también falleció y fue sepultado: donde hasta hoy es la sede de los obispos de esa provincia. Había hecho para sí una morada no lejos de la iglesia, donde, en secreto con pocos, es decir, siete u ocho hermanos, cuando estaba libre del trabajo y del ministerio de la palabra, solía orar y leer. Cuando había gobernado gloriosamente la Iglesia en esa provincia durante dos años y medio, llegó, por disposición del juicio divino, el tiempo del que habla el Eclesiastés: Porque hay un tiempo para lanzar piedras, y un tiempo para recogerlas. Sobrevino una calamidad enviada por Dios, que a través de la muerte de la carne, trasladaba las piedras vivas de la Iglesia de sus sedes terrenales al edificio celestial. Y cuando muchos de la Iglesia de ese reverendísimo obispo fueron retirados de la carne, llegó la hora de que él también pasara de este mundo al Señor; sucedió un día que en la mencionada morada él estaba solo con un hermano, llamado Ouini, mientras los demás hermanos habían regresado a la iglesia por una causa oportuna. Este Ouini era un monje de gran mérito, que había dejado el mundo con pura intención de retribución celestial, y era digno en todo de que el Señor le revelara especialmente sus secretos, digno de que los oyentes le prestaran fe a su relato. Había venido con la reina Aethelthryth de la provincia de los anglos orientales, y era el primero de sus ministros y el principal de su casa. Cuando, con el creciente fervor de la fe, decidió renunciar al mundo, no lo hizo de manera perezosa; sino que se despojó tanto de las cosas del mundo, que, dejando todo lo que tenía, vestido solo con un hábito simple y llevando un hacha y un azadón en la mano, llegó al monasterio de ese reverendísimo Padre, llamado Lastingham. No señalaba su entrada al monasterio para el ocio, como algunos, sino para el trabajo. Lo demostró con hechos: pues cuanto menos se dedicaba a la meditación de las Escrituras, más se dedicaba al trabajo manual. Así, cuando el obispo estaba en la mencionada morada, por la reverencia de su devoción, habitaba entre los hermanos, y mientras ellos se dedicaban a la lectura dentro, él trabajaba fuera en lo que parecía necesario. Un día, mientras hacía algo afuera, y los compañeros se habían ido a la iglesia, como comencé a decir, y el obispo solo en el oratorio del lugar se dedicaba a la lectura o a la oración, escuchó de repente, como relató después, una voz suavísima de cantores y regocijantes, descendiendo del cielo hasta la tierra: decía que había escuchado esa voz primero desde el sureste, es decir, desde lo alto del solsticio de invierno, y luego gradualmente acercarse a él, hasta que llegó al techo del oratorio donde estaba el obispo: al entrar, llenó todo y lo rodeó en círculo. Mientras él, atento a lo que escuchaba, prestaba atención, escuchó de nuevo, después de un espacio de casi media hora, el mismo canto de alegría ascender desde el techo de ese oratorio, y por el mismo camino por el que había venido, regresar al cielo con una dulzura inefable. Después de permanecer un poco atónito, y reflexionar con mente diligente sobre qué podría ser esto, el obispo abrió la ventana del oratorio, y haciendo un sonido con la mano, como solía hacer a menudo, si alguien estaba afuera, le ordenó entrar. Entró rápidamente, a quien el obispo dijo: «Ve rápidamente a la iglesia, y haz que estos siete hermanos vengan aquí; tú también ven con ellos». Cuando llegaron, primero les advirtió que guardaran la virtud del amor y la paz entre ellos y con todos los fieles: y que siguieran con incansable diligencia las instituciones de la disciplina regular que habían aprendido de él y visto en él, o encontrado en los hechos o dichos de los Padres anteriores. Luego añadió que el día de su muerte estaba ya próximo. «Porque ese amable huésped, dijo, que solía visitar a nuestros hermanos, también ha venido hoy a mí, y ha tenido a bien llamarme de este mundo. Por lo cual, al regresar a la iglesia, digan a los hermanos que encomienden mi partida al Señor con oraciones, y recuerden prevenir su propia partida, cuya hora es incierta, con vigiliias, oraciones y buenas obras». Y mientras hablaba de estas y otras cosas similares, y ellos, habiendo recibido su bendición, salieron ya muy tristes, regresó solo aquel que había escuchado el canto celestial, y postrándose en tierra, dijo: «Te ruego, Padre, ¿puedo preguntar algo? Pregunta, dijo, lo que quieras. Y él: Te ruego, dijo, que me digas qué era ese canto de regocijo que escuché, viniendo del cielo sobre este oratorio, y después de un

tiempo regresando al cielo». Respondió él: «Si escuchaste la voz del canto, y reconociste que los coros celestiales venían, te ordeno en el nombre del Señor que no digas esto a nadie antes de mi muerte. En verdad, eran espíritus de ángeles, que vinieron a llamarme a las recompensas celestiales que siempre amé y deseé, y prometieron regresar después de siete días y llevarme con ellos». Lo cual, como le fue dicho, se cumplió en la obra. Pues inmediatamente fue tocado por una enfermedad del cuerpo, y con esta agravándose día a día, al séptimo día, como le había sido prometido, después de haber fortalecido su partida con la recepción del cuerpo y la sangre del Señor, su santa alma, liberada del cuerpo, se dirigió a las alegrías eternas, llevada, como es lícito creer, por ángeles acompañantes. No es de extrañar que mirara con alegría el día de su muerte, o más bien el día del Señor, que siempre se esforzó por esperar con ansiedad hasta que llegara.

Porque entre los muchos méritos de su continencia, humildad, doctrina, oraciones, pobreza voluntaria y otras virtudes, estaba tan sometido al temor del Señor, tan consciente de sus últimos días en todas sus obras, que, como me solía contar un hermano de los que me instruían en las Escrituras y que había sido educado en el monasterio y bajo la enseñanza de él, llamado Trumberet, si acaso mientras leía o hacía otra cosa, de repente se levantaba un viento fuerte, inmediatamente invocaba la misericordia del Señor, y rogaba que fuera propicio a la humanidad. Pero si el viento soplaba más fuerte, cerraba el libro y se postraba en el suelo, dedicándose más intensamente a la oración. Y si una tormenta más violenta o una nube oscura se acercaba, o incluso relámpagos y truenos aterrorizaban la tierra y el aire, entonces, yendo a la iglesia, se dedicaba con mente fija a oraciones y salmos hasta que volviera la serenidad del aire. Y cuando se le preguntaba por qué hacía esto, respondía: «¿No habéis leído que el Señor tronó desde el cielo, y el Altísimo dio su voz? Envió sus flechas y los dispersó, multiplicó los relámpagos y los perturbó. Porque el Señor mueve el aire, levanta los vientos, lanza relámpagos, truenos desde el cielo, para despertar a los terrenales a temerle, para recordarles el juicio futuro, para disipar su orgullo y perturbar su audacia, recordándoles aquel tiempo temible cuando él mismo, con los cielos y la tierra ardiendo, vendrá en las nubes con gran poder y majestad para juzgar a los vivos y a los muertos. Por lo cual, es necesario que respondamos a su advertencia celestial con el debido temor y amor; para que, siempre que, moviendo el aire, extienda su mano como amenazando golpear, y aún no golpee, inmediatamente imploramos su misericordia, y, habiendo examinado los recovecos de nuestro corazón y limpiado los escombros de los vicios, nos esforcemos por no merecer ser golpeados».

La revelación y el relato del mencionado hermano sobre la muerte de este obispo también concuerdan con el discurso del reverentísimo Padre Ecgberct, de quien ya hemos hablado, quien en su juventud, junto con el joven Ceadda, vivía una vida monástica en Irlanda, dedicado a la oración, la continencia y la meditación de las Escrituras divinas. Pero después de regresar a su patria, él permaneció como peregrino por el Señor hasta el final de su vida. Cuando, mucho tiempo después, vino a él, por motivo de una visita, desde Britania, un hombre santísimo y muy continente, llamado Hygbald, que era abad en la provincia de Lindsey, y como corresponde a los santos, hablaban de la vida de los Padres anteriores y se alegraban de emularla, surgió la mención del reverentísimo obispo Ceadda; y Ecgberct dijo: «Conozco a un hombre en esta isla que aún vive en la carne, quien, cuando ese hombre pasó de este mundo, vio el alma de Cedd, su hermano, descender del cielo con un ejército de ángeles, y, habiéndola tomado consigo, regresar a los reinos celestiales». Si lo decía de sí mismo o de otro, nos queda incierto, pero lo que un hombre tan grande dijo no puede ser incierto que sea verdad.

Ceadda falleció el sexto día antes de las nonas de marzo, y fue sepultado primero junto a la iglesia de Santa María; pero después, construida allí una iglesia del beatísimo príncipe de los apóstoles Pedro, sus huesos fueron trasladados a ella. En ambos lugares, como indicio de su virtud, suelen ocurrir frecuentes milagros de sanidad. Recientemente, un hombre frenético, mientras vagaba errante por todas partes, llegó allí al anochecer, sin que los guardianes del lugar lo supieran o les importara, y descansando allí toda la noche, al amanecer salió con la mente sana, para asombro y alegría de todos, mostrando lo que había obtenido de sanidad por la gracia del Señor. El lugar del sepulcro está cubierto por una tumba de madera en forma de pequeña casa, con un agujero en la pared, por el cual los que llegan allí por devoción suelen introducir su mano y tomar un poco de polvo de allí: cuando lo echan en agua y la dan a beber a animales o personas enfermas, inmediatamente, con la molestia de la enfermedad eliminada, regresan las alegrías de la salud deseada.

En su lugar, Teodoro ordenó a Wynfrith, un hombre bueno y modesto, que, como sus predecesores, presidiera con el oficio de obispo sobre las provincias de los Mercianos, los Anglos Medios y los Lindisfaras: en todas las cuales Wulfhere, que aún vivía, tenía el cetro del reino. Wynfrith era del clero del obispo al que sucedió, y había servido bajo él en el oficio de diácono durante no poco tiempo.

CAPÍTULO IV. Cómo el obispo Colman, al dejar Britania, fundó dos monasterios en Escocia, uno para los escoceses y otro para los anglos que llevó consigo.

Mientras tanto, Colman, que era obispo de Escocia, dejando Britania [667], llevó consigo a todos los escoceses que había congregado en la isla de Lindisfarne: pero también a unos treinta hombres de la nación anglosajona, que estaban imbuidos en los estudios de la vida monástica. Y dejando en su iglesia a algunos hermanos, primero fue a la isla de Hii, de donde había sido enviado a predicar la palabra [Al., añade de Dios] a la gente de los anglos. Luego se retiró a una pequeña isla, que está apartada hacia el oeste de Irlanda, llamada en lengua escocesa Inisboufinde, es decir, isla de la ternera blanca. Al llegar allí, construyó un monasterio y colocó en él a los monjes que había reunido de ambas naciones. Como no podían concordar entre sí, porque los escoceses, en el tiempo de verano cuando se recogían las cosechas, dejaban el monasterio y se dispersaban por lugares conocidos para ellos; pero al llegar el invierno regresaban y deseaban usar en común lo que los anglos habían preparado [Al., deseaban]: Colman buscó un remedio para esta disensión, y recorriendo todo, cerca o lejos, encontró un lugar en la isla de Irlanda, apto para construir un monasterio, que en la lengua de los escoceses se llama Mageo; y compró una parte no grande de él, para construir allí un monasterio, al conde a cuya posesión pertenecía: con la condición añadida de que los monjes que residieran allí ofrecieran oraciones al Señor también por él, quien les había proporcionado el lugar. Y construyendo inmediatamente el monasterio, con la ayuda del conde y de todos los vecinos, colocó allí a los anglos [Al., los colocó], dejando a los escoceses en la mencionada isla. Este monasterio, en efecto, hasta hoy es habitado por anglos. Es el que ahora, habiéndose hecho grande de pequeño, se llama comúnmente Muigeo [Al., Maigeo; al., Injugeo], y con todos ya convertidos a mejores instituciones, contiene un ilustre grupo de monjes, que reunidos allí de la provincia de los anglos, viven [Al., viven] según el ejemplo de los venerables Padres bajo la regla y un abad canónico, en gran continencia y sinceridad, con el trabajo de sus propias manos.

CAPÍTULO V. Sobre la muerte de los reyes Osuiu y Ecgberct; y sobre el sínodo celebrado en el lugar de Herutforda, presidido por el arzobispo Teodoro.

En el año seiscientos setenta de la Encarnación del Señor, que es el segundo año desde que Teodoro llegó a Britania, el rey Osuiu de los Northumbrianos fue afligido por una enfermedad, por la cual murió en el año cincuenta y ocho de su vida, quien en ese tiempo era tan devoto del amor a la institución romana y apostólica, que si se salvaba de la enfermedad, también planeaba ir a Roma y allí terminar su vida en los lugares santos, rogando a Wilfrido, el obispo, que fuera su guía en el viaje, prometiéndole no poca donación de dinero. Falleció el día quince antes de las calendas de marzo, dejando a su hijo Ecgfrido como heredero del reino: en el tercer año de cuyo reinado, Teodoro convocó [Al., convocó] un concilio de obispos, junto con aquellos que amaban y conocían los estatutos canónicos de los Padres, [Al., maestros de la Iglesia] muchos maestros de la Iglesia. Reunidos todos juntos, comenzó a enseñar diligentemente, con el ánimo que correspondía a un pontífice, lo que convenía observar para la unidad de la paz eclesiástica. El texto de esta acción sinodal es el siguiente:

«En el nombre de nuestro Señor Dios y Salvador Jesucristo, reinando eternamente y gobernando [Al., su Iglesia] su Iglesia el mismo Señor nuestro Jesucristo, nos ha parecido bien reunirnos, según la costumbre de los venerables cánones, para tratar los asuntos necesarios de la Iglesia. Nos reunimos el día veinticuatro del mes de septiembre, en la primera indictione, en el lugar llamado Herutford [Al., Herudford]. Yo, Teodoro, aunque indigno, enviado por la sede apostólica como obispo de la Iglesia de Doruvernica; y nuestro consagrado y hermano reverentísimo Bisi, obispo de los anglos orientales: a quienes también nuestro hermano y consagrado Wilfrido, obispo de la nación de los Northumbrianos, asistió por medio de sus propios legados. También asistieron nuestros hermanos y consagrados, Putta, obispo del castillo de los Cantuarios llamado Hrofescaestir, Leutherius, obispo de los sajones occidentales, Uynfrid, obispo de la provincia de los Mercianos. Y cuando nos reunimos todos juntos según nuestro orden, dije: Ruego, queridos hermanos, por el temor y amor de nuestro Redentor, que todos tratemos en común sobre nuestra fe; para que todo lo que ha sido decretado y definido por los santos y probables Padres, sea guardado incorruptamente por todos nosotros. Estas y muchas otras cosas que pertenecían a la caridad y a la conservación de la unidad de la Iglesia, expuse. Y cuando terminé mi discurso, pregunté a cada uno de ellos por orden, si consentían en guardar lo que ha sido decretado canónicamente por los Padres desde antiguo. A lo cual todos nuestros consagrados respondieron diciendo: Nos parece muy bien a todos, y con ánimo alegre y dispuesto, guardar lo que han definido los cánones de los santos Padres. Inmediatamente les presenté el mismo libro de los cánones, y de ese libro les mostré diez capítulos que había señalado en varios lugares, porque sabía que eran especialmente necesarios para nosotros, y les rogué que fueran recibidos diligentemente por todos.»

Primer capítulo. Que todos guardemos en común el santo día de Pascua el domingo después de la decimocuarta luna del primer mes.

Segundo. Que ningún obispo invada la parroquia de otro, sino que esté contento con el gobierno del pueblo que le ha sido confiado.

Tercero. Que ningún obispo tenga permitido perturbar en algo los monasterios consagrados a Dios, ni quitar violentamente nada de sus bienes.

Cuarto. Que los mismos monjes [Al., obispos] no se trasladen de un lugar a otro, es decir, de un monasterio a otro, a menos que sea con el permiso [Al., permiso] de su propio abad; sino que permanezcan en la obediencia que [Al. añade rem] prometieron en el tiempo de su conversión [Al., conversación].

Quinto. Que ningún clérigo, dejando a su propio obispo, ande de un lado a otro, ni sea recibido en ningún lugar sin cartas de recomendación de su prelado. Y si una vez recibido [Al. añade es y] no quiere regresar cuando se le invite, tanto el receptor como [Al., el que ha sido recibido] el que ha sido recibido estarán sujetos a excomunión.

Sexto. Que los obispos y clérigos peregrinos estén contentos con el don de hospitalidad ofrecido; y que ninguno de ellos tenga permitido realizar ningún oficio sacerdotal sin el permiso del obispo en cuya parroquia se sabe que está.

Séptimo. Que el sínodo se reúna dos veces al año; pero como diversas causas lo impiden, a todos nos pareció bien en común que nos reunamos [Al., se reúna] una vez al año en las calendas de agosto en el lugar llamado Clofeshoch.

Octavo. Que ningún obispo se anteponga a otro por ambición; sino que todos reconozcan el tiempo y el orden de su congregación [Al., consagración].

El noveno capítulo fue tratado en común. Que se aumenten los obispos, creciendo el número de fieles; [Al., pero sobre este asunto por el momento guardamos silencio].

Décimo capítulo [Al. om. capítulo] sobre los matrimonios. Que a nadie le sea permitido tener un matrimonio que no sea legítimo. Que nadie cometa incesto, que nadie deje a su propia esposa, salvo, como enseña el santo Evangelio, por causa de fornicación. Y si alguien expulsa a su propia esposa unida a él en legítimo matrimonio, si quiere ser cristiano correctamente, no se una a otra; sino que permanezca así, o se reconcilie con su propia esposa.

«Habiendo tratado y definido en común estos capítulos, para que no surja de aquí en adelante ningún escándalo de contención por parte de alguno de nosotros, ni se divulguen otras cosas por otros, nos pareció bien que cada uno de nosotros confirmara con la suscripción de su propia mano lo que ha sido definido. Esta sentencia de nuestra definición dicté para que Titillo [Al., título] el notario la escribiera. Hecho en el mes y la indictione arriba escritos [Al., arriba escritos]. Cualquiera que, por tanto, intente ir en contra de esta sentencia, según los decretos de los cánones, confirmada también por nuestro consentimiento y suscripción de nuestra mano, y tratar de infringirla [Al., intentó], sepa que está separado de todo oficio sacerdotal y de nuestra sociedad. Que la gracia divina nos guarde ilesos viviendo en la unidad de su santa Iglesia.»

Este sínodo se celebró en el año seiscientos setenta y tres de la encarnación del Señor, en el cual [Al., año] el rey de los Cantuarios Ecgberct murió en el mes de julio, sucediéndole en el reino su hermano Hlothere, quien lo mantuvo durante once años y siete meses. Bisi, el obispo de los anglos orientales, que se dice que estuvo en el mencionado sínodo, era el sucesor de Bonifacio, de quien hemos hablado antes, un hombre de gran santidad y religión. Pues Bonifacio, después de diecisiete años de su episcopado, falleció, y él [Al. om., él] fue hecho obispo en su lugar, ordenado por Teodoro. Mientras él aún vivía, pero impedido por una gravísima enfermedad de administrar el episcopado, fueron elegidos y consagrados dos obispos en su lugar, Aecci y Baduvini: desde entonces hasta hoy, esa provincia suele tener dos obispos.

CAPÍTULO VI. Cómo, depuesto Uynfrido, Saexuulf recibió su episcopado [Al., episcopado], y [Al., y] Earconuald fue dado como obispo a los sajones orientales.

No mucho después de esto [674], [Al., tiempo] ofendido por Uynfrido, obispo de los Mercianos, por el mérito [Al., de] de cierta desobediencia, el arzobispo Teodoro lo depuso

del episcopado después de no muchos años de haberlo recibido; y en su lugar ordenó como obispo a Sexuulf, quien era [Al., constructor] constructor y abad del monasterio llamado Medeshamstedí, en la región de los Gyrvios. Uynfrido, depuesto, regresó a su monasterio llamado Ad Baruae, y allí terminó su vida en una excelente conversación.

En ese tiempo también, a los sajones orientales, sobre los cuales en ese tiempo gobernaban Sebbi y Sigheri, de quienes hemos hablado antes, Teodoro les constituyó como obispo en la ciudad de Londres a Earconvaldo: de cuya vida y conversación en el episcopado, y antes del episcopado, se dice que fue santísima, como también ahora lo son las señales celestiales de sus virtudes. Pues hasta hoy, el féretro de su caballo, en el que solía ser llevado cuando estaba enfermo, conservado por sus discípulos, no deja de sanar a muchos que sufren de fiebre o de cualquier otra dolencia. No solo los enfermos que se colocan bajo ese féretro o se acercan a él son curados, sino que también las astillas cortadas de él y llevadas a los enfermos suelen traerles rápida curación.

Este, ciertamente, antes de ser hecho obispo, había construido dos monasterios ilustres, uno para sí mismo y otro para su hermana Aedilberga, ambos instituidos excelentemente con disciplinas regulares. Para sí mismo, en la región de Sudergeona, junto al río Támesis, en el lugar llamado Cerotaesei, es decir, la isla de Ceroti; para su hermana, en la provincia de los sajones orientales [Al., orientales], en el lugar llamado In Berecingum, donde ella podría ser madre y nodriza de mujeres devotas a Dios. Quien, habiendo asumido el gobierno del monasterio, se mostró digna en todo del obispo hermano, tanto viviendo rectamente como aconsejando regular y piadosamente a las subordinadas; como también lo demostraron los milagros celestiales.

CAPÍTULO VII. Cómo en el monasterio de Bericinensi, donde debían colocarse los cuerpos de las mujeres consagradas, fue mostrado por una luz celestial.

[676] En este monasterio se han realizado muchas señales de virtudes, que también para la memoria y edificación de los que vienen después, han sido descritas por muchos que las conocieron: de las cuales también hemos cuidado de insertar algunas en nuestra Historia eclesiástica. Cuando la tempestad de la mencionada calamidad, devastando ampliamente todo, también invadió la parte de este monasterio donde se alojaban los hombres, y diariamente eran llevados al Señor; la madre de la congregación, preocupada por la hora en que también esa parte del monasterio, donde la multitud de siervas de Dios estaba separada de la compañía de los hombres, sería tocada por la misma plaga, comenzó a preguntar con frecuencia en el convento de las hermanas en qué lugar [Al., lugar] del monasterio querían que se colocaran sus cuerpos y se hiciera el cementerio, cuando les tocara ser arrebatadas del mundo por el mismo exterminio que a los demás. Y aunque no recibió ninguna respuesta cierta, aunque preguntó muchas veces, recibió ella misma con todas una respuesta segurísima de la providencia [Al., promesa] celestial. Pues una noche, después de completar los salmos de la alabanza matutina, las siervas de Cristo salieron del oratorio para cantar las alabanzas habituales al Señor en las tumbas de los hermanos que las habían precedido en esta luz, cuando de repente una luz enviada del cielo, como un gran lienzo, vino sobre todas, y las llenó de tal asombro que incluso interrumpieron el cántico que estaban cantando. Pero el esplendor de la luz emitida, en comparación con la cual el sol del mediodía podría parecer oscuro, no mucho después se elevó de ese lugar, y se retiró a la parte meridional del monasterio, es decir, al oeste del oratorio, y permaneciendo allí por un tiempo y cubriendo esos lugares, así se elevó a las alturas del cielo que ya no pudo ser visto por ellas; de modo que no quedó duda de que la misma luz que iba a guiar o recibir las almas de las siervas de Cristo en los cielos, también mostraba el lugar donde sus cuerpos descansarían y esperarían el

día de la resurrección. El rayo de esa luz fue tan grande [Al. era], que un anciano de los hermanos [Al. añade en] que en esa hora estaba en su oratorio con otro más joven, relató por la mañana que [Al., que por la mañana] los rayos de luz que entraban por las rendijas de las puertas o ventanas, parecían superar todo el resplandor de la luz diurna.

CAPÍTULO VIII. Cómo en el mismo monasterio un niño moribundo llamó a una virgen que lo seguiría; y cómo otra, al salir de su cuerpo, ya vio una parte de la futura luz.

[676] Había en el mismo monasterio un niño de unos tres años, no más, llamado Aesica, que debido a su aún infantil edad solía ser criado en la celda de las vírgenes dedicadas a Dios, y allí recibir cuidados. Este, tocado por la mencionada peste, cuando llegó a sus últimos momentos, llamó tres veces [Al., tres] a una de las vírgenes consagradas a Cristo, dirigiéndose a ella por su propio nombre como si estuviera presente, Eadgyd, Eadgyd, Eadgyd; y así, terminando su vida temporal, entró en la eterna. Pero la virgen a la que llamó al morir, pronto en el lugar donde estaba, afectada por la misma enfermedad, fue retirada de esta luz el mismo día en que fue llamada [Al., llamada], y siguió al que la llamó al reino celestial.

Asimismo, una de esas siervas de Dios, afectada por la mencionada enfermedad, y llevada a sus últimos momentos, comenzó de repente alrededor de la medianoche a pedir a quienes [Al., quien] la atendían que apagaran la lámpara que estaba encendida allí: lo cual, aunque lo repitió con frecuencia [Al., siguiente] voz, nadie le obedeció, finalmente añadió: «Sé que pensáis que hablo estas cosas con una mente insana; pero ahora reconoced que no es así: pues verdaderamente os digo que veo esta casa llena de tanta luz, que vuestra lámpara me parece completamente oscura.» Y cuando aún nadie respondió a lo que decía, ni le prestó atención, dijo de nuevo: «Encended, pues, esa lámpara cuanto queráis; sin embargo, sabed que no es mía: pues mi luz [Al., mi luz: pues], al comenzar el amanecer, vendrá a mí.» Y comenzó a narrar que se le había aparecido un hombre de Dios [Al. om. Dios] que había fallecido ese año, diciendo que al llegar el amanecer saldría hacia la luz eterna. La verdad de esta visión fue probada [Al., así] por la muerte de la joven al amanecer.

CAPÍTULO IX. Qué señales celestiales fueron mostradas cuando la misma madre de esa congregación dejó el mundo.

Cuando la misma madre piadosa de la congregación devota a Dios, Aedilburga, iba a ser arrebatada del mundo, se apareció una visión maravillosa a una de las hermanas, cuyo nombre era Torctgyd, que había residido muchos años en el mismo monasterio, y siempre se esforzaba por servir a Dios en toda humildad y sinceridad, y ayudaba a la madre en la disciplina regular, enseñando o corrigiendo a las menores. Para que su virtud, según el Apóstol, se perfeccionara en la debilidad, fue tocada de repente por una gravísima enfermedad del cuerpo, y durante nueve años, por la piadosa providencia de nuestro Redentor, fue muy afligida: para que todo lo que de vicio contaminante hubiera quedado entre sus virtudes por ignorancia o descuido, todo esto fuera purificado por el horno de una prolongada tribulación. Esta, pues [Al., pero], una noche al caer el crepúsculo, salió de la celda donde residía, y vio claramente como si un cuerpo humano, más brillante que el sol, envuelto en un sudario, fuera llevado al cielo, elevado, es decir, de la casa donde las hermanas solían descansar. Y cuando miró más atentamente quién lo levantaba hacia arriba, vio que era llevado hacia el cielo como por cuerdas más brillantes que el oro, hasta que, introducido en los cielos abiertos, ya no pudo ser visto por ella. No quedó duda en su mente sobre la visión, de que alguien de esa congregación pronto moriría, cuya alma, por las buenas obras que [Al., había hecho] había hecho, sería llevada al cielo como por cuerdas de oro: lo

cual realmente sucedió. Pues no muchos días después, la amada madre de esa congregación fue sacada del calabozo de la carne; cuya vida se sabe que fue tal, que nadie que la conociera podría dudar de que al salir de esta vida se le abrió la entrada a la patria celestial.

En el mismo monasterio también había una mujer consagrada, noble según la dignidad de este mundo y más noble en el amor del mundo futuro: que durante muchos años había estado privada de todo uso de su cuerpo, de modo que no podía mover ni un solo miembro. Cuando supo que el cuerpo de la venerable abadesa había sido llevado a la iglesia, hasta que fuera sepultado, pidió ser llevada allí y colocada en actitud de oración junto a él. Y mientras esto se hacía, como si hablara con ella viva, le rogó que intercediera ante la misericordia del piadoso Creador para que fuera liberada de tan grandes y prolongados sufrimientos. Y no mucho después fue escuchada: pues después de doce días, ella también fue sacada de la carne, y cambió las aflicciones temporales [Al., aflicción temporal] por la recompensa eterna.

Cuando la mencionada sierva de Cristo, Torctgyd, aún permanecía en esta vida tres años después del fallecimiento de su señora, se debilitó tanto por la enfermedad que mencionamos, que apenas se sostenía en sus huesos. Finalmente, cuando llegó el momento de su partida, perdió el movimiento no solo de sus demás miembros, sino también de su lengua. Durante tres días y tres noches, mientras se encontraba en este estado, de repente fue reconfortada por una visión espiritual, abrió la boca y los ojos, y mirando al cielo, comenzó a hablar a la visión que contemplaba: «Tu llegada me es muy grata, y bienvenido seas». Dicho esto, guardó silencio por un momento, como esperando la respuesta de aquel a quien veía y con quien hablaba. Luego, como ligeramente indignada, añadió: «No puedo soportar esto con alegría». Nuevamente, tras un breve silencio, dijo por tercera vez: «Si de ninguna manera puede ser hoy, ruego que no sea un largo intervalo en medio». Habiendo dicho esto, y tras un breve silencio como antes, concluyó su discurso: «Si está absolutamente decidido así, y no se puede cambiar esta sentencia, ruego que no pase más que esta próxima noche». Al ser interrogada por los que la rodeaban sobre con quién hablaba, respondió: «Con mi queridísima madre Aedilberge». De esto entendieron que ella había venido a anunciarle el tiempo de su tránsito inminente. Y así, como rogaba, después de un día y una noche, liberada de las ataduras de la carne y la enfermedad, entró en los gozos de la salvación eterna.

CAPÍTULO X. Cómo una ciega recobró la vista orando en el cementerio de dicho monasterio.

A Aedilburga le sucedió en el cargo de abadesa una devota sierva de Dios, llamada Hildilid, quien durante muchos años, hasta su avanzada vejez, gobernó con gran diligencia el mismo monasterio, en la observancia de la disciplina regular y en la administración de los bienes comunes. Cuando, debido a la estrechez del lugar donde estaba construido el monasterio, decidió que los huesos de los siervos y siervas de Cristo que allí habían sido sepultados fueran trasladados a la iglesia de la bienaventurada Madre de Dios y reunidos en un solo lugar, cuántas veces allí apareció la claridad de la luz celestial, cuánta fragancia de un olor maravilloso se manifestó, y qué otros signos se mostraron, cualquiera que lea el libro del que hemos extraído esto, lo encontrará.

Ciertamente, no considero que deba omitirse el milagro de sanación que el mismo librito relata que ocurrió en el cementerio de la congregación dedicada a Dios. Había cerca un conde cuya esposa, afectada por una repentina ceguera, se vio tan gravemente afectada por esta dolencia que no podía ver ni la más mínima partícula de luz. Mientras permanecía encerrada en la noche de esta ceguera durante algún tiempo, de repente le vino a la mente que si era

llevada al monasterio de las vírgenes consagradas y pedía las reliquias de los santos, podría recuperar la luz perdida. No tardó en llevar a cabo lo que había concebido en su mente. Llevada por sus doncellas al monasterio, que estaba cerca, y profesando tener plena fe en su sanación, fue introducida en el cementerio: y mientras allí oraba de rodillas durante mucho tiempo, no tardó en ser escuchada. Pues al levantarse de la oración, antes de salir del lugar, recibió la gracia de la luz solicitada: y la que había sido llevada por las manos de las siervas, regresó a casa alegre con paso libre; como si solo hubiera perdido temporalmente la vista para demostrar con su sanación cuánta luz poseen los santos de Cristo en los cielos y qué gracia de virtud poseen.

CAPÍTULO XI. Cómo el rey de la misma provincia, Sebbi, terminó su vida en la vida monástica.

En ese tiempo [694] gobernaba el reino de los Sajones Orientales, como también enseña el mismo librito, un hombre muy devoto a Dios, llamado Sebbi, de quien ya hemos mencionado. Era muy dedicado a las acciones religiosas, a las frecuentes oraciones, y a los piadosos frutos de las limosnas; prefería la vida privada y monástica a todas las riquezas y honores del reino, a la cual ya desde hace tiempo habría ingresado, dejando el reino, si el obstinado ánimo de su esposa no hubiera negado el divorcio. Por lo cual, muchos pensaron y a menudo dijeron que un hombre de tal ánimo debería ser ordenado obispo más que rey. Y habiendo pasado treinta años en el reino como soldado del reino celestial, fue afectado por una gran enfermedad corporal, por la cual murió: y aconsejó a su esposa que al menos entonces se dedicaran juntos al servicio divino, ya que no podían seguir abrazando el mundo, o más bien servir al mundo. Aunque le costó obtener esto de ella, fue al obispo de la ciudad de Londres, llamado Ualdheri, quien había sucedido a Erconualdo; y por su bendición, recibió el hábito religioso que había deseado durante mucho tiempo. También le llevó una suma considerable de dinero para distribuir entre los pobres, sin reservarse nada para sí mismo; sino deseando más bien permanecer pobre de espíritu por el reino de los cielos.

Cuando, al agravarse la enfermedad mencionada, sintió que se acercaba el día de su muerte, el hombre de ánimo real comenzó a temer que, al llegar a la muerte afectado por tanto dolor, pudiera decir algo indigno de su persona, ya sea con la boca o con el movimiento de sus miembros. Por lo cual, llamando al mencionado obispo de la ciudad de Londres, en la que entonces residía, le rogó que no hubiera más personas presentes en su muerte que el obispo y dos de sus ministros. Cuando el obispo prometió con mucho gusto que así lo haría, no mucho después, el hombre de Dios, habiendo entregado sus miembros al sueño, vio una visión consoladora que le quitó toda la ansiedad de la preocupación mencionada, y además le mostró en qué día terminaría esta vida. Pues vio, como él mismo relató después, que tres hombres vestidos con un claro hábito vinieron a él; uno de los cuales, sentado ante su lecho, mientras los compañeros que habían venido con él estaban de pie, y preguntaban sobre su estado, al que habían venido a visitar enfermo, dijo que su alma saldría del cuerpo sin ningún dolor y con gran esplendor de luz: y también le indicó que moriría al tercer día. Ambas cosas se cumplieron tal como lo aprendió de la visión. Pues al tercer día, completada la hora nona, de repente, como si se durmiera ligeramente, sin ningún sentido de dolor, entregó su espíritu.

Habían preparado un sarcófago de piedra para enterrar su cuerpo: pero cuando comenzaron a colocar el cuerpo en él, encontraron que era un palmo más largo que el sarcófago. Dolidos, añadieron al sarcófago, en la medida de lo posible, una longitud de aproximadamente dos dedos. Pero ni siquiera así el cuerpo cabía. Por lo cual, ante la dificultad de enterrarlo, pensaron en buscar otro ataúd, o en doblar el cuerpo en las rodillas para que cupiera en el ataúd. Pero una cosa maravillosa, y no hecha sino por intervención celestial, impidió que se

hiciera algo de esto. Pues de repente, estando presente el obispo, y el hijo del mismo rey y monje Sighard, quien después de él reinó con su hermano Suefredo, y una gran multitud de personas, se encontró que el sarcófago tenía la longitud adecuada para el cuerpo, de modo que en la parte de la cabeza incluso se podía colocar una almohada; y en la parte de los pies, el cuerpo excedía en cuatro dedos la medida del sarcófago. Fue enterrado en la iglesia del bienaventurado doctor de los gentiles, cuyas enseñanzas le habían enseñado a esperar las cosas celestiales.

CAPÍTULO XII. Cómo Haeddi sucedió a Leutherio en el episcopado de los Sajones Occidentales, Cuichelm a Putta en el episcopado de la Iglesia de Hrof, y Gefmund a él: y quiénes eran entonces los obispos de los Nordanhymbros.

El cuarto obispo de los Sajones Occidentales fue Leutherio. En efecto, el primero fue Birinus, el segundo Agilberctus, el tercero fue Uini. Cuando murió Coinvalch, bajo cuyo reinado fue hecho obispo Leutherio, los subreguli tomaron el reino de la gente y lo dividieron entre ellos durante unos diez años: y mientras ellos reinaban, él murió, y Haeddi lo sucedió en el episcopado: consagrado por Teodoro en la ciudad de Londres. Durante su episcopado, Caedualla tomó el poder, habiendo vencido y expulsado a los subreguli: y después de haberlo mantenido durante dos años, finalmente, movido por el amor del reino celestial, lo dejó, mientras el mismo prelado aún gobernaba la Iglesia; y yendo a Roma, allí terminó su vida, como se dirá más ampliamente en lo que sigue.

En el año de la encarnación del Señor seiscientos setenta y seis, cuando el rey Aedilred de Mercia, con un ejército maligno, devastó Kent y profanó iglesias y monasterios sin respeto por la piedad o el temor divino, también destruyó la ciudad de Hrof, donde Putta era obispo, aunque en ese momento estaba ausente, en una calamidad común. Cuando él supo que su iglesia había sido saqueada de todos sus bienes, se dirigió a Sexuulf, obispo de los Mercianos, y habiendo recibido de él la posesión de una iglesia y un pequeño campo, allí terminó su vida en paz, sin hacer nada en absoluto para restaurar su episcopado: porque, como dijimos antes, era más industrioso en las cosas eclesiásticas que en las mundanas; pero sirviendo a Dios solo en esa iglesia, dondequiera que se le solicitara, se dirigía a enseñar los cánticos eclesiásticos. En su lugar, Teodoro consagró a Cuichelm como obispo en la ciudad de Hrof. Pero después de no mucho tiempo, debido a la falta de recursos, Cuichelm renunció al episcopado y se retiró a otros lugares, y en su lugar fue nombrado obispo Gebmund.

En el año de la encarnación del Señor seiscientos setenta y ocho, que es el octavo año del reinado del rey Ecgfrid, apareció en el mes de agosto una estrella llamada cometa; y permaneciendo durante tres meses, salía en las horas de la mañana, mostrando una alta columna de llamas radiantes. En ese mismo año, surgió una disensión entre el mismo rey Ecgfrid y el reverendísimo obispo Wilfrid, y el obispo fue expulsado de su sede episcopal, y se nombraron dos obispos en su lugar para gobernar la gente de los Nordanhymbros: Bosa, que gobernaría la provincia de los Deirios, y Eata, que gobernaría la provincia de los Bernicios: este en la ciudad de York, aquel en la Iglesia de Hexham o en la de Lindisfarne, ambos ascendidos al grado de obispo desde el colegio de monjes. Con ellos también fue ordenado obispo Eadhaed en la provincia de los Lindisfaros, que recientemente el rey Ecgfrid había conquistado en batalla y de la que había expulsado a Wulfhere. Y este fue el primer obispo que tuvo esa provincia, el segundo fue Aediluini, el tercero Eadgar, el cuarto Cyniberct, que es el que tiene actualmente. Antes de Eadhaed, la provincia tenía al obispo Sexuulf, que también era obispo de los Mercianos y de los Anglos Medios al mismo tiempo: por lo cual, expulsado de Lindisfarne, permaneció en el gobierno de esas provincias. Fueron ordenados Eadhaed, Bosa y Eata en York por el arzobispo Teodoro: quien también, tres años

después de la expulsión de Wilfrid, añadió dos obispos a su número [681], Tunberct a la Iglesia de Hexham, permaneciendo Eata en Lindisfarne, y Trumvini a la provincia de los Pictos, que en ese tiempo estaba sujeta al dominio de los Anglos. Eadhaed, al regresar de Lindisfarne porque Aedilred había recuperado la provincia, fue puesto al frente de la Iglesia de Ripon.

CAPÍTULO XIII. Cómo el obispo Wilfrid convirtió a la provincia de los Sajones del Sur al cristianismo.

Wilfrid fue expulsado de su episcopado, y después de haber vagado por muchos lugares durante mucho tiempo, fue a Roma, regresó a Britania; y aunque no pudo ser recibido en su patria o parroquia debido a las enemistades del mencionado rey, no pudo ser impedido de su ministerio de evangelización: pues, desviándose a la provincia de los Sajones del Sur, que después de los Cantuarios se extiende hacia el sur y el oeste hasta los Sajones Occidentales, teniendo una tierra de siete mil familias, y que aún en ese tiempo servía a los cultos paganos; a esta les ministró la palabra de fe y el bautismo de salvación [678]. El rey de esa gente era Aedilualch, que había sido bautizado no mucho antes en la provincia de los Mercianos, en presencia y bajo la sugerencia del rey Wulfhere, por quien, al salir del agua, fue adoptado como hijo: en señal de esta adopción, le donó dos provincias, a saber, la isla de Wight y la provincia de los Meonwaras en la gente de los Sajones Occidentales. Así, el obispo, con el consentimiento, o más bien con el gran gozo del rey, bautizaba a los primeros duques y soldados de la provincia en la fuente sagrada, mientras que los presbíteros Eappa, Padda, Burghelm y Oiddi bautizaban al resto del pueblo, ya sea en ese momento o en el tiempo siguiente. Por su parte, la reina llamada Eabae había sido bautizada en su provincia, es decir, en la de los Huiccios. Era hija de Eanfrid, hermano de Eanheri, quienes ambos, junto con su pueblo, eran cristianos. Sin embargo, toda la provincia de los Sajones del Sur era ignorante del nombre y la fe divina.

Había allí un monje de la nación de los Escotos, llamado Dicul, que tenía un pequeño monasterio en un lugar llamado Bosanhamm, rodeado de bosques y mar, y en él cinco o seis hermanos sirviendo al Señor en una vida humilde y pobre. Pero ninguno de los provinciales se preocupaba por emular su vida o escuchar su predicación.

El obispo Wilfrid, evangelizando a la gente, no solo la libró de la miseria de la condenación eterna, sino también de la infame calamidad de la destrucción temporal. Pues tres años antes de su llegada a la provincia, no había caído lluvia en esos lugares, por lo que una hambruna muy severa invadió al pueblo, llevándolos a una muerte impía. De hecho, se dice que a menudo cuarenta o cincuenta personas, debilitadas por el hambre, se dirigían a algún precipicio o ribera del mar, y con las manos unidas miserablemente, todos juntos caían, ya sea para perecer por la caída o ser absorbidos por las olas. Sin embargo, el mismo día en que la gente recibió el bautismo de fe, descendió una lluvia serena pero abundante, la tierra floreció de nuevo, y regresó un año alegre y fructífero con campos verdes. Así, desechada la antigua superstición, y exhalada la idolatría, el corazón y la carne de todos se regocijaron en el Dios vivo: comprendiendo que el verdadero Dios los había enriquecido tanto con bienes interiores como con la gracia celestial de los exteriores. Pues cuando el obispo llegó a la provincia y vio tal calamidad de hambre, les enseñó a buscar sustento pescando. Pues el mar y los ríos de ellos abundaban en peces; pero la gente no tenía ninguna habilidad para pescar, excepto para las anguilas. Reuniendo entonces redes de anguilas de donde pudo, los hombres del obispo las echaron al mar, y con la ayuda de la gracia divina, pronto capturaron trescientos peces de diferentes tipos: los cuales, divididos en tres partes, dieron cien a los pobres, cien a aquellos de quienes habían recibido las redes, y cien los guardaron para su

propio uso. Con este beneficio, el obispo ganó mucho el amor de todos, y comenzaron a esperar más libremente las cosas celestiales al escuchar su predicación, por cuyo ministerio habían recibido bienes temporales.

En ese tiempo, el rey Aedilualch donó al reverendísimo obispo Wilfrid una tierra de ochenta y siete familias, donde pudiera recibir a sus hombres que vagaban exiliados, llamada Selaeseu, que en latín se dice Isla del ternero marino. Pues ese lugar está rodeado de mar por todas partes excepto por el oeste, donde tiene una entrada de la amplitud de un tiro de honda: un lugar que en latín se llama península, y en griego chersonesos. Habiendo recibido este lugar, el obispo Wilfrid fundó allí un monasterio, y lo instituyó en la vida regular, principalmente con los hermanos que había traído consigo: lo cual hasta hoy se sabe que sus sucesores mantienen. Pues él mismo en esas partes, durante cinco años, es decir, hasta la muerte del rey Ecgfrid, merecidamente honrado por todos, ejerció el oficio episcopal tanto en palabra como en obra. Y puesto que el rey le había donado, junto con la posesión del mencionado lugar, todas las facultades que allí había, con tierras y hombres, bautizó a todos, instruidos en la fe de Cristo, en el agua del bautismo; entre ellos, doscientos cincuenta siervos y siervas: a quienes no solo salvó del yugo demoníaco bautizándolos, sino que también los liberó del yugo de la servidumbre humana otorgándoles la libertad.

CAPÍTULO XIV. Cómo por la intercesión del rey Osualdo, se eliminó una mortalidad pestilente.

En ese entonces, en el monasterio se dice que se manifestaron algunos dones especiales de la gracia celestial, como era de esperar donde Cristo había comenzado a reinar después de haber expulsado recientemente la tiranía del diablo: de los cuales uno, que el reverendísimo y religiosísimo obispo Acca solía relatar a menudo, y que afirmaba haber sido relatado por los hermanos más fieles del mismo monasterio, hemos considerado conveniente consignar a la memoria. Casi al mismo tiempo en que esa provincia había recibido el nombre de Cristo, una mortalidad severa afectaba a muchas provincias de Britania, y cuando también alcanzó, por disposición divina, el mencionado monasterio, que entonces estaba bajo la dirección del religiosísimo sacerdote de Cristo, llamado Eappa; y muchos, tanto de los que habían venido con aquel obispo, como de los que de esa provincia de los Sajones habían sido recientemente llamados a la fe, eran arrebatados de esta vida; los hermanos decidieron hacer un ayuno de tres días, y suplicar humildemente la clemencia divina, para que se dignara a mostrarles misericordia, y ya sea que librara a los que estaban en peligro de muerte presente, o que salvara a los que habían sido arrebatados del mundo de la condenación eterna del alma.

En aquel tiempo, en el mismo monasterio, había un niño de la nación de los sajones, recién llamado a la fe, que, afectado por la misma enfermedad, yacía en su lecho durante no poco tiempo. Así, cuando se celebraba el segundo día del mencionado ayuno y de las súplicas, sucedió que el niño, alrededor de la segunda hora del día, se encontraba solo en el lugar donde yacía enfermo: por disposición divina, los príncipes de los apóstoles más bienaventurados se dignaron aparecerle de repente. El niño era de un espíritu muy simple y manso, y guardaba con sincera devoción los sacramentos de la fe que había recibido. Los apóstoles, saludándolo con palabras muy piadosas, le decían: «No temas, hijo, la muerte por la que estás preocupado: nosotros te llevaremos hoy al reino celestial. Pero primero debes esperar a que se celebren las misas, y, habiendo recibido el viático del cuerpo y la sangre del Señor, así serás liberado de la enfermedad y de la muerte, y serás elevado a las eternas alegrías en el cielo. Llama, pues, al presbítero Eappa y dile que el Señor ha escuchado vuestras oraciones, y ha mirado con benevolencia vuestra devoción y ayunos: y que nadie de

este monasterio, ni de las posesiones adyacentes, morirá más por esta plaga; sino que todos los que en algún lugar de los vuestros sufren esta enfermedad, resucitarán del malestar y recuperarán su antigua salud, excepto tú, que hoy serás liberado de la muerte y llevado al cielo para ver al Señor Cristo, a quien has servido fielmente: lo cual la divina misericordia os ha concedido por la intercesión del piadoso y amado rey Oswaldo, quien en otro tiempo gobernó a la gente de los Northumbrianos con la autoridad del reino temporal y con la devoción de la piedad cristiana que conduce al reino eterno. En este mismo día, el mismo rey fue corporalmente asesinado en la batalla por los infieles, y pronto fue llevado a las eternas alegrías de las almas en el cielo y se unió a las huestes de los elegidos. Busquen en sus códices donde está anotada la deposición de los difuntos, y encontrarán que él fue arrebatado de este mundo en este día, como hemos dicho. Celebren, pues, misas en todos los oratorios de este monasterio, ya sea en acción de gracias por la escucha de sus súplicas, o también en memoria del mencionado rey Oswaldo, quien en otro tiempo gobernó a su gente. Por lo tanto, él oraba suplicante al Señor por ellos, como por los recién llegados de su propia gente: y cuando todos los hermanos se reúnan en la iglesia, que todos comulguen con los sacrificios celestiales, y así, terminado el ayuno, también alimenten sus cuerpos con sus alimentos.»

Cuando el niño relató todas estas palabras al presbítero que había llamado, este le preguntó ansioso cómo eran en apariencia o aspecto los hombres que se le habían aparecido. Respondió: «Eran de aspecto y rostro muy distinguidos, muy alegres y hermosos, como nunca antes había visto, ni creía que ningún ser humano pudiera ser de tanta belleza y gracia. Uno de ellos estaba tonsurado como un clérigo, el otro tenía una barba larga: y decían que uno de ellos se llamaba Pedro, el otro Pablo: y que ellos eran ministros de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, enviados por él desde el cielo para la protección de nuestro monasterio.» El presbítero creyó las palabras del niño, y de inmediato salió y buscó en su anuario, y encontró que en ese mismo día el rey Oswaldo había sido asesinado: y habiendo convocado a los hermanos, ordenó preparar la comida, celebrar misas, y que todos comulgaran como de costumbre: y también mandó que se llevara al niño enfermo una partícula del mismo sacrificio de la oblación del Señor.

Después de que todo esto se llevó a cabo, no mucho después, ese mismo día, el niño murió, y con su muerte demostró que las palabras que había oído de los apóstoles de Cristo eran verdaderas. Pero también dio testimonio de sus palabras el hecho de que nadie más, excepto él, fue arrebatado de este mundo en ese tiempo desde el mismo monasterio; de cuya visión, muchos que pudieron escuchar esto, fueron maravillosamente incitados a invocar la clemencia divina en las adversidades, y a someterse a los saludables remedios de los ayunos; y desde entonces, no solo en el mismo monasterio, sino también en muchos otros lugares, comenzó a venerarse anualmente el día natalicio del mismo rey y soldado de Cristo con la celebración de misas.

CAPÍTULO XV. Cómo el rey Caedualla, tras matar al rey de los Gewissae, Aedilwalch, devastó esa provincia con cruel matanza y saqueo.

Mientras tanto, Caedualla, un joven muy valiente de la familia real de los Gewissae, llegó con un ejército, y mientras estaba exiliado de su patria, mató al rey Aedilwalch, y devastó esa provincia con cruel matanza y saqueo; pero pronto fue expulsado por los duques del rey, Bercthuno y Andhuno, quienes luego gobernaron el reino de la provincia: el primero de ellos fue después asesinado por el mismo Caedualla, cuando era rey de los Gewissae, y la provincia fue sometida a un servicio más severo. Pero también Ini, quien reinó después de Caedualla, sometió a esa provincia a una aflicción similar durante mucho tiempo. Por lo cual, sucedió que durante todo ese tiempo no pudo tener un obispo propio; sino que, al ser llamado

de nuevo a casa Wilfrido, su primer obispo, estaban sujetos al obispo de los Gewissae, es decir, de los sajones occidentales que estaban en la ciudad de Venta.

CAPÍTULO XVI. Cómo la isla de Wight recibió a los habitantes cristianos, cuyos dos niños reales fueron asesinados inmediatamente después de recibir el bautismo.

Después de que Caedualla obtuvo el reino de los Gewissae, también conquistó la isla de Wight, que hasta entonces estaba completamente dedicada a la idolatría; intentó exterminar a todos los indígenas con una matanza trágica y sustituirlos por hombres de su provincia, obligándose con un voto, aunque aún no regenerado en Cristo, como se dice, que si conquistaba la isla, daría una cuarta parte de ella, junto con el botín, al Señor. Lo cumplió de tal manera que ofreció esta parte al obispo Wilfrido, quien entonces estaba presente, habiendo llegado de su gente, para que la usara para el Señor. La medida de esa isla, según la estimación de los anglos, es de mil doscientas familias. De ahí que se le dio al obispo la posesión de tierra para trescientas familias. Y él, la parte que recibió, la confió a uno de sus clérigos, llamado Bernuini, que era hijo de su hermana, dándole un presbítero llamado Hiddila, para que ministrara la palabra y el baño de la vida a todos los que quisieran salvarse.

No creo que deba pasarse en silencio que, como primicias de aquellos que de esa isla fueron salvados creyendo, dos niños reales, hermanos del rey Arualdo de la isla, fueron coronados por la gracia especial de Dios: pues, cuando los enemigos de la isla se acercaban, huyeron de la isla y fueron trasladados a la provincia vecina de los jutos: donde, cuando fueron llevados a un lugar llamado Ad lapidem, creyeron que se ocultarían de la cara del rey vencedor, pero fueron traicionados y ordenados a ser asesinados. Cuando un abad y presbítero llamado Cyniberct, que tenía un monasterio no lejos de allí en un lugar llamado Hreutford, es decir, Vadum harundinis, oyó esto, fue al rey, que entonces estaba oculto en esas partes, curándose de las heridas que le habían infligido luchando en la isla de Wight: y le pidió que, si era necesario matar a los niños, primero se les permitiera ser imbuidos de los sacramentos de la fe cristiana. El rey concedió, y él, instruidos en la palabra de la verdad y lavados en la fuente de la salvación, los aseguró de su entrada en el reino eterno. Y pronto, con el verdugo presente, afrontaron la muerte temporal con alegría, por la cual no dudaban que pasarían a la vida eterna del alma. Así, después de que todas las provincias de Britania recibieron la fe de Cristo, también la recibió la isla de Wight, en la cual, sin embargo, debido a la aflicción de la eterna sujeción, nadie recibió el grado de ministerio y sede episcopal antes de Daniel, quien ahora es obispo de los sajones occidentales y de los Gewissae.

Esta isla está situada frente al centro de los sajones del sur y de los Gewissae, con un mar interpuesto de tres millas de ancho llamado Solvente: en el cual, los dos flujos del Océano que rodean Britania, irrumpiendo desde el infinito Océano septentrional, se encuentran y combaten entre sí diariamente, más allá de la desembocadura del río Homelea, que entra en el mencionado mar a través de las tierras de los jutos, que pertenecen a la región de los Gewissae; y, terminado el conflicto, regresan al Océano de donde vinieron.

CAPÍTULO XVII. Sobre el sínodo celebrado en el campo de Haethfelda, presidido por el arzobispo Teodoro.

En esos tiempos, al oír Teodoro que la fe de la Iglesia en Constantinopla estaba muy turbada por la herejía de Eutiques, y deseando que las Iglesias de los anglos, sobre las cuales presidía, permanecieran inmunes de tal mancha, reunió un concilio de venerables sacerdotes y muchos doctores, y diligentemente inquirió cuál era la fe de cada uno, y encontró el unánime

consenso de todos en la fe católica: y se preocupó de consignar esto en cartas sinodales para la instrucción y memoria de los que vendrían, cuyo comienzo es el siguiente:

«En el nombre de nuestro Señor Jesucristo Salvador, reinando nuestros piísimos señores Ecgfrido, rey de los Northumbrianos, en el décimo año de su reinado, el día quince antes de las calendas de octubre, en la octava indicción; y Aedilredo, rey de los Mercianos, en el sexto año de su reinado; y Aldulfo, rey de los Anglos orientales, en el decimoséptimo año de su reinado; y Hlothario, rey de los Cantuarios, en el séptimo año de su reinado: presidiendo Teodoro, por la gracia de Dios arzobispo de la isla de Britania, y de la ciudad de Doruvernus; junto con él, sentados los demás obispos de la isla de Britania, hombres venerables, con los santos Evangelios colocados ante ellos, en el lugar que en lengua sajona se llama Haethfelth, deliberando juntos, expusimos la fe recta y ortodoxa; tal como nuestro Señor Jesucristo, encarnado, la entregó a sus discípulos, quienes vieron y oyeron personalmente sus palabras, y como los santos Padres entregaron el símbolo, y todas las santas y universales sínodos, y todo el coro de doctores probados de la Iglesia católica. Siguiendo, pues, a estos, piadosa y ortodoxamente, según la doctrina divinamente inspirada de ellos, profesamos y creemos unánimemente, y confesamos según los santos Padres, propiamente y verdaderamente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, la Trinidad en unidad consustancial, y la unidad en la Trinidad, es decir, un solo Dios en tres subsistencias o personas consustanciales, de igual gloria y honor.» Y después de muchas cosas de este tipo que pertenecían a la confesión de la fe recta, este santo sínodo también añade en sus cartas: «Recibimos las santas y universales cinco sínodos de los bienaventurados y aceptables a Dios Padres; es decir, los que se reunieron en Nicea, trescientos dieciocho, contra el impiísimo Arrio y sus dogmas; y en Constantinopla, ciento cincuenta, contra la locura de Macedonio y Eudoxio y sus dogmas; y en Éfeso, doscientos, contra el malvado Nestorio y sus dogmas; y en Calcedonia, seiscientos treinta, contra Eutiques y Nestorio, y sus dogmas; y nuevamente en Constantinopla, en el quinto concilio reunido, en el tiempo de Justiniano el Menor, contra Teodoro, y las cartas de Teodoreto e Ibas y sus dogmas contra Cirilo.» Y poco después: «Y el sínodo que se celebró en la ciudad de Roma, en el tiempo del beatísimo papa Martín, en la octava indicción, reinando el piísimo Constantino en el noveno año. Recibimos y glorificamos a nuestro Señor Jesús, como ellos glorificaron; sin añadir ni quitar nada: y anatematizamos de corazón y de boca a quienes ellos anatematizaron; y a quienes recibieron, recibimos: glorificando a Dios Padre sin principio, y a su Hijo unigénito engendrado del Padre antes de los siglos, y al Espíritu Santo procedente del Padre y del Hijo inefablemente, como predicaron aquellos que mencionamos arriba, los santos apóstoles, y profetas, y doctores. Y todos nosotros suscribimos, quienes con el arzobispo Teodoro expusimos la fe católica.»

CAPÍTULO XVIII. Sobre Juan el cantor de la sede apostólica, que vino a Britania para enseñar.

Asistió a este sínodo, y también confirmó los decretos de la fe católica, el venerable Juan, archicantor de la iglesia del santo apóstol Pedro, y abad del monasterio del beato Martín, quien había venido recientemente de Roma por orden del papa Agatón; guiado por el reverentísimo abad Biscopo, de sobrenombre Benedicto, de quien hemos hecho mención antes. Pues cuando el mismo Benedicto había construido un monasterio en Britania, en honor del más bienaventurado príncipe de los apóstoles, junto a la desembocadura del río Wear, fue a Roma con su colaborador y socio en esa obra, Ceolfrido, quien después de él fue abad del mismo monasterio, lo cual solía hacer con frecuencia, y fue recibido honorablemente por el papa de santa memoria Agatón: y pidió, y recibió de él, en garantía de la libertad del monasterio que había construido, una carta de privilegio firmada con la autoridad apostólica;

según lo que sabía que el rey Ecgrido había querido, y había dado licencia, concediéndole y otorgándole la posesión de la tierra, para que construyera el monasterio.

Recibió también al mencionado abad Juan para llevarlo a Britania; para que enseñara en su monasterio el curso anual del canto, tal como se practicaba en San Pedro en Roma: y el abad Juan hizo lo que el papa le había ordenado, enseñando de viva voz a los cantores del mencionado monasterio el orden y el rito de cantar y leer, y también escribiendo lo que el ciclo del año requería en la celebración de los días festivos: lo cual hasta ahora se ha conservado en el mismo monasterio, y ya ha sido transcrito por muchos en los alrededores. No solo enseñaba el mismo Juan a los hermanos de ese monasterio, sino que de casi todos los monasterios de esa provincia acudían a escucharlo aquellos que eran expertos en el canto. Pero también muchos lo invitaban a enseñar en los lugares donde se encontraba.

Además del oficio de cantar o leer, también recibió otra encomienda del papa apostólico, para que averiguara cuál era la fe de la Iglesia de los anglos, y al regresar a Roma, lo informara. Pues también trajo consigo el sínodo del beato papa Martín, celebrado no mucho antes en Roma con el consenso de ciento cinco obispos, principalmente contra aquellos que predicaban una sola operación y voluntad en Cristo; y lo prestó para ser transcrito en el mencionado monasterio del religiosísimo abad Benedicto. Pues tales personas, en ese tiempo, turbaban mucho la fe de la Iglesia de Constantinopla; pero, gracias al Señor, ya habían sido descubiertos y vencidos. Por lo cual, deseando el papa Agatón, como en otras provincias, así también en Britania, conocer cuál era el estado de la Iglesia, cuán libre de las contaminaciones de los herejes, encomendó esta tarea al reverentísimo abad Juan, enviado a Britania. Por lo cual, convocado el sínodo en Britania que hemos mencionado, se encontró que en todo prevalecía la fe católica inviolada: y se le dio un ejemplar de ella para llevar a Roma.

Sin embargo, al regresar a su patria, no mucho después de cruzar el Océano, fue tomado por una enfermedad y murió: y su cuerpo, por amor a San Martín, cuyo monasterio presidía, fue llevado a Tours y sepultado honorablemente. Pues también había sido recibido con la hospitalidad benigna de esa iglesia cuando iba a Britania: y fue mucho solicitado por los hermanos para que, al regresar a Roma, pasara por ese camino y se dirigiera a esa iglesia. De hecho, allí recibió ayudantes para su viaje y la tarea encomendada: y aunque murió en el camino, no obstante, el ejemplo de la fe católica de los anglos fue llevado a Roma, y fue recibido con gran alegría por el papa apostólico y por todos los que lo oyeron o leyeron.

CAPÍTULO XIX. Cómo la reina Aedilthryd permaneció virgen perpetua, cuyo cuerpo no pudo corromperse en el sepulcro.

El rey Ecgrido tomó por esposa a Aedilthryd, hija del rey Anna de los anglos orientales, de quien hemos hecho mención varias veces, un hombre muy religioso, y en todo excelente en mente y obra: a quien otro hombre antes que él había tenido como esposa, a saber, el príncipe de los gireos del sur, llamado Tondberct. Pero después de que él murió poco tiempo después de haberla tomado, fue dada al mencionado rey: con cuya compañía, aunque convivió durante doce años, permaneció gloriosa en la integridad de su virginidad perpetua; como me relataba el obispo de santa memoria Wilfrido, cuando le pregunté si esto era así, ya que algunos lo dudaban, diciendo que él era un testigo muy seguro de su integridad: tanto que Ecgrido prometió que le daría tierras y muchas riquezas si podía persuadir a la reina de que usara su matrimonio, porque sabía que ella no amaba a ningún hombre más que a él. Y no debe dudarse que también en nuestra época pudo haber sucedido lo que las historias fieles narran que ocurrió varias veces en la era anterior: dado por el mismo Señor, quien prometió

permanecer con nosotros hasta el fin del mundo. Pues también el signo del milagro divino, por el cual la carne sepultada de la misma mujer no pudo corromperse, es indicio de que permaneció incorrupta por el contacto de un hombre.

Quae multum diu regem postulans ut saeculi curas relinquere, atque in monasterio, tantum vero regi Christo servire permetteretur; ubi vix aliquando impetravit, intravit monasterium Aebbae abbatissae, quae erat amita regis Ecgfridi, positum in loco quem Coludi urbem nominant, accepto velamine sanctimonialis habitus a praefato antistite Uilfrido [DCLXXI]. Post annum vero ipsa facta est abbatissa in regione quae vocatur Elge; ubi constructo monasterio virginum Deo devotarum perplurium mater virgo, et exemplis vitae caelestis esse coepit et monitis [DCLXXII]. De qua ferunt, quia ex quo monasterium petiit, nunquam lineis, sed solum laneis vestimentis uti voluerit: raroque in calidis balneis, praeter imminentibus sollemnibus majoribus, verbi gratia Paschae, Pentecostes, Epiphaniae, lavari voluerit; et tunc novissima omnium, lotis prius suo suarumque ministrarum obsequio caeteris quae ibi essent famulis [Al., famulabus] Christi. Raro [Al. add., etiam] praeter majora sollemnia, vel arctiorem necessitatem, plus quam semel per diem manducavit: semper, si non infirmitas gravior prohibuisset, ex tempore matutinae synaxeos, usque ad ortum diei, in ecclesia precibus intenta perstiterit. Sunt etiam qui dicant quia per prophetiae spiritum, et pestilentiam qua ipsa esset moritura, praedixerit, et numerum quoque eorum, qui de suo monasterio hac [Al., hoc] essent de mundo rapiendi, palam cunctis praesentibus intimaverit. Rapta est autem ad Dominum in medio suorum [DCLXXIX], post annos septem ex quo abbatissae gradum susceperat: et aequae ut ipsa jusserat, non alibi quam in medio eorum, juxta ordinem quo transierat; ligneo in locello sepulta. Cui successit in ministerium abbatissae soror ejus Sexburg [DCXCV], quam habuerat in conjugem Earconberct rex Cantuariorum. Et cum sedecim annis esset sepulta, placuit eidem [Al. add. sorori] abbatissae levare ossa ejus, et in locello novo posita in ecclesiam transferri; jussitque quosdam fratribus quaerere lapidem, de quo locellum in hoc facere possent: qui, ascensa navi, ipsa enim regio Elge undique est aquis ac paludibus circumdata, neque lapides majores habet, venerunt ad civitatulam [Al., civitatem] quandam desolatam, non procul inde sitam, quae lingua Anglorum Grantacaestir vocatur: et mox invenerunt juxta muros civitatis locellum de marmore albo pulcherrime factum, operculo quoque similis lapidis aptissime tectum. Unde intelligentes a Domino suum iter esse prosperatum, gratias agentes retulerunt ad monasterium.

Cumque corpus sacrae virginis ac sponsae Christi aperto sepulcro esset prolatum in lucem, ita incorruptum inventum est ac si eodem die fuisset defuncta, sive humo condita; sicut et praefatus antistes Uilfrid, et multi alii qui novere, testantur. Sed certiori notitia medicus Cynifrid, qui et morienti illi, et elevatae de tumulo adfuit: qui [Al. om. qui] referre erat solitus quod illa infirmata habuerit tumorem maximum sub maxilla. «Jusseruntque me, inquit, incidere tumorem illum, ut efflueret noxius humor qui inerat: quod dum facerem, videbatur illa per biduum aliquanto levius habere; ita ut multi putarent quia [Al., quod] sanari posset a languore. Tertia autem die prioribus adgravata doloribus, et rapta confestim de mundo, dolorem omnem ac mortem perpetua salute ac vita mutavit. Cumque post tot [Al., tam multos] annos elevanda essent ossa de sepulcro, et extento desuper papilione, omnis congregatio, hinc fratrum, inde sororum, psallens circumstaret; ipsa autem abbatissa intus cum paucis ossa elatura et dilutura [Al., elevatura et delatura] intrasset, repente audivimus abbatissam intus voce clara proclamare: Sit gloria nomini Domini. Nec multo post clamaverunt me, intus [Al., undique] reserato ostio papilionis: vidique elevatum de tumulo, et positum in lectulo corpus sacrae Deo virginis quasi dormientis simile. Sed et discooperto vultus indumento, monstraverunt mihi etiam vulnus incisurae quod feceram, curatum; ita ut mirum in modum pro aperto et hiante vulnere cum quo sepulta erat, tenuissima tunc cicatricis

vestigia parerent [Al., apparerent].» Sed et linteamina omnia quibus involutum erat corpus integra apparuerunt, et ita nova, ut ipso die viderentur castis ejus membris esse circumdata. Ferunt autem quia cum praefato tumore ac dolore maxillae sive colli premeretur, multum delectata sit hoc genere infirmitatis, ac solita dicere: «Scio certissime quia merito in collo pondus languoris porto, in quo juvenulam me memini supervacua monilium pondera portare; et credo quod ideo me superna pietas dolore colli voluit gravari, ut sic absolvar reatu supervacuae levitatis; dum mihi nunc pro auro et margaritis, de collo rubor tumoris, ardorque promineat.» Contigit autem tactu indumentorum eorumdem, et daemonia ab obsessis effugata [Al., fugata] corporibus, et infirmitates alias aliquoties esse curatas. Sed et loculum in quo primo sepulta est, nonnullis oculos dolentibus saluti fuisse perhibent; qui cum suum caput eidem loculo apponentes orassent, mox doloris sive caliginis incommodum ab oculis amoverent. Laverunt igitur virgines [Al. virginis] corpus, et novis indutum vestibis intulerunt in ecclesiam, atque in eo quod adlatum erat, sarcophago posuerunt, ubi usque hodie in magna veneratione habetur. Mirum vero in modum ita aptum corpori virginis sarcophagum inventum est, ac si ei specialiter praeparatum fuisset: et locus quoque capitis seorsum fabrefactus, ad mensuram capitis illius aptissime figuratus apparuit.

Est autem Elge in provincia Orientalium Anglorum regio familiarum circiter sexcentarum, in similitudinem insulae, vel paludibus, ut diximus, circumdata, vel aquis: unde et a copia anguillarum quae in iisdem paludibus capiuntur, nomen accepit; ubi monasterium habere desideravit memorata Christi famula, quoniam de provincia eorumdem Orientalium Anglorum ipsa, ut praefati sumus, carnis originem duxerat.

CAPUT XX. Hymnus de Illa.

Videtur opportunum huic Historiae, etiam hymnum virginitatis inserere, quem ante annos plurimos in laudem ac praeconium ejusdem reginae ac sponsae Christi elegiaco metro composuimus, et imitari morem sacrae Scripturae, cujus Historiae carmina plurima indita: et haec metro ac versibus constat esse composita.

Alma Deus [Al., Dei] Trinitas, quae [Al. qui] saecula cuncta gubernas, Adnue jam coeptis, alma Deus Trinitas. Bella Maro resonet, nos pacis dona canamus: Munera nos Christi, bella Maro resonet. Carmina casta mihi, foedae non raptus Helenae. Luxus erit lubricis, carmina casta mihi. Dona superna loquar, miserae non praelia Trojae, Terra quibus gaudet: dona superna loquar. En Deus altus adit venerandae Virginis alvum: Liberet ut homines, en Deus altus adit. Femina Virgo parit mundi devota parentem, Porta Maria Dei, femina Virgo parit. Gaudet amica cohors de Virgine matre Tonantis: Virginitate micans gaudet amica cohors. Hujus honor genuit casto de germine plures, Virgineos flores hujus honor genuit. Ignibus usta feris virgo non cessat Agatha, Eulalia et perfert ignibus usta feris. Casta feras superat mentis pro culmine Tecla, Euphemia sacra casta feras superat. Laeta ridet gladios ferro robustior Agnes, Caecilia infestos laeta ridet gladios. Multus in orbe viget per sobria corda triumphus, Sobrietatis amor multus in orbe viget. Nostra quoque egregia jam tempora virgo beavit Aedilthyda nitet nostra quoque egregia. Orta patre eximio, regali et stemmate clara: Nobilior domino est, orta patre eximio. Percipit inde decus reginae, et sceptrum sub astris, Plus super astra manens, percipit inde decus. Quid petis, alma, virum, sponso jam dedita summo Sponsus adest Christus, quid petis, alma, virum? Regis ut aetherei matrem jam credo sequaris Tu quoque sis mater regis ut aetherei. Sponsa dicata Deo bis sex regnaverat annis, Inque monasterio est sponsa dicata Deo. Tota sacrata polo celsis ubi floruit actis, Reddidit atque animam tota sacrata polo. Virginis alma caro est tumulata bis octo Novembres, Nec putet in tumulto virginis alma caro. Christe, tui est operis, quia vestis et ipsa sepulcro Inviolata nitet: Christe, tui est operis. Hydros et ater abit sacrae pro vestis honore, Morbi diffugiunt, hydros

et ater abit. Zelus in hoste furit quondam qui vicerat Evam: Virgo triumphat ovans, zelus in hoste furit. Aspice, nupta Deo, quae sit tibi gloria terris: Quae maneat caelis, aspice, nupta Deo. Munera laeta capis festivis fulgida taedis, Ecce venit sponsus, munera laeta capis. Et nova dulcisono modularis carmina plectro Sponsa hymno exultas et nova dulcisono. Nullus ab Altithroni comitatu segregat agni, Quam affectu tulerat nullus ab Altithroni.

CAPUT XXI. Ut Theodorus episcopus inter Ecgfridum et Aedilredum reges pacem fecerit.

Anno regni Ecgfridi nono [DCLXXIX], conserto gravi praelio inter ipsum et Aedilredum regem Merciorum juxta fluvium Treanta, occisus est Aelfuini frater regis Ecgfridi, juvenis circiter decem et octo annorum, utrique provinciae multum amabilis. Nam et sororem ejus quae dicebatur Osthryd, rex Aedilred habebat uxorem. Cumque materies belli acrioris et inimicitiae longioris inter reges populosque feroces videretur exorta, Theodorus Deo dilectus antistes, divino functus [Al., fretus] auxilio, salutifera exhortatione coeptum tanti periculi funditus exstinguit incendium: adeo ut, pacatis alterutrum regibus ac populis, nullius anima hominis pro interfecto regis fratre, sed debita solummodo multa [Al., mulcta] pecuniae regi ultori daretur. Cujus foedera pacis multo exinde tempore inter eosdem reges eorumque regna durarunt.

CAPUT XXII. Ut vincula cujusdam captivi, cum pro eo missae cantarentur, soluta sint.

In praefato autem praelio quo occisus est rex Aelfuini, memorabile quoddam factum esse constat, quod nequaquam silentio praetereundum arbitror, sed multorum saluti, si referatur, fore proficuum. Occisus est ibi inter alios, de militia ejus juvenis, vocabulo Imma, qui cum die illo et nocte sequenti inter cadavera occisorum similis mortuo jaceret, tandem recepto spiritu revixit, ac residens sua vulnera, prout potuit ipse alligavit: dein modicum requietus levavit se, et coepit abire sicubi amicos qui sui curam agerent, posset invenire. Quod dum faceret, inventus est, et captus a viris hostilis exercitus, et ad dominum ipsorum, comitem videlicet Aedilredi regis, adductus: a quo interrogatus quis esset, timuit se militem fuisse confiteri; rusticum se potius et pauperem, atque uxoreo vinculo conligatum fuisse respondit; et propter victum militibus adferendum in expeditionem se cum suis [Al., sui] similibus venisse testatus est. At ille suscipiens eum, curam vulneribus egit; et ubi sanescere [Al., sanari] coepit, noctu eum, ne aufugeret, vinciri praecepit. Nec tamen vinciri potuit; nam mox ut abire qui vinxerant, eadem ejus sunt vincula soluta.

Habebat enim germanum fratrem cui nomen erat Tunna, presbyterum et abbatem monasterii in civitate quae hactenus ab ejus nomine Tunnacaestir cognominatur: qui cum eum in pugna peremptum audiret, venit quaerere si forte corpus ejus invenire posset, inventumque alium illi per omnia simillimum, putavit ipsum esse: quem ad monasterium suum deferens, honorifice sepelivit, et pro absolutione animae ejus saepius missas facere curavit. Quarum celebratione factum est quod dixi, ut nullus eum posset vincire, quin continuo solveretur. Interea comes qui eum tenebat, mirari et interrogare coepit quare ligari non posset, an forte literas solutorias de qualibus fabulae ferunt, apud se haberet, propter quas ligari non posset. At ille respondit nihil se talium artium nosse; «Sed habeo fratrem, inquit, presbyrum in mea provincia, et scio quia ille me interfectum putans, pro me missas crebras [Al., celebrare] facit: et si nunc in alia vita essem, ibi anima mea per intercessionem ejus solveretur a poenis.» Dumque aliquanto tempore apud comitem teneretur, animadverterunt qui eum diligentius considerabant, ex vultu et habitu et sermonibus ejus, quia non erat de paupere vulgo, ut dixerat, sed de nobilibus. Tunc secreto advocans eum comes, interrogavit eum intentius unde esset, promittens se nihil ei mali facturum pro eo, si simpliciter sibi quis fuisset, proderet. Quod dum illo faceret, ministrum se regis fuisse manifestans, respondit: «Et ego per singula tua responsa

cognoveram quia rusticus non eras, et nunc dignus quidem es morte, quia [Al., quod] omnes fratres et cognati mei in illa sunt pugna interempti; nec te tamen occidam, ne fidem mei promissi praevaricer.»

Ut ergo convaluit, vendidit eum Lundoniam Freso [Al., Fresoni; al., Frisoni] cuidam; sed nec ab illo cum illuc duceretur ullatenus potuit alligari. Verum cum alia atque alia vinculorum ei genera hostes imponerent [Al. add. dissoluta sunt]; cumque vidisset qui emerat vinculis eum non potuisse cohiberi, donavit ei facultatem sese redimendi si posset. A [Al. om. A] tertia autem hora quando missae fieri solebant, saepissime vincula solvebantur. At ille dato iurejurando ut rediret, vel pecuniam illi pro se mitteret, venit Cantiam ad regem Hlothery, qui erat filius sororis Aedilthydae reginae de qua supra dictum est, quia [Al., qui] et ipse quondam ejusdem reginae minister fuerat: petiitque et accepit ab eo pretium suae redemptionis, ac suo domino pro se, ut promiserat, misit.

Qui post haec patriam reversus atque ad suum fratrem perveniens, replicavit ex ordine cuncta quae sibi adversa, quaeve in adversis solatia provenissent: cognovitque, referente illo, illis maxime temporibus sua fuisse vincula soluta quibus pro se missarum fuerant celebrata sollempnia. Sed et alia quae periclitanti ei commoda contigissent et prospera, per intercessionem fraternam et oblationem hostiae salutaris caelitus sibi fuisse donata intellexit. Multique haec a praefato viro audientes accensi sunt in fide ac devotione pietatis ad orandum, vel ad eleemosynas faciendas, vel ad offerendas Domino victimas sacrae oblationis, pro ereptione suorum qui de saeculo migraverant: intellexerunt enim quia [Al., quod] sacrificium salutare ad redemptionem valeret et animae et corporis sempiternam.

Hanc mihi historiam etiam quidam eorum, qui ab ipso viro in quo facta est audiere, narrarunt: unde eam quia liquido comperi, indubitanter Historiae nostrae Ecclesiasticae inserendam credidi.

CAPUT XXIII. De vita et [Al. om. vita et] obitu Hilde abbatissae.

Anno post hunc sequente, hoc est, anno dominicae incarnationis sexcentesimo octogesimo, religiosissima [Al., religiosa] Christi famula Hild, abbatissa monasterii quod dicitur Streaneshalch, ut supra retulimus, post multa quae fecit in terris opera caelestia, ad percipienda praemia vitae caelestis de terris ablata transivit die quinta decima Kalendarum Decembrium, cum esset annorum sexaginta sex: quibus aequa portione [Al., partitione] divisus, triginta tres primos in saeculari habitu nobilissime conversata complevit, et totidem sequentes nobiliter in monachica vita Domino consecravit. Nam et nobilis natu erat, hoc est, filia nepotis Aeduini regis, vocabulo Hererici: cum quo etiam rege, ad praedicationem beatae memoriae Paulini, primi Nordanhymbrorum episcopi, fidem et sacramenta Christi suscepit, atque haec usquedum ad ejus visionem pervenire meruit, intemerata servavit.

Quae cum, relicto habitu saeculari, illi soli servire decrevisset, secessit ad provinciam Orientalium Anglorum [DCXLVIII]: erat namque propinqua regis illius, desiderans exinde, si quo modo posset, derelicta patria et omnibus quaecumque habuerat, in Galliam pervenire, atque in monasterio Cale peregrinam pro Domino vitam ducere, quo facilius perpetuam in caelis patriam posset mereri. Nam et in eodem monasterio soror ipsius Heresuid, mater Aldulfi regis Orientalium Anglorum, regularibus subdita disciplinis, ipso tempore coronam exspectabat aeternam: cujus aemulata exemplum, et ipsa proposito peregrinandi annum totum in praefata provincia retenta est: deinde ab Aedano episcopo in [Al. om. in] patriam revocata, accepit locum unius familiae ad septentrionalem plagam Uiri fluminis, ubi aequo anno uno monachicam cum perpaucis sociis vitam agebat.

Post haec facta est abbatissa in monasterio quod vocatur Heruteu [DCL]; quod videlicet monasterium factum erat non multo ante a religiosa Christi famula Heiu, quae prima feminarum fertur in provincia Nordanhymbrorum propositum vestemque sanctimonialis habitus, consecrante Aedano episcopo, suscepisse. Sed illa post non multum tempus facti monasterii, secessit ad civitatem Calcariam quae a gente Anglorum Kaelcacaestir [Al., Kalcacestir] appellatur, ibique sibi mansionem instituit. Praelata autem regimini monasterii illius famula Christi Hild, mox hoc regulari vita per omnia, prout a doctis viris discere poterat, ordinare curabat: nam et episcopus Aidan, et quique noverant eam religiosi, pro insita ei sapientia et amore divini famulatus, sedulo eam visitare, obnixè amare, diligenter erudire solebant.

Cuando, por tanto, durante varios años estuvo al frente de este monasterio, muy dedicada a la institución de la vida regular [DCLVIII], le ocurrió también asumir la construcción u organización de un monasterio en el lugar llamado Streaneshalch, tarea que cumplió sin demora. Pues, al igual que el monasterio anterior, también este lo instituyó con las disciplinas de la vida regular: y ciertamente enseñó allí también la custodia de la justicia, la piedad, la castidad y otras virtudes, pero sobre todo de la paz y la caridad: de tal manera que, a ejemplo de la Iglesia primitiva, no había allí nadie rico, nadie pobre, todo era común para todos, ya que nada parecía ser propio de nadie. Era ella de tal prudencia, que no solo los mediocres en sus necesidades, sino también reyes y príncipes a veces buscaban su consejo y lo encontraban. Hacía que sus súbditos se dedicaran tanto a la lectura de las Sagradas Escrituras, tanto a las obras de justicia, que fácilmente parecían poder encontrarse allí muchos que aptamente asumieran el grado eclesiástico, es decir, el oficio del altar. De hecho, vimos después cinco obispos de ese mismo monasterio, todos ellos hombres de mérito y santidad singulares, cuyos nombres son Bosa, Aetla, Oftfor, Juan y Wilfrid. Del primero dijimos antes que fue consagrado obispo en York: del segundo se debe mencionar brevemente que fue ordenado en el obispado de Dorchester: de los últimos se dirá más adelante que el primero de ellos fue ordenado obispo de la Iglesia de Hexham, el segundo de la Iglesia de York. Hablemos ahora del del medio, porque habiendo dedicado su esfuerzo a la lectura y observancia de las Escrituras en ambos monasterios de la abadesa Hilda, deseando finalmente cosas más perfectas, fue a Kent al arzobispo de santa memoria Teodoro: donde, después de haber dedicado algún tiempo a las lecturas sagradas, también se preocupó por ir a Roma, lo cual en ese tiempo se consideraba de gran virtud: y al regresar de allí a Bretaña, se desvió a la provincia de los Huiccios, sobre la cual entonces reinaba Osric; y allí, predicando la palabra de fe, y al mismo tiempo mostrando un ejemplo de vida a los que lo veían y escuchaban, permaneció mucho tiempo. En ese tiempo, el obispo de esa provincia, llamado Bosel, estaba tan abatido por la debilidad del cuerpo, que no podía cumplir por sí mismo el oficio episcopal: por lo cual, por juicio de todos, el mencionado hombre fue elegido en su lugar para el episcopado, y por orden del rey Aethelred, fue ordenado por Wilfrid, obispo de santa memoria, quien en ese tiempo ejercía el episcopado de los anglos del interior [DCXCI]: porque el arzobispo Teodoro ya había fallecido, y aún no había sido ordenado otro obispo en su lugar. En esa provincia, poco antes, es decir, antes del mencionado hombre de Dios Bosel, fue elegido obispo un hombre muy valiente y docto, y de excelente ingenio, llamado Tatfrid, del mismo monasterio de la abadesa [DCLXXX]: pero antes de que pudiera ser ordenado, fue arrebatado por una muerte prematura.

No solo la mencionada sierva de Cristo y abadesa Hilda, a quien todos los que la conocían solían llamar madre por su insigne piedad y gracia, fue un ejemplo de vida para los presentes en su monasterio: sino que también proporcionó ocasión de salvación y corrección a muchos

que vivían lejos, a quienes llegó el feliz rumor de su industria y virtud. Pues debía cumplirse el sueño que su madre Bregusuid tuvo en su infancia: cuando su esposo Hereric estaba exiliado bajo el rey de los britones Cerdic, donde también murió envenenado, ella vio en un sueño que, habiéndolo buscado con toda diligencia, no aparecía rastro alguno de él en ninguna parte. Pero cuando lo buscó con gran esmero, de repente encontró bajo su vestido un collar precioso: que, al observarlo atentamente, parecía resplandecer con tal fulgor de luz, que llenaba con su gracia de esplendor todos los confines de Bretaña. Este sueño, sin duda, se cumplió verdaderamente en su hija de quien hablamos, cuya vida no solo proporcionó ejemplos de obras de luz para sí misma, sino para muchos que deseaban vivir bien.

Pero cuando ella había estado al frente de este monasterio durante muchos años, agradó al piadoso proveedor de nuestra salvación que su santa alma fuera también examinada por una larga enfermedad de la carne [DCLXXIV], para que, según el ejemplo del Apóstol, su virtud se perfeccionara en la debilidad. Pues, afectada por fiebres, comenzó a fatigarse con un ardor agudo; y durante seis años continuos no cesó de sufrir la misma molestia: en todo ese tiempo nunca dejó de dar gracias a su Creador, ni de enseñar al rebaño que se le había confiado tanto públicamente como en privado. Pues, enseñada por su propio ejemplo, aconsejaba a todos que, tanto en la salud del cuerpo recibida, se sirviera al Señor obedientemente, como en las adversidades de las cosas o en las enfermedades de los miembros, se dieran siempre gracias fielmente al Señor. En el séptimo año de su enfermedad, con el dolor vuelto hacia el interior, llegó a su último día, y cerca del canto del gallo, habiendo recibido el viático de la sagrada comunión, con las siervas de Cristo que estaban en el mismo monasterio convocadas, mientras las exhortaba a mantener la paz evangélica entre ellas, o más bien con todas; en medio de las palabras de exhortación, vio la muerte con alegría, o más bien, para hablar con las palabras del Señor, pasó de la muerte a la vida.

Esa misma noche, el Señor omnipotente se dignó revelar su fallecimiento en otra visión manifiesta en un monasterio más lejano que ella había construido ese mismo año y se llama Hacanós. Había en ese monasterio una mujer religiosa, llamada Begu, que durante treinta años y más había servido al Señor en la conversación monástica, dedicada a la virginidad. Esta, descansando entonces en el dormitorio de las hermanas, oyó de repente en el aire el conocido sonido de la campana, con el que solían ser despertadas o convocadas a las oraciones cuando alguno de ellos había sido llamado de este mundo: y abriendo, como le parecía, los ojos, vio que la luz derramada desde arriba llenaba todo: y mientras miraba con atención esa luz, vio el alma de la mencionada sierva de Dios llevada al cielo en esa misma luz, acompañada y conducida por ángeles. Y al ser despertada del sueño, viendo a las demás hermanas descansando a su alrededor, comprendió que lo que había visto le había sido mostrado ya sea en un sueño o en una visión de la mente. Y levantándose de inmediato, aterrorizada por un gran temor, corrió a la virgen que entonces presidía el monasterio en lugar de la abadesa, cuyo nombre era Frigid, y llena de llanto y lágrimas, y con largos suspiros, anunció que su madre, la abadesa Hilda, ya había partido de este mundo, y que, mientras ella miraba, había ascendido con inmensa luz y con ángeles guías a los umbrales de la luz eterna y a la compañía de los ciudadanos celestiales. Cuando ella escuchó esto, despertó a todas las hermanas, y convocadas en la iglesia, las exhortó a dedicarse a oraciones y salmos por el alma de su madre. Y mientras diligentemente hacían esto durante el resto de la noche, llegaron al amanecer los hermanos que anunciaban su fallecimiento desde el lugar donde había muerto. Pero ellas respondieron que ya lo sabían antes: y al explicar en orden cómo y cuándo lo habían sabido, se encontró que la misma hora de su tránsito les había sido mostrada en visión, en la que ellos relataban que había salido del mundo. Y con una hermosa concordancia de las cosas, fue dispuesto divinamente que mientras aquellos veían su salida de

esta vida, estos conocieran su entrada en la vida eterna de las almas. Estos monasterios están separados entre sí por casi trece millas.

Se dice que esa misma noche, también en el monasterio donde la mencionada sierva de Dios murió, a una de las vírgenes devotas a Dios que la amaba con inmenso amor, se le apareció en visión su fallecimiento, y vio su alma ir al cielo con los ángeles, y esto lo narró claramente a las siervas de Cristo que estaban con ella, incluso antes de que el resto de la congregación conociera su fallecimiento, y las exhortó a orar por su alma. Esto se hizo evidente a la congregación al amanecer. Pues ella estaba, en esa hora, con otras siervas de Cristo en los lugares más alejados del monasterio, donde las mujeres que recién llegaban a la vida monástica solían ser probadas, hasta que, instituidas regularmente, eran recibidas en la sociedad de la congregación.

CAPÍTULO XXIV. Que en su monasterio había un hermano a quien se le concedió divinamente el don de cantar.

En el monasterio de esta abadesa había un hermano especialmente distinguido por la gracia divina, porque solía componer cánticos adecuados a la religión y la piedad; de tal manera que todo lo que aprendía de las Escrituras divinas a través de intérpretes, él mismo, después de un breve tiempo, lo expresaba en su lengua, es decir, en la lengua de los anglos, en versos poéticos compuestos con gran dulzura y compunción. Con sus cánticos, a menudo encendía los ánimos de muchos al desprecio del mundo y al deseo de la vida celestial. Y aunque otros después de él intentaron componer poemas religiosos en la nación de los anglos, ninguno pudo igualarlo. Pues él no aprendió el arte de cantar de los hombres, ni por medio de hombre alguno; sino que, ayudado divinamente, recibió gratuitamente el don de cantar. Por lo cual nunca pudo componer ningún poema frívolo o superfluo; sino que solo aquellos que pertenecían a la religión eran adecuados para su lengua religiosa. De hecho, en el hábito secular, hasta una edad más avanzada, nunca había aprendido ningún cántico. Por lo cual, a veces en un banquete, cuando por causa de la alegría todos debían cantar por turno, él, al ver que se le acercaba la cítara, se levantaba de la mitad de la cena y regresaba a su casa.

Cuando en cierta ocasión hizo esto, y habiendo dejado la casa del banquete, se retiró a los establos de los animales, cuya custodia le había sido asignada esa noche, y allí, a la hora adecuada, se entregó al sueño, se le apareció en un sueño alguien que lo saludó y lo llamó por su nombre: «Caedmon, dijo, cántame algo.» Y él respondió: «No sé cantar; por eso salí del banquete y me retiré aquí, porque no podía cantar.» De nuevo, el que hablaba con él dijo: «Sin embargo, tienes que cantarme algo.» «¿Qué, dijo, debo cantar?» Y él respondió: «Canta, dijo, el principio de las criaturas.» Al recibir esta respuesta, inmediatamente comenzó a cantar en alabanza del Creador versos que nunca había oído, cuyo sentido es este: «Ahora debemos alabar al autor del reino celestial, el poder del Creador, y el consejo de sus obras, el Padre de la gloria. Cómo él, siendo Dios eterno, fue el autor de todos los milagros, quien primero creó para los hijos de los hombres el cielo como techo, y luego la tierra, guardián del género humano, el Todopoderoso.» Este es el sentido, pero no el orden mismo de las palabras que él cantaba mientras dormía; pues los cánticos, aunque estén muy bien compuestos, no pueden ser trasladados de una lengua a otra palabra por palabra sin perder su belleza y dignidad. Al despertar del sueño, recordó todo lo que había cantado mientras dormía, y pronto añadió más palabras en el mismo estilo de un cántico digno de Dios.

Y viniendo por la mañana al mayordomo que estaba a cargo de él, le contó el don que había recibido, y llevado ante la abadesa, se le ordenó, en presencia de muchos hombres más doctos, relatar el sueño y decir el cántico, para que, por el juicio de todos, se probara qué era

lo que relataba y de dónde venía. Y a todos les pareció que la gracia celestial le había sido concedida por el Señor. Y le exponían un pasaje de la historia sagrada o de la doctrina, ordenándole que, si podía, lo trasladara a la modulación del cántico. Y él, habiendo asumido la tarea, se retiró, y regresando por la mañana, devolvió compuesto en un excelente cántico lo que se le había ordenado. Por lo cual, la abadesa, abrazando la gracia de Dios en el hombre, le enseñó a dejar el hábito secular y a asumir el propósito monástico, y recibido en el monasterio, lo asoció con la comunidad de los hermanos, y le ordenó que se le enseñara la serie de la historia sagrada. Y él, todo lo que podía aprender escuchando, lo recordaba y, como un animal limpio, rumiando, lo convertía en un cántico dulcísimo; y resonando más dulcemente, hacía a sus maestros sus oyentes a su vez. Cantaba sobre la creación del mundo, y el origen del género humano, y toda la historia del Génesis, sobre la salida de Israel de Egipto y su entrada en la tierra prometida, sobre muchas otras historias de la Sagrada Escritura, sobre la encarnación del Señor, su pasión, resurrección y ascensión al cielo, sobre la venida del Espíritu Santo y la doctrina de los apóstoles. También componía muchos cánticos sobre el terror del juicio futuro, el horror del castigo del infierno, y la dulzura del reino celestial; pero también muchos otros sobre los beneficios y juicios divinos, en todos los cuales se esforzaba por apartar a los hombres del amor al pecado, y por excitar en ellos el amor y la diligencia de la buena acción. Pues era un hombre muy religioso, y humildemente sometido a las disciplinas regulares; pero contra aquellos que querían hacer lo contrario, estaba encendido con el celo de un gran fervor: por lo cual también concluyó su vida con un hermoso final.

Pues, al acercarse la hora de su partida, fue afligido durante catorce días por una enfermedad corporal [DCLXXX]; sin embargo, tan moderadamente, que durante todo ese tiempo podía hablar y caminar. Había cerca una casa en la que solían ser llevados los más enfermos y los que parecían estar a punto de morir. Por lo tanto, rogó a su servidor al caer la tarde, la noche en que iba a salir de este mundo, que le preparara un lugar para descansar en ella: quien, sorprendido de por qué lo pedía, ya que no parecía estar a punto de morir, hizo sin embargo lo que había dicho. Y cuando, estando allí, hablaban y bromeaban con ánimo alegre, junto con aquellos que ya estaban allí, y ya había pasado la mitad de la noche, preguntó si tenían la Eucaristía dentro. Respondieron: «¿Para qué necesitas la Eucaristía? pues no tienes que morir todavía, ya que hablas con nosotros tan alegremente como si estuvieras sano.» De nuevo él dijo: «Sin embargo, tráiganme la Eucaristía.» Y habiéndola recibido en su mano, preguntó si todos tenían un ánimo pacífico hacia él, y sin queja de controversia o rencor. Todos respondieron que tenían un ánimo muy pacífico hacia él, y alejado de toda ira: y le rogaban a su vez que tuviera un ánimo pacífico hacia ellos. Y él respondió de inmediato: «Yo tengo un ánimo pacífico, hijitos, hacia todos los siervos de Dios.» Y así, fortaleciéndose con el viático celestial, se preparó para la entrada a la otra vida; y preguntó cuán cerca estaba la hora en que los hermanos debían ser despertados para cantar las alabanzas nocturnas al Señor. Respondieron: «No está lejos.» Y él dijo: «Bien, entonces, esperemos esa hora.» Y, haciéndose la señal de la santa cruz, reclinó la cabeza sobre la almohada, y durmiendo un poco, así en silencio terminó su vida. Y así sucedió que, como había servido al Señor con una mente simple y pura y con una devoción tranquila, así también, dejando el mundo con una muerte tranquila, llegó a su visión, y aquella lengua que había compuesto tantas palabras saludables en alabanza del Creador, también cerró sus últimas palabras en alabanza de él, haciéndose la señal de la cruz y encomendando su espíritu en sus manos: quien también parece haber sido consciente de su muerte, por lo que hemos narrado.

CAPÍTULO XXV. Qué visión se le apareció a un hombre de Dios, antes de que el monasterio de la ciudad de Coludi fuera consumido por el fuego.

En esos tiempos [DCLXXIX] el monasterio de vírgenes que llaman la ciudad de Coludi, del cual también hemos hecho mención antes, fue consumido por las llamas debido a la negligencia de sus habitantes, y especialmente de aquellos que parecían ser los mayores. Pero no faltó la advertencia de la piedad divina para los que debían ser castigados, para que, corregidos, por ayunos, lágrimas y oraciones, apartaran de sí la ira del justo Juez, a semejanza de los ninivitas.

Pues había en ese monasterio un hombre de origen escocés, llamado Adamnan, que llevaba una vida muy devota a Dios en continencia y oraciones, de tal manera que nunca tomaba alimento ni bebida, excepto el día del Señor y el quinto día del sábado; a menudo pasaba noches enteras en oración. Esta estricta forma de vida más rigurosa le había sobrevenido al principio por la necesidad de enmendar su propia maldad. Pero con el tiempo, había convertido la necesidad en costumbre.

Pues en su juventud había cometido algún pecado, que, al volver en sí, lo horrorizó gravemente, y temía ser castigado por el estricto Juez. Por lo tanto, acudiendo a un sacerdote de quien esperaba que le mostrara el camino de la salvación, confesó su culpa, y le pidió que le diera un consejo sobre cómo podría escapar de la ira venidera. Al escuchar su confesión, el sacerdote le dijo: «Una gran herida requiere un remedio mayor: por lo tanto, insiste tanto como puedas en ayunos, salmos y oraciones, para que, anticipando el rostro del Señor en confesión, merezcas encontrarlo propicio.» Pero él, a quien el dolor de la conciencia culpable tenía en exceso, y deseaba ser liberado rápidamente de las cadenas internas de los pecados que lo oprimían, dijo: «Soy joven de edad, y fuerte de cuerpo: cualquier cosa que me impongas hacer, con tal de que sea salvo en el día del Señor, lo soportaré fácilmente, incluso si me ordenas pasar toda la noche de pie en oraciones, o pasar una semana entera en ayuno.» El sacerdote le dijo: «Es mucho que puedas soportar toda la semana sin alimento corporal; pero es suficiente observar un ayuno de dos o tres días. Haz esto, hasta que, después de un poco de tiempo, regrese a ti y te muestre más plenamente qué debes hacer y cuánto tiempo debes insistir en la penitencia.» Dicho esto, y habiéndole descrito la medida de la penitencia, el sacerdote se fue, y por una causa repentina, se retiró a Irlanda, de donde había venido, y no regresó a él según lo prometido. Pero él, recordando su precepto y su propia promesa, se entregó por completo a las lágrimas de penitencia, vigiliassantas y continencia; de tal manera que solo el quinto día del sábado y el día del Señor, como he dicho, se alimentaba, permaneciendo en ayuno los demás días de la semana. Y cuando escuchó que su sacerdote se había retirado a Irlanda y allí había muerto, siempre desde entonces observaba el modo de continencia según lo acordado; y lo que había comenzado por causa del temor divino, compungido por su culpa, ahora lo hacía incansablemente por causa del amor divino, deleitándose en las recompensas.

Mientras él diligentemente cumplía con su labor durante mucho tiempo, sucedió que un día, habiendo salido del monasterio acompañado por uno de los hermanos, después de completar su viaje, regresaron. Al acercarse al monasterio y ver sus edificios elevados, el hombre de Dios se deshizo en lágrimas, y su rostro mostraba la tristeza de su corazón. Al verlo, su compañero le preguntó por qué lloraba. Él respondió: «Todos estos edificios públicos y privados que ves, pronto serán consumidos por el fuego y convertidos en cenizas». Al escuchar esto, tan pronto como entraron al monasterio, se lo comunicó a la madre de la congregación, llamada Aebba. Ella, perturbada por tal presagio, llamó al hombre y le preguntó con más detalle sobre el asunto y cómo lo sabía. Él dijo: «Recientemente, ocupado en vigiliass y salmos nocturnos, vi de repente a alguien de rostro desconocido de pie ante mí. Aunque su presencia me aterrorizó, me dijo que no temiera; y, hablándome con voz familiar,

dijo: "Haces bien al no entregarte al sueño en este tiempo de descanso nocturno, sino al dedicarte a vigiliyas y oraciones". A lo que respondí: "Sé que es necesario para mí insistir en vigiliyas saludables y rogar diligentemente al Señor por mis errores". Él añadió: "Dices la verdad, porque tanto tú como muchos necesitan redimir sus pecados con buenas obras, y cuando cesan de los trabajos temporales, entonces pueden trabajar más libremente por el deseo de los bienes eternos; pero muy pocos lo hacen. De hecho, he recorrido todo este monasterio, inspeccionando las casas y camas de cada uno, y no encontré a nadie, excepto a ti, ocupado en la salud de su alma: todos, hombres y mujeres, están o bien dormidos en inercia o vigilantes para pecar. Incluso las pequeñas casas hechas para orar o leer se han convertido en lugares de banquetes, bebidas, charlas y otras tentaciones. Las vírgenes dedicadas a Dios, despreciando la reverencia de su profesión, siempre que tienen tiempo, se dedican a tejer vestiduras más finas para adornarse como esposas en peligro de su estado, o para ganarse la amistad de hombres externos. Por lo tanto, con razón, se ha preparado una grave venganza del cielo con llamas ardientes para este lugar y sus habitantes". La abadesa dijo: "¿Y por qué no quisiste revelarme esto antes?" Él respondió: "Temía, por respeto a ti, que te perturbaras demasiado; sin embargo, ten esta consolación, que en tus días esta plaga no vendrá". Después de que esta visión se divulgó, los habitantes del lugar comenzaron a temer durante algunos días y a castigarse a sí mismos dejando de lado sus crímenes. Pero después de la muerte de la abadesa, volvieron a sus antiguas inmundicias, e incluso hicieron cosas más perversas. Y cuando decían "Paz y seguridad", inmediatamente fueron castigados con la pena de la venganza anunciada.

Todo esto me lo relató mi reverendísimo compañero sacerdote Aedgils, quien entonces vivía en ese monasterio. Más tarde, cuando muchos de los habitantes se fueron debido a la desolación, vivió durante mucho tiempo en nuestro monasterio y allí falleció. Creímos que esto debía incluirse en nuestra Historia para advertir al lector de las obras del Señor, cuán terrible es en sus consejos sobre los hijos de los hombres; no sea que, sirviendo a las tentaciones de la carne en algún momento y temiendo menos el juicio de Dios, nos sorprenda su ira repentina, y nos aflija justamente con pérdidas temporales o nos lleve a la perdición eterna con un juicio más estricto.

CAPÍTULO XXVI. Sobre la muerte de los reyes Ecgfrid y Hlothari.

En el año seiscientos ochenta y cuatro de la encarnación del Señor, el rey Ecgfrid de los Northumbrianos, enviando al ejército bajo el mando de Berct a Irlanda, devastó miserablemente a un pueblo inocente y siempre amistoso con la nación de los anglos; de tal manera que ni siquiera las iglesias o monasterios fueron perdonados por la mano hostil. Pero los isleños, en la medida de sus fuerzas, repelieron las armas con armas, e invocando la ayuda de la divina piedad, pidieron durante mucho tiempo ser vengados desde el cielo con continuas imprecaciones. Y aunque los maldicientes no pueden poseer el reino de Dios, se creyó que aquellos que eran maldecidos por su impiedad, pronto pagarían las penas de su culpa con el Señor como vengador. De hecho, al año siguiente, el mismo rey, habiendo llevado temerariamente al ejército a devastar la provincia de los pictos, a pesar de las muchas prohibiciones de sus amigos y especialmente del beato Cudberct, quien había sido recientemente ordenado obispo, fue llevado, con los enemigos simulando una fuga, a las estrecheces de montañas inaccesibles, y con la mayor parte de las tropas que había llevado consigo, fue exterminado en el año cuarenta de su vida, y el decimoquinto de su reinado, el día trece de las calendas de junio. Y aunque, como dije, sus amigos le prohibieron entrar en esta guerra; pero como el año anterior no había querido escuchar al reverendísimo Padre Ecgberct, para no atacar a Escocia, que no le hacía daño, se le dio como castigo por ese pecado, que ahora no escuchara a aquellos que deseaban salvarlo de la destrucción.

Desde ese tiempo, la esperanza y el poder del reino de los anglos comenzaron a fluir y a retroceder. Pues tanto los pictos recuperaron la tierra de su posesión que los anglos habían tenido, como los escoceses que estaban en Britania, y también una parte de los britanos, recuperaron la libertad, que hasta ahora han mantenido durante unos cuarenta y seis años; donde entre muchos de la nación de los anglos, ya sea muertos por la espada, o sometidos a servidumbre, o huyendo de la tierra de los pictos, incluso el reverendísimo hombre de Dios Trumuini, quien había recibido el episcopado sobre ellos, se retiró con los suyos que estaban en el monasterio de Aebbercurnig, situado en la región de los anglos, pero en la vecindad del estrecho que separa las tierras de los anglos y los pictos; y dondequiera que pudo, los encomendó a amigos en los monasterios, él mismo eligió un lugar de residencia en el mencionado monasterio de los siervos y siervas de Dios llamado Streanaeshalch; y allí, con unos pocos de los suyos, llevó una vida útil no solo para sí mismo, sino también para muchos, durante mucho tiempo en la estricta vida monástica: donde también falleció, y fue enterrado en la iglesia del beato apóstol Pedro, según el honor y la dignidad de su vida y grado. En ese tiempo, el monasterio estaba bajo la dirección de la virgen real Aelbfled junto con su madre Eanfleda, de quienes hemos hecho mención anteriormente. Pero, al llegar allí el obispo, encontró un gran auxilio para gobernar y un consuelo para su vida en la devota maestra de Dios. Sucedió a Ecgfrid en el reino Alfrid, un hombre muy docto en las Escrituras, quien se decía que era su hermano e hijo del rey Osuiu: y recuperó noblemente el estado destruido del reino, aunque dentro de límites más estrechos.

En el mismo año, que es el seiscientos ochenta y cinco de la encarnación del Señor, Hlothari, rey de los cantienses, después de haber reinado doce años tras su hermano Ecgberct, quien había reinado nueve años, murió el octavo de las idus de febrero. Fue herido en una batalla contra los sajones del sur, a quienes Edric, hijo de Ecgberct, había reunido contra él, y murió mientras se le trataba. Y después de él, el mismo Edric reinó un año y medio: tras su muerte, ese reino fue destruido por reyes dudosos o extranjeros durante algún tiempo; hasta que el legítimo rey Uictred, es decir, hijo de Ecgberct, fortalecido en el reino, liberó a su pueblo de la invasión extranjera con religión e industria.

CAPÍTULO XXVII. Cómo el hombre de Dios Cudberct fue hecho obispo: y cómo vivió y enseñó mientras aún estaba en la vida monástica.

En el mismo año en que el rey Ecgfrid terminó su vida, como dijimos, se ordenó que el santo y venerable hombre Cudberct fuera consagrado obispo de la Iglesia de Lindisfarne, quien en una pequeña isla llamada Farne, que está a casi nueve millas de la misma iglesia en el océano, había llevado una vida solitaria durante muchos años en gran continencia de cuerpo y mente. Desde su primera infancia, siempre ardía con el deseo de una vida religiosa; pero desde su juventud temprana asumió el nombre y el hábito monástico. Entró primero en el monasterio de Mailros, que está situado en la orilla del río Tweed, entonces gobernado por el abad Eata, un hombre de gran mansedumbre y simplicidad, quien más tarde fue hecho obispo de la Iglesia de Hexham o Lindisfarne, como hemos mencionado antes: en ese tiempo, Boisil, un sacerdote de grandes virtudes y espíritu profético, fue su prior. Cudberct, humildemente sometido a su enseñanza, adquirió de él tanto el conocimiento de las Escrituras como ejemplos de buenas obras.

Después de que Boisil partió hacia el Señor, Cudberct fue hecho prior del mismo monasterio, y con la autoridad del maestro y el ejemplo de su acción, instruía a muchos en la vida regular. No solo proporcionaba enseñanzas y ejemplos de vida regular al mismo monasterio, sino que también se preocupaba por convertir al pueblo circundante, de lejos y de cerca, del camino de

la vida insensata al amor de los gozos celestiales. Pues muchos profanaban la fe que tenían con obras iniquas: y algunos, incluso en tiempos de mortalidad, descuidando los sacramentos de la fe con los que habían sido instruidos, acudían a los erráticos remedios de la idolatría; como si la plaga enviada por el Creador Dios pudiera ser contenida por encantamientos, amuletos, o cualquier otro secreto de la arte demoníaca. Para corregir ambos errores, él mismo salía frecuentemente del monasterio, a veces montando a caballo, pero más a menudo caminando, y visitaba las aldeas circundantes, predicando el camino de la verdad a los errantes; lo cual también Boisil solía hacer en su tiempo. Era costumbre en ese tiempo entre los pueblos anglos que, cuando un clérigo o sacerdote llegaba a una aldea, todos acudían a escuchar su palabra; escuchaban con gusto lo que se decía; y seguían con más gusto lo que podían entender y escuchar, poniéndolo en práctica. Cudberct tenía tal habilidad para hablar, tal amor para persuadir lo que enseñaba, tal luz angelical en su rostro, que ninguno de los presentes se atrevía a ocultarle los secretos de su corazón; todos confesaban abiertamente lo que habían hecho, porque no creían que nada de esto pudiera estar oculto para él; y confesando, borraban con frutos de penitencia dignos, como él mandaba. Solía recorrer especialmente esos lugares, y predicar en esas aldeas, que estaban situadas en montañas altas y ásperas, lejos, y que eran un horror para otros visitar, y que por su pobreza y rusticidad alejaban a los doctores. Sin embargo, él, entregado con piedad a este trabajo, los cultivaba con tal industria de enseñanza hábil, que al salir del monasterio, a menudo no regresaba durante una semana entera, a veces dos o tres, y en ocasiones incluso un mes completo; sino que permanecía en las montañas, llamando al pueblo rústico a las cosas celestiales con la palabra de predicación y el ejemplo de virtud.

Cuando el venerable siervo del Señor, viviendo muchos años en el monasterio de Mailros, brillaba con grandes signos de virtudes, el reverendísimo abad Eata lo trasladó a la isla de Lindisfarne, para que allí también pudiera enseñar a los hermanos la disciplina regular con la autoridad del prior, y mostrarlo con su propia acción. Pues en ese tiempo, el mismo reverendísimo Padre gobernaba ese lugar con el derecho de abad. Desde tiempos antiguos, tanto el obispo con su clero como el abad solían residir allí con los monjes; quienes también pertenecían familiarmente al cuidado del obispo. Porque Aedan, quien fue el primer obispo de ese lugar, llegando allí como monje con monjes, estableció en él la vida monástica: de la misma manera que el beato Padre Agustín se sabe que hizo antes en Kent, escribiéndole el reverendísimo papa Gregorio, lo cual también hemos mencionado antes. «Pero porque tu fraternidad, instruida en las reglas del monasterio, no debe separarse de sus clérigos; en la Iglesia de los anglos, que recientemente ha sido llevada a la fe por el autor Dios, debe instituir esta forma de vida, que fue al principio de la Iglesia naciente para nuestros Padres; en la cual ninguno de ellos decía que algo de lo que poseían era suyo, sino que tenían todas las cosas en común».

CAPÍTULO XXVIII. Cómo en la vida anacoreta produjo un manantial de tierra árida con oración, y recibió una cosecha de su trabajo manual más allá del tiempo de siembra.

Desde entonces, Cudberct, con méritos crecientes de intención religiosa, también llegó a los secretos silencios de la contemplación anacoreta que mencionamos [676]. Pero porque sobre su vida y virtudes hemos escrito suficientemente hace muchos años, tanto en versos heroicos como en simple prosa, basta con recordar aquí que, al ir a la isla, declaró a los hermanos, diciendo: «Si la gracia divina me concede en ese lugar vivir del trabajo de mis manos, con gusto permaneceré allí; de lo contrario, volveré a vosotros lo más pronto posible, si Dios quiere». El lugar era completamente carente de agua, fruto y árboles, y menos adecuado para la habitación humana debido a la frecuencia de espíritus malignos: pero se hizo habitable en todo a la voluntad del hombre de Dios, pues a su llegada, los espíritus malignos se retiraron.

Cuando él mismo, habiendo expulsado a los enemigos, construyó una pequeña morada rodeada de un muro, y las casas necesarias en ella, es decir, un oratorio y una habitación común, con la ayuda de los hermanos, ordenó a los hermanos hacer una fosa en el suelo de esa habitación: pero la tierra era muy dura y rocosa, sin ninguna apariencia de una vena de agua. Sin embargo, al día siguiente, a la fe y oraciones del siervo de Dios, se encontró llena de agua, que hasta el día de hoy proporciona suficiente abundancia de su gracia celestial a todos los que llegan allí. También pidió que le trajeran herramientas agrícolas con grano, que cuando sembró en la tierra preparada en el tiempo adecuado, no germinó en absoluto, no digo espigas, sino ni siquiera hierba, hasta el tiempo del verano. Por lo tanto, cuando los hermanos lo visitaron como de costumbre, ordenó que le trajeran cebada, si tal vez la naturaleza de ese suelo o la voluntad del dador supremo fuera que esa cosecha creciera allí. Cuando se le trajo, más allá de todo tiempo de siembra, más allá de toda esperanza de fructificación, la sembró en el mismo campo, y pronto una abundante cosecha surgió, proporcionando al hombre de Dios la deseada recolección de su propio trabajo.

Cuando, por lo tanto, el venerable siervo del Señor sirvió a Dios en soledad durante muchos años [684], y la altura del muro que rodeaba su morada era tal que solo podía ver el cielo, que anhelaba, sucedió que, convocado un gran sínodo bajo la presencia del rey Ecgfrid junto al río Alne, en un lugar llamado Aduifyrði, que significa "en el doble vado", presidido por el beato arzobispo Teodoro, fue elegido por unanimidad y consenso de todos para el episcopado de la Iglesia de Lindisfarne. Aunque con muchos enviados y cartas enviadas a él, no pudo ser sacado de su monasterio; finalmente, el mismo rey mencionado, junto con el santísimo obispo Truine, y otros hombres religiosos y poderosos, navegó a la isla. También se reunieron muchos de los hermanos de la misma isla de Lindisfarne para este propósito, se arrodillaron todos, lo conjuraron por el Señor, derramaron lágrimas, suplicaron; hasta que también lo sacaron, lleno de lágrimas, de sus dulces escondites, y lo llevaron al sínodo. Cuando llegó allí, aunque resistió mucho, fue superado por la voluntad unánime de todos, y fue obligado a someterse al oficio del episcopado: principalmente vencido por la palabra de que el siervo del Señor Boisil, cuando le reveló proféticamente todo lo que le sucedería, también había predicho que sería obispo. Sin embargo, la ordenación no se llevó a cabo de inmediato, sino que se completó en la misma solemnidad pascual después del invierno que se avecinaba, en York, bajo la presencia del mencionado rey Ecgfrid, reuniéndose para su consagración siete obispos, entre los cuales el beato Teodoro tenía el primado. Fue elegido primero para el episcopado de la Iglesia de Hexham en lugar de Tunberct, quien había sido depuesto del episcopado: pero como él prefirió ser puesto sobre la Iglesia de Lindisfarne, donde había vivido, se decidió que Eata regresara a la sede de la Iglesia de Hexham, a la que había sido ordenado primero, y Cudberct asumiera el gobierno de la Iglesia de Lindisfarne.

Quien adornaba el grado del episcopado asumido con obras de virtudes a imitación de los bienaventurados apóstoles. Pues protegía a la gente encomendada a él con oraciones continuas, y con admoniciones muy saludables los llamaba a las cosas celestiales. Y, lo que más ayuda a los maestros, él mismo mostraba primero haciendo lo que enseñaba que debía hacerse. Era, ante todo, ferviente en el fuego de la caridad divina, modesto en la virtud de la paciencia, muy atento a la devoción de las oraciones, accesible a todos los que venían a él en busca de consuelo; considerando esto también como un lugar de oración, si brindaba la ayuda de su exhortación a los hermanos enfermos; sabiendo que quien dijo: "Amarás al Señor tu Dios", también dijo: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Era también notable por la castidad de la abstinencia, siempre elevado hacia las cosas celestiales con la gracia de la compunción. De hecho, cuando ofrecía el sacrificio de la víctima de salvación a Dios, no con

voz elevada, sino con lágrimas derramadas desde lo más profundo del pecho, encomendaba sus votos al Señor.

Después de haber pasado dos años en el episcopado, regresó a su isla y monasterio [687], advertido por un oráculo divino de que los días de su muerte, o más bien de esa vida que sola debe llamarse vida, ya se acercaban: como él mismo también revelaba en ese tiempo a algunos, pero con palabras más oscuras, que sin embargo después se entenderían claramente; a algunos, sin embargo, les revelaba esto mismo claramente.

CAPÍTULO XXIX. Cómo el mismo, ya obispo, predijo su muerte inminente al anacoreta Hereberct.

Había un presbítero de vida venerable, llamado Hereberct, ya desde hace tiempo unido al hombre de Dios por un lazo de amistad espiritual; quien, viviendo en una isla de un gran lago de donde brotan las fuentes del río Deruentionis, llevaba una vida solitaria y solía visitarlo anualmente para escuchar sus consejos de salvación eterna. Cuando supo que había llegado a la ciudad de Lugubalia, vino como de costumbre, deseando ser encendido más y más en deseos celestiales por sus exhortaciones saludables. Mientras se embriagaban mutuamente con los cálices de la vida celestial, el obispo dijo entre otras cosas: «Recuerda, hermano Hereberct, que ahora debes preguntarme cualquier cosa que necesites y hablar conmigo: pues después de que nos hayamos separado, no nos veremos más en este mundo con los ojos de la carne. Estoy seguro de que el tiempo de mi partida está cerca, y la disolución de mi tabernáculo es inminente». Al escuchar esto, se postró a sus pies y, derramando lágrimas con gemidos, dijo: «Te ruego, por el Señor, que no me abandones, sino que recuerdes a tu fiel compañero y ruegues a la piedad celestial que, habiendo servido juntos en la tierra, podamos pasar juntos al cielo para ver su gracia. Sabes que siempre he procurado vivir según el mandato de tu boca, y cualquier cosa que haya cometido por ignorancia o fragilidad, me he apresurado a corregirla según el juicio de tu voluntad». El obispo se dedicó a la oración y pronto fue instruido en el espíritu de que había obtenido lo que pedía al Señor: «Levántate, hermano mío, y no llores, sino alégrate porque la clemencia celestial nos ha concedido lo que hemos pedido».

La verdad de esta promesa y profecía fue confirmada por el evento posterior, ya que, al separarse, no se volvieron a ver corporalmente, pero en el mismo día, es decir, el decimotercer día antes de las calendas de abril, al salir del cuerpo, sus espíritus se unieron inmediatamente en una visión bendita y fueron trasladados juntos al reino celestial por el ministerio angélico. Pero Hereberct fue consumido primero por una enfermedad divina; esto, como es creíble, por la disposición de la piedad del Señor, para que si le faltaba algún mérito en comparación con el beato Cudberct, lo supliera con el dolor de una larga enfermedad: para que, igualado en gracia a su intercesor, así como salió del cuerpo al mismo tiempo, también mereciera ser recibido en la misma e indivisible sede de la bienaventuranza eterna.

El reverendísimo Padre murió en la isla de Farne, habiendo rogado mucho a los hermanos que lo enterraran allí, donde había servido al Señor por un tiempo considerable. Sin embargo, finalmente, vencido por sus súplicas, accedió a ser trasladado a la isla de Lindisfarne y ser sepultado en la iglesia. Cuando esto se hizo, el venerable obispo Uilfrid gobernó la diócesis de esa iglesia durante un año, hasta que se eligiera a quien debía ser ordenado obispo en lugar de Cudberct.

Después de esto, fue ordenado Eadberct, un hombre notable por su conocimiento de las Escrituras divinas y la observancia de los preceptos celestiales, y especialmente por su obra de limosnas; de tal manera que, según la ley, cada año daba a los pobres la décima parte no solo de los cuadrúpedos, sino también de todos los frutos y manzanas, así como de las vestiduras.

CAPÍTULO XXX. Cómo su cuerpo, después de once años de sepultura, fue encontrado libre de corrupción; y poco después su sucesor en el episcopado también partió de este mundo.

Deseando la divina disposición mostrar más ampliamente cuánta gloria vivía el hombre de Dios Cudberct después de la muerte, cuya vida antes de la muerte se manifestaba también por frecuentes indicios de milagros, después de once años de su sepultura, inspiró en el ánimo de los hermanos que levantaran sus huesos, que, según la costumbre de los muertos, pensaban encontrar secos, ya consumido el cuerpo y reducido a polvo; y que los colocaran en un nuevo relicario, en el mismo lugar, pero sobre el pavimento, por la gracia de una digna veneración. Cuando informaron a su obispo Eadberct que esto les había parecido bien, él aprobó su consejo y les ordenó que recordaran hacerlo el día de su deposición. Así lo hicieron: y al abrir el sepulcro, encontraron el cuerpo entero como si aún viviera, íntegro, y con las articulaciones flexibles, más parecido a un dormido que a un muerto; y también todas las vestiduras con las que estaba vestido, no solo intactas, sino también con una novedad y claridad asombrosas. Cuando los hermanos vieron esto, llenos de gran temor, se apresuraron a informar al obispo lo que habían encontrado, quien entonces, por casualidad, estaba en un lugar más apartado de la iglesia, rodeado por las aguas del mar que refluyen por todas partes, permaneciendo en soledad. Pues en este lugar solía pasar siempre el tiempo de Cuaresma, y en este lugar solía pasar los cuarenta días antes del nacimiento del Señor en gran devoción de continencia, oración y lágrimas: en el cual también su venerable predecesor Cudberct, antes de dirigirse a la isla de Farne, había servido al Señor en secreto por algún tiempo.

Le llevaron también una parte de las vestiduras que habían rodeado el santo cuerpo, las cuales él, al recibirlas como un regalo y escuchar los milagros con gusto, pues incluso las vestiduras que aún rodeaban el cuerpo del padre las besaba con afecto maravilloso, dijo: «Nuevas vestiduras rodeen el cuerpo por las que habéis tomado, y así lo repongan en el arca que habéis preparado. Sé con certeza que no permanecerá mucho tiempo vacío ese lugar, que ha sido consagrado con tanta gracia de milagro celestial; y cuán bienaventurado es aquel a quien el Señor, autor y dador de toda bienaventuranza, se dignará conceder la facultad de descansar en él». Cuando el obispo completó estas y otras palabras semejantes con muchas lágrimas y gran compunción, los hermanos hicieron como él había ordenado, y envolviendo el cuerpo en un nuevo manto y colocándolo en una nueva caja, lo pusieron sobre el pavimento del santuario. Sin demora, el amado de Dios, el obispo Eadberct, fue atacado por una enfermedad grave, y con el ardor de la enfermedad creciendo y agravándose mucho día a día, poco después, es decir, el día antes de las nonas de mayo, también él partió hacia el Señor: colocando su cuerpo en el sepulcro del bendito Padre Cudberct, colocaron encima el arca en la que habían depositado los miembros incorruptos del mismo Padre: en el mismo lugar, los signos de sanidad realizados en varias ocasiones, por los méritos de ambos, dan testimonio, de los cuales algunos hemos consignado a la memoria en el libro de su Vida. Pero también en esta Historia hemos considerado conveniente añadir algunas cosas que recientemente hemos oído.

CAPÍTULO XXXI. Cómo un hombre fue sanado de parálisis en su tumba.

Había en el mismo monasterio un hermano llamado Badudegn, que durante mucho tiempo servía en el ministerio de los huéspedes, quien aún vive, teniendo testimonio de todos los

hermanos y de todos los huéspedes que llegaban de que era un hombre de gran piedad y religión, sometido al oficio que se le había encomendado solo por la gracia de la recompensa celestial. Un día, mientras lavaba en el mar las mantas o capas que usaba en el hospicio, al regresar a casa fue repentinamente atacado por una dolencia en medio del camino, de tal manera que, cayendo al suelo y permaneciendo un tiempo tendido boca abajo, apenas pudo levantarse; al levantarse, sintió que la mitad de su cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, estaba oprimida por la parálisis: y con gran esfuerzo, apoyándose en un bastón, llegó a casa. La enfermedad crecía poco a poco, y al llegar la noche se hizo más grave, de tal manera que, al regresar el día, apenas podía levantarse o caminar por sí mismo. Afectado por esta incomodidad, concibió en su mente un consejo muy útil, que era llegar de cualquier manera a la iglesia, entrar en la tumba del reverendísimo Padre Cudberct, y allí, de rodillas, suplicar a la piedad celestial que lo liberara de tal enfermedad, si esto le fuera útil; o si debía ser castigado por más tiempo con tal molestia por la providencia divina, soportar pacientemente el dolor y con una mente tranquila el sufrimiento infligido. Hizo, pues, lo que había dispuesto en su mente, y sosteniendo sus débiles miembros con un bastón, entró en la iglesia; y postrándose ante el cuerpo del hombre de Dios con piadosa intención, rogaba al Señor que, por su ayuda, le fuera propicio: y entre las oraciones, como si cayera en un sopor, sintió, como solía contar después, que una mano grande y ancha tocaba su cabeza en la parte que dolía, y con ese toque, toda la parte de su cuerpo que estaba oprimida por la enfermedad, poco a poco, con el dolor desapareciendo y la salud siguiéndole, pasaba hasta los pies. Hecho esto, despertando inmediatamente, se levantó completamente sano, y dando gracias de nuevo al Señor por su salud, contó a los hermanos lo que le había sucedido: y con todos regocijándose, regresó al ministerio que solía realizar con diligencia, como un hombre corregido por el castigo.

Pero también las vestiduras con las que el cuerpo consagrado a Dios de Cudberct, ya sea en vida o después de muerto, había sido vestido, tampoco carecieron de la gracia de curar, como cualquiera que lea el volumen de su Vida y virtudes encontrará.

CAPÍTULO XXXII. Cómo otro fue recientemente curado de una enfermedad ocular por sus reliquias.

No debe pasarse por alto en silencio lo que hace tres años fue hecho por sus reliquias, lo cual me fue recientemente revelado por el mismo hermano en quien se realizó. Esto ocurrió en el monasterio que, construido junto al río Dacore, tomó su nombre de él, y que entonces estaba bajo el gobierno del religioso Suidberct como abad. Había en él un joven cuya párpado del ojo estaba desfigurado por un tumor deformante, que, creciendo día a día, amenazaba con destruir el ojo, y los médicos intentaban ablandarlo con ungüentos, pero no podían. Algunos decían que debía ser cortado; otros prohibían hacerlo por temor a un mayor peligro. Y mientras el mencionado hermano sufría por un tiempo considerable con tal incomodidad, y la mano humana no podía curar la amenaza inminente para el ojo, sino que más bien aumentaba día a día, sucedió que fue sanado repentinamente por la gracia de la piedad divina a través de las reliquias del santísimo Padre Cudberct. Pues cuando los hermanos encontraron su cuerpo incorrupto después de muchos años de sepultura, tomaron una parte de los cabellos para poder darla o mostrarla a los amigos que lo pidieran como señal de milagro.

Una parte de estas reliquias la tenía en ese momento un presbítero del mismo monasterio, llamado Thruired, quien ahora es el abad de ese monasterio. Un día, al entrar en la iglesia y abrir la caja de las reliquias para dar una porción de ellas a un amigo que lo pedía, sucedió que el joven cuyo ojo estaba enfermo también estaba presente en la iglesia. Y cuando el presbítero dio la porción que quiso al amigo, dio el resto al joven para que lo guardara en su

lugar. Pero él, advertido por un saludable instinto, cuando recibió los cabellos del santo, los aplicó a su párpado enfermo, y durante un tiempo intentó comprimir y ablandar el tumor con su aplicación. Hecho esto, guardó las reliquias en su caja como se le había ordenado, creyendo que su ojo sería sanado más rápidamente por los cabellos del hombre de Dios con los que había sido tocado. Y su fe no le falló. Pues, como solía contar, era entonces alrededor de la segunda hora del día. Pero mientras pensaba y hacía otras cosas que el día exigía, cuando llegó la sexta hora del mismo día, al tocar repentinamente su ojo, lo encontró tan sano con el párpado como si nunca hubiera aparecido en él ninguna deformidad o tumor.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO. Cómo Oidiluald, sucesor de Cudberct en la vida anacoreta, calmó una tormenta en el mar orando por los hermanos que estaban en peligro.

Oidiluald sucedió al hombre de Dios Cudberct en la vida solitaria que llevaba en la isla de Farne antes de su episcopado, un hombre venerable que durante muchos años en el monasterio llamado Inhrypum, consagraba el oficio de presbítero que había recibido con actos dignos de su grado. Para que su mérito o vida se conozca más claramente, relato un milagro suyo que me contó uno de los hermanos por quienes y en quienes fue realizado, a saber, Gudfrid, un venerable siervo de Cristo y presbítero, quien también después fue abad de los hermanos de la misma Iglesia de Lindisfarne en la que fue educado. «Vine, dijo, con otros dos hermanos a la isla de Farne, deseando hablar con el reverendísimo Padre Oidiluald: y después de ser refrescados por su conversación y pedir su bendición, regresábamos a casa cuando, de repente, en medio del mar, la serenidad con la que navegábamos se interrumpió, y una tormenta tan feroz y violenta se levantó que no podíamos avanzar ni con vela ni con remo, ni esperar otra cosa que la muerte. Y después de luchar en vano durante mucho tiempo con el viento y el mar, finalmente miramos hacia atrás para ver si, por algún esfuerzo, podíamos regresar a la isla de la que habíamos salido, y encontramos que estábamos rodeados por la misma tormenta por todas partes, sin ninguna esperanza de salvación en nosotros mismos. Pero cuando levantamos la vista más lejos, vimos en la misma isla de Farne al amado Padre de Dios Oidiluald, que había salido de su retiro para observar nuestro viaje. Pues al oír el estruendo de las tormentas y el océano agitado, había salido a ver qué nos sucedía: y al vernos en trabajo y desesperación, dobló sus rodillas al Padre de nuestro Señor Jesucristo para orar por nuestra vida y salvación. Y cuando completó su oración, calmó al mismo tiempo las aguas tumultuosas; de tal manera que, cesando por completo la furia de la tormenta, vientos favorables nos acompañaron hasta la tierra por las tranquilas aguas del mar. Y cuando llegamos a tierra, y sacamos nuestra barca de las olas, la misma tormenta que había cesado un poco por nuestra causa, regresó, y durante todo ese día no dejó de rugir mucho, para que se entendiera claramente que esa pequeña pausa de tranquilidad nos fue concedida desde el cielo por las oraciones del hombre de Dios».

El mismo hombre de Dios permaneció en la isla de Farne durante doce años y allí murió; pero fue sepultado en la isla de Lindisfarne junto a los cuerpos de los obispos mencionados, en la iglesia del bienaventurado apóstol Pedro. Estos hechos ocurrieron en tiempos del rey Aldfrid, quien después de su hermano Ecgfrid gobernó a la gente de Northumbria durante diecinueve años.

CAPÍTULO II. Cómo el obispo Juan curó a un mudo y escabioso bendiciéndolo.

Al principio de su reinado, después de la muerte del obispo Eata, Juan, un hombre santo, asumió el obispado de la Iglesia de Hexham: de quien se cuentan muchos milagros de

virtudes por aquellos que lo conocieron familiarmente, y especialmente por el reverendísimo y veracísimo Bercthun, su antiguo diácono, ahora abad del monasterio llamado Inderauuda, es decir, en el bosque de los Deros: de los cuales hemos considerado conveniente consignar algunos a la memoria. Hay una mansión más apartada, rodeada por un raro bosque de vallas, no lejos de la iglesia de Hexham, es decir, a una distancia de casi una milla y media separada por el río Tyne, que tiene un cementerio del arcángel San Miguel, en la que el hombre de Dios solía permanecer con frecuencia cuando la oportunidad del tiempo lo permitía, y especialmente en Cuaresma, para dedicarse en silencio a la oración y la lectura. Y cuando en algún momento, al comenzar la Cuaresma, llegó allí para quedarse, ordenó a los suyos buscar a algún pobre gravemente enfermo o necesitado, para que pudieran tenerlo con ellos durante esos días para hacer limosnas: pues siempre solía hacer esto.

Había en una aldea cercana un joven mudo, conocido por el obispo, pues solía venir a él con frecuencia para recibir limosnas, que no podía pronunciar ni una sola palabra; pero también tenía tal sarna y caspa en la cabeza, que nunca podía crecerle cabello en la parte superior de la cabeza, solo alrededor se veían horribles cabellos de pie. El obispo ordenó que lo trajeran y que le hicieran una pequeña cabaña en el recinto de esa mansión donde pudiera permanecer y recibir su estipendio diario de ellos. Y cuando se completó una semana de Cuaresma, el domingo siguiente ordenó que el pobre entrara, y al entrar le ordenó que sacara la lengua de su boca y se la mostrara; y tomándolo por la barbilla, imprimió el signo de la santa cruz en su lengua, y le ordenó que la retirara y hablara: Di, dijo, alguna palabra, di Gae, que es, en la lengua de los anglos, una palabra de afirmación y consentimiento, es decir, también. Él dijo inmediatamente, con el vínculo de su lengua suelto, lo que se le había ordenado. El obispo añadió los nombres de las letras: «Di A», él dijo A. «Di B»; él también dijo esto. Y cuando respondía a cada uno de los nombres de las letras que decía el obispo, añadió también a proponerle sílabas y palabras para decir. Y cuando en todo respondía consecuentemente, le ordenó que dijera oraciones más largas; y lo hizo: y no dejó de hablar algo durante todo ese día y la noche siguiente, tanto como pudo permanecer despierto, como cuentan los que estuvieron presentes, y mostrar a otros los secretos de su pensamiento y voluntad, lo que nunca antes había podido hacer; a semejanza de aquel que había sido cojo durante mucho tiempo y fue curado por los apóstoles Pedro y Juan, saltando se puso de pie y caminaba; y entró con ellos en el templo caminando, saltando y alabando al Señor; gozoso de usar el oficio de los pies, del que había estado privado durante tanto tiempo. El obispo, regocijándose por su salud, ordenó al médico que también aplicara cuidado para sanar la escabrosidad de su cabeza.

Hizo como se le ordenó, y con la bendición y las oraciones del obispo, nació con la salud de la piel una hermosa apariencia de cabello, y el joven se volvió claro de rostro y elocuente, con cabellos bellamente rizados, quien antes había sido deforme, pobre y mudo. Y así, gozoso de la salud recibida, aunque el obispo le ofreció un lugar para quedarse en su familia, prefirió regresar a casa.

CAPÍTULO III. Cómo el mismo sanó a una niña enferma orando.

[DCLXXXVI.] El mismo Bercthun narró otro milagro del mencionado obispo. Cuando el reverendísimo Wilfrid, después de un largo exilio, fue recibido en el episcopado de la Iglesia de Hexham, y el mismo Juan, tras la muerte de Bosa, un hombre de gran santidad y humildad, fue sustituido como obispo en York, él mismo vino en cierto momento al monasterio de vírgenes en el lugar llamado Wetadun, donde entonces Heriburg era abadesa. «Cuando llegamos allí, dijo, y fuimos recibidos con gran alegría por todos, la abadesa nos

informó que una de las vírgenes, que era su hija carnal, estaba gravemente enferma: porque recientemente había sido sangrada en el brazo, y mientras estaba en reposo, fue afectada por un dolor repentino, que al aumentar, agravó más el brazo herido, convirtiéndose en un tumor, tanto que apenas podía ser rodeado por dos manos, y ella misma, acostada en la cama por la intensidad del dolor, parecía ya a punto de morir. La abadesa rogó entonces al obispo que entrara a verla y se dignara bendecirla, porque creía que mejoraría inmediatamente con su bendición o toque. Al preguntar él cuándo había sido sangrada la joven, y al saber que fue en la cuarta luna, dijo: Muy imprudentemente e ignorantemente habéis hecho al sangrar en la cuarta luna. Recuerdo que el arzobispo Teodoro, de bendita memoria, decía que es bastante peligrosa la sangría en ese tiempo, cuando tanto la luz de la luna como el reuma del océano están en aumento. ¿Y qué puedo hacer yo por la joven si está a punto de morir? Pero ella, insistiendo más por la hija a la que amaba mucho, pues incluso había dispuesto que fuera abadesa en su lugar, finalmente consiguió que entrara a ver a la enferma. Entró entonces conmigo, llevando a la virgen que yacía, como dije, constreñida por mucho dolor, y con el brazo tan hinchado que no tenía en absoluto flexión en el codo: y estando de pie, dijo una oración sobre ella, y bendiciéndola, salió. Y cuando después de esto nos sentamos a la mesa a la hora adecuada, alguien vino y me llamó afuera, diciendo: Quoenburg, pues ese era el nombre de la virgen, pide que regreses rápidamente a ella. Cuando lo hice, la encontré con un rostro más alegre, y como si estuviera sana. Y mientras me sentaba junto a ella, dijo: ¿Quieres que pidamos algo de beber? Y yo respondí: Sí, quiero, y me alegraré mucho si puedes. Y cuando nos trajeron una copa, bebimos ambos, y comenzó a decirme que desde que el obispo hizo la oración por mí y completó la bendición, inmediatamente comencé a sentirme mejor; y aunque aún no he recuperado mis fuerzas anteriores, todo el dolor, tanto del brazo donde era más ardiente, como de todo mi cuerpo, como si el mismo obispo lo hubiera llevado afuera, ha sido completamente eliminado, aunque el tumor del brazo aún parecía permanecer. Pero cuando nos fuimos de allí, el dolor de los miembros fue seguido inmediatamente por la desaparición del horrible tumor; y la virgen, rescatada de la muerte y del dolor, daba alabanzas al Señor Salvador junto con los demás que estaban allí, sus siervos.»

CAPÍTULO IV. Cómo curó a la esposa enferma de un conde con agua bendita.

El mismo abad narró otro milagro no muy diferente de este sobre el mencionado obispo, diciendo: «Había una villa de un conde llamado Puch, no lejos de nuestro monasterio, es decir, separada por una distancia de casi dos millas: cuya esposa había estado retenida por una enfermedad muy grave durante casi cuarenta días, tanto que durante tres semanas no pudo ser llevada fuera de la habitación en la que yacía. Sucedió que en ese tiempo el hombre de Dios fue llamado allí por el mismo conde para dedicar una iglesia. Y cuando la iglesia fue dedicada, el conde le rogó que entrara en su casa para almorzar. El obispo se negó, diciendo que debía regresar al monasterio, que estaba cerca. Pero él, insistiendo más con sus súplicas, incluso prometió dar limosnas a los pobres, con tal de que él se dignara entrar en su casa ese día para romper el ayuno. Yo también rogué junto con él, prometiendo también dar limosnas para el sustento de los necesitados, con tal de que él entrara en la casa del conde para almorzar y dar su bendición. Y cuando con dificultad y tardanza lo conseguimos, entramos para refrescarnos. El obispo había enviado a la mujer que yacía enferma un poco de agua bendita que había consagrado para la dedicación de la iglesia, a través de uno de los hermanos que había venido conmigo, ordenando que se la diera a probar, y que dondequiera que supiera que tenía el mayor dolor, la lavara con esa agua. Y cuando esto se hizo, la mujer se levantó inmediatamente sana, y no solo sintiendo que estaba libre de la larga enfermedad, sino que también había recuperado las fuerzas perdidas, ofreció una copa al obispo y a

nosotros: y no dejó de servirnos a todos hasta que el almuerzo se completó; imitando a la suegra del bendito Pedro, que cuando fue afligida por la fiebre, al toque de la mano del Señor se levantó, y habiendo recibido salud y fuerza, les servía.»

CAPÍTULO V. Cómo también revivió a un niño del conde de la muerte mediante la oración.

En otro momento, llamado para dedicar una iglesia del conde llamado Addi, cuando completó el ministerio solicitado, fue rogado por el mismo conde que entrara a ver a uno de sus hijos que estaba siendo oprimido por una enfermedad muy grave, tanto que, con todas las funciones de sus miembros fallando, parecía estar a punto de morir; para quien incluso ya se había preparado un ataúd en el que debía ser colocado muerto. El hombre añadió lágrimas a sus súplicas, rogando diligentemente que entrara a orar por él, porque su vida le era muy necesaria; creía que si él quería imponerle la mano y bendecirlo, inmediatamente estaría mejor. Entonces el obispo entró allí, y vio a todos tristes, ya próximo a la muerte, y el ataúd colocado junto a él en el que debía ser sepultado; dijo una oración y lo bendijo, y al salir dijo con el consuelo habitual de los que consuelan: Que te recuperes bien, y pronto. Y cuando después de esto se sentaron a la mesa, el niño envió a su señor, pidiendo que le enviara una copa de vino, porque tenía sed. Él se alegró mucho de que pudiera beber, y le envió una copa de vino bendecida por el obispo; y cuando la bebió, se levantó inmediatamente, y disipando el letargo de la enfermedad, se vistió él mismo con sus ropas; y saliendo de allí, entró y saludó al obispo y a los comensales, diciendo que él también se deleitaría en comer y beber con ellos. Le ordenaron que se sentara con ellos a la comida, alegrándose mucho de su recuperación. Se sentó, comió, bebió, se alegró, actuó como uno de los comensales; y viviendo muchos años después de esto, permaneció en la misma salud que había recibido. Este milagro, el mencionado abad no lo presenció, pero dice que le fue relatado por aquellos que estuvieron presentes.

CAPÍTULO VI. Cómo también revivió a su clérigo, que había caído y estaba destrozado, de la muerte mediante la oración y la bendición.

Tampoco debe pasarse por alto en silencio lo que el siervo de Cristo Herebald, en sí mismo, solía narrar como un milagro hecho por él, quien entonces, aunque estaba en su clero, ahora preside como abad en el monasterio que está junto a la desembocadura del río Tyne. «La vida de él, dijo, tanto como es posible para los hombres juzgar, que conocí muy bien en persona, descubrí que era en todos los aspectos digna de un obispo. Pero también de qué mérito fue tenido ante el testigo interno, lo experimenté en muchos otros, y especialmente en mí mismo: pues me revocó, por así decirlo, del mismo borde de la muerte, llevándome de nuevo al camino de la vida con su oración y bendición. Porque cuando en el tiempo de mi primera juventud estaba en su clero, dedicado a los estudios de lectura y canto, pero aún no conteniendo completamente mi mente de las seducciones juveniles, sucedió un día que mientras viajábamos con él llegamos a un camino plano y amplio adecuado para la carrera de caballos: y los jóvenes que estaban con él, especialmente los laicos, comenzaron a pedir al obispo que se les permitiera probar sus caballos en una carrera mayor. Al principio él se negó, diciendo que lo que deseaban era ocioso; pero finalmente, vencido por la intención unánime de muchos: Hacedlo, dijo, si queréis, pero que Herebald se abstenga completamente de esa competición. Sin embargo, yo, rogando más diligentemente que también se me permitiera competir con ellos, confiaba en el caballo que él mismo me había dado, no pude conseguirlo.

«Pero cuando, mientras yo miraba aquí y allá, y el obispo, los caballos se lanzaron a la carrera y regresaron; y yo, vencido por un ánimo lascivo, no pude contenerme, sino que,

aunque él lo prohibía, me uní a los que jugaban, y comencé a competir en la carrera del caballo. Mientras hacía esto, lo escuché detrás de mí diciendo con un gemido: ¡Oh, qué gran desgracia me haces al cabalgar así! Y yo, al escucharlo, no obstante, persistí en lo que había comenzado, aunque estaba prohibido. No pasó mucho tiempo antes de que, mientras el caballo, en su ímpetu, saltaba sobre una depresión del camino, caí y, como si muriera, perdí completamente el sentido y todo movimiento. Porque en ese lugar había una piedra cubierta por un césped delgado, y no se podía encontrar otra piedra en toda esa llanura del campo; y sucedió por casualidad, o más bien por la providencia divina, para castigar mi culpa de desobediencia, que tocara esta piedra con la cabeza y la mano que había puesto debajo de mi cabeza al caer, y que el pulgar se rompiera y la articulación de la cabeza también se dislocara; y yo, como dije, me volví muy similar a un muerto. Y como no podía moverme, levantaron allí una tienda en la que yacía. Era alrededor de la séptima hora del día, desde la cual hasta el anochecer permanecí quieto, y como muerto, entonces reviví un poco, y fui llevado a casa por mis compañeros, y permanecí en silencio toda la noche. Vomitaba sangre, porque también los intestinos habían sido desgarrados por la caída. Pero el obispo estaba muy afligido por mi caída y muerte, porque me amaba con un afecto especial: y no quiso quedarse esa noche con sus clérigos, como era costumbre, sino que permaneció solo en oración, pasando la noche en vigilia, suplicando, creo, por mi recuperación a la piedad celestial. Y por la mañana, entrando primero a verme, y diciendo una oración sobre mí, me llamó por mi nombre, y como si me despertara de un sueño profundo, me preguntó si sabía quién era el que me hablaba. Y yo, abriendo los ojos, dije: Sí, tú eres mi amado obispo. ¿Puedes vivir?, dijo. Y yo respondí: Puedo, por tus oraciones, si el Señor quiere. Y poniendo su mano sobre mi cabeza, con palabras de bendición, regresó a orar: y después de un poco, volviendo a mí, me encontró sentado y ya capaz de hablar: y comenzó a preguntarme, advertido, como pronto se hizo evidente, por inspiración divina, si sabía sin duda que había sido bautizado: a lo que yo, sin ninguna duda, respondí que sabía que había sido lavado en la fuente de salvación para la remisión de los pecados; y dije el nombre del presbítero por el que sabía que había sido bautizado. Y él dijo: Si fuiste bautizado por este sacerdote, no fuiste perfectamente bautizado: porque lo conozco, y porque cuando fue ordenado presbítero, no pudo, debido a la lentitud de su ingenio, aprender el ministerio de catequizar o bautizar, por lo que también le ordené que se abstuviera completamente de la presunción de este ministerio que no podía cumplir regularmente. Dicho esto, él mismo se encargó de catequizarme en esa misma hora; y sucedió que, al soplar sobre mi rostro, inmediatamente sentí que me encontraba mejor. Llamó a un médico, y ordenó que se me compusiera y atara la dislocación de la articulación del cráneo. Y tan pronto como recibí su bendición, me recuperé tanto que al día siguiente, montando a caballo, viajé con él a otro lugar: y poco después, completamente curado, también fui sumergido en el agua vital.»

Permaneció en el episcopado treinta y tres años, y así ascendiendo a los reinos celestiales, fue sepultado en el pórtico de San Pedro, en su monasterio, que se llama En el bosque de los Deirenses, en el año de la encarnación del Señor setecientos veintiuno. Pues cuando, debido a su avanzada edad, ya no era suficiente para administrar el episcopado, habiendo ordenado a Wilfrid, su presbítero, como obispo de la Iglesia de York, se retiró al mencionado monasterio, y allí completó su vida en Dios con una digna conversación [DCCXVIII].

CAPÍTULO VII. Cómo Caedualla, rey de los Sajones Occidentales, vino a Roma para ser bautizado: y también su sucesor Ini visitó devotamente los mismos umbrales de los bienaventurados apóstoles.

En el tercer año del reinado de Aldfrid [DCLXXXVIII], Caedualla, rey de los Sajones Occidentales, después de haber gobernado a su pueblo con gran valentía durante dos años,

dejó el imperio por el Señor y el reino eterno, y vino a Roma, deseando obtener para sí la gloria singular de ser lavado en el bautismo en los umbrales de los bienaventurados apóstoles, en el cual solo había aprendido que se abría la entrada a la vida celestial para la humanidad: esperando también que, una vez bautizado, liberado de la carne, pasaría ya purificado a las alegrías eternas: lo cual, con la ayuda del Señor, se cumplió tal como lo había dispuesto en su mente. Porque llegando allí, bajo el pontificado de Sergio, fue bautizado en el santo día del Sábado de Pascua, en el año seiscientos ochenta y nueve de la encarnación del Señor: y aún en las vestiduras blancas, fue atacado por una enfermedad, y el duodécimo día antes de las calendas de mayo, liberado de la carne, fue asociado al reino de los bienaventurados en los cielos. A quien también, en el momento del bautismo, el mencionado papa le impuso el nombre de Pedro, para que al príncipe de los apóstoles, al cual había venido desde los confines de la tierra con un amor piadoso aprendido, también se uniera en la asociación de su nombre: quien también fue sepultado en su iglesia: y por orden del pontífice, se escribió un epitafio en su monumento para que la memoria de su devoción permaneciera fija a través de los siglos, y también para que los que lo leyeran o escucharan se encendieran en el estudio de la religión. Se escribió de esta manera: Culmen, riquezas, descendencia, reinos poderosos, triunfos, Exuvias, nobles, murallas, campamentos, hogares; Lo que la virtud de los padres, y lo que él mismo había acumulado Caedual, poderoso en armas, dejó por amor a Dios, Para que el rey, como huésped, pudiera ver a Pedro y la sede de Pedro, De cuyo manantial recibiría las puras aguas, Y captaría el espléndido resplandor con un sorbo radiante, Del cual fluye por todas partes el fulgor vivificante. Y percibiendo alegre las recompensas de la vida renovada, La rabia bárbara, y desde entonces su nombre, Convertido, se convirtió jubiloso, y Sergio el pontífice ordenó que se le llamara Pedro, para que el mismo padre, Al renacer en la fuente, a quien la gracia de Cristo purgando Inmediatamente llevó al cielo. ¡Maravillosa fe del rey! ¡Gran clemencia de Cristo, Cuyo consejo nadie puede alcanzar! Porque viniendo sano desde el extremo del mundo británico, A través de varias naciones, a través de mares, y a través de caminos, Vio la ciudad de Rómulo, y el templo venerable Contempló, llevando los dones místicos de Pedro. Entre las ovejas de Cristo irá sociable: Porque en cuerpo tiene el sepulcro, en mente tiene lo celestial. Creerías más bien que ha cambiado las insignias del cetro, A quien ves haber merecido el reino de Cristo. Aquí fue depositado Caedual, que también es Pedro, rey de los Sajones, el duodécimo día antes de las calendas de mayo, en la segunda indictione; quien vivió más o menos treinta años, bajo el imperio del señor Justiniano, piadosísimo Augusto, en el cuarto año de su consulado, bajo el pontificado del apostólico señor Sergio papa en su segundo año.

Y cuando Caedual partió a Roma [DCCXXV], le sucedió en el reino Ini de la estirpe real; quien, habiendo gobernado el imperio de esa gente durante treinta y siete años, también él, dejando el reino y encomendándolo a los más jóvenes, se dirigió a los umbrales de los bienaventurados apóstoles bajo el pontificado de Gregorio, deseando peregrinar por un tiempo en las tierras cercanas a los lugares santos, para que mereciera ser recibido más familiarmente por los santos en los cielos: lo cual en estos tiempos muchos de la gente de los anglos, nobles, ignobles, laicos, clérigos, hombres y mujeres, acostumbraban a hacer con entusiasmo.

CAPÍTULO VIII. Cómo, tras la muerte de Teodoro, Berctuald asumió el grado de arzobispo: y entre los muchos que ordenó, también hizo obispo de la Iglesia de Rochester a Tobías, un hombre muy docto.

En el año siguiente a aquel en que Caedual murió en Roma, es decir, en el seiscientos noventa de la encarnación del Señor, el arzobispo Teodoro, de bendita memoria, anciano y lleno de días, es decir, de ochenta y ocho años, murió: quien ya había predicho a sus

seguidores que tendría ese número de años, habiéndolo aprendido hace tiempo por revelación en un sueño. Permaneció en el episcopado veintidós años, y fue sepultado en la iglesia de San Pedro, donde están depositados los cuerpos de todos los obispos de Canterbury: de quien, junto con sus compañeros de su mismo grado, se puede decir con razón y verdad, que sus cuerpos están sepultados en paz, y su nombre vivirá por generaciones y generaciones. Porque, para decirlo brevemente, tanto progreso espiritual hicieron las Iglesias de los anglos en el tiempo de su prelatura, como nunca antes pudieron. Su persona, vida, edad y muerte, así como el epitafio de su monumento en versos heroicos de treinta y cuatro, lo proclaman clara y abiertamente a todos los que llegan allí; de los cuales los primeros son estos: Aquí descansa en la tumba sagrada con su cuerpo el prelado A quien ahora la lengua griega llama Teodoro. Príncipe de los pontífices, feliz, sumo sacerdote Expuso a sus discípulos enseñanzas claras. Y los últimos son estos: Porque el día diecinueve de septiembre tenía, Cuando el espíritu salió de las ataduras de la carne. Ascendiendo feliz a la compañía de la nueva vida, Unido a los ciudadanos angélicos en la fortaleza del cielo.

Sin embargo, sucedió a Teodoro en el episcopado Berctualdo, quien era abad en un monasterio situado cerca de la desembocadura norte del río Genlada, llamado Raculfe: un hombre también instruido en el conocimiento de las Escrituras, y sumamente versado en las disciplinas eclesiásticas y monásticas, aunque no comparable a su predecesor. Fue elegido para el episcopado en el año seiscientos noventa y dos de la Encarnación del Señor, el primer día del mes de julio, durante el reinado en Kent de Uictredo y Suaebardo; y fue ordenado al año siguiente, el tercer día de las Calendas de julio, por el obispo metropolitano Goduine de las Galias; y se sentó en su sede el día antes de las Calendas de septiembre, un domingo. Entre los muchos obispos que ordenó, también consagró a Tobías en lugar de Gebmundo, obispo de la Iglesia de Rochester, quien había fallecido, un hombre instruido en latín, griego y sajón, y de erudición múltiple.

CAPÍTULO IX. Cómo el santo hombre Ecgberct quiso ir a predicar a Alemania, pero no pudo; mientras que Uictberct llegó, pero al no lograr nada, regresó a Irlanda de donde había venido.

En ese tiempo, el venerable y con toda honra llamado siervo de Cristo y sacerdote Ecgberct, quien, como hemos relatado, llevaba una vida de peregrino en la isla de Irlanda para alcanzar la patria celestial, propuso en su corazón beneficiar a muchos; es decir, emprender una obra apostólica, predicando la palabra de Dios a algunas de las naciones que aún no la habían escuchado. Sabía que en Alemania había muchas naciones de las cuales los anglos o sajones que ahora habitan Britania se sabe que descienden; por lo cual hasta ahora son llamados corruptamente Garmani por la vecina gente de los britanos. Son los frisonos, rugios, daneses, hunos, antiguos sajones y boructuarios; hay también muchos otros pueblos en esas partes que aún sirven a ritos paganos, a los cuales el mencionado soldado de Cristo decidió ir, circunnavegando Britania, si acaso pudiera rescatar a algunos de ellos de Satanás y trasladarlos a Cristo, o si esto no fuera posible, pensó en ir a Roma para ver y adorar los sepulcros de los bienaventurados apóstoles y mártires de Cristo.

Pero para que no lograra nada de esto, los oráculos y obras divinas se lo impidieron. En efecto, habiendo elegido compañeros muy valientes y aptos para predicar la palabra, tanto en acción como en erudición, y habiendo preparado todo lo que parecía necesario para los navegantes, un día por la mañana vino a él uno de los hermanos, discípulo suyo en Britania y ministro del sacerdote Boisil, amado por Dios, cuando Boisil era prelado del monasterio de Mailros bajo el abad Eata, como hemos narrado antes, relatándole una visión que había tenido

esa misma noche: «Después de haber completado los himnos matutinos y haberme recostado en mi lecho, y habiéndome sobrevenido un ligero sueño, apareció mi antiguo maestro y amado nutridor Boisil, y me preguntó si podía reconocerlo. Dije: Sí, tú eres Boisil. Y él dijo: He venido para traer un mensaje del Señor Salvador a Ecgberct, que debes transmitirle. Dile, pues, que no puede cumplir el viaje que ha propuesto, porque es voluntad de Dios que vaya más bien a los monasterios de Columba para enseñarles.» Columba fue el primer maestro de la fe cristiana para los pictos transmontanos al norte, y el primer fundador del monasterio que en la isla de Hii permaneció venerable para muchos pueblos escotos y pictos. Este Columba es ahora llamado por algunos Columcelli, un nombre compuesto de Cella y Columba. Al escuchar las palabras de la visión, Ecgberct ordenó al hermano que la había relatado que no se la contara a nadie más, no fuera que la visión fuera ilusoria. Sin embargo, él mismo, considerando el asunto en silencio, temía que fuera verdadera; pero no quería cesar de preparar el viaje para ir a enseñar a las gentes.

Pero después de unos pocos días, el mismo hermano vino de nuevo a él, diciendo que esa noche también Boisil se le había aparecido en visión después de completar los Matutinos, diciendo: «¿Por qué dijiste a Ecgberct tan negligente y fríamente lo que te mandé decirle? Ahora ve y dile que, quiera o no, debe ir a los monasterios de Columba, porque sus arados no avanzan rectamente: es necesario que él los vuelva al camino correcto.» Al escuchar esto, nuevamente ordenó al hermano que no lo revelara a nadie. Sin embargo, aunque estaba seguro de la visión, intentó comenzar el viaje planeado con los hermanos mencionados. Y cuando ya habían cargado en el barco lo que la necesidad de tan largo viaje requería, y esperaban vientos favorables durante algunos días, una noche se desató una tormenta tan violenta que, habiendo perdido en parte las cosas que estaban en el barco, lo dejó varado en la orilla entre las olas: sin embargo, se salvaron todas las cosas que pertenecían a Ecgberct y sus compañeros. Entonces él, como diciendo aquello profético, «Porque por mi causa es esta tempestad», se retiró de esa expedición y se quedó en casa.

Pero uno de sus compañeros, llamado Uictberct, siendo también él notable por su desprecio del mundo y su conocimiento doctrinal, pues había llevado una vida anacoreta en gran perfección durante muchos años en Irlanda, subió al barco y llegó a Frisia, donde durante dos años continuos predicó la palabra de salvación a esa gente y a su rey Rathbede, sin encontrar ningún fruto de tan gran labor entre los bárbaros oyentes. Entonces regresó al lugar de su amada peregrinación, y comenzó a dedicarse al Señor en el silencio habitual; y como no podía beneficiar a los extranjeros para la fe, se esforzaba por beneficiar más a los suyos con ejemplos de virtudes.

CAPÍTULO X. Cómo Uilbrord predicando en Frisia convirtió a muchos a Cristo; y cómo sus compañeros Hewaldi sufrieron el martirio.

Pero cuando el hombre de Dios Ecgberct vio que ni él mismo era permitido ir a predicar a las gentes, retenido por otra utilidad de la santa Iglesia de la cual había sido advertido por oráculo, ni Uictberct, al llegar a esas partes, lograba nada, intentó enviar aún a hombres santos e industriosos a la obra de la palabra, entre los cuales brillaba especialmente Uilbrord en grado y mérito de presbiterio. Cuando llegaron con él, eran doce en número, se dirigieron a Pippin, duque de los francos, y fueron recibidos con agrado por él: y como recientemente había tomado la Frisia más cercana, expulsando de allí al rey Rathbede, los envió allí a predicar; él mismo también ayudando con autoridad imperial, para que nadie molestara a los predicadores; y elevando con muchos beneficios a aquellos que quisieran aceptar la fe: de donde sucedió, con la ayuda de la gracia divina, que en poco tiempo convirtieron a muchos de la idolatría a la fe de Cristo.

Siguiendo su ejemplo, dos presbíteros de la nación de los anglos, que habían estado exiliados en Irlanda por mucho tiempo por la patria eterna, vinieron a la provincia de los antiguos sajones, si acaso pudieran ganar a algunos allí para Cristo predicando. Ambos eran de una misma devoción y también de un mismo nombre: pues ambos se llamaban Hewald; con la distinción, sin embargo, de que por la diferente apariencia de sus cabellos, uno era llamado Hewald el Negro y el otro Hewald el Blanco: ambos imbuidos de la piedad de la religión, pero Hewald el Negro estaba más instruido en el conocimiento de las sagradas escrituras. Al llegar a la provincia, entraron en la casa de un villico, y le pidieron que los enviara al satrapa que estaba sobre él, ya que tenían algo de embajada y causa útil que debían llevarle. Pues los antiguos sajones no tienen rey, sino muchos satrapas puestos sobre su gente, quienes, en caso de guerra, echan suertes por igual, y a quienquiera que la suerte señale, a este todos siguen como líder en tiempo de guerra, y le obedecen; pero una vez terminado el conflicto, todos los satrapas vuelven a ser de igual poder. Así que el villico los recibió, prometiendo enviarlos al satrapa que estaba sobre él, como pedían, y los retuvo consigo por algunos días.

Cuando fueron reconocidos por los bárbaros como de otra religión, pues siempre se dedicaban a himnos y salmos y oraciones, y ofrecían diariamente a Dios el sacrificio de la víctima de salvación, teniendo consigo vasijas sagradas y una tabla dedicada en lugar de altar, fueron considerados sospechosos, porque si llegaban al satrapa y hablaban con él, lo apartarían de sus dioses y lo trasladarían a la nueva religión de la fe cristiana, y así poco a poco toda su provincia se vería obligada a cambiar su antigua cultura por la nueva. Por lo tanto, los apresaron de repente y los mataron: a Hewald el Blanco con rápida decapitación, pero a Hewald el Negro con largo suplicio y horrenda mutilación de todos sus miembros: y arrojaron sus cuerpos al Rin. Cuando el satrapa, a quien querían ver, lo supo, se enojó mucho porque no se permitió a los peregrinos llegar a él; y enviando, mató a todos aquellos aldeanos, y consumió la aldea con fuego. Los mencionados sacerdotes y siervos de Cristo sufrieron el martirio el quinto día de las Nonas de octubre.

Ni faltaron milagros celestiales al martirio de ellos. Pues cuando sus cuerpos muertos fueron arrojados al río por los paganos, como hemos dicho, sucedió que estos, contra la corriente del río, fueron llevados por casi cuarenta millas hasta los lugares donde estaban sus compañeros. Y un rayo de luz muy grande y alto hasta el cielo brillaba cada noche sobre el lugar dondequiera que llegaran, incluso a la vista de los paganos que los habían matado. Y uno de ellos apareció en visión nocturna a uno de sus compañeros, cuyo nombre era Tilmon, un hombre ilustre y noble en el mundo, que de soldado se había hecho monje; indicándole que podría encontrar sus cuerpos en el lugar donde viera la luz irradiar del cielo a la tierra. Lo cual se cumplió así. Encontrados sus cuerpos, fueron enterrados con el honor digno de mártires, y el día de su pasión o de su hallazgo se celebra con veneración adecuada en esos lugares. Finalmente, el gloriosísimo duque de los francos, Pippin, al enterarse de esto, envió y trajo sus cuerpos a sí mismo, y los enterró con gran gloria en la iglesia de la ciudad de Colonia, junto al Rin. Se dice que en el lugar donde fueron asesinados brotó una fuente, que hasta hoy en ese lugar derrama abundantemente sus dones de agua.

CAPÍTULO XI. Cómo los venerables hombres Suidberct en Britania, y Uilbrord en Roma, fueron ordenados obispos en Frisia.

En los primeros tiempos de su llegada a Frisia, tan pronto como Uilbrord supo que se le había dado licencia para predicar allí, se apresuró a ir a Roma, donde entonces presidía el papa Sergio, para que con su licencia y bendición, pudiera emprender la deseada obra de evangelizar a las gentes, esperando también recibir de él reliquias de los bienaventurados

apóstoles y mártires de Cristo, para que cuando destruyera los ídolos y estableciera iglesias en la gente a la que predicara, tuviera a mano las reliquias de los santos que introduciría allí; y habiéndolas depositado allí, consagrara cada lugar en honor de aquellos a quienes pertenecían. Pero también deseaba aprender o recibir muchas otras cosas que requería la obra de tan gran empresa. En todo esto, habiendo logrado su deseo, regresó a predicar.

En ese tiempo, los hermanos que estaban dedicados al ministerio de la palabra en Frisia eligieron de entre ellos a un hombre de modales modestos y corazón manso, Suidberct, para que fuera ordenado obispo, y lo enviaron a Britania para que, a petición de ellos, lo ordenara el reverendísimo obispo Uilfrid, quien entonces, por casualidad, estaba exiliado en las regiones de los mercianos. Pues en ese tiempo no había obispo en Kent, ya que Teodoro había fallecido, pero aún no había regresado Berctualdo, su sucesor, quien había ido al otro lado del mar para ser ordenado y volver a su sede episcopal.

El mencionado Suidberct, habiendo recibido el episcopado en Britania, no mucho después se trasladó a la gente de los boructuarios, y predicando, condujo a muchos de ellos al camino de la verdad. Pero no mucho después, los boructuarios fueron conquistados por la gente de los antiguos sajones, y aquellos que habían recibido la palabra fueron dispersados por todas partes; el mismo obispo, con algunos, se dirigió a Pippin, quien, a petición de su esposa Blithrydae, le dio un lugar de residencia en una isla del Rin, que en su lengua se llama In littore: en la cual, habiendo construido un monasterio que hasta ahora poseen sus herederos, llevó una vida muy contenida durante algún tiempo, y allí cerró su último día.

Después de que durante algunos años predicaron en Frisia, Pippin, con el consentimiento de todos, envió al venerable hombre Uilbrord a Roma, donde aún presidía el papa Sergio, pidiendo que fuera ordenado arzobispo para la gente de los frisones. Lo cual se cumplió como había pedido en el año seiscientos noventa y seis de la Encarnación del Señor. Fue ordenado en la iglesia de la santa mártir Cecilia, el día de su natalicio, imponiéndole el mencionado papa el nombre de Clemente: y pronto fue enviado de regreso a su sede episcopal, es decir, catorce días después de haber llegado a la Ciudad.

Pippin le donó el lugar de la cátedra episcopal en su ilustre castillo, que en el antiguo idioma de esas gentes se llama Uiltaburg, es decir, Oppidum Uiltorum, pero en lengua galica se llama Trajectum; en el cual, habiendo construido una iglesia, el reverendísimo pontífice predicando la palabra de fe ampliamente, y revocando a muchos del error, construyó muchas iglesias en esas regiones, y también algunos monasterios. Pues no mucho después, él mismo estableció otros obispos en esas regiones de entre el número de hermanos que habían venido con él o después de él a predicar; de los cuales algunos ya han dormido en el Señor. Pero el mismo Uilbrord, con el sobrenombre de Clemente, aún sobrevive, ya de avanzada edad venerable, teniendo el trigésimo sexto año en el episcopado, y después de múltiples combates de la milicia celestial, suspirando con toda su mente por las recompensas de la remuneración suprema.

CAPÍTULO XII. Cómo un hombre en la provincia de los nordanhumbros, resucitado de entre los muertos, narró muchas cosas tremendas y deseables que había visto.

En esos tiempos, un milagro memorable, similar a los antiguos, ocurrió en Britania. Pues para la excitación de los vivos de la muerte del alma, un hombre que había estado muerto por algún tiempo resucitó a la vida del cuerpo, y narró muchas cosas dignas de ser recordadas que había visto; de las cuales aquí he considerado que algunas deben ser brevemente mencionadas. Había, pues, un padre de familia en la región de los nordanhumbros llamada

Incuneningum, llevando una vida religiosa con su casa; quien, tocado por la enfermedad del cuerpo, y creciendo esta día a día, fue llevado al extremo, y al principio de la noche murió; pero al amanecer revivió y, sentándose de repente, llenó de inmenso temor a todos los que lloraban junto a su cuerpo, convirtiéndolos en fuga: solo su esposa, que lo amaba más, aunque temblando mucho y asustada, permaneció: a quien él consoló: «No temas, dijo, porque ya he resucitado verdaderamente de la muerte en la que estaba, y se me ha permitido vivir de nuevo entre los hombres; pero no con la misma forma de vida que solía tener, sino que desde ahora debo vivir de manera muy diferente.» Y levantándose inmediatamente, fue al oratorio de la aldea, y permaneciendo en oración hasta el día, pronto dividió toda la sustancia que poseía en tres partes, de las cuales entregó una a su esposa, otra a sus hijos, y la tercera la retuvo para sí mismo, distribuyéndola inmediatamente entre los pobres. No mucho después, liberado de las preocupaciones del mundo, llegó al monasterio de Mailros, que está en gran parte rodeado por el meandro del río Tuidi; y habiendo recibido la tonsura, entró en el lugar de la mansión secreta que había previsto el abad, y allí permaneció hasta el día de su muerte en tal contricción de mente y cuerpo, que aunque su lengua callara, su vida hablaba de las muchas cosas, ya sean horrendas o deseables, que había visto.

Narraba, pues, de esta manera lo que había visto: «Era, decía, de aspecto luminoso y de vestidura clara quien me guiaba. Caminábamos en silencio, como me parecía, hacia el solsticio de verano; y mientras caminábamos, llegamos a un valle de gran anchura y profundidad, pero de longitud infinita; que estaba situado a nuestra izquierda, y un lado mostraba llamas ardientes, extremadamente terrible, y el otro, granizo furioso y frío de nieves soplando y barriendo todo, no menos intolerable. Ambos lados estaban llenos de almas humanas, que parecían ser lanzadas de un lado a otro como por el ímpetu de una tempestad. Pues cuando no podían soportar la fuerza del inmenso calor, las miserables saltaban al medio del frío hostil: y cuando tampoco allí podían encontrar ningún descanso, volvían a saltar al medio de las llamas inextinguibles. Y mientras en esta infeliz alternancia, hasta donde podía ver, una innumerable multitud de espíritus deformes era atormentada sin ninguna pausa de descanso, comencé a pensar que este podría ser el infierno, del cual había oído narrar muchas veces sobre sus tormentos intolerables. Respondió a mi pensamiento el guía que me precedía: No pienses esto, dijo, pues este no es el infierno que crees.

«Y mientras me conducía, aterrorizado por este espectáculo tan horrendo, poco a poco hacia lugares más lejanos, vi de repente que los lugares ante nosotros comenzaban a oscurecerse y todo se llenaba de tinieblas. Cuando entramos en ellas, se condensaron tanto por un momento que no veía nada más que las mismas tinieblas, excepto la figura y el vestido de quien me guiaba. Y mientras avanzábamos solo bajo la noche a través de las sombras, he aquí que de repente aparecen ante nosotros frecuentes globos de llamas tétricas, ascendiendo como de un gran pozo, y volviendo a caer en el mismo. Cuando fui conducido allí, de repente mi guía desapareció, y me dejó solo en medio de las tinieblas y de la horrenda visión. Pero cuando esos mismos globos de fuego, sin interrupción, unas veces se dirigían a lo alto, otras veces volvían a las profundidades del abismo, veo que todas las cimas de las llamas que ascendían estaban llenas de espíritus humanos, que como chispas ascendentes con el humo, unas veces eran lanzados a las alturas, otras veces, al retirarse los vapores de fuego, caían de nuevo en lo profundo. Pero también un hedor incomparable, que brotaba con esos mismos vapores, llenaba todos esos lugares de tinieblas. Y mientras permanecía allí por más tiempo, aterrorizado, como quien no sabe qué hacer, hacia dónde dirigir sus pasos, qué fin le espera, escucho de repente a mis espaldas el sonido de un llanto inmenso y miserable, junto con una risa estrepitante, como de un vulgo ignorante insultando a enemigos capturados. Y cuando ese mismo sonido, haciéndose más claro, llegó hasta mí, veo una multitud de espíritus

malignos, que, exultantes y riendo, arrastraban a cinco almas humanas lamentándose y llorando, de las cuales, según pude discernir, uno era tonsurado como clérigo, otro laico, y una mujer. Los espíritus malignos que los arrastraban descendieron al medio de ese abismo ardiente; y sucedió que, al alejarse más, ya no podía distinguir claramente el llanto de los hombres y la risa de los demonios, aunque aún tenía en mis oídos un sonido mezclado. Mientras tanto, algunos de los espíritus oscuros ascendieron de ese abismo vomitador de llamas, y corriendo me rodearon, y con ojos llameantes, y exhalando fuego pútrido por la boca y las narices, me angustiaban, y con tenazas de fuego que sostenían en sus manos, amenazaban con atraparme, aunque no me tocaban en absoluto, aunque pretendían asustarme. Y mientras, rodeado por enemigos y la ceguera de las tinieblas, miraba a mi alrededor, por si acaso llegaba alguna ayuda de algún lugar para salvarme, apareció detrás de mí el camino por el que había venido, como el resplandor de una estrella que se mueve entre las tinieblas, que creciendo poco a poco y acercándose rápidamente a mí, dispersó y ahuyentó a todos los espíritus hostiles que buscaban atraparme con tenazas.

«Aquel que vino y los ahuyentó era el mismo que antes me guiaba: quien, volviéndose inmediatamente hacia el camino de la derecha, comenzó a conducirme como hacia el nacimiento del sol invernal. Sin demora, me sacó de las tinieblas a las auras de la luz serena: y mientras me conducía en la luz abierta, vi ante nosotros un muro grandísimo, cuya longitud ni por un lado ni por el otro, ni su altura, parecía tener fin. Comencé a maravillarme de por qué nos acercábamos al muro, cuando no veía en él ninguna puerta, ventana o ascenso en ninguna parte. Cuando llegamos al muro, de inmediato, no sé cómo, fuimos llevados a su cima. Y he aquí que allí había un campo amplísimo y muy alegre, lleno de tal fragancia de florecillas primaverales, que la suavidad de este admirable olor ahuyentó de inmediato todo el hedor del horno tenebroso que me había invadido. Y tanta luz inundaba todos esos lugares, que parecía ser más brillante que todo el esplendor del día o los rayos del sol meridiano. Y en este campo había innumerables grupos de personas vestidas de blanco, y muchas sedes de multitudes alegres. Y mientras me conducía entre los coros de los felices habitantes, comencé a pensar que esto tal vez era el reino de los cielos, del cual había oído predicar muchas veces. A lo que él respondió a mi pensamiento: No, dijo, no es este el reino de los cielos que supones.

«Y mientras avanzábamos y pasábamos estas moradas de los espíritus bienaventurados, veo ante nosotros una gracia de luz mucho mayor que antes; en la cual también escuché una voz dulcísima de cantores; y una fragancia de olor maravilloso tan grande se derramaba de aquel lugar, que el que antes había degustado y consideraba como el máximo, ahora me parecía un olor muy pequeño: así como también la luz de aquel campo floreciente, en comparación con la luz que ahora apareció, parecía muy tenue y pequeña. Cuando esperaba que entraríamos en la amenidad de aquel lugar, de repente mi guía se detuvo; sin demora, volviendo sobre sus pasos, me condujo de regreso por el mismo camino por el que habíamos venido.

«Y cuando regresamos a aquellas moradas alegres de los espíritus vestidos de blanco, me dijo: ¿Sabes qué son todas estas cosas que has visto? Respondí: No. Y él dijo: Ese valle que viste, horrendo por las llamas ardientes y los fríos rígidos, es el lugar donde deben ser examinadas y castigadas las almas de aquellos que, postergando confesar y enmendar los crímenes que cometieron, finalmente en el mismo momento de la muerte recurren al arrepentimiento, y así salen del cuerpo: quienes, sin embargo, porque tuvieron confesión y arrepentimiento incluso en la muerte, todos llegarán al reino de los cielos en el día del juicio. Pero las oraciones de los vivos, las limosnas y los ayunos, y especialmente la celebración de misas, ayudan a muchos para que sean liberados incluso antes del día del juicio. Por otro lado, ese pozo vomitador de llamas y pútrido que viste, es la misma boca del infierno, en la

cual quienquiera que caiga una vez, nunca será liberado por la eternidad. Pero este lugar florido, en el que ves a esta hermosísima juventud regocijarse y brillar, es donde se reciben las almas de aquellos que salen del cuerpo en buenas obras, pero que no son de tal perfección como para merecer ser introducidos inmediatamente en el reino de los cielos, quienes, sin embargo, todos en el día del juicio entrarán a la visión de Cristo y a los gozos del reino celestial. Porque cualquiera que sea perfecto en toda palabra, obra y pensamiento, tan pronto como salga del cuerpo, llega al reino celestial: al cual pertenece aquel lugar cercano, donde escuchaste el sonido de un dulce canto con el olor de suavidad y el esplendor de la luz. Pero tú, porque ahora debes regresar al cuerpo y vivir de nuevo entre los hombres, si examinas tus acciones con más cuidado, y te esfuerzas por mantener tus costumbres y palabras en rectitud y simplicidad, recibirás también tú, después de la muerte, un lugar de morada entre estas multitudes alegres de espíritus bienaventurados que ves. Porque yo, cuando me aparté de ti por un tiempo, lo hice para saber qué debía hacerse contigo. Cuando me dijo esto, lamenté mucho tener que regresar al cuerpo, deleitado, sin duda, por la suavidad y el esplendor de aquel lugar que contemplaba, así como por la compañía de aquellos que veía en él. Sin embargo, no me atrevía a pedirle nada a mi guía: pero entre estas cosas, de repente, no sé cómo, me veo viviendo entre los hombres.»

Este hombre de Dios no quería contar estas y otras cosas que había visto a todos indiscriminadamente, a los desidiosos y descuidados de su vida, sino solo a aquellos que, aterrorizados por el miedo a los tormentos o deleitados por la esperanza de los gozos eternos, querían extraer provecho de piedad de sus palabras. De hecho, en la vecindad de su celda habitaba un monje llamado Haemgils, también presbítero, que igualaba su grado con buenas acciones, quien aún vive, y en la isla de Irlanda lleva una vida solitaria en su última edad, sustentándose con pan de cebada y agua fría. Este, entrando frecuentemente a ver al mismo hombre, escuchó de él, a repetidas preguntas, qué y cómo eran las cosas que había visto despojado del cuerpo: por cuya relación, también llegaron a nuestro conocimiento las pocas cosas que hemos mencionado. También narraba sus visiones al rey Aldfrido, un hombre muy docto en todos los aspectos; y fue escuchado por él con tanto gusto y diligencia, que a petición suya fue admitido en el monasterio antes mencionado, y tonsurado con la corona monástica, y acudía a escucharlo muy a menudo cuando llegaba a esas partes. A este monasterio, en aquel tiempo, presidía como abad y presbítero Aediluald, de vida religiosa y modesta, quien ahora, con dignos actos, ocupa la cátedra episcopal de la Iglesia de Lindisfarne.

Recibió en el mismo monasterio un lugar de morada más apartado, donde pudiera dedicarse más libremente al servicio continuo de su Creador en oraciones. Y porque el lugar estaba situado sobre la orilla de un río, solía entrar frecuentemente en él por un gran deseo de mortificación del cuerpo, y sumergirse a menudo en sus aguas que fluían sobre él; y así, permanecía allí tanto tiempo como podía soportar, dedicándose a los salmos o a las oraciones, y permaneciendo firme mientras el agua del río subía hasta sus lomos, a veces hasta su cuello; y al salir a tierra, nunca se preocupaba por quitarse las vestiduras mojadas y frías, hasta que se calentaban y secaban con el calor de su cuerpo. Y cuando en tiempo de invierno, con las costras de hielo medio rotas flotando a su alrededor, que él mismo a veces rompía para tener un lugar donde estar o sumergirse en el río, decían los que lo veían: «Es asombroso, hermano Drycthelme (pues este era el nombre del hombre), que puedas soportar de alguna manera tal aspereza del frío.» Él respondía sencillamente, pues era un hombre de ingenio simple y naturaleza moderada: «He visto cosas más frías.» Y cuando decían: «Es asombroso que quieras mantener tal austeridad,» respondía: «He visto cosas más austeras.» Y así, hasta el día de su llamada, con un deseo incansable de los bienes celestiales, mortificaba

su cuerpo anciano entre ayunos diarios, y fue de gran ayuda para muchos tanto con su palabra como con su conducta.

CAPÍTULO XIII. Cómo, por el contrario, otro al llegar a la muerte, vio un libro de sus pecados presentado por los demonios.

Por el contrario, hubo uno en la provincia de Mercia cuyas visiones y palabras, aunque no su conducta, fueron de provecho para muchos, pero no para sí mismo. Fue en tiempos de Coenred, quien reinó después de Aedilred, un hombre en hábito laico y en oficio militar; pero tanto como agradaba al rey por su diligencia exterior, tanto desagradaba por su negligencia interior. Se le advertía con frecuencia que confesara, enmendara y dejara sus crímenes, antes de que, con la repentina llegada de la muerte, perdiera todo el tiempo para arrepentirse y enmendarse. Pero él, aunque frecuentemente advertido, despreciaba las palabras de salvación, prometiendo que se arrepentiría en el futuro. Mientras tanto, tocado por la enfermedad, cayó en cama y comenzó a ser atormentado por un dolor agudo. Al entrar el rey a visitarlo, pues lo amaba mucho, lo exhortaba a que al menos entonces, antes de morir, se arrepintiera de sus pecados. Pero él respondía que no quería confesar sus pecados en ese momento, sino cuando se recuperara de la enfermedad; no fuera que sus compañeros le reprocharan que hacía lo que no había querido hacer estando sano, por miedo a la muerte; hablando con valentía, como le parecía, pero lamentablemente, como se demostró después, engañado por el fraude demoníaco.

Y cuando, al agravarse la enfermedad, el rey entró de nuevo para visitarlo y enseñarlo, clamó de inmediato con voz miserable: «¿Qué quieres ahora? ¿Por qué has venido aquí? Ya no puedes darme ninguna utilidad o salvación. Pero él dijo: No hables así, mira que hablas con sensatez. No, dijo, no estoy loco, sino que tengo ante mis ojos, con certeza, el conocimiento más terrible. ¿Y qué es esto?, dijo. Poco antes, dijo, entraron en esta casa dos jóvenes bellísimos, y se sentaron a mi alrededor, uno a la cabeza y otro a los pies; y uno de ellos sacó un librito muy hermoso, pero muy pequeño, y me lo dio para leer, en el cual encontré escritos todos los buenos actos que había hecho, y estos eran muy pocos y pequeños. Tomaron el libro, y no me dijeron nada. Entonces, de repente, apareció un ejército de espíritus malignos y horribles de rostro, y rodearon esta casa por fuera, y llenaron la mayor parte del interior. Entonces, el que parecía ser el mayor de ellos, tanto por la oscuridad de su rostro tenebroso como por el primado de su asiento, sacando un libro de visión horrenda, de enorme tamaño y peso casi insoportable, ordenó a uno de sus secuaces que me lo llevara para leer. Cuando lo leí, encontré que todos los crímenes, no solo los cometidos en obra o palabra, sino incluso los más leves pensamientos pecaminosos, estaban descritos en él con letras tétricas. Y decía a aquellos hombres vestidos de blanco y resplandecientes que estaban sentados a mi lado: ¿Por qué estáis aquí sentados, sabiendo con certeza que este es nuestro? Respondieron: Decís la verdad; tomadlo, y llevadlo a la cúspide de vuestra condenación. Dicho esto, desaparecieron de inmediato: y dos espíritus muy malvados, con hoces en las manos, se levantaron y me golpearon, uno en la cabeza y otro en el pie: quienes, de hecho, ahora con gran tormento se introducen en el interior de mi cuerpo, y tan pronto como se encuentren, moriré, y seré arrastrado por los demonios que están listos para llevarme a las mazmorras del infierno.»

Así hablaba el miserable desesperado, y poco después murió, y el arrepentimiento que pospuso hacer por un breve tiempo con fruto de perdón, lo hace ahora sin fruto, sometido a penas eternas. De lo cual se sabe que, como escribe el bienaventurado papa Gregorio sobre algunos, no vio estas cosas para sí mismo, a quien no le sirvieron de nada, sino para otros, que al conocer su muerte, temieran posponer el tiempo del arrepentimiento mientras tuvieran oportunidad, no fuera que, sorprendidos por el imprevisto momento de la muerte, perecieran

sin arrepentimiento. Pero el hecho de que vio diferentes libros presentados por buenos o malos espíritus, se hizo por disposición divina para que recordemos que nuestras acciones y pensamientos no se disipan en el viento, sino que todo se guarda para el juicio del Supremo Juez; y que nos serán mostrados al final, ya sea por ángeles amigos o por enemigos. Y el hecho de que primero los ángeles presentaron un libro blanco, y luego los demonios uno negro: aquellos muy pequeño, estos enorme: se debe notar que en su primera edad hizo algunas cosas buenas, que sin embargo oscureció todas al actuar mal en su juventud. Si, por el contrario, hubiera corregido los errores de su infancia en la adolescencia, y se hubiera esforzado por ocultarlos de los ojos de Dios haciendo el bien, podría haberse contado entre aquellos de quienes dice el Salmo: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos (Salmo XXXI, 1). Esta historia, tal como la aprendí del venerable obispo Pecthelmo, pensé que debía narrarla simplemente para la salvación de los lectores o oyentes.

CAPÍTULO XIV. Cómo otro, al morir, vio el lugar de tormento que le estaba destinado en el infierno.

Conozco a un hermano, a quien ojalá no conociera, cuyo nombre, si sirviera de algo, podría decir; que estaba en un monasterio noble, pero viviendo él ignominiosamente. Era corregido con frecuencia por los hermanos y los superiores del lugar, y se le exhortaba a convertirse a una vida más disciplinada. Y aunque no quería escucharlos, era tolerado con paciencia por ellos, debido a la necesidad de sus trabajos exteriores: pues era singular en el arte de la herrería. Sin embargo, servía mucho a la embriaguez y a otras seducciones de una vida más relajada; y solía más bien permanecer día y noche en su taller, que acudir a la iglesia a salmodiar y orar y escuchar con los hermanos la palabra de vida. De ahí que le sucediera lo que suelen decir algunos, que quien no quiere entrar voluntariamente por la puerta de la iglesia, humillado, tiene que ser introducido no voluntariamente, condenado, por la puerta del infierno. Pues, golpeado por la enfermedad y llevado al extremo, llamó a los hermanos, y muy afligido y como un condenado, comenzó a narrar que veía el infierno abierto y a Satanás sumergido en las profundidades del tártaro, y a Caifás con los demás que mataron al Señor, entregado a las llamas vengadoras junto a él: en cuya vecindad, dijo, ¡ay de mí, miserable!, veo que se me ha preparado un lugar de perdición eterna. Al escuchar esto, los hermanos comenzaron a exhortarlo diligentemente a que, al menos entonces, aún estando en el cuerpo, hiciera penitencia. Pero él, desesperado, respondía: «No es ahora tiempo de cambiar de vida, cuando yo mismo he visto que mi juicio ya está cumplido.»

Diciendo tales cosas, murió sin el viático de salvación, y su cuerpo fue enterrado en los últimos lugares del monasterio, y nadie se atrevió a hacer misas por él, ni a cantar salmos, ni siquiera a orar. ¡Oh, cuán grandemente ha dividido Dios entre la luz y las tinieblas! El bienaventurado protomártir Esteban, a punto de sufrir la muerte por la verdad, vio los cielos abiertos, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios; y donde él mismo estaría después de la muerte, allí envió los ojos de su mente antes de la muerte, para que cayera más alegre. Por el contrario, este herrero de mente y acción tenebrosa, con la muerte inminente, vio el tártaro abierto, vio la condenación del diablo y de sus secuaces; vio también su infeliz prisión entre tales, para que pereciera más miserablemente, desesperando de la salvación, pero dejara a los vivos que conocieron estas cosas una causa de salvación con su perdición. Esto sucedió recientemente en la provincia de Bernicia; y difundido ampliamente, provocó a muchos a hacer penitencia por sus crímenes y no diferirla. ¡Ojalá que también se haga por la lectura de nuestras letras!

CAPÍTULO XV. Cómo muchas Iglesias de los Escotos, instando Adamnano, aceptaron la Pascua católica; y cómo él escribió un libro sobre los Lugares Santos.

En el año [DCCI], una gran parte de los escoceses en Irlanda, y también algunos de los británicos en Bretaña, aceptaron, gracias al Señor, el tiempo razonable y eclesiástico de la observancia pascual. En efecto, el presbítero Adamnan, abad de los monjes que estaban en la isla de Iona, fue enviado por su gente en misión ante el rey Aldfrido de los anglos. Durante su estancia en esa provincia, observó los ritos canónicos de la Iglesia y fue advertido diligentemente por muchos de los más eruditos para que no viviera, junto con sus pocos seguidores en el extremo del mundo, en desacuerdo con la costumbre universal de la Iglesia, ya sea en la observancia pascual o en otros decretos. Cambió de opinión, de modo que lo que había visto y oído en las Iglesias de los anglos lo prefirió con mucho gusto a las costumbres suyas y de los suyos. Era un hombre bueno y sabio, excelentemente instruido en el conocimiento de las Escrituras.

Cuando regresó a casa, intentó llevar a los suyos, que estaban en Iona y que estaban sujetos al mismo monasterio, al camino de la verdad que había conocido y que había aceptado de todo corazón, pero no lo logró. Navegó entonces a Irlanda y, predicándoles y declarando con exhortación modesta el tiempo legítimo de la Pascua, corrigió a muchos de ellos, y casi a todos los que estaban libres del dominio de Iona, llevándolos de su error ancestral a la unidad católica, y les enseñó a observar el tiempo legítimo de la Pascua. Cuando, después de celebrar la Pascua canónica en Irlanda, regresó a su isla y predicó con insistencia la observancia católica del tiempo pascual en su monasterio, no pudo lograr lo que intentaba. Sucedió que antes de que se cumpliera el ciclo del año, partió de este mundo [DCCII]. La gracia divina dispuso que este hombre, muy dedicado a la unidad y la paz, fuera llevado a la vida eterna antes de que, con el regreso del tiempo pascual, se viera obligado a tener una discordia más grave con aquellos que no querían seguirlo hacia la verdad.

Este mismo hombre escribió un libro sobre los Lugares Santos, muy útil para muchos lectores; su autor fue el obispo Arculfo de las Galias, quien, por devoción a los lugares santos, había viajado a Jerusalén, recorriendo toda la tierra prometida, y también visitó Damasco, Constantinopla, Alejandría y muchas islas del mar. Al regresar a su patria por mar, fue llevado por la tormenta a las costas occidentales de Bretaña, y después de muchas vicisitudes, llegó al mencionado siervo de Cristo, Adamnan, quien, al descubrir que era instruido en las Escrituras y conocedor de los lugares santos, lo recibió con mucho gusto y lo escuchó aún más gustosamente. De tal manera que todo lo que Arculfo testificó haber visto en los Lugares Santos, Adamnan se encargó de consignarlo por escrito. Hizo, como dije, una obra muy útil, especialmente para aquellos que, viviendo lejos de los lugares donde estuvieron los patriarcas y apóstoles, solo conocen de ellos lo que han aprendido por lectura. Adamnan presentó este libro al rey Aldfrido, y por su generosidad fue distribuido para que también los menores pudieran leerlo. El mismo escritor fue recompensado con muchos regalos y enviado de regreso a su patria. Creo que será conveniente para los lectores extraer algunas cosas de sus escritos e incluirlas en nuestra Historia.

CAPÍTULO XVI. Lo que en el mismo libro se menciona sobre el lugar del nacimiento, pasión y resurrección del Señor.

Escribió sobre el lugar del nacimiento del Señor de esta manera: «Belén, ciudad de David, está situada en una estrecha colina rodeada por valles por todas partes, de oeste a este tiene mil pasos de largo, es humilde, sin torres, con un muro construido en los extremos de la cima

plana; en cuyo ángulo oriental hay una especie de semicírculo natural, cuya parte exterior se dice que fue el lugar del nacimiento del Señor; la parte interior se llama el Pesebre del Señor. Esta cueva está completamente cubierta en su interior con mármol precioso, y sobre el lugar donde se dice que nació el Señor, se levanta una gran iglesia dedicada a Santa María.»

También escribió de esta manera sobre el lugar de su pasión y resurrección: «Al entrar por la parte septentrional de la ciudad de Jerusalén, primero, por la disposición de las calles, se debe desviar hacia la iglesia constantiniana, que se llama el Martirio. Esta fue construida por el emperador Constantino con magnificencia y esplendor real, porque allí fue encontrada la cruz del Señor por su madre Elena. Luego, al occidente, se ve la iglesia del Gólgota, en la cual también aparece la roca que una vez sostuvo la cruz del Señor con su cuerpo clavado, y ahora sostiene una gran cruz de plata, con una gran rueda de bronce colgando encima con lámparas. Debajo del lugar de la cruz del Señor, se ha excavado una cripta en la roca, en la cual se suele ofrecer sacrificio sobre un altar por los difuntos honorables, mientras los cuerpos se colocan temporalmente en la plaza. Al occidente de esta iglesia, la anástasis, es decir, la iglesia de la resurrección del Señor, es redonda, rodeada por tres muros, sostenida por doce columnas, teniendo entre cada muro un amplio espacio de camino, que contiene tres altares en tres lugares del muro medio, es decir, al sur, norte y oeste. Tiene dos veces cuatro puertas, es decir, entradas a través de los tres muros en línea, de las cuales cuatro miran al noreste y cuatro al sureste. En el medio de este monumento del Señor, excavado en la roca, un hombre de pie puede tocar con la mano la cima desde el interior, teniendo una entrada al oriente, donde se colocó la gran piedra; que muestra hasta el presente las marcas de las herramientas en su interior. Pues en el exterior, hasta la cima, está todo cubierto de mármol. La cima está adornada con oro, llevando una gran cruz dorada. En la parte norte de este monumento está el sepulcro del Señor, también excavado en la misma roca, de siete pies de largo, elevándose tres palmas sobre el pavimento; tiene una entrada en el lado sur, donde arden día y noche doce lámparas, cuatro dentro del sepulcro, ocho arriba en el borde derecho. La piedra que fue colocada en la entrada del monumento ahora está partida; su parte menor forma un altar cuadrado, que se encuentra ante la entrada del mismo monumento; la mayor está en el lugar oriental de la misma iglesia, formando otro altar cuadrado bajo lienzos. El color de este monumento y sepulcro parece ser una mezcla de blanco y rojizo.»

CAPÍTULO XVII. Lo que también escribió sobre el lugar de la ascensión del Señor y las tumbas de los patriarcas.

Sobre el lugar de la ascensión del Señor, el autor mencionado relata de esta manera: «El Monte de los Olivos es igual en altura al monte Sion, pero lo supera en anchura y longitud, excepto por las vides y olivos, es fértil en árboles raros, también fértil en trigo y cebada. Pues la calidad de su suelo no es de brezo, sino herbosa y florida: en cuya cima, donde el Señor ascendió al cielo, hay una gran iglesia redonda, con tres pórticos abovedados alrededor, cubiertos por encima. La casa interior no pudo ser abovedada ni cubierta debido al paso del cuerpo del Señor: tiene un altar al oriente protegido por una cúpula estrecha, en cuyo medio se ven las últimas huellas del Señor, con el cielo abierto arriba donde ascendió. Aunque diariamente los creyentes toman tierra de allí, no obstante, permanece, y aún conserva la misma apariencia como si estuviera marcada con huellas impresas. Esta se encuentra alrededor de una rueda de bronce, alta hasta el cuello, con una entrada al occidente, con una gran lámpara colgando arriba en poleas, brillando todo el día y la noche. En la parte occidental de esta iglesia hay ocho ventanas, y otras tantas lámparas colgando en cuerdas que brillan hacia Jerusalén a través del vidrio; cuya luz se dice que llena de alegría y compunción los corazones de los que la contemplan. En el día de la ascensión del Señor, cada año,

después de la misa, se acostumbra que un fuerte viento descienda desde arriba y derribe a todos los que están presentes en la iglesia.»

Sobre la ubicación de Hebrón y las tumbas de los Patriarcas, escribe así: «Hebrón, que una vez fue ciudad y metrópoli del reino de David, ahora solo muestra por sus ruinas lo que fue entonces. A un estadio al oriente tiene una cueva doble en el valle, donde las tumbas de los patriarcas están rodeadas por un muro cuadrado, con las cabezas orientadas al norte; y cada una de estas está cubierta por piedras talladas como una basílica; las de los tres patriarcas son blancas, la de Adán es de obra más oscura y humilde, quien descansa no lejos de ellos en la parte norte y extrema de ese muro. También se ven las memorias más humildes y pequeñas de las tres mujeres.

«El monte Mamre está a mil pasos de estas tumbas hacia el norte, muy herboso y florido, teniendo en su cima una llanura; en cuya parte norte está el tronco de la encina de Abraham, de la altura de dos hombres, rodeado por una iglesia.» Estos extractos de las obras del mencionado escritor, aunque resumidos y comprimidos en palabras más breves, se han incluido en nuestras Historias para la utilidad de los lectores. Si alguien desea conocer más del volumen, puede buscarlo en el mismo volumen o en el epítome que hace tiempo extrajimos de él.

CAPÍTULO XVIII. Cómo los sajones australes recibieron a los obispos Eadberct y Eolla, los occidentales a Daniel y Aldhelm; y sobre los escritos del mismo Aldhelm.

En el año setecientos cinco de la Encarnación del Señor, el rey Aldfrid de los Northumbrianos falleció en el vigésimo año de su reinado, aún no completado; a quien sucedió en el poder su hijo Osred, un niño de aproximadamente ocho años, que reinó once años. Al principio de su reinado, el obispo de los sajones occidentales, Haeddi, migró a la vida celestial. Era un hombre bueno y justo, y ejercía la vida y doctrina episcopal más por un amor innato a las virtudes que por lecturas. De hecho, el reverendísimo obispo Pecthelm, de quien se hablará en su lugar más adelante, que fue durante mucho tiempo diácono o monje con su sucesor Aldhelm, solía contar que en el lugar donde falleció, debido a su mérito de santidad, se realizaron muchos milagros de sanación, y que los hombres de esa provincia solían llevarse tierra de allí para ponerla en agua para los enfermos, y que el gusto o aspersion de esta agua confería sanidad a muchos enfermos, tanto a hombres como a animales: por lo cual, debido a la frecuente extracción de la tierra sagrada, se hizo allí una fosa no pequeña.

Al fallecer, el obispado de esa provincia se dividió en dos parroquias. Una fue dada a Daniel, quien la gobierna hasta hoy; la otra a Aldhelm, quien la dirigió con gran vigor durante cuatro años: ambos suficientemente instruidos en asuntos eclesiásticos y en el conocimiento de las Escrituras. De hecho, Aldhelm, cuando aún era presbítero y abad del monasterio que llaman la ciudad de Maildufi, escribió, por orden del sínodo de su gente, un libro excelente contra el error de los británicos, quienes no celebran la Pascua en su tiempo adecuado, y realizan muchas otras cosas contrarias a la castidad y paz eclesiástica, y llevó a muchos de los británicos que estaban sujetos a los sajones occidentales a la celebración católica de la Pascua mediante la lectura de este libro. También escribió un libro sobre la Virginidad, que compuso en ejemplo de Sedulio, en obra geminada, tanto en versos hexámetros como en prosa. Escribió también otras cosas, siendo un hombre muy docto en todos los aspectos: pues era elocuente en el habla, y, como dije, admirable en el conocimiento tanto de las escrituras liberales como eclesiásticas. Al fallecer, el pontificado fue asumido por Fortheri [DDCCIX], quien aún vive; un hombre también muy instruido en las Sagradas Escrituras.

Mientras estos administraban el episcopado [DCCXI], se decretó en un sínodo que la provincia de los sajones australes, que hasta entonces pertenecía a la parroquia de la ciudad de Venta, a la que entonces presidía Daniel, tuviera también su sede episcopal y su propio obispo: y fue consagrado para ellos el primer obispo Eadberct, quien era abad del monasterio del obispo de bendita memoria Wilfrido, llamado Selaeseu; al fallecer, Eolla asumió el oficio del pontificado. Sin embargo, después de algunos años, al ser retirado de esta vida, el episcopado ha cesado hasta hoy.

CAPÍTULO XIX. Cómo Coinred de Mercia y Offa, rey de los sajones orientales, terminaron su vida en hábito monástico en Roma; y sobre la vida y muerte del obispo Wilfrido.

En el cuarto año del reinado de Osred [DCCIX], Coinred, quien había gobernado el reino de Mercia con gran nobleza durante algún tiempo, dejó el cetro del reino de manera mucho más noble. Pues fue a Roma, y allí, tonsurado, bajo el pontificado de Constantino, y hecho monje, permaneció hasta el último día en oraciones, ayunos y limosnas ante los sepulcros de los apóstoles; sucediéndole en el reino Ceolred, hijo de Aethelred, quien había gobernado el reino antes que Coinred. Con él también fue el hijo del rey Sighere de los sajones orientales, de quien hemos mencionado antes, llamado Offa, un joven de edad y belleza muy amada, y muy deseado por toda su gente para mantener y guardar el cetro del reino. Quien, llevado por la misma devoción de mente, dejó esposa, campos, parientes y patria por Cristo y por el Evangelio, para recibir en esta vida el ciento por uno, y en el siglo venidero la vida eterna. Y así, cuando llegaron a los lugares santos en Roma, tonsurado, y completando su vida en hábito monástico, llegó a la visión de los bienaventurados apóstoles en el cielo, largamente deseada.

Ese mismo año en que estos dejaron Bretaña, el excelso obispo Wilfrido, después de cuarenta y cinco años de haber recibido el episcopado, cerró su último día en la provincia llamada Inundalum: y su cuerpo, colocado en un féretro, fue llevado a su monasterio, llamado Inhrypum, y sepultado en la iglesia del bienaventurado apóstol Pedro con el honor adecuado a tan gran pontífice. De cuyo estado de vida, volviendo a lo anterior, recordemos brevemente algunos de los hechos, cuando era un niño de buena índole, y pasando su edad con buenas costumbres, se comportaba con tal modestia y prudencia en todo, que merecidamente era amado, venerado y abrazado por los mayores como uno de ellos. Cuando llegó al decimocuarto año de su edad, prefirió la vida monástica a la secular. Cuando se lo contó a su padre, pues su madre ya había fallecido, él accedió gustosamente a sus votos y deseos celestiales, y le ordenó que persistiera en sus saludables propósitos. Así que fue a la isla de Lindisfarne, donde, entregándose al servicio de los monjes, diligentemente se dedicó a aprender y practicar lo que era de la castidad y piedad monástica [DCXLVIII]. Y como era de agudo ingenio, aprendió rápidamente los salmos y algunos códices; aún no tonsurado, pero notablemente adornado con las virtudes que son mayores que la tonsura, es decir, la humildad y la obediencia: por lo cual era justamente apreciado por los mayores y sus coetáneos. En dicho monasterio, después de servir a Dios durante algunos años, el joven de mente sagaz se dio cuenta de que el camino de la virtud que enseñaban los escoceses no era perfecto, y decidió en su mente ir a Roma para ver cómo se observaban los ritos eclesiásticos y monásticos en la sede apostólica. Cuando lo contó a los hermanos, alabaron su propósito y le aconsejaron que llevara a cabo lo que había dispuesto en su mente. Entonces, viniendo rápidamente a la reina Eanfleda, pues le era conocido, y por su consejo y apoyo había sido asociado al mencionado monasterio, le indicó su deseo de visitar los sepulcros de los bienaventurados apóstoles: ella, deleitada por el buen propósito del joven, lo envió a Kent al rey Erconberct [DCLII], quien era hijo de su tío, pidiéndole que lo enviara honorablemente a Roma. En ese tiempo, Honorio, uno de los discípulos del bienaventurado papa Gregorio, un

hombre excelentemente instruido en asuntos eclesiásticos, ocupaba el grado de arzobispo. Allí, mientras el joven de mente vivaz permanecía algún tiempo, dedicándose diligentemente a aprender lo que observaba, llegó otro joven, llamado Biscop, con el sobrenombre de Benedicto, de los nobles de los anglos, también deseando ir a Roma: de quien hemos mencionado antes.

El rey entonces unió a Wilfrido a la compañía de este, y le ordenó que lo llevara con él a Roma [CCLIII]. Cuando llegaron a Lyon, Wilfrido fue retenido allí por el obispo Dalfinus, mientras Benedicto completó su viaje a Roma con diligencia. El obispo se deleitaba con la prudencia de las palabras del joven, la gracia de su rostro encantador, la vivacidad de su acción, y la constancia y madurez de su pensamiento: por lo cual le proporcionaba abundantemente todo lo que necesitaba, tanto a él como a sus compañeros, mientras estaban con él: y además le ofrecía que, si quería, le confiaría una parte no pequeña de las Galias para gobernar, y le daría como esposa a la virgen hija de su hermano, y lo tendría siempre en lugar de un hijo adoptivo. Pero él, agradeciendo la piedad que tenía hacia él, aunque era un peregrino, respondió que tenía el propósito de otra forma de vida, y por eso, habiendo dejado su patria, había comenzado su viaje a Roma.

Al escuchar esto, el obispo lo envió a Roma [DCLIV], dándole un guía para el camino, y proveyéndole abundantemente de todo lo que necesitaba para el viaje; rogándole encarecidamente que, cuando regresara a su patria, recordara hacer el viaje por sí mismo. Al llegar a Roma, y dedicado a las oraciones y la meditación de los asuntos eclesiásticos, como había propuesto en su mente, llegó a la amistad de un hombre muy docto y santísimo, Bonifacio, el archidiacono, quien también era consejero del papa apostólico; bajo cuya enseñanza aprendió los libros de los cuatro Evangelios en orden, el cómputo razonable de la Pascua, y muchas otras cosas que no había podido aprender en su patria, adecuadas a las disciplinas eclesiásticas, enseñadas por el mismo maestro; y después de haber pasado algunos meses allí ocupado en estudios felices, regresó a Dalfinus en las Galias [DCLV], y permaneció con él tres [Chiff., seis] años, siendo tonsurado por él, y tan amado que el obispo pensó en hacerlo su heredero. Pero para que esto no pudiera suceder, el obispo fue arrebatado por una muerte cruel [DCLVIII], y Wilfrido fue reservado más bien para el episcopado de su propia gente, es decir, de los anglos. Pues la reina Baldhild, enviando soldados, ordenó que el obispo fuera asesinado, y Wilfrido, su clérigo, lo siguió al lugar donde iba a ser decapitado, deseando morir con él, aunque él se lo prohibió mucho. Pero cuando los verdugos supieron que era un peregrino y oriundo de la nación de los anglos, le perdonaron la vida, y no quisieron matarlo junto con su obispo.

Al llegar a Bretaña, se unió en amistad con el rey Alchfrido, quien siempre había aprendido a seguir y amar las reglas católicas de la Iglesia. Por lo tanto, cuando descubrió que él era católico, le otorgó inmediatamente una tierra para diez familias en un lugar llamado Stanford, y no mucho después, un monasterio para treinta familias en un lugar llamado Inhrypum; lugar que había sido dado anteriormente para construir un monasterio a aquellos que seguían a los escoceses. Sin embargo, como estos, al serles dada la opción, prefirieron abandonar el lugar antes que aceptar la Pascua católica y otros ritos canónicos según la costumbre de la Iglesia Romana y Apostólica, se lo dio a él, a quien vio instruido en mejores disciplinas y costumbres.

En ese tiempo, por orden del mencionado rey, fue ordenado sacerdote en el mismo monasterio por Agilberto, obispo de los Gewissae, de quien ya hemos hablado, deseando el rey que un hombre de tal erudición y religión fuera su sacerdote y maestro personal. No

mucho después, al descubrir y eliminar, como ya hemos enseñado, la secta de los escoceses, lo envió a Galia, y con el consejo y consentimiento de su padre Osuiu, pidió que fuera ordenado obispo, cuando tenía alrededor de treinta años, siendo entonces Agilberto obispo de la ciudad de París; con quien otros once obispos se reunieron para la consagración del obispo, cumpliendo el ministerio con gran honor. Mientras aún permanecía en tierras extranjeras, fue consagrado obispo de York, por orden del rey Osuio, el santo hombre Ceadda, como ya se ha mencionado, y gobernando la Iglesia con gran dignidad durante tres años, luego se retiró al cuidado de su monasterio en Laestingaei, recibiendo Wilfrido el obispado de toda la provincia de los Northumbrianos.

Luego, durante el reinado de Ecgrido, fue expulsado del obispado, y otros obispos fueron consagrados en su lugar, de los cuales ya hemos hablado: yendo a Roma, y para presentar su caso ante el papa apostólico, cuando abordó el barco, fue llevado por el viento Favonio a Frisia, y recibido honorablemente por los bárbaros y su rey Aldgils, les predicó a Cristo, y lavó a muchos de ellos de la suciedad de sus pecados en la fuente del Salvador, instruyendo a miles con la palabra de la verdad; y lo que más tarde completó con gran devoción el reverendísimo obispo de Cristo Wilbrord, él fue el primero en comenzar la obra evangélica allí. Pasando el invierno allí felizmente con el nuevo pueblo de Dios, reanudó su viaje a Roma; y cuando su caso fue discutido, en presencia del papa Agatón y muchos obispos, fue encontrado sin acusación de crimen y digno del obispado. En ese tiempo, el mismo papa Agatón, al convocar un sínodo en Roma de ciento veinticinco obispos, contra aquellos que enseñaban una sola voluntad y operación en el Señor Salvador, ordenó que Wilfrido fuera llamado, y sentado entre los obispos, declarara su fe y la de la provincia o isla de donde venía: y cuando fue encontrado católico en la fe con los suyos, se decidió incluir esto en los actos del mismo sínodo, y fue escrito de esta manera: «Wilfrido, obispo amado por Dios de la ciudad de York, apelando a la sede apostólica sobre su causa, y absuelto por esta autoridad de asuntos ciertos e inciertos, y constituido en el sínodo en el asiento del juicio con otros ciento veinticinco obispos, confesó la verdadera y católica fe por toda la parte septentrional, las islas de Bretaña e Irlanda que son habitadas por las gentes de los anglos y britanos, así como escoceses y pictos, y lo corroboró con su suscripción.»

Después de esto, regresando a Bretaña, convirtió a la provincia de los sajones del sur de los ritos de la idolatría a la fe de Cristo. También envió ministros de la palabra a la isla de Wight: y en el segundo año de Aldfrido, quien reinó después de Ecgrido, recuperó su sede y obispado, instando el mismo rey. Pero después de cinco años, nuevamente acusado, fue expulsado del obispado por el mismo rey y muchos obispos: yendo a Roma, cuando sus acusadores estaban presentes, se le dio lugar para defenderse, y con muchos obispos sentados con el papa apostólico Juan, se probó por el juicio de todos que sus acusadores habían maquinado algunas calumnias falsas contra él: y fue escrito por el mencionado papa a los reyes de los anglos Aedilredo y Aldfrido, que lo hicieran recibir en su obispado, ya que había sido condenado injustamente. Ayudó a su absolución la lectura del sínodo del papa de santa memoria Agatón, que se había llevado a cabo en la ciudad con él presente, y sentado en el mismo concilio entre los obispos, como hemos dicho. Cuando, por lo tanto, por la necesidad de la causa, el mismo sínodo fue leído durante varios días ante los nobles y la multitud del pueblo por orden del papa apostólico, se llegó al lugar donde estaba escrito: «Wilfrido, obispo amado por Dios de la ciudad de York, apelando a la sede apostólica sobre su causa, y absuelto por esta autoridad de asuntos ciertos e inciertos,» y lo demás que hemos mencionado antes. Cuando esto fue leído, el asombro se apoderó de los oyentes; y mientras el lector guardaba silencio, comenzaron a preguntarse unos a otros quién era ese obispo Wilfrido. Entonces Bonifacio, consejero del papa apostólico, y muchos otros que lo habían visto allí en

tiempos del papa Agatón, decían que era el obispo que recientemente había llegado a Roma acusado por los suyos y para ser juzgado por la sede apostólica: «quien hace mucho tiempo, dicen, igualmente acusado, llegó aquí, y tan pronto como se escuchó y juzgó la causa y la controversia de ambas partes, fue probado por el papa de santa memoria Agatón que había sido expulsado de su obispado contra la ley; y fue tenido en tan alta estima por él, que ordenó que se sentara en el concilio que había convocado de obispos, como un hombre de fe incorrupta y mente honesta. Al escuchar esto, todos decían junto con el mismo pontífice, que un hombre de tal autoridad, que había ejercido el obispado durante casi cuarenta años, no debía ser condenado de ninguna manera, sino que, absuelto de las acusaciones, debía regresar a su patria con honor.

Cuando regresaba a Bretaña y llegó a las partes de Galia, fue tocado por una enfermedad repentina, y al crecer esta, fue tan presionado que no podía ser llevado a caballo, sino que fue llevado en una camilla por las manos de sus servidores. Así fue llevado a la ciudad de Meaux en Galia, y durante cuatro días y noches yacía como muerto, mostrando que vivía solo por un aliento muy tenue. Y mientras perseveraba así sin comida ni bebida, sin voz ni oído durante cuatro días, al amanecer del quinto día, como despertando de un profundo sueño, se sentó; y abriendo los ojos, vio a su alrededor coros de hermanos cantando y llorando; y suspirando un poco, preguntó dónde estaba el presbítero Acca; quien fue llamado de inmediato y entró, y al verlo mejor y ya capaz de hablar, se arrodilló y dio gracias a Dios con todos los hermanos presentes. Y cuando se sentaron un poco, y comenzaron a hablar algo temerosos de los juicios celestiales, el obispo ordenó que los demás salieran por un momento, y comenzó a hablar así al presbítero Acca: «Una visión terrible se me apareció ahora, que quiero que escuches y guardes en silencio, hasta que sepa qué quiere Dios hacer conmigo. Se me apareció un hombre de vestidura blanca resplandeciente, diciendo que era el arcángel Miguel: y por esto, dijo, he sido enviado para revocarte de la muerte: porque el Señor te ha concedido la vida por las oraciones y lágrimas de tus discípulos y hermanos, y por la intercesión de su bendita madre, siempre virgen María. Por lo tanto, te digo que ahora serás sanado de esta enfermedad; pero prepárate, porque después de cuatro años regresaré a visitarte; y al llegar a tu patria, recibirás una gran parte de tus posesiones que te fueron arrebatadas, y terminarás tu vida en paz tranquila.» Así que el obispo se recuperó, con todos regocijándose y dando gracias a Dios, y emprendiendo el viaje, llegó a Bretaña.

Leídas las cartas que había traído del papa apostólico, el arzobispo Berctuald y Aedilred, antiguo rey y ahora abad, le favorecieron con mucho gusto: el cual Aedilred, habiendo llamado a Coinred, a quien había hecho rey en su lugar, pidió que fuera amigo del obispo, y lo consiguió. Pero el rey Aldfrid de los Northumbrianos se negó a recibirlo, y no sobrevivió mucho tiempo: por lo que, cuando reinó su hijo Osred, inmediatamente se hizo un sínodo junto al río Nidd, y después de algún conflicto entre ambas partes, finalmente, con el favor de todos, fue recibido en el obispado de su Iglesia. Así vivió en paz durante cuatro años, es decir, hasta el día de su muerte. Falleció en su monasterio que tenía en la provincia de Undalum bajo el gobierno del abad Cudualdo; y llevado por el ministerio de los hermanos a su primer monasterio llamado Inhrypum, fue colocado en la iglesia del bendito apóstol Pedro, junto al altar al sur, como ya hemos enseñado; y sobre él se escribió este epitafio: Aquí descansa en cuerpo el gran obispo Wilfrido, quien, llevado por el amor a la piedad, construyó esta casa para el Señor, y la consagró con el excelso nombre de Pedro, a quien Cristo, árbitro del mundo, dio las llaves del cielo; y devotamente la vistió con oro y púrpura de Tiro. También colocó aquí un trofeo de la cruz resplandeciente con metal, y ordenó que se escribieran en oro los cuatro libros del Evangelio; y construyó un relicario digno de ellos con oro resplandeciente: quien también corrigió los tiempos solemnes del curso pascual al justo

dogma del canon católico, que los Padres establecieron, y eliminando el error dudoso, mostró a su gente las normas ciertas de su rito: y en estos lugares reunió numerosos grupos de monjes, y con diligencia advirtió lo que la regla de los Padres instituyó: y, sacudido mucho en casa y fuera por largos tiempos de peligros, después de haber ejercido el episcopado durante quince veces tres años, pasó, y gozoso buscó los reinos celestiales. Concede, Jesús, que el rebaño siga el camino del pastor.

CAPÍTULO XX. Cómo el religioso abad Adriano, Albinus, sucedió a Wilfrido en el episcopado Acca.

El año siguiente a la muerte del mencionado Padre, es decir, el quinto del rey Osred, el reverendísimo Padre Adriano, abad, cooperador en la palabra de Dios del obispo de santa memoria Teodoro, falleció, y fue sepultado en su monasterio en la iglesia de la bendita Madre de Dios; que es el año cuadragésimo primero desde que fue enviado por el papa Vitaliano con Teodoro; y desde que llegó a Bretaña, el trigésimo noveno. De cuya doctrina junto con la de Teodoro, entre otros, da testimonio el hecho de que Albinus, su discípulo, quien le sucedió en el gobierno del monasterio, fue instruido en los estudios de las escrituras hasta el punto de conocer la lengua griega en no pequeña medida, y la latina no menos que la de los anglos, que le es natural.

En lugar de Wilfrido, el presbítero Acca, un hombre también muy valiente y magnífico ante Dios y los hombres, asumió el episcopado de la Iglesia de Hexham; quien también amplió el edificio de su iglesia, consagrada en honor del bendito apóstol Andrés, con diversos adornos y obras maravillosas. Se dedicó, como aún lo hace hoy, a adquirir de todas partes reliquias de los benditos apóstoles y mártires de Cristo, para colocarlas en altares en su veneración, en capillas separadas dentro de los muros de la misma iglesia, y también, reuniendo con gran diligencia las historias de sus pasiones junto con otros volúmenes eclesiásticos, hizo allí una biblioteca muy amplia y noble, y preparó con gran esmero los vasos sagrados, luminarias y otras cosas de este tipo que pertenecen al ornamento de la casa de Dios. También llamó a un excelente cantor, llamado Maban, quien había sido instruido en los sonidos del canto por los sucesores de los discípulos del bendito papa Gregorio en Kent, para que instruyera a él y a los suyos, y lo mantuvo durante doce años: para que enseñara los cánticos eclesiásticos que no conocían; y para que, por su enseñanza, se renovaran en su estado original aquellos que, conocidos en otro tiempo, habían comenzado a envejecer por el largo uso o la negligencia. Pues el mismo obispo Acca era un cantor muy hábil, así como también muy docto en las sagradas escrituras, casto en la confesión de la fe católica, y muy diligente en las reglas de la institución eclesiástica; y no dejó de serlo hasta que recibió las recompensas de su piadosa devoción: ya que desde su juventud fue nutrido e instruido en el clero del santísimo y amado por Dios obispo Boza de York; luego, al llegar a Wilfrido el obispo con la esperanza de un mejor propósito, pasó toda su vida en su servicio hasta su muerte: con quien también, al llegar a Roma, aprendió muchas cosas útiles para la institución de la Iglesia que no pudo en su patria.

CAPÍTULO XXI. Cómo el abad Ceolfrid envió arquitectos de iglesia y una carta sobre la Pascua católica y la tonsura al rey de los pictos.

En ese tiempo, Naiton, rey de los pictos, que habitan las regiones septentrionales de Bretaña, advertido por la frecuente meditación de las escrituras eclesiásticas, renunció al error en el que hasta entonces había estado con su gente en la observancia de la Pascua, y llevó a todos los suyos a celebrar el tiempo de la Resurrección del Señor de manera católica. Para lograr esto más fácilmente y con mayor autoridad, buscó la ayuda de la gente de los anglos, a

quienes ya conocía que habían instituido su religión según el ejemplo de la santa Iglesia Romana y Apostólica. En efecto, envió legados al venerable Ceolfrid, abad del monasterio de los benditos apóstoles Pedro y Pablo, que está en la desembocadura del río Wear, y junto al río Tyne, en el lugar llamado In Gyruum, al cual él mismo, después de Benito, de quien ya hemos hablado, presidió gloriosamente; pidiendo que le enviara cartas exhortatorias, con las cuales pudiera refutar más poderosamente a aquellos que se atrevían a observar la Pascua en un tiempo no adecuado; así como sobre el modo o razón de la tonsura con la que debía ser distinguido el clero: además de que él mismo estaba en gran parte instruido en estas cosas. Pero también pidió que se le enviaran arquitectos para que construyeran una iglesia de piedra en su gente según la costumbre de los romanos, prometiendo que sería dedicada en honor del bendito príncipe de los apóstoles; y que él mismo, con todos los suyos, siempre imitaría la costumbre de la santa Iglesia Romana y Apostólica, en la medida en que, estando tan lejos de la lengua y nación de los romanos, pudieran aprenderla. A los votos y peticiones religiosas de él, el reverentísimo abad Ceolfrid, enviando los arquitectos que se le pedían, le envió también cartas escritas de esta manera:

«Al excelentísimo y gloriosísimo rey Naiton, el abad Ceolfrid en el Señor saluda.

«La observancia católica de la santa Pascua, que nos has solicitado, rey devoto a Dios, con religioso estudio, nos esforzamos en revelarla a tu deseo de la manera más pronta y gustosa, según lo que hemos aprendido de la sede apostólica. Sabemos, en efecto, que es un don celestial para la santa Iglesia, cada vez que los siervos del Señor dedican su esfuerzo a aprender, enseñar y guardar la verdad. Pues ciertamente dijo un escritor secular que el mundo estaría en el estado más feliz si los reyes filosofaran o los filósofos reinaran. Si esto se pudo decir con razón sobre la filosofía de este mundo, cuánto más deseable es para los ciudadanos de la patria celestial, que peregrinan en este mundo, y con todas las fuerzas del alma deben suplicar que cuanto más poder tengan en el mundo, más se esfuerzen en escuchar los mandatos del juez que está sobre todo, y que instruyan a aquellos que les han sido confiados, tanto con ejemplos como con autoridad, para observarlos.

Por lo tanto, hay tres reglas establecidas en las sagradas escrituras, por las cuales se nos ha fijado el tiempo de celebración de la Pascua, que no puede ser cambiado por ninguna autoridad humana; de las cuales dos están divinamente establecidas en la ley de Moisés, y la tercera se añade en el Evangelio por el efecto de la pasión y resurrección del Señor. La ley mandó que la Pascua se celebrara en el primer mes del año y en la tercera semana de ese mismo mes, es decir, desde el día quince hasta el veintiuno: se añadió por institución apostólica del Evangelio que en esa tercera semana debemos esperar el día del Señor y comenzar en él el tiempo pascual. Cualquiera que observe correctamente esta regla triple, nunca errará en la anotación de la fiesta pascual.

Sin embargo, si deseas escuchar más detalladamente sobre cada uno de estos aspectos, está escrito en el Éxodo, donde el pueblo de Israel, al ser liberado de Egipto, es mandado a celebrar la primera Pascua, porque el Señor dijo a Moisés y Aarón: "Este mes será para vosotros el principio de los meses, el primero de los meses del año. Hablad a toda la congregación de los hijos de Israel y decidles: El décimo día de este mes, cada uno tomará un cordero por familia y por casa. Y un poco después: Y lo guardaréis hasta el día catorce de este mes. Y lo inmolará toda la multitud de los hijos de Israel al atardecer." Con estas palabras se manifiesta claramente que, aunque se menciona el día catorce en la observancia pascual, no se manda celebrar la Pascua en ese día catorce; sino que, al llegar finalmente el atardecer del día catorce, es decir, la luna quince, que marca el inicio de la tercera semana,

cuando aparece en el cielo, se manda inmolar el cordero: y esa es la noche de la luna quince, en la que, tras golpear a los egipcios, Israel fue redimido de una larga servidumbre.

"Durante siete días comeréis panes sin levadura." Con estas palabras también se decreta que toda la tercera semana de ese primer mes debe ser solemne. Pero para que no pensáramos que esos siete días deben contarse desde el catorce hasta el veintiuno, inmediatamente se añade: "En el primer día no habrá levadura en vuestras casas. Cualquiera que coma levadura, esa alma será cortada de Israel. Desde el primer día hasta el séptimo día," y así sucesivamente, hasta que dice: "Porque en ese mismo día sacaré a vuestro ejército de la tierra de Egipto." Por lo tanto, llama primer día de los ázimos a aquel en el que sacaría a su ejército de Egipto. Sin embargo, está claro que no fue el día catorce, en cuya tarde se inmoló el cordero, y que propiamente se llama Pascua o Fase; sino que fueron sacados de Egipto el día quince, como se escribe claramente en el libro de los Números. "Partieron, pues, de Ramsés el día quince del primer mes, al día siguiente hicieron la Pascua los hijos de Israel con mano poderosa." Por lo tanto, los siete días de los ázimos, en cuyo primer día el pueblo del Señor fue sacado de Egipto, deben contarse desde el inicio, como dijimos, de la tercera semana, es decir, desde el día quince del primer mes, hasta el día veintiuno completo de ese mismo mes.

Además, el día catorce se separa de este número bajo el título de Pascua, como enseñan claramente las siguientes palabras del Éxodo; donde, después de decir: "Porque en ese mismo día sacaré a vuestro ejército de la tierra de Egipto," inmediatamente se añade: "Y guardaréis este día en vuestras generaciones como un rito perpetuo. En el primer mes, el día catorce del mes comeréis ázimos hasta el día veintiuno del mismo mes al atardecer. Durante siete días no se encontrará levadura en vuestras casas." ¿Quién no ve que desde el catorce hasta el veintiuno no son solo siete días, sino más bien ocho, si se cuenta también el catorce? Pero si, como la verdad de la Escritura explorada más diligentemente enseña, contamos desde el atardecer del día catorce hasta el atardecer del veintiuno, veremos ciertamente que el día catorce extiende su atardecer al inicio de la fiesta pascual, de modo que la sagrada solemnidad no comprende más que siete noches con sus días: de donde se prueba que nuestra definición es verdadera, al decir que el tiempo pascual debe celebrarse en el primer mes del año y en su tercera semana. Pues verdaderamente se celebra en la tercera semana, ya que comienza al atardecer del día catorce y se completa al atardecer del veintiuno.

Después de que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado, y nos hizo el día del Señor, que entre los antiguos se llama uno o primero del sábado o de los sábados, solemne con el gozo de su resurrección; así la tradición apostólica lo insertó en las fiestas pascales, de modo que no se decidiera anticipar ni disminuir en absoluto el tiempo de la Pascua legal. Más bien, se estableció que se esperara, según el mandato de la ley, el mismo primer mes del año, se esperara el día catorce de ese mes, se esperara su atardecer. Y cuando este día cayera en sábado, cada uno tomara un cordero por familias y casas, y lo inmolará al atardecer, es decir, todas las Iglesias del mundo, que forman una católica, prepararan pan y vino en el misterio de la carne y sangre del Cordero inmaculado, que quitó los pecados del mundo: y precediendo la solemne celebración de lecturas, oraciones y ceremonias pascales, ofrecieran esto al Señor en esperanza de su futura redención. Porque esa es la misma noche en la que el pueblo israelita fue rescatado de Egipto por la sangre del cordero; la misma en la que por la resurrección de Cristo todo el pueblo de Dios fue liberado de la muerte eterna. Y al amanecer del día del Señor, celebraran el primer día de la fiesta pascual. Porque ese es el día en el que el Señor reveló la gloria de su resurrección a sus discípulos con el gozo de una piadosa revelación. Ese es el primer día de los ázimos, sobre el cual está escrito de manera muy clara en el Levítico: "En el primer mes, el día catorce del mes, al atardecer, es la Pascua del Señor,

y el día quince de este mes es la solemnidad de los ázimos del Señor. Durante siete días comeréis ázimos. El primer día será muy solemne y santo."

Si, por lo tanto, fuera posible que siempre el día quince del primer mes, es decir, la luna quince, cayera en domingo, podríamos celebrar la Pascua siempre al mismo tiempo que el antiguo pueblo de Dios, aunque con un género de sacramentos diferente, como una misma fe. Pero como los días de la semana no avanzan de manera igual con la luna, la tradición apostólica, que fue predicada en Roma por el bienaventurado Pedro y confirmada en Alejandría por Marcos el evangelista y su intérprete, decretó que al llegar el primer mes, al llegar el atardecer del día catorce, se esperara también el día del Señor, desde el día quince hasta el veintiuno de ese mismo mes. Porque en cualquiera de estos días que se encuentre, con razón se celebrará la Pascua: porque ciertamente pertenece al número de esos siete días en los que se manda celebrar los ázimos. Así, nunca nuestra Pascua se desvía de la tercera semana del primer mes hacia ningún lado: sino que o bien abarca toda ella, es decir, todos los siete días de los ázimos legales, o al menos algunos de ellos. Porque incluso si al menos uno de ellos, es decir, el séptimo, que la Escritura recomienda tan excelentemente: "El séptimo día será más solemne y santo, y no se hará en él ninguna obra servil," nadie podrá acusarnos de no celebrar correctamente el día del Señor de la Pascua, que hemos recibido del Evangelio, en la misma tercera semana del primer mes que la ley establece.

Revelada la razón católica de esta observancia, se hace evidente, por el contrario, el error irracional de aquellos que presumen anticipar o trascender los términos fijados en la ley sin ninguna necesidad apremiante. Porque sin razón de necesidad alguna anticipan el tiempo prescrito en la ley, aquellos que piensan que el día del Señor de la Pascua debe observarse desde el día catorce del primer mes hasta el día veinte. Pues cuando comienzan a celebrar las vigiliias de la santa noche desde el atardecer del día trece, está claro que establecen ese día en el inicio de su Pascua, del cual no encuentran ninguna mención en el decreto de la ley. Y cuando rehúyen celebrar el día del Señor de la Pascua el día veintiuno del mes, está claro que separan completamente ese día de su solemnidad, que la ley recomienda con mayor festividad que los demás: y así, completan el día de la Pascua en un orden perverso, a veces en la segunda semana completa, y nunca lo colocan en el séptimo día de la tercera semana; y nuevamente, aquellos que piensan que la Pascua debe celebrarse desde el día dieciséis del mes mencionado hasta el veintidós, no se desvían menos del camino recto de la verdad, aunque por el otro lado, y como naufragios que huyen de Escila, caen en el abismo de Caribdis.

Porque cuando enseñan que la Pascua debe comenzar con la luna dieciséis del primer mes, es decir, desde el atardecer del día quince, está claro que excluyen completamente el día catorce de ese mes, que la ley primero y principalmente recomienda, de su solemnidad: de modo que apenas tocan el atardecer del día quince, en el que el pueblo de Dios fue redimido de la servidumbre egipcia, y en el que el Señor liberó al mundo de las tinieblas del pecado con su sangre, y en el que, sepultado, nos dio la esperanza de un descanso bienaventurado después de la muerte. Y recibiendo en sí mismos la pena de su error, cuando establecen el día del Señor de la Pascua el día veintidós del mes, violan abiertamente los términos legítimos de la Pascua, ya que comienzan la Pascua desde el atardecer de ese día, en el que la ley decretó que debía completarse y perfeccionarse. Asignan como primer día de la Pascua aquel del cual no se encuentra mención alguna en la ley, es decir, el primero de la cuarta semana.

Ambos, por lo tanto, no solo se equivocan en la definición y cálculo de la edad lunar, sino también a veces en la determinación del primer mes. Esta discusión es mayor de lo que esta carta puede abarcar o debe. Solo diré esto, que siempre se puede encontrar inerrablemente el

mes que debe ser el primero del año según el cálculo lunar, a través del equinoccio vernal. El equinoccio, según la opinión de todos los orientales, y especialmente de los egipcios, que tienen la palma en el arte del cálculo, suele ocurrir el duodécimo día antes de las calendas de abril, como también probamos por inspección horológica. Por lo tanto, cualquier luna que esté llena antes del equinoccio, es decir, el día catorce o quince, pertenece al último mes del año anterior, y por lo tanto no es apta para celebrar la Pascua. Pero la que tiene su plenilunio después del equinoccio o en el mismo equinoccio, sin duda alguna, porque es del primer mes, se debe saber que tanto los antiguos solían celebrar la Pascua en ella, como nosotros debemos celebrarla cuando llegue el día del Señor.

Que esto debe hacerse así, lo demuestra la razón mencionada, porque está escrito en el Génesis que Dios hizo dos grandes luminarias; la luminaria mayor para gobernar el día; y la luminaria menor para gobernar la noche: o, como dice otra edición, la luminaria mayor para el inicio del día; y la luminaria menor para el inicio de la noche. Así como el Sol, procediendo primero desde el medio del Oriente, fijó el equinoccio vernal con su salida; luego la Luna, siguiendo llena desde el medio del Oriente cuando el Sol se ponía al atardecer: así cada año es necesario que el mismo primer mes lunar se observe en el mismo orden, de modo que no antes del equinoccio, sino en el mismo día del equinoccio, como se hizo al principio, o después de él, debe tener su plenilunio. Pero si el plenilunio precede al tiempo del equinoccio por un solo día, no debe asignarse esta luna al primer mes del año que comienza, sino más bien al último del año pasado; y por lo tanto, la razón mencionada prueba que no es apta para las fiestas pascales.

Si también os deleita escuchar la razón mística en estas cosas, se nos manda celebrar la Pascua en el primer mes del año, que también se llama mes de los nuevos, porque con el espíritu de nuestra mente renovado hacia el amor de las cosas celestiales, debemos celebrar los sacramentos de la Resurrección del Señor y de nuestra liberación; se nos manda hacerlo en la tercera semana de ese mismo mes, porque antes de la ley y bajo la ley fue prometido, en el tercer tiempo del mundo vino con gracia aquel que sería inmolado como nuestra Pascua, Cristo: porque resucitando al tercer día después de la inmolación de su pasión, quiso que este día del Señor se llamara, y que en él celebremos anualmente las fiestas pascales de su resurrección: porque también nosotros solo celebramos verdaderamente sus solemnidades si por la fe, la esperanza y la caridad nos esforzamos en hacer la Pascua, es decir, el tránsito de este mundo al Padre, con él.

Después del equinoccio de primavera, se nos manda observar el plenilunio del mes pascual; para que primero el sol haga el día más largo que la noche, luego la luna presente al mundo el pleno orbe de su luz; porque primero el Sol de justicia, en cuyas alas está la salud, es decir, el Señor Jesús, por el triunfo de su resurrección superó todas las tinieblas de la muerte: y así ascendiendo a los cielos, enviando desde lo alto el Espíritu, llenó de la luz de la gracia interna a su Iglesia, que a menudo se designa con el nombre de Luna. Contemplando este orden de nuestra salvación, el Profeta decía: "El sol se elevó, y la luna se mantuvo en su orden." Por lo tanto, quien sostenga que el plenilunio pascual puede ocurrir antes del equinoccio, tal persona en la celebración de los más grandes misterios está en desacuerdo con la doctrina de las santas Escrituras; pero concuerda con aquellos que confían en que pueden salvarse sin la gracia previa de Cristo: porque aunque la verdadera luz nunca hubiera vencido las tinieblas del mundo muriendo y resucitando, presumen dogmatizar que pueden tener justicia perfecta.

Por lo tanto, después del orto equinoccial del sol, después del plenilunio del primer mes, siguiendo este orden; es decir, después de completar el día catorce de ese mes, que hemos recibido de la ley para observar, esperamos aún, con la advertencia del Evangelio, en esa

tercera semana el tiempo del día del Señor, y así finalmente celebramos las fiestas de nuestra Pascua con devoción, para indicar que no veneramos el yugo de la servidumbre egipcia roto con los antiguos, sino que con devota fe y amor celebramos la redención de todo el mundo, que fue prefigurada en la liberación del antiguo pueblo de Dios, pero completada en la resurrección de Cristo, y que también señalamos que nos alegramos con la esperanza más cierta de nuestra resurrección, que creemos que ocurrirá en ese mismo día del Señor.

Este cómputo de la Pascua que os mostramos para seguir, se contiene en el ciclo de diecinueve años; que ya en los tiempos de los Apóstoles comenzó a observarse en la Iglesia, especialmente en Roma y Egipto, como ya dijimos. Pero por la industria de Eusebio, que lleva el nombre del bienaventurado mártir Pánfilo, fue compuesto más distintamente en orden; para que lo que hasta entonces solía ser mandado anualmente por el obispo de Alejandría a todas las Iglesias, ya luego, con la serie de la luna catorce reunida en orden, pudiera ser fácilmente conocido por todos. El cómputo pascual de Teófilo, obispo de Alejandría, fue compuesto para el emperador Teodosio en un período de cien años. Asimismo, su sucesor Cirilo comprendió una serie de noventa y cinco años en cinco ciclos de diecinueve años: después de él, Dionisio el Exiguo añadió otros tantos en el mismo esquema, que llegaban hasta nuestros tiempos. Al acercarse su término, hoy hay tal abundancia de calculadores, que incluso en nuestras Iglesias de Bretaña hay muchos que, siguiendo las memorias de los antiguos argumentos egipcios, pueden fácilmente extender los ciclos pascales en cualquier espacio de tiempo, incluso si quisieran hasta quinientos treinta y dos años; al completarse los cuales, todo lo que concierne a la sucesión del sol y la luna, del mes y de la semana, vuelve al mismo orden que antes.

Por lo tanto, nos abstenemos de enviaros esos mismos ciclos de los tiempos presentes, porque al buscar ser instruidos solo sobre la razón del tiempo pascual, habéis demostrado que abundan para vosotros los mismos ciclos pascales católicos.

«Verum his de Pascha succincte, ut petistis, strictimque commemoratis, tonsuram quoque, de qua pariter vobis litteras fieri voluistis, hortor ut ecclesiasticam et Christianae fidei congruam habere curetis. Et quidem scimus quia neque apostoli omnes uno eodemque sunt modo adtonsi, neque nunc Ecclesia catholica sicut una fide, spe et caritate in Deum consentit, ita etiam una atque indissimili totum per orbem tonsurae sibi forma congruit. Denique ut superiora, id est, patriarcharum tempora respiciamus, Job exemplar patientiae, dum ingruente tribulationum articulo caput totondit [Al., totundit], probavit utique quia tempore felicitatis capillos nutrire consueverat. At Joseph, et ipse castitatis, humilitatis, pietatis caeterarumque virtutum executor ac doctor eximius, cum servitio absolvendus, attonsus esse legitur: patet profecto quia tempore servitutis, intonsus in carcere crinibus manere solebat. Ecce uterque vir Dei diversum ab altero vultus habitum foris praemonstrabat, quorum tamen intus conscientia in parili virtutum sibi gratia concordabat. Verum, etsi [Al., si] profiteri nobis liberum est, quia tonsurae discrimen non noceat, quibus pura in Deum fides, et caritas in proximum sincera est; maxime cum nunquam Patribus catholicis sicut de Paschae vel fidei diversitate conflictus, ita etiam de tonsurae differentia legatur aliqua fuisse controversia; inter omnes tamen quas vel in Ecclesia, vel in universo hominum genere reperimus tonsuras, nullam magis sequendam nobis amplectendamque jure dixerim, ea quam in capite suo gestabat ille, cui se confitenti Dominus ait: Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam, et portae inferni [Al., inferi] non praevalent adversus eam; et tibi dabo claves regni coelorum (Matth. XVI, 18). Nullam magis abominandam detestandamque merito cunctis fidelibus crediderim, ea quam habebat ille, cui gratiam sancti Spiritus comparare volenti dicit idem Petrus: Pecunia tua tecum sit in perditionem, quoniam donum Dei existimasti per pecuniam [Al., pecunia]

possideri: non [Al. add. enim] est tibi pars neque sors in sermone hoc (Act. VIII, 20, 21). Neque vero ob id tantum in coronam adtondemur, quia Petrus ita attonsus est; sed quia Petrus in memoriam Dominicae passionis ita attonsus est, idcirco et nos qui per eandem Passionem salvari desideramus, ipsius passionis signum cum illo in vertice, summa videlicet corporis nostri parte gestamus. Sicut enim omnis Ecclesia quia per mortem sui vivificatoris Ecclesia facta est, signum sanctae crucis ejus in fronte portare consuevit, ut crebro vexilli hujus munimine a malignorum spirituum defendatur incursibus; crebra hujus [Al., ejus] admonitione doceatur, se quoque carnem suam cum vitiis et concupiscentiis crucifigere debere: ita etiam oportet eos, qui vel monachi votum, vel gradum clericatus habentes arctioribus se necesse habent pro Domino continentiae frenis astringere. Formam quoque coronae quam ipse in passione [Al. add. sua] spineam portavit in capite, ut spinas ac tribulos peccatorum nostrorum portaret, id est, exportaret et auferret a nobis, suo quemque in capite per tonsuram praeferre, ut se etiam inrisiones et opprobria pro illo libenter ac promte omnia [Al. prompto animo] sufferre ipso etiam frontispicio doceant: ut coronam vitae aeternae, quam repromisit Deus diligentibus se, se semper exspectare, proque hujus perceptione et adversa se mundi et prospera contemnere designent. Caeterum tonsuram eam quam magum ferunt habuisse Simonem, quis, rogo, fidelium non statim cum ipsa magia primo detestetur, et merito exsufflet aspectu? Quae [Al., exsufflet? Quae aspectu] in frontis quidem superficie, coronae videtur speciem praeferre; sed ubi ad cervicem considerando perveneris, decurtatam eam quam te videre putabas, invenies coronam; ut merito talem Simoniacis et non Christianis habitum convenire cognoscas: qui in praesenti quidem vita a deceptis hominibus putabantur digni perpetuae gloriae coronae; sed in ea quae hanc sequitur vitam, non solum omni spe coronae privati, sed aeterna insuper sunt poena damnati. Neque vero me haec ita prosecutum aestimes, quasi eos qui hanc tonsuram habent, condemnatos [Al., condemnandos] judicem, si fide et operibus unitati catholicae faverint: immo confidenter profiteor, plurimos ex eis sanctos ac Deo dignos extitisse, ex quibus est Adamnan, abbas et sacerdos Columbiensium egregius, qui cum legatus suae gentis ad Aldfridum regem missus, nostrum quoque monasterium videre voluisset, miramque in moribus ac verbis prudentiam, humilitatem, religionem ostenderet, dixi illi inter alia conloquens: «Obsecro, sancte frater, qui ad coronam te [Al. om. te] vitae quae terminum nesciat [Al. add. te] tendere credis, quid contrario tuae fidei habitu terminatam in capite coronae imaginem portas? et si beati consortium Petri quaeris, cur ejus quem ille anathematizavit, tonsurae imaginem imitaris? et non potius ejus cum quo in aeternum beatus vivere cupis, etiam nunc habitum te, quantum potes, diligere monstras?» Respondit ille: «Scias pro certo, frater mi dilecte, quia etsi Simonis tonsuram ex consuetudine patria habeam, Simoniacam tamen perfidiam tota mente detestor ac respuo: beatissimi autem apostolorum principis, quantum mea parvitas sufficit, vestigia sequi desidero.» At ego: «Credo, inquam, vere quod ita sit; sed tamen indicio fit [Al., sit], quod ea quae apostoli Petri sunt, in abdito cordis amplectimini, si quae ejus esse nostis, etiam in [Al. om. in] facie tenetis. Namque prudentiam tuam facillime dijudicare reor, quod aptius multo sit, ejus quem corde toto abhominaris, cujusque horrendam faciem videre refugis, habitum vultus [Al., vultum] a tuo vultu Deo jam dicato separare; et e contra, ejus quem apud Deum habere patronum quaeris, sicut facta vel monita cupis sequi, sic etiam morem habitus te imitari condeceat.» Haec tunc [Al. add. cum] Adamnans dixi, qui quidem quantum [Al. om. quantum] conspectis Ecclesiarum nostrarum statutis [Al. add. quantum] profecisset, probavit, cum reversus ad Scottiam, multas postea gentis ejusdem turbas ad catholicam temporis Paschalis observantiam sua praedicatione correxit: tametsi eos qui in Hii insula morabantur monachos, quibusque speciali rectoris jure praeerat necdum [Al., nec] ad viam statuti melioris reducere valebat. Tonsuram quoque, si tantum sibi auctoritatis subesset, emendare meminisset. Sed et tuam nunc prudentiam, rex, admoneo, ut ea quae unitati catholicae et apostolicae Ecclesiae concinnant [Al., concinunt], una cum gente cui te Rex regum et

Dominus dominorum praefecit, in omnibus servare contendas. Sic enim fit ut post acceptam temporalis regni potentiam, ipse beatissimus apostolorum princeps caelestis quoque regni tibi tuisque cum caeteris electis libens pandat introitum. Gratia te Regis aeterni longiori tempore regnantem, ad nostram omnium pacem custodiat incolumem, dilectissime in Christo fili.»

Haec epistola cum praesente rege Naitono, multisque viris doctioribus esset lecta, ac diligenter ab his qui intelligere poterant, in linguam ejus propriam interpretata, multum de ejus exhortatione gavisus esse perhibetur; ita ut exsurgens [Al., surgens] de medio optimatum suorum consessu genua flecteret in terram, Deo gratias agens, quod tale munusculum de terra Anglorum mereretur accipere. «Et quidem et antea novi, inquit, quia haec erat vera Paschae celebratio, sed in tantum modo [Al., tantummodo] rationem hujus temporis observandi [Al., observandam] cognosco, ut parum mihi omnimodis [Al., omnino] videar de his antea intellexisse. Unde palam profiteor, vobisque qui adsidetis praesentibus protestor, quia hoc observare tempus Paschae cum universa mea gente perpetuo volo; [Al. add. et] hanc accipere debere tonsuram quam plenam esse rationis audimus [Al., audivimus], omnes qui in meo regno sunt clericos decerno.» Nec mora, quae dixerat, regia auctoritate perfecit. Statim namque jussu publico mittebantur ad transcribendum, discendum, observandum, per universas Pictorum provincias circuli Paschae decennovenales, oblitteratis per omnia erroneis octoginta et quatuor annorum circulis. Adtondebantur omnes in coronam Ministri altaris, ac Monachi: et quasi novo se discipulatu beatissimi apostolorum principis Petri subditam, ejusque tutandam patrocínio gens correcta gaudebat.

CAPUT XXII. Ut Hiienses monachi, cum subjectis sibi monasteriis canonicum, praedicante Ecgbercto, celebrare Pascha coeperint.

Nec multo post illi quoque qui insulam Hii incolebant monachi Scotticae nationis, cum his quae sibi erant subdita monasteriis, ad ritum Paschae ac tonsurae canonicum Domino procurante perducti sunt. Siquidem anno ab incarnatione Domini septingentesimo sexto decimo, quo Osredo occiso, Coenred gubernacula regni Nordanhymbrorum suscepit, cum venisset ad eos de Hibernia Deo amabilis, et cum omni honorificentia nominandus Pater ac sacerdos Ecgberct, cujus superius memoriam saepius [Al., saepe] fecimus, honorifice ab eis et multo cum gaudio susceptus est. Qui quoniam et doctor suavissimus, et eorum quae agenda docebat erat exsecutor devotissimus, libenter auditus ab universis, immutavit piis ac sedulis exhortationibus inveteratam illam traditionem parentum eorum, de quibus apostolicum illum licet proferre sermonem, quod aemulationem Dei habebant, sed non secundum scientiam; catholicoque illos, atque apostolico more celebrationem, ut diximus, praecipuae sollemnitatis sub figura coronae perpetis [Al., perpetuae] agere perdocuit. Quod mira divinae constat factum dispensatione pietatis, ut quoniam gens illa quam [Al., quae] noverat scientiam divinae cognitionis libenter ac sine invidia populis Anglorum communicare curavit: ipsa quoque postmodum per gentem Anglorum in eis quae [Al., quam] minus habuerat, ad perfectam vivendi normam perveniret. Sicut e contra Brittones, qui nolebant Anglis eam quam habebant, fidei Christianae notitiam pandere, credentibus jam populis Anglorum et in regula fidei catholicae per omnia instructis, ipsi adhuc inveterati et claudicantes a semitis suis, et capita sine corona praetendunt, et sollemnia Christi sine Ecclesiae Christi societate venerantur.

Susceperunt autem Hiienses monachi, docente Ecgbercto, ritus vivendi catholicos sub abbate Duunchado, post annos circiter octoginta, ex quo ad praedicationem gentis Anglorum Aldanum miserant antistitem. Mansit autem vir Domini Ecgberct annos tredecim in praefata insula, quam ipse velut nova quadam reducens gratia ecclesiasticae societatis et pacis Christo consecraverat; annoque Dominicae incarnationis septingentesimo vicesimo nono [Al.,

octavo], quo Pascha Dominicum octavo Kalendarum Maiarum die celebrabatur, cum missarum sollemnia in memoriam ejusdem Dominicae resurrectionis celebrasset, eodem die et ipse migravit ad Dominum, ac gaudium summae festivitatis quod cum fratribus quos ad unitatis gratiam converterat, inchoavit, cum Domino et apostolis caeterisque caeli civibus complevit, immo idipsum celebrare sine fine non desinit. Mira autem divinae dispensationis erat, quod venerabilis vir non solum in Pascha transivit de hoc mundo ad Patrem; verum etiam cum eo die Pascha celebraretur, quo nunquam prius in eis locis celebrari solebat. Gaudebant ergo fratres de agnitione [Al., cognitione] certa et catholica temporis Paschalis; laetabantur de patrocinio pergentis ad Dominum Patris, per quem fuerant correcti; gratulabatur ille quod eatenus in carne servatus est, donec illum in Pascha diem suos auditores, quem semper antea vitabant, suscipere ac secum agere videret. Sicque certus de illorum correctione reverentissimus Pater exsultavit, ut videret diem Domini: vidit, et gavisus est.

CAPUT XXIII. Qui sit in praesenti status gentis Anglorum, vel Britanniae totius.

Anno Dominicae incarnationis septingentesimo vicesimo quinto, qui erat [Al. add. annus] septimus Osrici regis Nordanhymbrorum qui Coenredo successerat, Ulctred filius Ecgbercti, rex Cantuariorum, defunctus est nono die Kalendarum Maiarum; et regni quod per triginta quatuor semis annos tenebat, filios tres, Aedilberctum, Eadberctum, et Alricum [Al., Aldricum] reliquit heredes. Anno post quem proximo Tobias, Hrofensis Ecclesiae praesul defunctus est, vir ut supra meminimus, doctissimus. Erat enim discipulus beatae memoriae magistrorum, Theodori archiepiscopi et abbatis Hadriani: unde, ut dictum est, cum eruditione litterarum vel ecclesiasticarum vel generalium, ita Graecam quoque cum Latina didicit linguam, ut tam notas ac familiares sibi eas, quam nativitatibus [Al., novitatis] suae loquelam haberet. Sepultus vero est in porticu sancti Pauli apostoli, quam intro ecclesiam sancti Andreae sibi ipse in locum sepulcri fecerat. Post quem episcopatus officium Aldulf, Berctualdo archiepiscopo consecrante suscepit.

Anno Dominicae incarnationis septingentesimo vicesimo nono, apparuerunt cometae duae [Al., duo] circa solem, multum intuentibus terrorem incutientes. Una [Al., unus] quippe solem praecedebat, mane orientem; altera [Al., alter] vespere sequebatur occidentem, quasi orienti simul et occidenti dirae cladis praesagae [Al., praesagi]: vel certe una [Al., unus] diei, altera [Al., alter] noctis praecurrebat exortum, ut utroque tempore mala mortalibus imminere signarent. Portabant autem faciem [Al., faciem] ignis contra aquilonem, quasi ad accendendum adlinem: apparebantque mense Januario, et duabus ferme septimanis permanebant. Quo tempore gravissima Sarracenorum lues Gallias misera clade vastabat, et ipsi non multo post in eadem provincia dignas suae perfidiae poenas luebant. Quo anno sanctus vir Domini Ecgberct, ut supra commemoravimus, ipso die Paschae migravit ad Dominum: et mox peracto Pascha, hoc est, septima Iduum Maiarum die, Osric rex Nordanhymbrorum, vita decessit, cum ipse regni quod undecim annis gubernabat, successorem fore Ceoluulfum [Al., Ceoldwlfum] decrevisset, fratrem illius qui ante se regnaverat, Coenredi regis, cujus regni et principia et processus tot ac tantis redundare rerum adversantium motibus, ut quid de his scribi debeat, quemve habitura [Al., habituri] sint finem singula, necdum sciri valeat.

Anno Dominicae incarnationis septingentesimo tricesimo primo, Berctuald archiepiscopus, longa consumptus aetate, defunctus est die Iduum Januarias; qui sedit [Al., egit] annos triginta septem, menses sex, dies quatuordecim; pro quo anno eodem factus est archiepiscopus, vocabulo Tatuini, de provincia Merciorum, cum fuisset presbyter in monasterio quod vocatur Briudun. Consecratus est autem in Doruveni civitate, a viris

venerabilibus Danihele Uentano, et Ingualdo Lundoniensi, et Alduino [Al., Adwaldo]. Lyccitfeldensi, et Alduulfo Hrofensi antistitibus, die decima Junii mensis, Dominica; vir religione et prudentia insignis, sacris quoque litteris nobiliter instructus.

Itaque in praesenti, Ecclesiis Cantuariorum Tatuini et Alduulf episcopi praesunt. Porro provinciae Orientalium Saxonum Inguald episcopus; provinciae Orientalium Anglorum Aldberct et Hadulac episcopi; provinciae Occidentalium Saxonum, Danihel et Fortheri episcopi; provinciae Merciorum, Alduini episcopus; et eis populis qui ultra amnem Sabrinam ad occidentem habitant, Ualchstod episcopus; provinciae Huicciorum Uilfrid episcopus; provinciae Lindisfarorum Cyniberct [Al., Cymberct] episcopus praeest. Episcopatus Uectae insulae ad Danihelem pertinet, episcopum Uentae civitatis. Provincia Australium Saxonum jam aliquot annis absque episcopo manens, ministerium sibi episcopale ab Occidentalium Saxonum antistite quaerit. Et hae omnes provinciae caeteraeque australes ad confinium usque Hymbrae fluminis, cum suis quaeque [Al., quoque] regibus, Merciorum regi Aedilbaldo subjectae sunt. At vero provinciae Nordanhymbrorum, cui rex Ceoluulf praeest, quatuor nunc episcopi praesulatum tenent; Uilfrid in Eboracensi Ecclesia, Ediluald in Lindisfaronensi [Al. add. Ecclesia], Acca in Hagustaldensi, Pecthelm in ea quae Candida casa vocatur, quae nuper multiplicatis fidelium plebibus, in sedem pontificatus addita, ipsum primum habet antistitem. Pictorum quoque natio tempore hoc et foedus pacis cum gente habet Anglorum, et catholicae pacis ac veritatis cum universali Ecclesia particeps existere gaudet. Scotti qui Britanniam incolunt suis contenti finibus nil contra gentem Anglorum insidiarum moliuntur aut fraudium. Brittones, quamvis et maxima ex parte domestico sibi odio gentem Anglorum, et totius catholicae Ecclesiae statum Pascha minus recte moribusque improbis impugnent; tamen et divina sibi et humana prorsus resistente virtute, in neutro cupitum possunt obtinere propositum: quippe qui quamvis ex parte sui sint juris, nonnulla tamen ex parte Anglorum sunt servitio mancipati. Qua [Al., Et; al., Quae] adridente pace ac serenitate temporum, plures in gente Nordanhymbrorum, tam nobiles, quam privati, se suosque liberos, depositis armis satagunt magis accepta tonsura, monasterialibus adscribere votis, quam bellicis exercere studiis. Quae res quem sit habitura finem, posterior aetas videbit. Hic est inpraesentiarum universae status Britanniae, anno adventus Anglorum in Britanniam circiter ducentesimo octogesimo quinto, dominicae autem incarnationis anno septingentesimo tricesimo primo: in cujus regno perpetuo exsultet terra, et congratulante in fide ejus Britannia, laetentur insulae multae, et confiteantur memoriae sanctitatis ejus.

CAPUT XXIV. Recapitulatio chronica totius Operis; et de persona Auctoris.

Verum ea quae temporum distinctione latius digesta sunt, ob memoriam conservandam, breviter recapitulari placuit.

Anno igitur ante incarnationem Dominicam sexagesimo, Gaius Julius Caesar, primus Romanorum, Britannias bello pulsavit, et vicit; nec tamen ibi regnum potuit obtinere.

Anno ab incarnatione Domini 46, Claudius, secundus Romanorum, Britannias adiens, plurimam insulae partem in deditionem recepit; et Oreadas quoque insulas Romano adjecit imperio.

Anno incarnationis Dominicae [Al., ab incarn. Domini] 167, Eleuther Romae praesul factus, quindecim annos Ecclesiam gloriosissime rexit: cui litteras rex Britanniae Lucius mittens, ut Christianus efficeretur petiit, et impetravit.

Anno ab incarnatione Domini 189, Severus imperator factus, decem et septem annis regnavit, qui Britanniam vallo a mari usque ad mare praecinxit.

Anno 381, Maximus in Britannia creatus imperator, in Galliam transiit, et Gratianum interfecit.

Año 409, Roma fue saqueada por los godos: desde ese tiempo los romanos dejaron de gobernar en Britania.

Año 430, Palladio es enviado por el papa Celestino como el primer obispo a los escoceses que creen en Cristo.

Año 449, Marciano, junto con Valentiniano, asumió el imperio y lo mantuvo durante siete años: durante su tiempo, los anglos fueron llamados por los britanos y llegaron a Britania.

Año 538, ocurrió un eclipse solar el 16 de febrero, desde la primera hasta la tercera hora.

Año 540, ocurrió un eclipse solar el 20 de junio, y las estrellas aparecieron casi media hora desde la tercera hora del día.

Año 567, Ida comenzó a reinar, de quien desciende la línea real de los norteumbrios, y permaneció en el reino durante doce años.

Año 565, Columba, presbítero de Escocia, vino a Britania para enseñar a los pictos, y fundó un monasterio en la isla de Iona.

Año 596, el papa Gregorio envió a Britania a Agustín con monjes para evangelizar la palabra de Dios al pueblo anglo.

Año 597, llegaron a Britania los mencionados doctores, en el año aproximadamente ciento cincuenta desde la llegada de los anglos a Britania.

Año 601, el papa Gregorio envió el palio a Britania a Agustín, ya hecho obispo, y a varios ministros de la palabra, entre ellos a Paulino.

Año 603, se libró una batalla en Degrastan.

Año 604, los sajones orientales recibieron la fe de Cristo bajo el rey Sabercto y el obispo Mellito.

Año 605, murió el papa Gregorio.

Año 616, murió Aedilberct, rey de los catuarios.

Año 625, Paulino fue ordenado obispo de los norteumbrios por el arzobispo Justo.

Año 626, Eanfled, hija del rey Aeduino, fue bautizada junto con doce personas en el sábado de Pentecostés.

Año 627, el rey Aeduino fue bautizado junto con su pueblo en Pascua.

Año 633, tras la muerte del rey Aeduino, Paulino regresó a Kent.

Año 640, murió Eadbald, rey de los catuarios.

Año 642, el rey Osuald fue asesinado.

Año 644, Paulino, anteriormente obispo de York, pero entonces obispo de Rochester, partió hacia el Señor.

Año 651, el rey Osuini fue asesinado, y el obispo Aidan murió.

Año 653, los anglos medios, bajo el príncipe Penda, fueron instruidos en los misterios de la fe.

Año 655, Penda murió, y los mercianos se convirtieron en cristianos.

Año 664, ocurrió un eclipse: murió el rey Earconberct de los catuarios, y Colman regresó con los escoceses a su tierra; llegó una peste; y Ceadda y Wilfrid fueron ordenados obispos de los norteumbrios.

Año 668, Teodoro fue ordenado obispo.

Año 670, murió Osuiu, rey de los norteumbrios.

Año 673, murió Ecgberct, rey de los catuarios; y se celebró un sínodo en Hertford, con la presencia del rey Ecgfrido, presidido por el arzobispo Teodoro, con diez capítulos muy útiles.

Año 675, Uulfheri, rey de los mercianos, después de haber reinado diecisiete años, murió, dejando el imperio a su hermano Aedilfredo.

Año 676, Aedilred devastó Kent.

Año 678, apareció un cometa; el obispo Wilfrid fue expulsado de su sede por el rey Ecgfrido; y en su lugar fueron consagrados obispos Bosa, Eata y Eadhaeth.

Año 679, Aelfuini fue asesinado.

Año 680, se celebró un sínodo en el campo de Haethfeltha sobre la fe católica, presidido por el arzobispo Teodoro: en el cual estuvo presente el abad romano Juan. Ese año murió la abadesa Hild en Streanaeshalch.

Año 685, el rey Ecgfrid de los norteumbrios fue asesinado. Ese mismo año murió el rey Hlothéri de los catuarios.

Año 688, Caeduald, rey de los sajones occidentales, partió de Britania hacia Roma.

Año 690, murió el arzobispo Teodoro.

Año 697, la reina Osthryd fue asesinada por sus propios nobles, es decir, los principales de los mercianos.

Año 698, Berctred, duque real de los norteumbrios, fue asesinado por los pictos.

Año 704, Aedilred, después de haber gobernado a los mercianos durante treinta y un años, se hizo monje y entregó el reino a Coenredo.

Año 705, murió Aldfrid, rey de los norteumbrios.

Año 709, Coenred, rey de los mercianos, después de haber reinado cinco años, partió hacia Roma.

Año 711, Berctrid, prefecto, luchó con los pictos.

Año 716, el rey Osred de los norteumbrios fue asesinado, y el rey Ceolred de los mercianos murió; y el hombre de Dios Ecgberet corrigió a los monjes de Iona sobre la Pascua católica y la tonsura eclesiástica.

Año 725, murió Uictred, rey de los catuarios.

Año 729, aparecieron cometas, y el santo Ecgberet falleció. Osric murió.

Año 731, murió el arzobispo Berctuald. Ese mismo año fue consagrado Tatuini como el noveno arzobispo de la Iglesia de Canterbury, en el decimoquinto año del reinado del rey Aedilbaldo de los mercianos.

Esto sobre la Historia Eclesiástica de Britania, y especialmente del pueblo anglo, según pude saber ya sea por las letras de los antiguos, por la tradición de los mayores, o por mi propio conocimiento, lo he compilado con la ayuda del Señor, Beda, siervo de Cristo y presbítero del monasterio de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, que está en Wearmouth y Jarrow.

Nacido en el territorio de ese mismo monasterio, cuando tenía siete años, fui entregado por mis parientes para ser educado por el reverendísimo abad Benito, y luego por Ceolfrido; y pasando todo el tiempo de mi vida en la residencia de ese mismo monasterio, dediqué todo mi esfuerzo al estudio de las Escrituras: y entre la observancia de la disciplina regular y el cuidado diario de cantar en la iglesia, siempre encontré dulce aprender, enseñar o escribir.

En el año diecinueve de mi vida recibí el diaconado; en el trigésimo, el grado de presbiterado, ambos por el ministerio del reverendísimo obispo Juan, por orden del abad Ceolfrido.

Desde el tiempo en que recibí el presbiterado hasta el año cincuenta y nueve de mi vida, he procurado brevemente anotar en la Sagrada Escritura para mi necesidad y la de los míos, de los opúsculos de los venerables Padres, o incluso añadir a la forma de su sentido e interpretación.

En el principio del Génesis, hasta el nacimiento de Isaac, y la expulsión de Ismael, cuatro libros.

Sobre el Tabernáculo, y sus vasos, y las vestiduras de los Sacerdotes, tres libros.

En la primera parte de Samuel, es decir, hasta la muerte de Saúl, tres libros.

Sobre la edificación del templo, en exposición alegórica como las demás, dos libros.

También en el libro de los Reyes, treinta cuestiones.

En los Proverbios de Salomón, tres libros.

En el Cantar de los Cantares, siete libros.

En Isaías, Daniel, los doce profetas, y parte de Jeremías, distinciones de capítulos extraídas del tratado de San Jerónimo.

En Esdras y Nehemías, tres libros.

En el Cántico de Habacuc, un libro.

En el libro del bienaventurado Padre Tobías, de explicación alegórica sobre Cristo y la Iglesia, un libro.

También, capítulos de lecturas en el Pentateuco de Moisés, Josué, Jueces.

En los libros de los Reyes, y las Crónicas.

En el libro del bienaventurado Padre Job.

En los Proverbios, Eclesiastés, y el Cantar de los Cantares.

En el Profeta Isaías, también en Esdras y Nehemías.

En el Evangelio de Marcos, cuatro libros.

En el Evangelio de Lucas, seis libros.

Homilias del Evangelio, dos libros.

En el Apóstol, todo lo que encontré expuesto en los opúsculos de San Agustín, me esforcé en transcribirlo todo en orden.

En los Hechos de los Apóstoles, dos libros.

En las siete epístolas católicas, un libro cada una.

En el Apocalipsis de San Juan, tres libros.

También, capítulos de lecturas en todo el Nuevo Testamento, excepto el Evangelio.

También, un libro de epístolas a diversos: de las cuales una es sobre las seis edades del mundo; una sobre las estaciones de los hijos de Israel; una sobre lo que dice Isaías: Y serán encerrados en prisión, y después de muchos días serán visitados; sobre la razón del Bisiesto, una; sobre el Equinoccio, según Anatolio, una.

También, sobre las historias de los santos; un libro de la vida y pasión del santo confesor Félix, traducido de la obra métrica de Paulino a prosa.

Un libro de la vida y pasión de San Anastasio, mal traducido del griego, y peor corregido por un ignorante, lo corregí en cuanto pude, según el sentido.

La vida del santo Padre, monje y obispo, Cudberto, la describí primero en verso heroico, y luego en prosa sencilla.

La historia de los abades de este monasterio, en el que me alegra servir a la piedad suprema, Benito, Ceolfredo, y Huaetberct, en dos libritos.

La historia eclesiástica de nuestra isla y pueblo, en cinco libros.

Un martirologio de los natalicios de los santos mártires; en el cual me esforcé en anotar diligentemente todos los que pude encontrar, no solo en qué día, sino también con qué tipo de combate, o bajo qué juez vencieron al mundo.

Un libro de himnos, en metro diverso, o ritmo.

Un libro de epigramas en metro heroico, o elegíaco.

Sobre la Naturaleza de las cosas, y sobre los Tiempos, un libro cada uno.

También, un libro mayor sobre los Tiempos.

Un libro de Ortografía, ordenado alfabéticamente.

También, un libro sobre el Arte métrica; y a este adjunto otro librito sobre Esquemas o Tropos, es decir, sobre las figuras y modos de locuciones, con las que está tejida la Sagrada Escritura.

Y te ruego, buen Jesús, que a quien has concedido benignamente beber dulcemente las palabras de tu sabiduría, le concedas también benignamente, llegar alguna vez a ti, fuente de toda sabiduría, y aparecer siempre ante tu rostro.